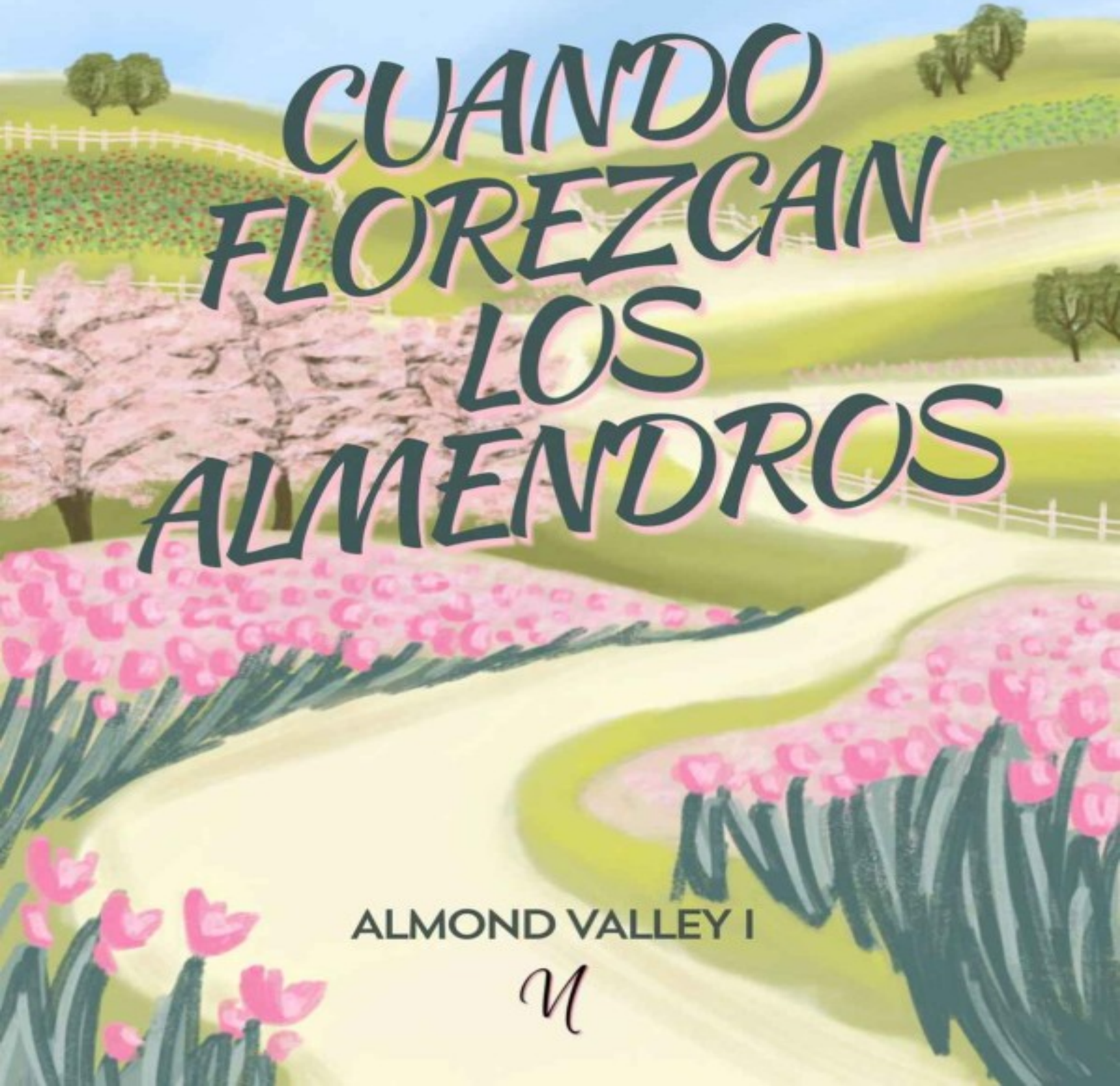
ZARA MIST

CUANDO FLOREZCAN LOS ALMENDROS

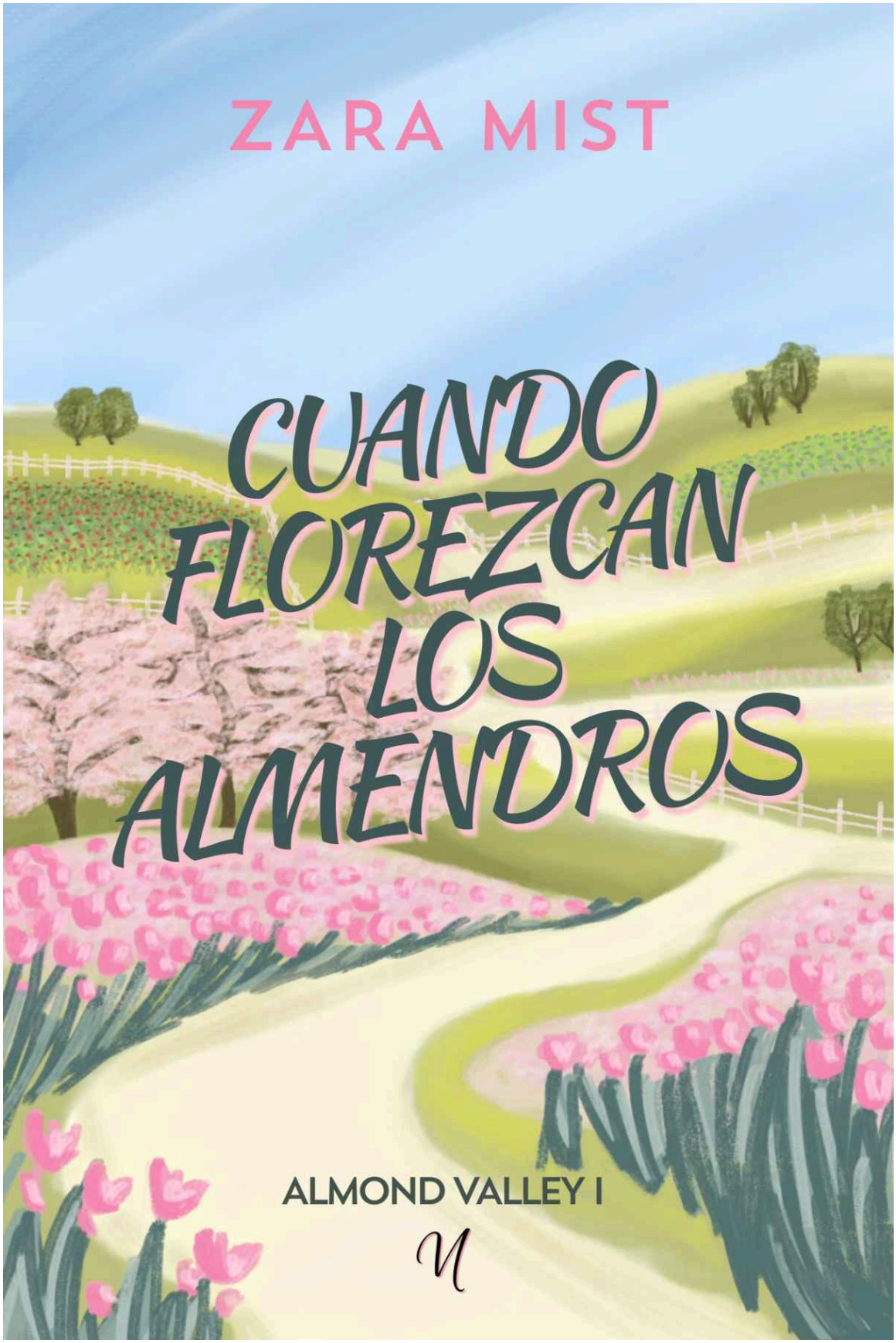


ALMOND VALLEY I

ZARA MIST

CUANDO FLOREZCAN LOS ALMENDROS

N


ZARA MIST
CUANDO FLOREZCAN LOS ALMENDROS
ALMOND VALLEY I

AVISO DE CONTENIDO

Esta historia trata temas de abuso a menores (mencionado, sin escenas ni descripciones explícitas), duelo, lenguaje malsonante, contenido sexual explícito y aspectos que pueden herir la sensibilidad de algunos lectores.

Por favor, ten esto en consideración antes de leer.

Neblina Ediciones

© del texto: Zara Mist, 2025.
© del diseño de la portada: Zara Mist, 2025.
© del sello: Neblina Ediciones - Zara Mist, 2025.

Primera edición: noviembre de 2025.

Registro de la Propiedad Intelectual N.º 00765-02798635
Depósito Legal: C. 1.368-2025

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita del titular de la obra, la duplicación total o parcial de dicho documento por cualquier medio o procedimiento, así como la difusión de ejemplares. Todos los derechos reservados.

Esta es una obra de ficción. Nombres, personajes lugares son producto de la imaginación de la autora. Cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia.

A todas las que elegiríais al gruñón antes que al simpático de la sala…

Bienvenidas a mi equipo. Porque sabemos que, tras capas y capas de ceños fruncidos, se esconde un corazón listo para ser descubierto.

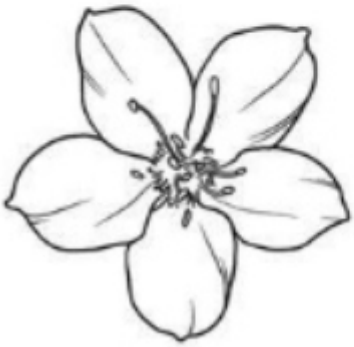
Los gatos no van al cielo.
Las mujeres no son capaces de escribir las obras de Shakespeare.

Virginia Woolf

Capítulo Uno

Sage





La cálida brisa del valle que entra por la ventanilla hace ondear los espesos rizos de mi melena a mi espalda. Las ruedas de la vieja camioneta levantan una nube de polvo cuando derrapo por el camino de tierra al tomar un desvío hacia la izquierda en el último segundo. Deberían actualizar los mapas de esta zona; este camino ni siquiera aparece en el recorrido que traza la pantalla del móvil.

Trato de calmar mis nervios y mantener la calma mientras conduzco por los descuidados caminos. La música suena por encima del ruido del motor, dándome la energía que necesito para ser mi mejor versión hoy. Subo todavía más el volumen y canto a todo pulmón *Get Into It* sin importarme si desafino o los cristales del coche tiemblan con los bajos de la canción. Mientras el paisaje se

difumina a mi alrededor, rezo para que todo vaya según lo planeado y no tenga que volver con las manos vacías.

Si tengo un poco de suerte, no volveré a recorrer esta carretera en mucho, mucho tiempo.

El verde campo se extiende mires donde mires, abrazando el paisaje hasta donde alcanza la vista, y una gran valla blanca de madera lo separa de la carretera. Dentro del recinto, otras vallas más pequeñas dibujan los límites de los cercados: parcelas de cultivo y zonas donde los animales se mueven con libertad. Caballos, vacas y ovejas salpican el paisaje, lo que me hace pensar que se trata de un rancho tanto agrícola como ganadero. A decir verdad, no miré mucho los detalles del puesto de trabajo, solo me interesó venir aquí porque, si me contratan, viviré en un lugar remoto.

Llevo varios minutos preguntándome si no me habré equivocado de carretera, pues aquí todos los senderos parecen iguales, pero recobro la esperanza cuando veo a lo lejos un cartel que reza:

Almond Valley

Está un poco destartalado, las letras han perdido gran parte de la pintura blanca que las colorea, dejando la madera expuesta y desgastada por los años. La estructura tiene tantas grietas que da la impresión de que podría desmoronarse si un cuervo se posara sobre ella.

No tengo que conducir mucho tiempo hasta que veo a lo lejos una enorme casa de madera rodeada de árboles. Reduzco la velocidad cuando giro a la derecha y me meto en el camino de entrada. Con los nervios a flor de piel, comienzo a sentir las manos húmedas de sudor y me maldigo por haberme puesto una camisa de manga larga. Aparco el coche en el camino de tierra, al lado de otra camioneta llena de polvo.

Apago el motor y la voz de Doja Cat desaparece, dejándome en completo silencio, escuchando únicamente los fuertes latidos de mi corazón. Respiro profundamente, cerrando los ojos un segundo antes de mirar mi reflejo en el espejo retrovisor.

“Vamos, Sage. Lo tienes todo controlado,” murmuro con la voz ronca de haber estado cantando durante horas. En realidad, creo que esta es la primera frase sin entonar que digo hoy.

Mis tirabuzones negros están despeinados, apuntando en todas direcciones, pero me dan un aire salvaje que no me molesta, así que no hago nada para arreglarlos. Me he puesto mis mejores vaqueros, ceñidos en los muslos y acampanados en los bajos que ocultan mis botas marrones. Limpio el polvo de mis gafas de pasta granate con el extremo de mi camisa azul cielo, que contrasta con mi piel, bronceada por haber pasado muchas horas al sol. Hace tanto calor que me la tengo que remangar hasta los codos antes de meterla bien por dentro del pantalón.

Fuera de la camioneta es todavía peor: el aire cálido de junio, seco y sin una nube en el cielo, me recibe cuando abro la puerta para acercarme a la propiedad. Doy una vuelta sobre mí misma antes de emprender mi camino, posando la mirada en el paisaje que me rodea. Es abrumadora la belleza de los campos de cultivo, el enorme granero rodeado de árboles, el huerto de verduras, los árboles que decoran los laterales de los caminos, el pasto inmenso que rodea el establo para los caballos…

La casa es enorme desde fuera y necesito varios segundos para poder recorrerla con la vista y fijarme en cada detalle. Aunque parece una cabaña moderna de dos pisos, conserva la esencia del entorno que la rodea. En lo alto de las escaleras de entrada hay un porche delantero, donde varias mesas con sillas, bancos y enredaderas decoran el espacio, haciéndolo todavía más acogedor. Pequeñas luces en forma de lágrimas cuelgan del techo, y puedo imaginarme recostada en una de esas sillas por la noche, mirando las estrellas acompañada por la cálida luz de las bombillas.

Sentadas ahí, en un banco de madera, hay dos mujeres hablando animadamente, riendo y gesticulando con las manos. Mis botas crujen sobre la tierra arenosa al acercarme a las escaleras, y camino con pasos decididos incluso cuando se giran al escucharme y me miran con curiosidad.

La semejanza en sus rasgos me hace pensar que son madre e hija, y las veo intercambiar una mirada significativa antes de volverse hacia mí, esta vez con una sonrisa encantadora.

Me quedo unos segundos en silencio, pensando en qué decir y cómo, pero cuando voy a abrir la boca, un hombre sale de la casa

con la misma fuerza que un huracán. La puerta rebota contra la pared del porche y doy un respingo con el inesperado golpe. Mi cuerpo se tensa en un acto reflejo y me abrazo con fuerza, esperando los gritos y llantos. No sé ni cómo, consigo mantener los ojos bien abiertos, fijos en el recién llegado.

Las mujeres se callan de inmediato y vuelven la vista al hombre con la boca abierta. La más mayor, que debe triplicarle la edad, se lleva la mano al pecho. Juro que la escucho murmurar un Ave María a toda prisa.

Parece que no soy la única a la que le ha dado un maldito infarto.

El hombre me mira frunciendo el ceño y entrecerrando tanto los ojos que se reducen a dos estrechas líneas.

"Lo siento, no podemos ayudarte." Por la manera en la que me mira de arriba abajo con los labios apretados, sé que sus disculpas no son sinceras. Inclina la cabeza cuando termina de escudriñarme, haciendo que la visera de su gorra oculte casi por completo su rostro.

Siento cómo la sangre empieza a circular de nuevo por mis venas al escuchar su negativa, y me armo de valor para luchar por este trabajo con dientes y garras si hace falta.

"¿Disculpa?"

"No me gusta tener extraños en mi propiedad. Por favor, márchate," dice como respuesta.

Tengo que morderme la lengua para no soltar lo primero que se me viene a la cabeza. En cambio, respiro profundamente y vuelvo a intentarlo.

"Vengo por el trabajo." Me cruzo de brazos, esforzándome por evitar que mi enfado crezca aún más. ¿Este quién se cree que es para hablarme así?

La mujer más joven se levanta del banco con calma y me lanza una mirada extraña con una pequeña sonrisa, como si intentara decirme algo. No logro entender qué es exactamente, no sé si por el cabreo que tengo encima o porque mis neuronas no están colaborando.

"¿Eres la hija de Sage?" La voz seca del hombre me sorprende, haciéndome pegar un respingo en el sitio.

Ahora es mi turno de fruncir el ceño.

"*Yo* soy Sage."

A la mujer se le escapa la risa, pero se lleva una mano a la boca rápidamente para disimular.

"¿Es relevante que sea un hombre o una mujer, Weston?" La anciana, aún sentada en el banco, levanta una ceja desafiante. No oculta la pequeña sonrisa que asoma en sus labios, disfrutando visiblemente con la situación.

Me devano la cabeza para recordar el nombre con el que el remitente firmaba los correos electrónicos que intercambié para el trabajo, pero solo recuerdo el apellido Weston. Descarto la posibilidad de haber hablado con él porque, de haberlo hecho, sabría que no soy un hombre.

El maleducado le lanza una mirada fulminante a la señora de pelo canoso, pero niega con la cabeza volviéndose hacia mí.

Permanezco quieta, esperando a que alguno hable, pero el silencio dura demasiado y me agobio, así que trato de llamar su atención dando un paso hacia ellos.

"Sé hacer todas las cosas que pedís en el contrato."

Los detalles y condiciones sobre el puesto no los habré comprobado, pero todas las tareas que necesitan cubrir me las sé de memoria. Podría suplicar si hace falta. Ponerme de rodillas. Lo que sea. No saben cuánto necesito este trabajo. No puedo dejar que me manden de vuelta, y menos por un estúpido malentendido.

"No lo dudamos, cielo." Me tranquiliza la mujer más joven en lo alto de la escalera con una sonrisa familiar. "Todo este tiempo has estado hablando conmigo, y estaré encantada de contratarte."

Weston resopla, llamando nuestra atención. "Primero tiene que demostrar que vale para el puesto," replica con dureza, dirigiendo la mirada a la mujer. Ella no le contesta, sino que se lo queda mirando fijamente, impasible, como si supiera que va a ceder sí o sí.

Los observo en silencio, comenzando a sentir un hormigueo demasiado familiar en las puntas de los dedos. Son las ganas que tengo de golpear a algo —o a alguien. ¿Puede dejar de comportarse

como un crío de diez años y actuar como un adulto… de qué… treinta?

Tras un fuerte suspiro, el hombre asiente imperceptiblemente y se vuelve hacia mí, aunque mira a algún punto por encima de mi cabeza para evitar mirarme a los ojos.

"Estarás una semana de prueba. Te quedarás en la casa principal."

"No." Niega al instante la mujer, llevándose las manos a las caderas. "Que se quede en el apartamento para invitados de tu casa."

Debe de estar bromeando. ¿Pretende que viva con… él?

Los dos supuestos adultos intercambian una mirada sin palabras, como si estuvieran teniendo toda una conversación con la mente. La anciana me mira con diversión, pero comienzo a no tener humor para tonterías. Estoy a punto de perder los papeles y empezar a gritar, pidiendo que me expliquen qué coño está pasando.

Reprimo un resoplido al ver que esto va para largo, y me concentro en escuchar mi propia respiración, desviando la mirada de mi fuente de ansiedad. Lo único que necesito es un trabajo tranquilo, seguro y que me haga sentir bien. Después de haber pasado toda mi infancia en una granja parecida a esta —aunque no tan grande—, la idea de volver a conectar con la Sage de ocho años enciende una chispa de ilusión dentro de mí.

No sé cuánto tiempo paso observando el paisaje; pierdo la noción del tiempo y ni siquiera soy consciente de que he girado sobre mí misma hasta que un carraspeo fuerte suena a mi espalda. Me doy la vuelta con las mejillas ardiendo por haberme perdido en mi propio mundo delante de desconocidos, y vuelvo a encontrarme con el ceño fruncido del hombre.

¿Será el estado natural de su rostro?

Levanta una mano para señalar algo a su derecha, pero mi mirada no se aparta de él. Y es que me quedo embobada en cómo la camisa azul marino de franela se ciñe a su bíceps. Tiene las mangas remangadas hasta el codo, lo que me da una excusa perfecta para observar los numerosos tatuajes que recorren su antebrazo. Su cuerpo es musculoso, pero no del tipo que se

consigue en el gimnasio, sino más bien fuerte y ancho por pasar todo el día trabajando en la granja.

Tras unos segundos demasiado largos, y con la boca reseca de haberla tenido tanto tiempo entreabierta, consigo seguir la dirección que marca con la mano, rezando para que no se haya dado cuenta. Lo sé, no debería estar mirando así a alguien que ha sido un imbécil conmigo. Pero aquí una tiene ojos en la cara.

Aunque lo último que necesito es perder esta oportunidad por babear mirando al jefe.

"Ve a ese establo a las cinco para que te dé las tareas. Luego te enseñaré todo esto." No espera a que asienta, sino que se lleva la mano al bolsillo delantero de sus vaqueros gastados.

No me atrevo a decir nada para no empeorar su humor, aunque una ínfima chispa de esperanza se enciende dentro de mí: tengo una semana para demostrarle que no soy terrible como cree, sino que soy perfecta para este trabajo.

"Esta es la llave del apartamento de invitados. Emily te acompañará para que dejes tus cosas." Baja las escaleras a toda prisa y, sin darme tiempo a procesar sus movimientos, me agarra de la mano con firmeza, aunque con una inesperada delicadeza, y deposita la vieja llave en mi palma.

El calor extraño de su contacto me recorre todo el cuerpo, pero ocurre tan rápido, como un parpadeo, que me suelta antes de que pueda echar de menos su calidez. Se aleja sin mirarme siquiera, dándose la vuelta y perdiéndose por uno de los caminos de tierra.

La rabia me inunda otra vez, y tengo que contenerme para no salir corriendo detrás de él para enseñarle modales. Decido quedarme quieta, viendo cómo desaparece entre los árboles que delimitan el camino. Entrecierro los ojos, pese a llevar gafas, y me fijo en lo familiares que me resultan esas hojas.

Y entonces me doy cuenta.

Son almendros, silenciosos testigos de mi infancia.

El recuerdo del día que planté uno con mi abuelo cuando tenía diez años viene a mi mente, y me permito dejarme llevar por la nostalgia unos segundos. Siento cómo el enfado se disuelve en el

aire, como si esos mismos árboles, con su calma eterna, pudieran borrar todo rastro de ira con un solo suspiro.

Me vuelvo hacia el porche, donde las mujeres me miran curiosas, como si estuvieran esperando a que bajara a la tierra antes de dirigirse a mí.

"Soy Emily." La voz de la mujer más joven se siente como una brisa de verano, suave y cálida. Baja las escaleras y alarga una mano hacia mí con una sonrisa avergonzada, como si estuviera disculpándose por la mala educación del hombre. La estrecho con firmeza, sintiendo la dureza de los callos de ambas manos. "Su madre, por si te lo estabas preguntando."

La verdad es que no me lo estaba preguntando, pero, ahora que lo dice, es indudable el parecido. Incluso tienen los mismos ojos verdes como las copas de los árboles que rodean la granja.

"Discúlpalo. Es así desde que nació." Pone los ojos en blanco, resoplando con un deje divertido.

"Encantada de conocerla, señora Weston".

"No me llames señora, por favor, me hace sentir vieja." Escandalizada, abre mucho los ojos, haciendo una mueca antes de echarse a reír. "Llámame Emily."

"Está bien, Emily," respondo, sonriendo de vuelta.

"Ella es Mira." Señala a la otra mujer, que sigue sentada en el porche. "Es mi madre."

La anciana levanta una mano para saludarme e imito su gesto, sintiéndome algo cohibida por todo lo que ha pasado desde que me bajé de la camioneta.

"Como ves, es un ambiente muy familiar el de esta granja," dice Emily riendo.

"No quiero parecer una intrusa," digo, apretando los labios.

"Oh, no, ni lo pienses, cielo. Fuimos nosotros quienes pusimos la oferta de trabajo. Eres más que bienvenida."

"Permíteme dudarlo." Me arrepiento al instante de abrir la boca, mordiéndome la lengua por mi repentina falta de educación. Soy impulsiva, pero no se me ocurriría corregir a la madre del que parece que va a ser mi jefe.

Emily me sorprende riéndose. “No te lo tomes personal. Weston es así con todo el mundo. Te acostumbrarás con el tiempo.”

“Si es que consigo pasar la semana de prueba,” murmuro, mordiéndome el interior de la mejilla para dejar de soltar entre líneas todo lo que pienso sobre su hijo.

“La vas a pasar.” Me guiña un ojo con una sonrisa ladeada.

La decisión de Emily no me inquieta, pero tampoco me tranquiliza. Viendo la cercanía con la que me trata, estoy convencida de que me contrataría sin dudarlo si solo dependiera de ella. Lo que realmente me preocupa es lo que opina su hijo de mí, y eso apenas nos conocemos de dos minutos y no sé ni su nombre.

“Vamos a tu coche y te guío hasta tu nueva casa”.

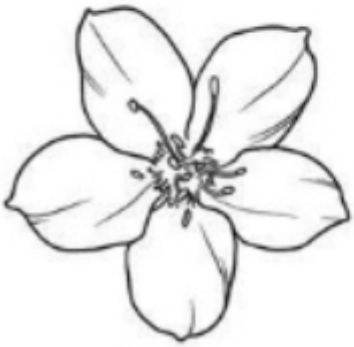
Me rodea con el brazo, caminando a mi lado hasta mi destartalada camioneta granate. Siento vergüenza de pronto por el mal estado del vehículo, pero Emily no parece darle importancia. Se sube al asiento del copiloto con elegancia, sin hacer ningún comentario.

Esta semana no puedo permitirme dudar de mí misma, porque, si yo no confío en lo que puedo hacer, ¿cómo van a hacerlo estos desconocidos?

Capítulo Dos

Sage





Bajo el volumen del equipo de música hasta que apenas se oye, dejando que el murmullo lejano de la tierra y el viento se conviertan en los únicos sonidos que llenan el espacio. Emily me guía a través de los senderos, siempre bordeando las vallas blancas de los campos de cultivo o ganado. El paisaje no cambia mucho a medida que avanzamos pero, en lugar de volverse monótono y aburrido, resulta interesante.

Es como una obra de arte que usa los mismos elementos pero nunca deja de captar la atención.

Estoy acostumbrada al ruido y la agitación de Blackwater, donde los altos bloques de cemento bloquean la vista del cielo y el verde de la naturaleza apenas se asoma entre el gris de las calles. Esta

granja me recuerda a mi infancia, a mi abuelo, y de alguna manera me hace sentir más tranquila, como si el recuerdo me acompañara.

No hemos hablado desde que salimos de la casa principal y el silencio me comienza a pesar, envolviéndome en una incomodidad que no logro sacudirme.

Cuento hasta diez antes de hablar, evitando que la tensión en mí siga creciendo.

"Entonces… ¿tu hijo es el que manda?"

"Ya le gustaría," dice riendo, y me señala un camino a la derecha antes de recuperar el aliento. "Él se encarga del ganado y del cultivo, que es lo más importante en la granja, pero no, no es él quien manda."

"¿Y quién es entonces?"

"Yo."

No oculto mi sorpresa y me giro para mirarla justo cuando una sonrisa orgullosa se dibuja en su rostro. Me guiña un ojo, divertida, y deja escapar una suave risa antes de continuar.

"Llevo la parte de los números, las cuentas, los pedidos, los permisos, los pagos... Todo lo que nadie quiere hacer pero sin lo que esto no funcionaría."

Asiento despacio, impresionada. "Así que tú eres la jefa."

"Exacto. Aunque a veces se les olvida, como habrás podido comprobar…"

Se ríe y me uno a ella, pensando en lo fácil que es subestimar a alguien solo porque no es frío ni da órdenes a gritos. La envidio, en cierto modo, porque no necesita imponerse con dureza; le basta con estar presente, con esa mirada tranquila y ese control seguro y firme de quien sabe exactamente lo que hace.

"El apartamento está fuera de la casa de mi hijo," añade tras un rato en silencio.

Sus palabras hacen que mis hombros se relajen y mi corazón vuelva a latir con normalidad. Si hubiera sido como imaginaba —una habitación *dentro* de su casa—, habría hecho de tripas corazón, sí, pero no tengo claro cómo habría acabado todo.

Probablemente con un cadáver.

El de Weston.

“Tienes cama, ropero y baño, pero la cocina está en la casa principal,” explica con voz suave. La miro por el rabillo del ojo y me ofrece una sonrisa de disculpa. Es la segunda sonrisa de ese tipo que me dedica en menos de media hora, y me tengo que morder el interior de la mejilla para contener la risa.

Está claro que Weston se lleva el premio a la persona menos simpática de la granja. Incluso para su propia madre.

Conforme avanzamos por la carretera, los campos de cultivo van quedando atrás, dando paso a un bosque frondoso que parece envolvernos poco a poco. Emily me hace conducir por un camino secundario, oculto entre los árboles, cubierto de ramas y hojas secas.

“No paro de decirle a Weston que limpie el camino para los coches, pero se empeña en ir a caballo a todas partes,” masculla Emily, agarrándose a la manilla de la puerta para mantener el equilibrio mientras el coche nos sacude al saltar de un bache a otro.

Llegamos a un claro donde se encuentra la casa, mucho más pequeña que la de Emily. La madera sigue siendo el material predominante en su construcción, aunque esta versión es más oscura, como si intentara integrarse con los troncos de los árboles que la rodean. Junto a la estructura principal hay una pequeña ampliación, más nueva y brillante. Ambas tienen un solo piso y se alzan ligeramente del suelo, unidas por un porche delantero donde cuelgan plantas de las vigas. En el centro, una escalera lleva a las dos puertas, con barandillas cubiertas de enredaderas llenas de flores rosas. El lugar es idílico; incluso creo escuchar el murmullo del río a lo lejos.

Salgo de la camioneta y me acerco a la casa, escuchando a Emily pisándome los talones. Saco la llave del bolsillo trasero de mis pantalones para abrir la puerta del apartamento, y me quedo sin palabras cuando veo el interior. No es para nada lo que me esperaba.

Es pequeño, pero sorprendentemente acogedor.

Las paredes son de un suave color crema, y la luz que entra por las numerosas ventanas llena la estancia de un tono cálido. Hay una pequeña mesa cuadrada de madera pegada a la pared con dos

sillas, y un jarrón con flores frescas adorna el centro. A mi derecha, una puerta que intuyo que da al baño. Al fondo, bajo la ventana, hay una cama grande, y me doy la vuelta para admirar el espacio.

Mi espacio.

"¿Cómo lo ves?," pregunta Emily desde el umbral de la puerta, todavía fuera del apartamento.

Mi sonrisa se amplía, y camino hacia ella con la emoción dibujada en el rostro. "¡Es perfecto!"

Me sonríe de vuelta y asiente con la cabeza. "Me alegro de que te guste."

Camina hacia el interior para mirar por la ventana.

"La construyó él solo, decoración incluida. Yo le di un par de consejos pero, como siempre, no me hizo ni caso," dice de espaldas a mí, riendo suavemente.

Me sorprende su buen gusto, sobre todo teniendo en cuenta su temperamento. Había imaginado algo más sencillo, con tonos fríos y austeros, más funcional que acogedor. Pero esto… es todo lo contrario. Cada detalle parece elegido con cuidado, sin prisa, como si realmente quisiera que el lugar tuviera personalidad.

"La terminó hace unas semanas, así que eres la primera en usarla," añade, guiñándome un ojo.

Me hace un gesto con la cabeza para que la siga, y vamos hacia la casa principal. La cocina que compartiré con su hijo mantiene el mismo estilo acogedor que el apartamento: tonos cálidos, muebles y encimeras de madera clara y detalles cuidados.

Cuando termina de mostrarme cada rincón, salimos al porche. Nos detenemos un momento, dejando que los rayos del sol que se filtran por las copas de los árboles nos acaricien la piel. Apoyo los antebrazos en la barandilla, y aprovecho para respirar hondo varias veces, llenando mis pulmones del aire limpio del campo.

Emily me roza el codo para llamar mi atención. "Me voy ya, Sage. Te he dejado mi número en la mesa de tu apartamento, cualquier cosa llámame. Nos vemos esta noche en mi casa, que solemos cenar todos juntos."

"¿Puedes volver andando?," pregunto, frunciendo el ceño. Una cosa es venir en coche, que han sido apenas unos minutos, y otra es

caminar por los eternos senderos de tierra.

"Sí, me vendrá bien algo de aire fresco. Atajaré por el campo."

Asiento, no muy convencida, pero sin intención de llevarle la contraria en su propia casa.

"Muchas gracias, Emily."

"Ni darlas." Me guiña un ojo con complicidad, me da un leve apretón en el brazo y baja las escaleras con paso ágil, perdiéndose por un camino entre la maleza.

Me quedo sola en el silencio del paraje, escuchando cómo sus pasos se desvanecen hasta que solo queda el canto lejano de los pájaros.

Todavía me queda una hora antes de tener que ir al establo, así que aprovecho el tiempo para investigar los alrededores. Bajo las escaleras y rodeo la casa por un caminito de tierra, donde descubro un pequeño cercado en el jardín trasero. Dentro, dos caballos pastan tranquilamente bajo la sombra de un roble. Uno de ellos es un appaloosa de pelaje moteado, curioso y simpático, que se acerca nada más verme. El otro es tordo, más alto, con un porte elegante y mirada seria.

Me subo a la valla para acariciar al primero, que mueve el hocico sobre la palma de mi mano con total confianza en busca de comida. En la chapa que cuelga de su cabezada leo su nombre: **Mud**.

Me arranca una sonrisa inmediata. Como indica su nombre, está lleno de polvo y tierra, pero tiene algo especial que me hace pensar que nos vamos a llevar muy bien. El otro se acerca, sin poder evitar su curiosidad, y veo que se llama **Shiny**. Solo con los nombres y el aspecto que tienen, puedo adivinar cuál es el favorito de Weston.

Paso un buen rato con ellos, dejándome llevar por la calma que transmiten. Apoyo la cabeza en el poste de la valla mientras los observo moverse con tranquilidad, sacudiendo la cola para ahuyentar las moscas y mordisqueando el pasto.

Cuando vuelvo a revisar la hora en el móvil, decido que es el momento de ir saliendo. Vuelvo a la parte delantera, subo al coche y conduzco de regreso a la casa principal. Desde ahí podré caminar hasta el establo.

Quiero empezar con buen pie, aunque Weston no me lo vaya a poner fácil. Estoy mentalizada para mantener la calma, trabajar duro y no darle motivos para que me eche.

Pero mis planes se ven saboteados antes de tiempo.

No llevo ni dos segundos en la carretera cuando, de pronto, aparece un coche viniendo de frente. Reduzco la velocidad, arrimándome todo lo que puedo a la derecha con cuidado de no meter las ruedas en la cuneta. Estoy a punto de detenerme por completo cuando el muy idiota gira de golpe… ¡hacia mí!

No me da tiempo ni a pensar en lo que hago. Doy un volantazo, el coche se sacude violentamente y piso el freno con todas mis fuerzas. Las ruedas chirrían contra la tierra y levantan una nube inmensa de polvo. Me quedo quieta y cierro los ojos por puro instinto, esperando el golpe. Pero este no llega.

Me palpo el cuerpo con urgencia con la respiración agitada y abro los párpados lentamente. Estoy entera. No me he chocado. No me he roto nada. Ni siquiera un rasguño.

Respiro hondo varias veces antes de salir de la camioneta, pero ya tengo el rostro encendido por la rabia. Estoy lista para soltarle de todo al inconsciente que casi me saca del camino, pero en cuanto fijo la vista en el interior del otro coche, distingo una camisa azul. Por supuesto.

"¡Si querías que parase, podrías haber hecho una señal, no embestirme contra la cuneta!," le grito, alzando la voz por encima del rugido del motor de su camioneta. No puedo contener mi lengua todos los días de mi vida.

Un brillo desconocido cruza la expresión de Weston, como si lo hubiera sorprendido, pero solo dura unos segundos antes de que su cara natural de molestia vuelva.

"¿Adónde vas?," brama, saliendo del vehículo de un salto. Su tono es brusco, definitivamente no está contento con mi compañía.

Ya somos dos.

"Al establo. Son casi las cinco," replico, obvia. Weston frunce más el ceño.

"¿Por qué vas sola?"

"¿Y cómo quieres que vaya?," replico, cruzándome de brazos.

“Con Emily.” Imita mi gesto, y mi mirada se desliza fugazmente hacia los tensos músculos de sus brazos antes de volver a encontrarme con sus ojos verdes.

“Emily se fue hace un buen rato.”

“¿Andando?” Sus cejas se juntan todavía más.

Asiento, encogiéndome de hombros. No sé qué busca con esta conversación, pero la paciencia se me está empezando a agotar.

“¿Y a dónde ibas tú? Me dijiste que nos veríamos en el establo,” digo, enarcando una ceja.

Su mandíbula se tensa, como si estuviera conteniéndose para no decir lo que piensa.

“Tenía que recoger unas herramientas,” gruñe al final, sin dar más explicaciones.

No se lo cree ni él.

“¿Y pretendías atropellar a todo aquel que se cruzara en tu camino?”

“No pensaba encontrarme a nadie conduciendo como si estuviera en la autopista.”

Suelto una carcajada sarcástica, alucinando con su poca vergüenza.

“¡Venga ya! Estaba conduciendo normal,” replico, llevando las manos al cielo. “He reducido la velocidad y me he echado a un lado. Has sido tú quien ha tratado de pasarme por encima como si tuviera un Monster Truck.”

Nos fulminamos con la mirada durante unos segundos, batallando en silencio, ninguno cediendo terreno. Al final es Weston quien aparta la vista con un resoplido. Mentalmente me doy una palmada en la espalda por la pequeña victoria.

Niega con la cabeza y da un paso hacia atrás.

“Sube. Te llevo.”

Cruzo los brazos con más fuerza, como si tratara de protegerme. “No hace falta. Ya voy yo en mi camioneta.”

“Sube, Sage.”

La forma en que pronuncia mi nombre, tan decidida y profunda, despierta algo en mí que preferiría ignorar. Es la misma sensación

que me invade cuando me quedo mirando sus brazos. Pero qué brazos…

Suspiro frustrada, ya que, por una vez, mi cabezonería no me está sirviendo. Estoy cubierta de polvo, las manos me tiemblan por el volantazo, y me doy cuenta de que lo único que quiero es llegar al maldito establo.

Le lanzo una última mirada de advertencia antes de rodear la camioneta y abrir la puerta del copiloto. Giro mi cuerpo hacia la ventanilla, y rezo para que no me haya visto impulsarme en el asiento poder subir.

Mi metro sesenta me limita demasiado.

"No atropelles a ninguna vaca, por favor," mascullo cuando se sube, pero se mantiene impasible.

Me remuevo en el asiento, incómoda, consciente de su proximidad y del olor a cuero y campo que llena la cabina.

Espero a que se suba al vehículo y arranque para volver a hablar.

"¿Siempre conduces como si el diablo te persiguiera?," pregunto de repente, sin poder evitarlo.

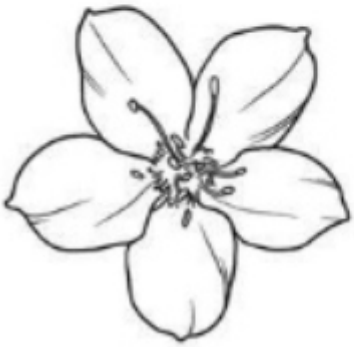
Weston alza una ceja, sin apartar la vista del camino.

"Solo cuando me cruzo con desconocidas que creen que una cuneta es buen sitio para aparcar."

Capítulo Tres

Sage





La incomodidad es palpable en el ambiente. El aire se siente cargado pese a llevar las ventanillas abiertas. Weston se queja de mi forma de conducir, pero es él quien parece ir de rally por los senderos de tierra.

Los minutos se me hacen eternos dentro de este reducido espacio con la persona más inmadura que conozco, porque… ¿quién es capaz de hacerle la cruz a alguien que acaba de conocer? Weston no dice ni una palabra, pero por la forma en la que aprieta la mandíbula cada vez que lo miro de reojo, juraría que lo que tiene en mente no es precisamente bonito.

A pesar de la mueca que hace cuando giro mi cuerpo hacia él, no me corto un pelo cuando lo observo. O más bien… lo devoro con los ojos.

Su camisa de franela sigue remangada por los codos, dejando al descubierto sus enormes antebrazos tatuados, casi del tamaño de mis muslos. Su pelo permanece oculto bajo la gorra de béisbol desgastada y, como no se asoma ni un solo mechón rebelde, intuyo que lo lleva rapado.

Noto cómo su rostro está en constante tensión, desde su ceño fruncido hasta su mandíbula marcada, sin poder obviar sus pómulos rígidos. Mantiene las manos en el volante, aferrándolo con tanta fuerza que los nudillos se le van poniendo cada vez más blancos. Como si con eso pudiera contener las ganas de estrellar la camioneta…

Estoy bastante segura de que está imaginando que el volante es mi cuello.

Lo que él no sabe es… que no me desagradaría tanto.

Me giro hacia la ventanilla con la cara ardiendo antes de que mis pensamientos tomen un rumbo inapropiado.

Esta persona no te soporta, Sage. Contrólate.

En un intento de distraerme, observo cómo los extensos campos de cultivo se deslizan a toda velocidad a través de la ventanilla. No llevo ni dos horas aquí, pero ya hay algo en este paisaje que empieza a gustarme. Podría acostumbrarme a verlo cada día.

Los minutos pasan y el silencio se me hace cada vez más insoportable. Ni siquiera hay música que haga más ameno el viaje. Soy fiel creyente de que es mejor rellenar los silencios incómodos antes de que se alarguen demasiado, por eso no soy capaz de mantener la boca cerrada y digo lo primero que se me pasa por la cabeza:

"Emily me dijo que trabajas con el ganado y el cultivo."

No gira la cabeza hacia mí y tampoco responde, solo emite un gruñido por lo bajo, como si mi voz le irritara.

"El apartamento está genial, por cierto. Enhorabuena. Has hecho un trabajo increíble," insisto, fijándome detenidamente en su reacción, a ver hasta dónde puedo ir hasta que estalle.

No parece soltar prenda, así que cambio de estrategia.

"También me dijo que no eras tú quien mandaba, sino ella,"

Solo a mí me parece buena idea estar intentando hacer rabiar a mi posible jefe el primer día.

"Emily se encarga del papeleo. Eso no significa que sea la jefa," dice con frialdad.

Bingo.

Se me escapa una sonrisa ladeada, sabiendo que he dado justo en el clavo.

"¿Y qué te hace a ti apto para el puesto?," pregunto alzando una ceja, estirando un poco más la cuerda.

Pero parece que ya ha cumplido con su cuota de palabras por hoy, porque no contesta. Bufa, se revuelve en el asiento y se quita la gorra un momento para recolocársela, lo que me hace sonreír todavía más al confirmar mi teoría: está rapado.

El silencio vuelve, y esta vez aguanto unos minutos más antes de hacer la pregunta que lleva rondando en mi cabeza desde que pisé Almond Valley:

"¿Cómo te llamas?" Una pregunta que podría parecer estúpida, si se hubiera molestado en presentarse cuando llegué.

Me giro para observarlo, y otra vez está apretando los dientes.

"Wade. Wade Weston," murmura, aferrándose al volante como si le doliera físicamente darme esa información. Miro cómo se le tensan los músculos de los brazos y tengo que morderme la lengua para no decir lo que pienso.

"Pero todos te llaman Weston," acierto a decir, sabiendo la respuesta.

Asiente sin más.

"Yo soy Sage Reid," me presento, alargando una mano hacia él para intentar hacer las cosas bien. A lo mejor de esta manera podemos empezar de nuevo…

Pero mi buena voluntad se estrella contra el suelo cuando me mira la mano como si le estuviera ofreciendo una granada sin seguro. No la estrecha. Seguro que está haciendo una lista mental de todas las enfermedades que podría contagiarle.

Chasquea la lengua y vuelve la vista a la carretera como si mi mano no siguiera suspendida entre nosotros.

"Ya sé cómo te llamas," masculla, cogiendo aire con fuerza.

Imbécil.

Gruño, girándome hacia la ventana.

Detesto los silencios, pero detesto todavía más a Wade Weston.

Me paso todo lo que queda de camino rezando a Dios, al Diablo o a quien sea para que me mande trabajar lo más lejos posible de él. A poder ser, al otro lado del rancho.

Weston aparca la camioneta en la casa principal. Ya no hay rastro de Emily ni de Mira, así que respiro hondo antes de salir, mentalizándome para aguantar una tarde de silencio y una pésima compañía. Caminamos en silencio hasta los establos por uno de los senderos flanqueados de almendros. No florecen hasta invierno, y me pregunto si estaré aquí para entonces.

Las ramas de los árboles se entrelazan en lo alto, creando un túnel natural que parece sacado de un sueño, como si fuera la entrada al paraíso.

No me doy cuenta de que me he quedado atrás contemplando las vistas, hasta que la voz lejana de Weston me devuelve a la realidad:

"Tu tarea principal es el huerto," dice con voz profunda. Me apresuro a alcanzarlo, esperando que no se haya dado cuenta de mi retraso. "Eres el relevo de la abuela Mira. Ya es demasiado mayor para estar agachada tantas horas."

Asiento, siguiéndolo hasta la entrada del establo.

Como el resto de las construcciones de la granja, está hecho de madera, con esas vigas gruesas y oscuras que parecen haber aguantado décadas de viento, sol y trabajo. Me sorprende su tamaño; el establo de mi abuelo era poco más que una cabaña modesta, con tres cuadras apretadas y un cuartito al fondo donde dejábamos los arreos.

Pero el de Almond Valley es otra historia. No se trata de un único edificio, sino de tres estructuras unidas como si formaran un pequeño complejo. El del centro es el más alto, con un gran portón doble y una veleta en el tejado con forma equina; intuyo que es donde guardan a los caballos. A su derecha hay otro más largo y bajo, probablemente para las vacas. El último, al otro lado, tiene las puertas entreabiertas y el olor inconfundible a heno flota en el aire,

así que acierto a pensar que es donde se almacena el alimento de los animales.

"Trabajarás con Lib por las mañanas. Ella te lo enseñará todo," continúa hablando Weston, abriendo una de las puertas dobles del establo principal.

"¿Quién es Lib?" Entro cuando sujeta la puerta abierta y se hace a un lado para que pase.

"Mi hermana mayor," responde a mi espalda.

Vuelvo a asentir. No lo veo, pero parece que si limito las preguntas a una por conversación evitaré su frialdad.

Cierra la puerta tras de sí, volviendo a adelantarme para ir hacia una sala que, por el olor a cuero y la inconfundible herradura de un caballo colgada hacia abajo en la puerta, es el guadarnés.

Tengo que correr para seguirle el ritmo. Mis cortas piernas no tienen nada que hacer ante su metro ¿ochenta? ¿noventa? Todo me resulta gigante desde mi corta altura…

Entro en la pequeña sala, llena de cabezadas de trabajo y monturas ordenadas en sus respectivos ganchos. Las paredes están cubiertas por baldas de madera clavadas a diferentes alturas, que sostienen cajas rebosantes de cepillos, limpia cascos y rasquetas. Me sorprende ver en una esquina, casi como si estuvieran ocultos a propósito, varios trofeos de concursos de Cross y Raid.

En la pared del fondo, bajo una amplia ventana que da al prado, cuelgan docenas de sudaderos de distintos colores. Sonrío cuando levanto la vista y veo varios caballos pastando bajo el sol a través del cristal.

Me acerco hasta Weston, donde contempla el corcho que tiene delante, lleno de papeles y carteles de concursos sujetos con chinchetas.

"Todos los días comienzan a las ocho en el establo. Aquí vendrás para revisar qué te toca hacer. Tendrás todo el día para completar las tareas de la lista," explica, señalando con la mano la hoja donde aparece escrito **Sage** y una lista de al menos veinte cosas.

Se lleva una mano al bolsillo trasero de sus vaqueros y me tiende un pequeño aparato negro.

"Es un walkie," explica, al ver mi expresión de confusión, como si fuera obvio. "No lo hemos usado nunca. De hacerlo, sería solo para anunciar cambios de última hora o emergencias."

¿No pueden usar el teléfono como personas normales? ¿O aquí no ha llegado la tecnología?

"Hay zonas donde no hay cobertura," añade, como si me leyera el pensamiento. "No lo uses a menos que sea una emergencia," repite, con tono severo.

Asiento, guardándome el dispositivo en el bolsillo.

"Aunque algo me dice que tú y las emergencias vais de la mano," murmura, haciendo una mueca mientras me lanza una mirada de arriba abajo.

No respondo. En parte porque su comentario me ha dejado en blanco y en parte porque, aunque me cueste admitirlo viniendo de Weston, tiene razón.

"¿Alguna pregunta?"

¿Cuándo te quitarás el palo que tienes metido por el culo?

"No, jefe." Hago un saludo militar con cara seria, pero no parece hacerle demasiada gracia porque se limita a mirarme apretando la mandíbula y a soltar un bufido antes de darse la vuelta.

Lo miro mordiéndome el interior de la mejilla mientras sale del guadarnés y camina hacia la puerta del establo. Me quedo de pie en medio de la salita, sin saber muy bien qué hacer. No me ha dado instrucciones específicas, y por la hora que es, dudo que quiera que me ponga con las tareas del día… ¿no?

Estoy a punto de dar un paso al frente para preguntarle qué sigue ahora, dándome una colleja mentalmente porque acaba de preguntar si tengo preguntas y he dicho que no, cuando se vuelve hacia mí con el ceño fruncido.

"¿Vienes o qué? No te pago para que estés ahí parada."

¿Sabes qué? La colleja se la daría a él sin pensármelo dos veces.

Reprimo un insulto antes de seguirlo, sintiendo la vena de mi frente palpitar con fuerza.

Una semana. Una semana de prueba y luego dejaré de tener que estar detrás de él como un caballo detrás de una zanahoria.

Capítulo Cuatro

Wade



No sé de dónde ha salido esta mujer, pero está acabando con mi paciencia. Si vuelve a abrir la boca para preguntar alguna tontería más, juro que no me haré responsable de mis actos.

No lleva ni medio día aquí y ya ha demostrado ser descarada, irritante y distraída. Para lo pequeña que es, resulta increíble lo molesta que puede resultar; como una mosca: siempre revoloteando delante de mi cara sin dejarme en paz.

Vamos al huerto donde a partir de mañana va a trabajar todos los días. Está a pocos metros del establo, al otro lado del prado para los caballos, así que puede ir caminando desde la casa principal sin tener que estar pendiente de la camioneta.

El invernadero ocupa gran parte del huerto, así que le enseño las frutas y verduras que cultivamos, los cuidados y la plantación.

Solo tendrá que encargarse de que los alimentos crezcan adecuadamente, limpiar las malas hierbas, revisar el sistema de riego por si da problemas e ir recolectando cuando sea necesario.

Para mi sorpresa y disfrute, se mantiene en silencio sin hacer ni una sola pregunta. La brisa suave, que anuncia el comienzo del verano, le revuelve el cabello negro y rizado que le cae en cascada por la espalda, casi hasta las caderas. No contrasta con su piel, como uno esperaría de alguien que viene de la ciudad, porque está bronceada. Me pregunto en qué tipo de trabajo ha estado para tener ese tono si apenas llevamos unas semanas de verano. Aunque, pensándolo bien, solo sé que viene de una ciudad, no cuál. Tal vez venga del otro lado del mundo.

Me mira fijamente a través de las gafas de pasta que resultan demasiado grandes para la delicadeza de sus facciones. Estoy a punto de preguntarle si le gustan las vistas para ver cómo se sonroja, pero me muerdo la lengua al notar su expresión. Tiene la mirada ausente, como si en realidad no estuviera aquí conmigo.

Es la cuarta vez que le pasa hoy. La primera fue cuando llegó y nos dio la espalda cuando estábamos en el porche, perdida en sus pensamientos. Otra vez en el coche, viniendo al establo, la siguiente en el sendero, donde se quedó atrás y tuve que esperarla, y ahora esta. No sé qué tiene en la cabeza que le ocupa tanto espacio, pero más le vale que no le influya a la hora de trabajar.

Continúo hablando, esperando que vuelva a aterrizar en la tierra, y termino de explicarle qué es cada planta y sus respectivos cuidados. Parece despertar cuando escucha mi voz, y asiente, concentrada, como si estuviera reteniendo la información cuidadosamente.

"Si tienes alguna duda podrás preguntarle a Lib. Viene todas las mañanas antes de irse a la tienda del pueblo," añado, dando la conversación por finalizada.

Sage vuelve a asentir. Estoy dispuesto a darme la vuelta e irme, cuando la escucho carraspear. Cierro los ojos, sabiendo lo que me espera a continuación.

"¿Estaré sola el resto del día?"

Estos últimos minutos habían sido perfectos, pero tiene que arruinarlos abriendo la boca.

Me muerdo el labio inferior y me giro para mirarla.

"Sí. No tendrás problema. El huerto ya está sembrado, así que no requiere mucho mantenimiento hasta que crezca. Podrás ocuparte de las otras tareas el resto del día. No te creas que estarás sin trabajar."

"¿Y si tengo dudas de las otras cosas y no hay nadie cerca?," pregunta. Me encantaría decir que insiste para sacarme de mis casillas, pero parece realmente preocupada.

Suspiro pesadamente, levantándome la gorra en un gesto automático para colocarme el pelo, y me sorprendo al sentir la suavidad del rapado. Todavía no me he acostumbrado al nuevo corte.

"Te daré mi número y el de Emily por si acaso."

Me arrepiento de mis palabras nada más pronunciarlas. No sé por qué le estoy dando mi número, pero ya está hecho y no pienso retractarme.

Asiente, sacando el móvil del bolsillo trasero de sus pantalones. Me fijo en cómo la tela se ciñe a su cuerpo, marcando su figura sin disimulo. Tiene una cintura estrecha que contrasta con unas caderas redondeadas y firmes, y durante un segundo demasiado largo, me descubro observándola más de la cuenta.

Maldigo en silencio y aparto la vista, cerrando los ojos como si pudiera borrar la imagen, pero sé que es inútil; se ha quedado grabada a fuego en mi mente.

Me aclaro la garganta antes de añadir:

"Haz como si no tuvieras el mío. Si tienes alguna duda, llama a Emily."

No espero a ver su reacción, girando sobre mis talones para marcharme. Todavía me queda trabajo en el campo, así que mejor acabar cuanto antes y terminar con el día de hoy.

Tengo que coger la pequeña mochila de herramientas antes de volver a casa para ensillar a Shiny. La preparé hace años, cuando entendí que moverme a caballo por la granja cargando una caja metálica era lo menos práctico del mundo. Hacer equilibrios con algo

tan pesado mientras galopas por el campo no solo suena complicado: lo es, y mucho.

Entro en el guadarnés, revisando que esté todo en su sitio, y cojo la mochila para llevármela al hombro. Contemplo las vistas a través del gran ventanal que da al prado, dándome un momento para respirar y dejar la mente en blanco. Doy gracias por el silencio y la calma del establo, tan diferente a la energía inagotable que parece tener Sage Reid.

Suelo estar solo la mayor parte del día, así que haberla tenido pegada como una lapa toda la tarde me ha hecho sentir más como su niñera que como su jefe. No sé si lo sabe, pero la mayor parte del tiempo ha sido como tener un grano en el culo.

Gracias a Dios, no me encuentro con ella y sus preguntas insufribles por el sendero hasta la casa principal. Desconozco qué está haciendo y con quién, pero no puede importarme menos. Mañana comienza a trabajar, y una parte de mí desea que sea un completo desastre para poder echarla y no volver a verla en mi vida.

Emily debe estar preparando la cena de esta noche en el interior de la casa, porque no hay ni rastro de ella ni de Mira en el porche. Me subo a la camioneta reprimiendo un suspiro, pensando en que, con suerte, hoy será la primera y última vez que cene con Sage Reid en la misma mesa con mi familia.

Me había preparado para recibir a un hombre, callado y tranquilo, no a una mujer con vitalidad arrolladora, cargada de preguntas insoportables y una presencia que no puede ignorarse.

Trato de sacármela de la cabeza, pero se convierte en un pensamiento recurrente todo el viaje. Aun no estando aquí, me irrita con su presencia. Incluso su camioneta aparcada en la cuneta me lo recuerda cuando apago el motor frente a mi casa.

Rodeo la propiedad para llegar a la zona trasera, donde Mud y Shiny pastan tranquilamente. Ambos levantan la cabeza al oír mis pasos, pero es Shiny quien mueve la cola y se acerca con su trote alegre para saludarme. Mud, en cambio, sigue en su línea de no querer verme ni en pintura, resoplando con fuerza y girándose para mostrarme su enorme trasero moteado.

Parece haber olvidado que fui yo quien lo rescató de aquella cuadra minúscula, sellada a cal y canto, con agujeros por donde el maltratador de su dueño metía palos para golpearlo.

Acaricio con suavidad el blanco pelaje de Shiny, sonriendo al recordar el día que llegó. Lib vino a mi casa por sorpresa con el remolque enganchado en la camioneta. Lo recuerdo a la perfección: estaba tambaleándose, débil por la falta de comida, aún con la angustia por la reciente pérdida de su madre, que había muerto al dar a luz. Me sorprendió confiando en mí al instante, convirtiéndonos desde ese momento en el binomio perfecto.

Le di el biberón, lo vi crecer, lo domé cuando pude ponerle una cabezada y lo monté cuando cumplió tres años. No me he separado de su lado desde que llegó, y sin duda ha sido el mejor regalo que me han hecho nunca.

Su presencia ha sido como una constante en mi vida, tanto en los días buenos como en los malos. La forma en que creció, convirtiéndose en este majestuoso caballo, siempre me ha recordado que, a veces, las mejores sorpresas vienen sin previo aviso.

No es el caso de Sage Reid.

Ella es una sorpresa terrible que solo puede acabar en catástrofe.

Ensillo a Shiny después de cepillarlo a conciencia para quitarle el polvo y cuando está listo lo saco del cercado para subirme a él. Troto tranquilamente por los caminos de tierra que serpentean a través de los amplios cultivos. Tengo que llegar hasta el cercado de maíz para arreglar el cierre de una de las puertas, que lleva rota más de un mes. Es de estos trabajos pequeños que pospones hasta que pasan los días, meses y luego años.

¿Y por qué quiero arreglarla ahora, después de tanto tiempo? Porque era arreglar la dichosa puerta o aguantar a Sage hasta la cena.

Giro a la izquierda para hacer el último tramo hasta el cercado, pero una silueta a lo lejos me hace fruncir el ceño y cambiar de dirección. Cabalgo colina arriba hasta llegar a una zona llena de árboles, que se hacen más frondosos a medida que avanzo y tengo que esquivar algunas ramas bajas.

Hago que Shiny reduzca el paso y troto hasta llegar a su altura. Lo miro con los labios apretados, buscando en su expresión algo que me haga saltar las alarmas. Los rizos castaños asoman bajo su sombrero marrón oscuro, tan desordenados como siempre. Lleva una camisa granate metida a la fuerza en unos vaqueros tan ajustados que no entiendo cómo no le cortan la circulación, y mucho menos cómo ha conseguido subirse a Raven sin dislocarse algo. Las botas, del mismo color que el sombrero, asoman la punta bajo el pantalón. Tiene los pies fuera de los estribos y estira las piernas como si estuviera de vacaciones.

Todo parece en orden. Incluso su barba de varios días es parte del conjunto habitual; a veces ni se afeita por pura pereza.

"¿Día duro?"

Tate tiene la manía de leer a la perfección mis expresiones y mi lenguaje corporal solo para luego hacerme la pregunta más obvia del mundo.

Ahora que lo pienso, me recuerda un poco a Sage.

Asiento, poniendo los ojos en blanco, sin darle el placer de escuchar una respuesta cortante.

"¿Qué tal la nueva?," añade, con un tono burlón que me hace querer tirarlo del caballo y empujarlo colina abajo.

Elevo una ceja. "¿Sabías que era una mujer?"

"Pues claro que sabía que era una mujer." Suelta una carcajada, y, en vez de explicarme por qué, sigue partiéndose de risa hasta que le lloran los ojos.

"¿Puedes comportarte como un adulto por una vez y decirme por qué sabías que era una mujer?," gruño, sintiendo cómo la poca paciencia que me quedaba desaparece de mi cuerpo.

"Todos lo sabíamos, Weston."

"Yo no."

"¿No viste los correos electrónicos?"

"Está claro que no."

Tate me sostiene la mirada unos segundos, pero no aguanta demasiado porque vuelve a desternillarse de risa. Yo no le veo la gracia a la situación por ninguna parte.

“Mamá nos lo dijo a todos. Parece que no le pareció necesario comunicártelo a ti,” logra decir entre jadeos, limpiándose las lágrimas con el dorso de la mano.

Abro la boca con incredulidad. Emily. Mi propia madre. Jugándomela de esta manera.

“Perfecto,” mascullo. “Mi madre le cuenta a todo el mundo que Sage es una mujer menos a mí. Muy considerada por su parte.”

Tate se encoge de hombros, pasándoselo en grande con la situación.

“A lo mejor pensó que te lo tomarías así, como estás haciendo ahora.”

“¿Y cómo lo estoy haciendo exactamente?”

“Como si alguien te hubiera disparado en el orgullo.” Se vuelve a encoger de hombros, con esa tranquilidad suya.

Le lanzo una mirada furiosa, pero él sacude la cabeza con un resoplido.

“Mira, no es para tanto. Es una mujer. Respira. Según su currículum sabe montar a caballo y hacer todas las tareas de la granja. Seguro que hasta sabe usar un martillo. Quién lo diría, ¿eh? El apocalipsis está más cerca, Weston.”

“No necesito a otra bocazas persiguiéndome por toda la granja como si fuera su entretenimiento personal,” espeto, harto de su condescendencia.

“¿Y qué tal si, no sé… hablas con ella y la tratas como un ser humano normal?”

“No quiero hacer amigos, Tate.”

“Ya te digo yo que con esa actitud tampoco conseguirías hacer ninguno.”

“Entonces, ¿cuál es el problema?”

“Tú, Weston. Tú eres el problema. Tu actitud es el problema siempre.” Me señala de arriba abajo con un ademán, torciendo el gesto. “Estoy seguro de que Sage es encantadora y la pintas como el demonio porque no aguantas a la gente encantadora.”

Suelto un bufido, rodando los ojos, pero no contesto.

“No te vendría mal hacer algún amigo,” dice, suavizando su tono. Sigo sin responder, demasiado orgulloso para darle la razón o

discutir por más tiempo.

Nos quedamos en silencio un buen rato, mirando el horizonte, cada uno perdido en sus pensamientos.

"Piensa en lo que te he dicho. Nos vemos en la cena."

Tate se despide con una ligera inclinación de cabeza mientras aprieta los costados de Raven, saliendo al galope hacia los establos.

Me quedo ahí, en mitad del campo rodeado de árboles, viendo cómo el sol baja con lentitud hacia las colinas y tiñe el paisaje de naranja.

Sacudo la cabeza con la intención de olvidar las palabras de Tate. Me conoce demasiado bien como para no saber que, si hay algo que me define, es la cabezonería. Así que si cree que voy a cambiar de actitud con Sage sin una buena razón de peso, está muy equivocado.

Busco mi móvil en el bolsillo de los pantalones, haciendo contorsionismo encima de la silla para sacarlo. Miro la hora y suelto un suspiro. Apenas me quedan cuarenta minutos para llegar al otro cercado, arreglar la maldita puerta, volver a casa para dejar a Shiny, darme una ducha rápida y conducir hasta la casa principal.

Miro a las montañas y luego al cercado. Otro día la arreglaré.

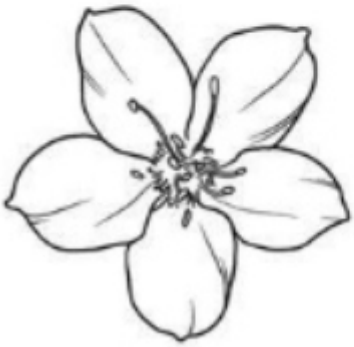
Hoy no tengo paciencia ni para puertas rotas ni para sorpresas inesperadas con rizos rebeldes. Y lo peor de todo es que el día aún no ha terminado. Me espera una cena que promete ser el mayor sufrimiento de mi vida.

¿Tate Weston y Sage Reid en una misma mesa, conmigo como objetivo? Prefiero la horca.

Capítulo Cinco

Sage





Pasan varios minutos desde que Wade me deja plantada como a una hortaliza en medio del huerto hasta que recobro la consciencia. Mentiría si dijera que nunca nadie me había tratado con tanta condescendencia y arrogancia, pero crecí en familias de acogida, así que aprendí pronto que no todos los adultos son buenas personas. Aunque todavía no puedo decir si Wade Weston es una buena o mala persona, sé que puede conseguir el premio al mayor idiota del mes… o del año.

Cuando salgo de mi estupor, desviando la vista de donde Weston ha desaparecido entre los árboles, decido ir a dar una vuelta por el huerto. La tierra está húmeda gracias al sistema de riego automático que serpentea entre las diferentes plantas. Trato de familiarizarme con los tipos de frutas y verduras que se cultivan

tanto en el exterior como dentro del invernadero, recordando todo lo que me enseñó mi abuelo cuando era solo una cría.

Nos pasábamos el día en el campo, siempre con tierra debajo de las uñas. Reid —así lo llamábamos todos en el pueblo—, fue quien me enseñó a montar a caballo. Tenía solo dos años cuando me sentó en Trent, su enorme caballo bayo de más de veinticinco años. Llevaba jubilado mucho tiempo, así que su rutina diaria era pastar y aguantar estoicamente la energía de su compañera de prado, Poppy.

Reid compró a la joven yegua negra para mí, para que cuando creciéramos pudiéramos aprender juntas. Era su manera de decirme que deseaba que yo echara raíces allí, entre caballos y montañas. Yo estaba entusiasmada con la idea, y le prometí que cuidaría de Poppy como me enseñó: con respeto, paciencia y responsabilidad.

Pero a veces la vida no respeta las promesas. Poppy sufrió un cólico fulminante poco después de que mi abuelo falleciera, cuando yo tenía apenas doce años. No hubo forma de salvarla, y la promesa que le había hecho a Reid se desvaneció como si el viento se la hubiera llevado. Recuerdo aquella sensación de estar perdida, sola, como si todo lo que me ataba a él hubiera desaparecido también. Fue como perder otro pedazo de hogar. Otro trozo de familia.

Cuando pienso en mi abuelo, recuerdo el olor a heno impregnado en su ropa, su voz grave tarareando distraídamente alguna canción de la radio y sus manos firmes pero delicadas enseñándome a sujetar las riendas de Trent.

Él es el protagonista de todos los recuerdos felices que tengo de cuando era pequeña. Pero, tras su muerte, todo se vino abajo. Mi infancia se esfumó con él, y en mi adolescencia me vi obligada a crecer demasiado pronto, a entender el mundo antes de tiempo.

Hacía mucho que un lugar no me removía tanto los recuerdos. Este sitio, con su olor a tierra y cuero, despierta memorias que creía enterradas. Los años yendo de una casa de acogida a otra me dejaron cicatrices, y al recordar pedazos de una de ellas, el pecho me duele como si me faltara el aire. Mi cuerpo reacciona solo: me encojo sobre mí misma, cierro los ojos con fuerza y me rodeo el abdomen con los brazos, tratando de coger aire.

No sé cuánto tiempo pasa hasta que logro respirar hondo y mi corazón deja de golpear como un martillo contra mi pecho. Aún no me atrevo a abrir los ojos. Me quedo ahí, quieta, como si pudiera espantar los recuerdos que me acosan cada noche en sueños.

Lo que me sorprende es que esta vez me hayan alcanzado a plena luz del día.

El viento me acaricia el rostro, haciendo que las lágrimas que han mojado mis mejillas me traigan de vuelta a la realidad. Respiro hondo antes de abrir los ojos, obligándome a sacudir la sensación de ahogo que aún oprime mi pecho. Con movimientos lentos y suaves, me incorporo poco a poco, aflojando el agarre de mis manos hasta dejar caer los brazos a los costados. Mi cuerpo se siente pesado, como si la tormenta en mi cabeza hubiera drenado toda mi energía.

Me paso las manos por el pelo, masajeando las raíces para no deshacer los rizos, cuando un sonido agudo y estridente me hace pegar un brinco. Me quedo sin aliento durante un segundo eterno, hasta que por fin caigo en la cuenta: es solo mi móvil. Exhalo despacio, sintiéndome un poco idiota por haberme asustado tanto por algo tan simple.

Otro nuevo mensaje rompe el silencio como un latigazo. Pego otro bote, y casi me voy de culo al suelo, pero logro recomponerme en el último segundo. El corazón me late otra vez desbocado por el susto.

Genial. Justo lo que necesitaba.

Saco el móvil del bolsillo de mis vaqueros con manos temblorosas, y veo el nombre de Emily parpadeando en la pantalla.

Emily: En una hora cenamos. Ven cuando quieras.

Trago con fuerza antes de contestarle, guardando mis recuerdos en un rincón de mi mente. Le digo dónde estoy y que voy de camino, así que echo a andar hacia los establos. Lo cierto es que ya tenía el número de Emily antes de que Weston me lo diera, pero supongo que estaba tan alucinada de que se ofreciera a dármelo él mismo que no supe ni cómo reaccionar.

Aunque para la respuesta que me soltó, bien podría haberle dicho que se lo metiera por donde le cupiera.

Como las cuadras quedan de camino hasta la casa principal, aprovecho para hacer una paradita en el guadarnés. El olor a cuero me envuelve una vez piso la sala llena hasta arriba de material de equitación. Busco mi nombre en el corcho y levanto el móvil para hacer una foto de la lista de tareas. Podré revisarla antes de acostarme y hacer un plan mental del orden que voy a llevar.

Quiero estar preparada, y si puedo ahorrarme ver a Weston por la mañana, mejor.

Seguro que es de esos que se levantan antes de que amanezca y trabaja incluso después de cenar. Espero que la suerte me sonría un poco, porque darme un jefe normal era mucho pedir.

Camino con la puesta de sol a mi espalda, que tiñe de tonos anaranjados todo el sendero de almendros. La calidez del entorno hace que me sienta algo mejor, después del pequeño ataque de ansiedad, y poner buena cara ya no me resulta tan difícil. Siento cómo la energía vuelve poco a poco a mi cuerpo y cada paso es como si reconectara conmigo misma. También me anima el hecho de que voy a cenar con la familia Weston y, si ellos están de mi parte, nos lo podremos pasar muy, pero que muy bien tocándole las narices a Wade.

Llamo a la puerta y espero bajo las pequeñas luces que iluminan el porche de la casa de Emily y Mira. Siento un cosquilleo de nerviosismo; no me incomoda comer delante de desconocidos ni soy especialmente escrupulosa, pero cenar con mis jefes el primer día, sin apenas conocerlos, es un tanto… extraño.

Emily me abre la puerta con una sonrisa enorme y me envuelve en un abrazo antes de darme tiempo para saludarla.

"¿Qué tal, Sage?" Se hace a un lado de la puerta, invitándome a entrar. "¿Has visto los establos y el huerto?"

"Sí, señora." Entrecierra levemente los ojos, y me corrijo al instante. "Emily."

"¿Qué te parece el invernadero?," pregunta con verdadero interés.

“Es increíble. Hacía mucho que no veía uno tan grande,” respondo, levantando las cejas. El de mi abuelo era de unos pocos metros, nada en comparación con el que tiene la familia Weston.

“En verano apenas es necesario, pero los inviernos suelen ser muy duros,” explica, poniendo una mano en mi espalda para guiarme hasta la cocina.

“¿Ya están todos?,” pregunto cuando entramos, intentando aplacar los nervios con un poco de conversación.

Emily asiente. “Tate y Wade ya están en el salón.” Debe ver mi cara de confusión, con el ceño levemente fruncido, porque añade: “Tate es mi hijo pequeño.”

“Y la mayor es Lib, ¿no?”

“Así es.” Asiente con una sonrisa preciosa, como si hablar de ella la iluminara. “Por desgracia hoy no puede venir, pero mañana la conocerás en el huerto. Supongo que Weston te habrá dicho que va todos los días antes de ir a la tienda.”

Asiento como respuesta.

Sigo algo tensa por tener que estar sola en el huerto o con otras tareas de la granja. No quiero que, si algo sale mal, sea porque nadie me supervisa y no porque no sepa hacerlo.

“No estés nerviosa,” dice, apoyándose en la encimera, como si pudiera escuchar mi lucha interna

Reprimo un suspiro, cruzándome de brazos. “Realmente *quiero* trabajar aquí.”

“Entonces lo harás. Si lo tienes tan claro, es por algo,” dice, guiñándome un ojo.

La miro un segundo, dándole vueltas a sus palabras, y mis labios terminan dibujando una sonrisa sincera.

“¿Te ayudo a llevar la comida a la mesa?”

“Creo que me he pasado con las cantidades, así que me harías un gran favor,” dice riendo, mientras asiente con energía.

Entre las dos conseguimos colocar toda la comida en un par de bandejas enormes. Es evidente que hay demasiada, y le repito como veinte veces que no se preocupe, que ya se comerá o me lo llevaré a casa encantada. Emily se mueve por la cocina como un torbellino, buscando utensilios para servir y dejarlo todo perfecto.

“Me sabe fatal que estés ayudándome, siendo la invitada, mientras los vagos de mis hijos están en el salón sin mover un dedo.”

“No te preocupes, Emily, eres su madre. Siempre puedes castigarlos sin cenar y que nos vean comer mientras se les hace la boca agua.”

Emily se ríe con ganas y yo me uno a ella, dejando que la risa aplane un poco los nervios que aún revolotean en mi estómago. Cogemos las bandejas sin hablar, y trato de contener la risa floja que amenaza con escaparse mientras atravesamos el pasillo. Por la cara que está poniendo Emily, sé que está haciendo una lista mental de pros y contras sobre dejar sin cenar a sus hijos adultos.

Al llegar al salón, dejamos las bandejas sobre la mesa de madera del comedor, y justo cuando Emily se gira para mirarme con la cara roja y los labios apretados, ya no puedo más. Su expresión me remata. Una carcajada escapa de mis labios, llenando el silencio de la sala.

“¿Estáis bien?,” pregunta una voz masculina al otro lado de la habitación. El tono divertido me hace alzar la vista, y trato de contener la risa para enfocarlo.

Está sentado en una butaca frente a la televisión. El parecido con Emily es increíble, y me permito unos segundos para observar sus rasgos detenidamente. Todo en él emana masculinidad, diversión y un brillo de picardía en los ojos que lo vuelve magnético. A simple vista cuesta creer que comparta genes con Weston.

De no saber que son hermanos, ni siquiera diría que son de la misma especie. Apostaría lo que fuera a que Wade es adoptado.

De un psiquiátrico.

“Perfectamente, Tate,” consigue decir Emily a mi lado, recuperando el aliento.

La veo de reojo secándose las lágrimas que corren por sus mejillas con la manga de su camisa negra. No aparto la vista de su hijo, intentando adivinar si mi plan de molestar a Wade podrá ser efectivo o si tiene el mismo carácter huraño que su hermano.

“No nos han presentado, soy Tate Weston,” dice con una sonrisa ladeada, levantándose del sillón para acercarse a mí con el brazo

extendido.

Mi cuerpo se relaja al ver que lo único que tiene en común con Wade Weston es el cuerpo musculoso.

"Sage Reid," me presento, estrechando su cálida mano con firmeza.

Le sostengo la mirada varios segundos, observando embelesada esos ojos, azules como el cielo en un día soleado. Pero soy la primera en apartar la vista por su intensidad. Me incomoda. No por dureza, sino porque me da la sensación de que ve más allá de lo que muestro a simple vista.

Se aparta de mí sin comentar nada, rodeando la mesa de madera oscura para quedar frente a nosotras.

"Estaba deseando conocerte, Sage. Mi hermano me ha contado verdaderas maravillas sobre ti." Me guiña un ojo, y no puedo evitar reírme. No porque me lo crea, sino porque no lo hago.

Estoy convencida de que Weston se ha quejado de mí como si Tate fuera su psicólogo o algo por el estilo. Lo imagino diciéndole que hablo mucho, que soy muy intensa, que lo saco de quicio…

Pues que se joda. Si le pica que se rasque.

"No llevo ni un día aquí."

"Suficiente para dejar huella," dice, encogiéndose de hombros.

"¿Eso es algo bueno o malo?," pregunto, cruzándome de brazos.

Emily suelta una risa a mi lado, y elevo una ceja mirando a Tate.

"Depende de quién lo mire. Para mí, algo bueno. Para Weston, algo terrible," responde con una sonrisa sincera, guiñándome el ojo otra vez.

Resoplo, poniendo los ojos en blanco, pero imito su sonrisa.

"Mi hermano no es precisamente fan de las sorpresas," continúa diciendo. "Ni de las personas que hablan con frases compuestas."

"Entonces le va a encantar que me quede."

"Cuento con ello," asiente, divertido.

Se deja caer en la silla y yo hago lo mismo, acomodándome junto a Emily. No tengo ni idea de si este es el sitio de Weston pero, sinceramente, por mí como si se pilla un berrinche y se va a cenar al porche. Solo.

“Hablando del rey de Roma…,” murmura Tate, apoyando los codos en la mesa.

“Vamos a cenar ya, antes de que se enfríe la comida.” La voz profunda y grave de Weston suena a mis espaldas, erizándome la piel y provocándome un desagradable escalofrío.

“Te estábamos esperando, listillo,” dice su hermano, pellizcándole el brazo cuando se sienta a su lado.

“Te la vas a llevar,” amenaza en un susurro, fulminándolo con la mirada.

Si todas las noches vamos a estar juntos, esto va a parecer más un campo de batalla que una cena familiar.

Sin embargo, la velada transcurre en un ambiente sorprendentemente cálido. A pesar de ser la nueva, me tratan como si llevara años sentada en esta mesa, como si fuera una Weston más. Excepto Wade, claro. Él se limita a comer con el ceño fruncido, mirando a su plato como si tuviera ganas de cogerlo y estampárnoslo en la cabeza. Aunque estoy segura de que yo sería su único objetivo.

Cuando terminamos, todos ayudamos a Emily a limpiar y recoger. Tate me va pasando los platos para colocarlos en el lavavajillas después de echarles agua en el fregadero. Seguimos hablando y riendo, contándome anécdotas de la granja y cualquier ocurrencia que se nos pasa por la cabeza.

Es extraño… hacía mucho que no me sentía tan arropada por una familia. Después de mi paso por varias casas de acogida, ver una que funciona —aunque sea con sus rarezas—, me hace pensar en los años con mi abuelo y en lo mucho que lo echo de menos. Aquí me siento cerca de él…

Nos despedimos de Emily y Tate con una sonrisa y un abrazo. Digo “nos” por educación, claro. Weston no sonríe ni abraza ni se despide con efusividad.

“Por cierto, Sage.” La voz de Tate me hace girarme para mirarlo, todavía con el asa de la puerta de la camioneta de Weston entre mis dedos. “Si quieres montar a caballo puedes coger a Milo de los establos de arriba.”

“Genial,” respondo con una amplia sonrisa, y me despido una vez más con la mano.

El trayecto de vuelta está envuelto en el más absoluto silencio. Weston no enciende la radio, no habla, no carraspea siquiera. Solo se oye el ruido de las llantas sobre el camino de tierra y, de vez en cuando, el canto lejano de algún búho escondido entre los árboles.

Para alegría de Weston, estoy bastante cansada, así que no me molesto en fingir energía para seguir sacándolo de sus casillas. Tate y yo ya hicimos un buen trabajo durante toda la cena; seguir sería abusar. Y, francamente, no tengo ganas de averiguar cuáles son los límites de este hombre mientras conduce.

Suelto una risa seca al ver mi camioneta varada a un lado de la carretera, a pocos metros de la entrada. Anoto mentalmente sacarla mañana del camino.

Subimos las escaleras del porche en completo silencio y, cuando llego a mi puerta, me giro para mirarlo.

“Buenas noches, Weston.” Sonrío en su dirección, esperando que me corresponda. Pero, para sorpresa de nadie, emite un gruñido apenas audible, sin molestarse en devolverme la mirada, y entra en su casa cerrando la puerta con un golpe seco.

Segunda vez en el día que me deja plantada sin decir una palabra.

“Idiota,” mascullo entre dientes.

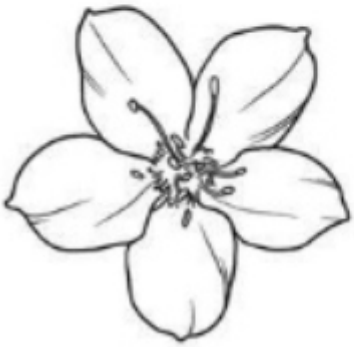
Entro en la oscuridad del apartamento y cierro la puerta con llave. Me acerco hasta la mesilla de la cama para encender la lamparita de noche y contemplo con las manos en las caderas la calma que emana el lugar. Esta casa es mía a partir de hoy.

Porque mañana, en mi primer día de trabajo, voy a demostrarle a Wade Weston que sé perfectamente lo que valgo.

Capítulo Seis

Sage





La alarma me pega tal susto que doy un salto en la cama y aterrizo de pie en suelo desconocido. No sé ni qué hora es ni dónde estoy. El corazón me palpita con furia contra el pecho, a punto de mudarse por la cantidad de ataques que me han dado en las últimas veinticuatro horas. El cielo todavía está oscuro fuera, así que enciendo la lámpara de la mesa de noche. Trato de ubicarme mirando al exterior, y siento cómo todo mi cuerpo se relaja al ver a los dos caballos tumbados en el campo trasero, iluminados por las lucecitas que cuelgan de la casa.

Estoy en Almond Valley. Mi trabajo soñado, o mi peor pesadilla, comienza hoy.

Reviso la hora en el móvil por si acaso y verifico que, efectivamente, me he levantado tres horas antes de que empiece mi

jornada. No sé exactamente cuándo termino, pero si Weston se piensa que voy a pasarme el día trabajando, ya puede ir olvidándose. Prefiero levantarme antes y terminar a una hora decente que acabar a las diez de la noche porque me ha hecho una lista infinita de tareas imposibles.

Me desperezo por última vez y hago unos estiramientos rápidos en el suelo. Si el día va a estar lleno de trabajo físico, mejor prevenir las agujetas de mañana. Busco mi maleta con la mirada y la encuentro abierta, tirada en el suelo en mitad del apartamento. La ropa está desordenada de cuando ayer busqué el pijama a toda prisa porque solo podía pensar en meterme en la cama e irme a dormir. Saco un conjunto sencillo: vaqueros desgastados y una camiseta de tirantes color mostaza. También cojo un jersey a juego, porque las mañanas en este rancho seguro que son frías. Ducharme ahora me parece absurdo, así que me prometo hacerlo cuando vuelva.

Termino de vestirme y me ato un pañuelo rojo en la cabeza para recoger mi pelo sin estropear los rizos. Quién le hubiera dicho a la Sage de diez años, esa niña rebelde, que algún día los cuidaría con tanto mimo. Como aquí no voy a poder seguir la rutina que llevaba en Blackwater, porque voy a estar todo el día sudada y llena de mierda, tendré que conformarme con llevar el pañuelo cuando trabaje.

Cojo las llaves de mi camioneta, pero antes de bajar las escaleras del porche para irme, decido ir a la casa de Weston para desayunar algo. Seguro que está durmiendo o trabajando, es imposible que me lo cruce. Además, yo no tengo ni cafetera, así que si me lo encuentro va a tener que joderse.

Para mi suerte, la puerta está abierta. Camino rápido hacia la cocina, no vaya a ser que aparezca de repente y me pille husmeando. Me preparo un café, unas tostadas con mantequilla y salgo al porche con el botín.

Tengo que hablar con Weston de esto. No pienso entrar a su casa a hurtadillas y con el corazón en la garganta todas las mañanas para tomarme un mísero café.

Cuando termino de desayunar y fregar todo, pongo rumbo al establo. Con algo de suerte, esta vez ningún lunático intentará arrollarme contra la cuneta.

Acerté al prever que la mañana sería fría. Los faros de mi camioneta iluminan el rocío que cubre la hierba de los campos de cultivo; la brisa, lejos de la calidez de ayer, me obliga a mantener las ventanas cerradas. La música suena a todo volumen por los altavoces del coche y canto con energía para terminar de despertarme.

La zona de la casa principal está desierta, pero no me paro a pensar si la gente estará durmiendo o trabajando y echo a caminar hacia el huerto. No paso por el guadarnés, pues ayer le hice una foto a la lista de mis tareas y tengo un plan perfecto para poder hacerlo todo. Por eso he venido más de dos horas antes.

La oscuridad me rodea todo el camino y tengo que usar la linterna del móvil para iluminar mis pasos. Recuerdo que ayer vi un interruptor en la zona del invernadero, así que confío en que haya luces por toda la zona. Camino a paso rápido, intentando que el frío no me llegue a los huesos y, para cuando llego a la estructura metálica cubierta de una lona transparente, me animo al ver varios interruptores en la pared.

Las luces iluminan el campo como si fuera un escenario a punto de comenzar su espectáculo. Cojo las herramientas del pequeño cuartito que hay a un lado y comienzo arrancando las malas hierbas del huerto exterior. Me va a llevar mínimo una hora limpiar todo, así que saco los auriculares del bolsillo de mis vaqueros y me pongo manos a la obra.

El tiempo pasa volando, entretenida entre malas hierbas y tierra húmeda. Me pierdo en mis pensamientos, y no puedo evitar preguntarme cómo he terminado aquí. Es curioso la de vueltas que da la vida. Ayer estaba en Blackwater con un trabajo estable en una clínica, y hoy estoy aquí, con las manos llenas de tierra en una granja perdida en mitad de la nada.

Parece mentira, pero el cambio ha sido a mejor.

Una vez terminada la tarea, estiro la espalda, me seco el sudor de la frente, me quito los restos de tierra de las manos como puedo

y voy a por mi siguiente trabajo. Está amaneciendo, así que sonrío con orgullo: creo que no me había organizado tan bien en mi vida.

Reviso que el sistema de riego funcione bien y pongo tutores en las plantas más altas para que no se ladeen. Lo último que pide la lista en el huerto es plantar los esquejes si tienen suficientes raíces. Entro al invernadero en busca de los recipientes de agua y los encuentro al fondo, escondidos en una esquina sobre una mesa de madera. Ninguno tiene raíces lo bastante grandes como para sobrevivir al trasplante, así que doy por finalizada la primera parte de la lista. Ya llevo la mitad y están a punto de dar las ocho.

Con una sonrisa de suficiencia, imaginándome la cara de sorpresa de Weston cuando vea cómo trabajo, me dirijo a los establos para continuar con mis tareas. A medida que me acerco a la gran estructura de madera, veo a varios trabajadores, todo hombres, saliendo a toda prisa por las puertas.

Me alegro de haberme ahorrado la charla motivacional de Weston o su explicación detallada sobre cómo tengo que hacer mi trabajo.

Estoy revisando por última vez el orden de las tareas del establo en el móvil cuando una voz fría y ronca me obliga a levantar la vista de golpe.

"¡Reid!," brama Weston con el ceño fruncido y la peor cara de enfado que haya visto nunca.

Y, tristemente, he visto muchas.

"¿Qué hay, Weston?," pregunto con tranquilidad, apoyando mi peso sobre una pierna.

"Es tu primer día y no has venido a las ocho al establo."

Vuelvo a mirar el móvil. Las ocho y cinco.

Frunzo el ceño, imitando su expresión.

"Cinco minutos tarde no son nada, Weston," replico, sabiendo que me la estoy jugando.

Deja de comportarte como una estúpida y sé sincera, Sage.

Debería hacerlo. Pero me hace demasiada gracia verlo tan tenso.

"Lo son si quieres seguir trabajando en mi rancho," responde con sequedad, cruzándose de brazos.

Vuelvo a imitar su postura, con el sentido de peligro completamente estropeado.

"Ve a ver el huerto y dime si estoy despedida."

Su expresión de enfado flaquea un momento, y su mirada baja por mi cuerpo sin disimulo. Se detiene unos segundos de más en mis manos cubiertas de tierra antes de volver a mi cara. Tengo tierra también en la frente, por haberme secado el sudor, pero no pienso limpiármela mientras Weston me observa con esa atención milimétrica.

"¿Quieres que me limpie la cara o vas a hacerlo tú?," pregunto, levantando una ceja.

Weston traga con fuerza, obligándome a mirar cómo se mueve su pronunciada nuez de Adán, y aprieta los labios como si necesitara toda la paciencia del universo para no estallar.

"Preferiría que llegaras a la hora."

"Llevo desde las cinco trabajando," replico, entrecerrando los ojos.

"¿Qué parte de «a las ocho en el establo» no entiendes?," pregunta, respirando con fuerza.

"¿Qué más da que no vaya a las ocho si he hecho la mitad de mis tareas?" Me encojo de hombros, viendo que esta conversación no nos está llevando a ninguna parte.

"¿Has hecho ya la mitad de tus tareas?"

Alza una ceja, entre sorprendido y sarcástico.

"¿Qué parte de «la mitad de mis tareas» no entiendes?"

De perdidos al río, supongo.

Me fijo en cómo aprieta los puños, todavía con los brazos cruzados, lo que hace que se tensen los músculos de sus antebrazos. Hoy no se ha remangado la camisa, *todavía*, pero la imagen de sus tatuajes aparece por mi cabeza como una visión celestial.

"¿Te caíste de la cuna de pequeña?," masculla, pero ya sin tanta convicción.

Intento con todas mis fuerzas no sonreír, pero su cara de haberlo descolocado me lo pone muy difícil.

"¿Vamos a seguir hablando con preguntas o me dejas seguir trabajando?"

Creo que he ganado, porque vuelve a resoplar y asiente sin mirarme. Sonrío con suficiencia, saboreando la pequeña victoria.

A Weston no le importa que haga bien el trabajo. Si no lo hago a su manera, no le sirve.

Malas noticias, Weston: me encanta inventarme las reglas.

No vuelvo a ver al que se cree mi jefe en toda la mañana, así que disfruto de las soleadas horas de trabajo acompañada de mí misma y mi música a todo volumen. Canto distraídamente mientras limpio las cuadras y repongo el heno; meto a los caballos del prado en sus cuadras y saco a los que ordena la dichosa lista; barro los pasillos de cemento impreso y termino antes del mediodía.

Solo me queda limpiar y organizar el guadarnés, pero si está igual que ayer cuando vine, dudo que me lleve mucho tiempo.

Empujo la puerta con el hombro y entro, con la seguridad de quien cree que va a hacer una tarea rápida. Hago un paneo fugaz con la mirada y apenas veo suciedad entre las monturas y las bridas, pero me detengo al ver una estantería al fondo cargada de trofeos.

Me acerco, dejándome llevar por la curiosidad que sentí ayer, y en las placas leo un nombre que no reconozco: **Paul Weston**. Son de concursos de Raid, un tipo de competición a caballo donde no gana el más rápido, sino el más resistente. Se ponen a prueba la velocidad, habilidad y la resistencia física y psicológica del caballo y jinete. Deben recorrer grandes distancias en un día, a través de los más diversos terrenos y contra el clima. Sin duda es una de mis disciplinas favoritas en la equitación; ver la relación del binomio es algo que siempre me emociona.

Limpio cuidadosamente uno de los trofeos más grandes con un trapo húmedo, concentrada en la tarea para dejarlo impoluto. Cuando termino, dejo con suavidad la copa en la balda y cojo la siguiente.

Siempre he sentido fascinación por los caballos desde niña gracias a mi abuelo, aunque nunca me he dedicado a ellos de forma profesional. Cuando cumplí catorce estuve varios años asistiendo a

clases de cross y, durante un tiempo, incluso competí en categorías juveniles, aunque de manera amateur.

Absorta en la tarea, me pierdo en mis recuerdos mientras froto con ganas el sucio material. No es hasta que escucho un suave carraspeo a mi espalda, que me doy cuenta de que no estoy sola. Me llevo el trofeo al pecho de la sorpresa, sintiendo el latir de mi corazón retumbando con fuerza en mis oídos.

"Me has dado un susto de muerte," logro decir en un hilo de voz, girándome lentamente hacia la mujer que me observa mordiéndose el labio. No la conozco, pero sus rasgos son indiscutibles.

Sin duda es una Weston.

"Perdóname. Estabas tan concentrada limpiando que no quería interrumpirte," dice con voz suave. Su expresión de disculpa es tan sincera que me resulta imposible enfadarme con ella. "Soy Lib Weston," se presenta, alargando una mano hacia mí.

Es adorable.

Lleva el pelo rubio recogido en dos trenzas que caen a los lados de su rostro, dándole un aire infantil que contrasta con la seriedad de su mirada. Me saca un par de centímetros de altura, así que no me tengo que desnucar para mirarla —al contrario que con sus hermanos. Sus ojos marrones emanan una calidez que me hace sentir cómoda de inmediato, y el conjunto que lleva puesto, tan parecido al mío pero en verde, me saca una sonrisa.

"Sage Reid," me presento, estrechando su pequeña mano.

"Te esperaba en el huerto, pero me he llevado una sorpresa al verlo."

Me sonrojo sin poder evitarlo y esbozo una sonrisa de disculpa, sin saber muy bien si he hecho algo mal.

"Es impresionante, Sage," continúa, mostrándome su asombro. Se acerca a mí y alarga una mano como si quisiera coger la mía, pero se retracta en el último momento y le deja caer, inerte, a su costado. "¿Cuánto has tardado? ¿Toda la noche?"

"Que va," respondo, riendo levemente. "Solo un par de horas."

"¡Tienes que enseñarme!" dice, abriendo los ojos con tal entusiasmo que no puedo evitar contagiarme y sentir una chispa de

emoción. Me alegra saber que, en apenas un día, ya puedo aportar algo útil al rancho.

Asiento, prometiéndole que le mostraré cómo trabajo.

"Lo siento si lo que voy a decir te parece mal… pero ayer, cuando vi la cantidad de tareas que tenía para hoy, casi me da un infarto. Estuve a punto de negarme al calcular la hora a la que terminaría, por eso he venido tan temprano."

Lib se echa a reír sacudiendo la cabeza.

"Tranquila, te entiendo perfectamente. A mí me daría algo si tengo que estar todo el día trabajando aquí. Sobre todo con la incertidumbre de no saber si mi hermano estará acechando en alguna esquina. Pero no te preocupes, no suele estar por esta zona de la granja."

Reprimo un suspiro de alivio al ver su comprensión.

A veces soy demasiado sincera y no me doy cuenta de a quién tengo delante. Han sido muchas las veces que me he metido en líos por decir lo que se me pasa por la cabeza, pero me alegra saber que Lib piensa lo mismo que yo y no le importa que no haya medido mis palabras.

"A Wade no le va a gustar nada que hagas las cosas a tu manera," dice, con una sonrisita divertida.

Niego con la cabeza, antes de decir: "No es que le haga mucha gracia verme por aquí, y eso que no llevo ni veinticuatro horas."

"No te lo tomes como algo personal. A Wade no le gusta hacer amigos, y menos que le lleven la contraria," dice resoplando. "Pero no te preocupes, tú serás la excepción."

"¿Cómo estás tan segura?," pregunto, cruzándome de brazos mientras elevo una ceja.

Lib abre la boca con asombro, señalándome de arriba abajo.

"Mírate, Sage Reid. Cualquier hombre o mujer estaría loco si te rechazara."

"No soy inalcanzable," digo, soltando una risa sonrojada.

"No, pero si eres mejor y más productiva haciendo las cosas a tu manera… Wade va a tener que cerrar esa bocaza que tiene y asentir."

La imagen de Wade Weston callado como un buen chico se instala en mi cabeza, provocándome una carcajada silenciosa. Si eso llegara a pasar, pediría un deseo, porque es más fácil ver llover dentro del guadarnés.

Capítulo Siete

Wade



No he tenido ni un minuto de descanso en toda la mañana. Había planeado presentar a Sage al resto de los trabajadores a las ocho en el establo, pero nos sorprendió al no honrarnos con su presencia. El cabreo no me duró mucho. Primero, por la conversación que tuvimos cuando me la encontré minutos más tarde; y segundo, porque no me quedó otra que enfocar la rabia en otro asunto.

Luke apareció corriendo para avisarme de que una de las máquinas se había estropeado anoche, así que pasé los siguientes tres cuartos de hora arreglándola. Fue un completo infierno: retorcido en una posición imposible, soltando maldiciones entre dientes cada vez que me golpeaba al moverme para buscar una mejor postura. Sin duda, esa es la mejor manera de canalizar toda la frustración que puedo sentir hacia Sage Reid.

Ahora la espalda me duele como si veinte vacas me hubieran pasado por encima.

La máquina ha sido un verdadero contratiempo, pues tenía previstas mil tareas para hoy. Estoy llevando a Shiny al box para ensillarlo, cuando mi móvil comienza a vibrar en el bolsillo trasero de mis pantalones negros de trabajo.

"¿Dónde coño estás?," saluda la voz de Tate sin una pizca de diversión.

Maldito niñato impaciente.

"He tenido que arreglar una máquina de Luke. Ahora voy." No espero a escuchar su respuesta y cuelgo, guardándome de nuevo el móvil en el bolsillo.

Termino de limpiar a Shiny con una calma inusual en mí, solo por el placer de tocarle las narices un rato más a Tate. El contratiempo de Luke no era intencionado, retrasarme un poco y llegar tarde, sí.

Voy al guadarnés para coger la montura, un sudadero limpio y la cabezada, pero me paro en seco al pisar la pequeña habitación. Respiro hondo y, para mi sorpresa, una fragancia que no esperaba se cuela en mi nariz: una mezcla de pino fresco y desinfectante.

Levanto la mirada y, antes de ser consciente de mis actos, me encuentro buscando la fuente de esos olores con la mente trabajando a mil por hora.

¿Quién ha limpiado el guadarnés? Siempre lo pongo al final de la lista y hasta la tarde o noche no se hace. ¿A quién le tocaba limpiar el guadarnés hoy?

Me acerco al corcho a toda prisa para corroborar la idea que cruza mi cabeza porque, efectivamente, el guadarnés es el último sitio al que debía ir hoy Sage Reid.

¿Sage ha acabado ya las tareas de la lista?

Frunzo el ceño de manera automática, pensando qué intenciones tendrá esta mujer.

La imagen de Sage caminando al comienzo de la jornada hacia el establo bien despierta y cubierta de tierra me viene a la cabeza. Lo que hace que me pregunte: ¿cuánto durmió anoche?

Recuerdo esta mañana, varias horas antes de que el sol hubiera salido, cuando estaba durmiendo profundamente en casa. El ruido de la puerta de entrada al cerrarse me despertó. Estuve a punto de saltar de la cama y coger la escopeta que guardo en el armario, pero me paralicé al reconocer su voz. Murmuraba lo que estaba haciendo, como si estuviera grabando un maldito diario.

Esa mujer no se calla ni estando sola.

Soy de levantarme cuando sale el sol, no antes. Nunca sabes lo que te puedes encontrar por los caminos durante la noche, aunque intentemos mantenerlos limpios. Mi casa está bastante alejada del pueblo, en medio del bosque, así que es difícil defenderse si algo te ataca y no ves una mierda.

Tendré que hablar con ella para que deje de hacer el idiota. Lo último que necesito es que algún animal la ataque a dos días de haberla contratado.

Paso las riendas por encima de la cabeza de Shiny para sacarlo del establo a pie, y veo a lo lejos, en el huerto, las inconfundibles trenzas rubias de Lib. No está sola, sino acompañada de… Sage. Bufo sin poder controlarlo y aparto la vista para subirme a mi caballo, deseando alejarme cuanto antes de aquí. Se me va a ir la cabeza si tengo que ver a esa mujer más de dos veces al día, sobre todo cuando parece haberse apoderado también de mis pensamientos.

Reorganizo el ganado con Tate durante las siguientes horas, hasta que el sol del mediodía es tan potente que nos vemos obligados a parar. El calor es sofocante, y seguir trabajando sería como buscarse una insolación. Hacemos una pausa bajo un frondoso árbol, protegiéndonos en la sombra para beber agua.

"¿Qué tal la mañana?," me pregunta Tate con la vista clavada en el campo.

"Bien," murmuro distraídamente.

No me gustan especialmente las conversaciones banales, ni siquiera con mi hermano.

Tate hace un ruido parecido a un gruñido a mi lado y pone una pierna por encima de la otra, recostándose en el tronco del árbol a su espalda.

“¿Qué le ha pasado a la máquina de Luke?”

“Es la segadora; vuelve a dar problemas,” respondo, encogiéndome de hombros sin dar más explicaciones.

Cada año pasa lo mismo: hay que segar el trigo y justo la máquina deja de funcionar.

“Llevo años diciéndote que hay que cambiarla.” Suspira, pasándose la mano por los rizos. Hoy no lleva gorra ni sombrero, así que su pelo castaño está revuelto de haberse pasado toda la mañana repitiendo el mismo gesto.

“No pienso cambiarla.”

“Tienes que dejar esa cabezonería tuya a un lado, Weston,” replica, mirándome con seriedad. “Si la máquina no funciona, se reemplaza. La puedes guardar, si eso es lo que quieres, pero no es justo para ti que cada verano te revientes la espalda por arreglarla.”

No respondo de inmediato. Me jode que tenga razón.

De haber sido otra máquina, la hubiera reemplazado hace años, pero el valor sentimental que tiene esa maldita segadora es irreemplazable. La idea de guardarla me ronda la cabeza desde hace meses, pero no acabo de decidirme. Me suena a rendición. Sería como tener un trozo de chatarra inútil en mi jardín, pero cargada de demasiados recuerdos.

“Ya veré lo que hago,” murmuro al fin.

Tate suspira y me lanza una mirada cargada de significado, pero no insiste.

Aguantamos varios minutos en la misma posición en silencio y mirando la extensión infinita de campo, cada uno perdido en sus propios pensamientos. No solemos hablar del pasado, supongo que duele demasiado, pero cuando lo hacemos no acostumbramos a sacar nada en claro. Cada uno lo lleva como puede, unos estamos en una etapa que a lo mejor otro ya ha pasado o nunca va a pasar. Nos apoyamos sin necesidad de hablarlo, como un pilar silencioso al que puedes recurrir siempre que lo necesites. Y quizá por eso preferimos mantenernos callados. Entendemos que nuestros tiempos no siempre se alinean y que el proceso es diferente para cada uno.

Eso no significa que estemos distanciados o que nos sintamos solos, tan solo reconocemos que el dolor se manifiesta de formas

distintas: hay quienes lo exteriorizan y quienes lo cargan en silencio.

"Voy a volver ya," anuncia mi hermano, poniéndose en pie, rompiendo el rumbo de mis reflexiones. "Tengo que ver lo que necesitamos reponer del guadarnés antes de ir a comer a casa de mamá."

Se sacude la hierba de los pantalones y me tiende una mano, pero niego con la cabeza.

"Me quedo. Tengo que seguir con esto," explico, señalando con la cabeza el cercado.

Tate frunce el ceño. "¿No vienes a comer?"

Vuelvo a negar con la cabeza.

Sabía que no me iba a dar tiempo a ir a comer a casa de mi madre, así que esta mañana me preparé algo rápido antes de salir. Me felicito en silencio por haberlo previsto.

"Bueno, pues pásatelo bien con las vacas, porque yo me lo voy a pasar espectacular con Sage," dice, guiñándome un ojo antes de caminar hacia su caballo.

Pongo los ojos en blanco, aunque no me vea, pero algo en mi pecho se retuerce al ver el doble sentido de sus palabras.

No es de mi incumbencia si a él le interesa Sage, ya son mayorcitos para saber si influiría en su trabajo. Además, no es que no puedan llevarse bien, es que no entiendo cómo Tate la aguanta. Cómo puede soportarla más de dos minutos sin agotarse mentalmente.

Y, sin embargo, ahí está él, tan campante y cómodo a su lado sin apenas conocerla.

Quizás el problema soy yo.

O quizás es ella. Sí… seguro que es ella.

Saco la bolsa de las alforjas de Shiny y me vuelvo a tirar en el campo para comer. Este es el único descanso que puedo tomarme en todo el día si quiero llegar a casa pronto y recuperar las horas de sueño que he perdido hoy.

Cuando Sage me despertó antes del amanecer, no fui capaz de volver a conciliar el sueño. Me quedé tumbado en la cama, con los ojos abiertos y el ceño fruncido, escuchando su voz en la distancia, como si hubiera puesto la radio de fondo.

¿Quién se levanta a esas horas para hablar sola? ¿Y por qué coño tuve que ser yo quien la escuchara?

Definitivamente, tengo que hablar con ella para poner unas reglas de convivencia.



El sol está a punto de desaparecer en el horizonte cuando termino de trabajar. Tengo entumecidos todos los músculos, y solo pensar en lo mucho que me dolerán mañana hace que desee dormir y no despertarme jamás.

Desensillo a Shiny murmurando una retahíla de insultos hacia todo lo que se me pasa por la cabeza. Cada vez que levanto los brazos para quitar algo de la montura es como si un cuchillo me desgarrara por dentro.

Voy al guadarnés con pasos largos y pesados, respirando con dificultad mientras sostengo la silla con un antebrazo y la cabezada con la otra mano. Cojo aire profundamente cuando por fin los dejo en su sitio, sintiendo el alivio al instante. Estoy a punto de irme, pero cuando me giro para hacerlo, algo que reluce en la balda del fondo llama mi atención. Esta mañana, cuando el guadarnés estaba recién limpiado, no me di cuenta de ese detalle.

Me acerco para ver qué es, frunciendo el ceño, y me quedo petrificado al reconocerlo. Un trofeo de competición. Brilla como si acabara de ser pulido, aunque sé que tiene más de un año.

Lo sostengo con cuidado entre las manos y leo la placa:

Primer Puesto en Raid para Paul Weston y South.

Trago saliva con fuerza para deshacer el nudo de mi garganta que amenaza con derrumbarme. Hacía mucho que no veía uno de estos trofeos tan limpio. Siempre les recuerdo a los chicos que no los

toquen, que los dejen como están. Supongo que se me olvidó decirle a Sage que mantuviera sus manos alejadas de esta esquina

Giro el trofeo entre mis manos, sintiendo cómo el frío metal acaricia mi piel, como un recordatorio de todo lo que ha pasado después de que llegara a esta estantería. Lo dejo con cuidado con los otros y doy un paso atrás, intentando aplacar mis emociones al alejarme físicamente, como si así también lo hicieran los recuerdos que resultan demasiado dolorosos.

Lo observo desde la distancia, inmóvil en su sitio, brillante incluso con la luz tenue del atardecer que entra por la ventana. El aire del guadarnés está demasiado cargado de repente y se me hace imposible respirar con normalidad. Me obligo a salir sin darme la vuelta para echar un último vistazo a ese rincón lleno de ecos del pasado. No miro atrás, intentando convencerme de que no duele tanto.

Capítulo Ocho

Wade



El sol se oculta tras las pequeñas montañas que se alzan majestuosas en el horizonte. Los almendros enmarcan el camino de vuelta como si quisieran esconder lo que hay al otro lado. Una bandada de pájaros cruza el cielo azul cantando diferentes melodías al unísono. Da igual que lleve veintisiete años viviendo en el rancho, se me sigue erizando la piel como el primer día cuando me paro un segundo y contemplo lo que me rodea.

Llevo tres días en los que apenas he tenido tiempo de pensar en algo que no fueran caballos o vacas, así que estos pocos minutos de meditación al aire libre me sirven para relajar la mente. Descarto la idea de ir a cenar a casa de Emily y decido que iré directo a casa cuando termine de limpiar y recoger a Shiny. Estoy tan cansado, con

los músculos tan agarrotados, que dudo que pueda sostenerme en pie mucho más tiempo.

Casi sin aliento por el esfuerzo, termino de cepillar a Shiny antes de llevarlo a las duchas para relajar los músculos de sus patas. En el establo siempre hace calor, así que no corre ningún riesgo por un poco de agua fría. Me acerco al guadarnés para aprovechar y limpiar el filete de la cabezada de trabajo.

Estoy caminando para ir de vuelta hacia mi caballo, cuando alguien se estampa de lleno contra mi pecho. Apenas se desequilibra, solo da un paso hacia atrás del golpe, y se queda medio aturdida en el umbral de la puerta del guadarnés con el ceño fruncido.

Reprimo un suspiro al reconocer el pañuelo rojo de Sage, que cubre gran parte de su cabeza. Se restriega las manos por la cara, como si tratara de alejar el cansancio, y me mira a través de sus gafas con los ojos llorosos.

"Perdona, no te he visto," susurra, parpadeando más lento de lo normal.

Frunzo el ceño, sorprendido por su falta de energía, pero carraspeo para evitar que mi curiosidad se note en mi tono.

"¿Has acabado las tareas?" Hace varios días que no la veo, pero sé que trabaja hasta el límite.

Me recuerda a alguien…

"Sí, Weston. Esta mañana" Asiente, recostándose en el marco de la puerta. "Se me olvidó dejar las espuelas antes, que fui a dar un paseo."

Así que sí sabe montar a caballo…

Emito un ruido más parecido a un gruñido que a una respuesta, pero Sage parece conformarse porque asiente, reprimiendo un bostezo. ¿Cuánto habrá dormido hoy? Estos días he llegado a casa tan cansado que se me ha olvidado decirle que deje de levantarse antes de que amanezca. Desconozco la hora a la que sale a trabajar, pero sé que todavía es de noche cuando me despierto al escuchar su emisora matutina. No es aconsejable ese horario, ya no solo por el cansancio acumulado, sino por los peligros que corre cuando no hay luz y no va preparada.

Voy a decirle que deje de madrugar tanto, pero, antes de abrir la boca, ella se me adelanta:

"¿Me dejas pasar?"

Mi cerebro no es capaz de procesar su pregunta porque me quedo ahí plantado y pregunto de vuelta: "¿Cómo?"

"Pues, ya sabes… pones un pie delante del otro y te mueves... ¿No te enseñó tu madre cuando tenías cinco años?"

Una pequeña sonrisa divertida asoma en los labios de Sage, pero mi ceño se profundiza mientras aprieto tanto la mandíbula que temo por mis dientes.

"Los bebés comienzan a caminar al año de nacer."

"Ya, pero he supuesto que a ti te habría costado un poco más, viendo la poca capacidad de comprensión que tienes."

La observo sin pestañear. Ninguno de los dos dice nada en un largo rato, solo nos sostenemos la mirada. Estoy seguro de que Sage será la primera en apartar la vista, pero me sorprendo siendo yo quien reacciona de alguna manera. Me echo hacia un lado para que pueda entrar al guadarnés, sujetando con fuerza el hierro en mi mano. Sage baja la cabeza, pero puedo ver el atisbo de sonrisa que intenta esconder.

Pasa sin rozarme y, cuando estoy a punto de echar a caminar, escucho a mis espaldas, en un susurro tan bajito que me pregunto si lo habré imaginado:

"Gracias, Wade."

Contengo mis ganas de darme la vuelta y mirarla. Siempre me llama Weston, y mi nombre en sus labios no sé si termina de gustarme.

Limpio y recojo el establo en modo automático, sintiendo el cansancio sobre mis hombros más pesado que nunca. No me funciona el cerebro como debería, y por eso me quedo paralizado cuando vuelvo a ver a Sage en la puerta del establo. Reprimo un resoplido al verla sentada sobre un montón de paja con la cabeza ladeada y los ojos cerrados.

Creo que se le está cayendo la baba.

Me debato internamente entre despertarla o no. ¿A quién no le gustaría hacer una pijamada con un puñado de caballos? Sacudo la

cabeza, reprochándome a mí mismo lo que voy a hacer a continuación, y camino hacia ella.

"Sage." A juzgar por cómo respira pesadamente, no creo ni que me haya escuchado. Agarro su hombro para zarandearla con delicadeza. No reacciona al instante, por no decir que ni se inmuta, así que la sacudo con más fuerza.

Abre los ojos con sorpresa y se echa hacia atrás todo lo posible cuando me ve, haciendo que la mano con la que la agarraba caiga inerte a un costado de mi cuerpo.

"Sage," repito, esperando que su cerebro despierte.

"¿Qué?," pregunta con la voz ronca. Cambio el peso de un pie al otro mientras observo cómo se restriega los ojos con las manos y bosteza a la vez.

En serio, ¿cuánto ha dormido esta mujer?

"¿Qué haces aquí?"

"¿Dormir?," afirma, aunque parece una pregunta, como si todavía estuviera procesando que se ha echado una siesta en el establo.

"¿Por qué te has quedado ahí?," pregunto, sintiendo cómo mi paciencia se va agotando rápidamente.

"Te estaba esperando," dice, como si fuera obvio.

Sostengo su mirada cansada, un reflejo de la mía, y me devano la cabeza intentando entender cómo funciona la suya.

"¿Por qué?" Juro que esta es la última pregunta que le hago. Si le tengo que seguir sacando información a cuentagotas, me va a dar un ictus.

"Porque estoy muy cansada y no me parecía buena idea coger el coche. Todavía no me he familiarizado con los caminos."

"Tienes que dejar de levantarte tan temprano."

Ahora es ella quien frunce el ceño y se yergue en el asiento de paja para fulminarme con la mirada.

"Si tienes alguna queja sobre cómo trabajo, dímelo," dice con sequedad.

"Eres excepcional en tu trabajo, Sage," digo secamente. Estoy comenzando a desesperarme con sus estupideces. "Lo que no puedes hacer es trabajar cuando es de noche. Es peligroso. Los

caminos suelen estar limpios, pero los zorros y lobos nos han visitado alguna que otra vez."

Espero que salte, que me diga que le importan tres pimientos los animales salvajes, que los matará con sus propias manos si es necesario… pero no hace nada de eso. Asiente y baja la mirada. Mi boca se abre sin poder controlarla, pero la cierro de golpe antes de que pueda verla. Levanta la vista para mirarme con ojos cansados pero muy abiertos, como si reflejara lo que siente a través de ellos.

"Ay madre… No lo había pensado, lo siento mucho. No volveré a ir a trabajar antes de que amanezca. Lo juro por mi madre difunta. De veras que lo siento muchísimo." Se disculpa unas cincuentas veces más —sin exagerar—, mirándome con cara de arrepentimiento y los ojos llorosos —ya no sé si del sueño o la emoción.

Me incomoda su lamento y necesito que se calle de una vez.

Cierro los ojos respirando hondo, y cuento hasta diez mientras escucho el runrún de su voz al disculparse una y otra vez.

¿No estaba muerta de sueño? Prefería su sermón de mujer empoderada mil y una veces antes que sus eternas disculpas.

Sin esperar a que deje de vomitar por la boca las mismas palabras como un disco rayado, comienzo a caminar hacia la puerta del establo. La abro, todavía escuchándola a mi espalda, y me repito como un mantra las desventajas de tirar un cadáver al río.

La contaminación, Weston. Piensa en la contaminación.

Mantengo la puerta abierta con el brazo estirado, pero como Sage no pasa, me giro en su dirección haciendo contorsionismo. Todavía está sentada en la paja con cara de cordero degollado.

"¿Vienes o a qué estás esperando?," pregunto impaciente. Una pregunta más y me voy sin ella.

Como si mis palabras fueran el pistoletazo de salida de una carrera, Sage se levanta de un salto y se lleva al hombro su mochila antes de pasar por debajo de mi brazo. Me quedo paralizado unos segundos por su repentino cambio de energía, pero cuando comienzo a caminar la alcanzo en solo un par de zancadas.

No había sido consciente de su corta estatura hasta ahora. Su cabeza debe estar a la altura de mi pecho, siendo optimistas. Un

paso mío es como tres suyos, así que aminoro la velocidad, aunque prefiera arrancarme las piernas, para ir a su lado.

No hablamos hasta llegar a la camioneta. Cuando voy a abrir la puerta tengo mis dudas, y no sé si mandarla a freír espárragos y que vuelva en su coche. La miro con disimulo desde el otro lado del capó y la veo bostezando con los ojos cerrados, dándose palmaditas en las mejillas para espabilarse.

Me recuerda tanto a Lib cuando tiene sueño... Hay que joderse.

El trayecto se hace lento y pesado, pues el cansancio también me pesa a mí. Apenas soy capaz de pensar en nada que no sea intentar no estampar el coche, y Sage tampoco parece tener ganas de mantener una conversación.

Me giro para observarla, esperando que se haya quedado dormida, pero me encuentro con sus ojos observándome con intensidad.

"Tienes que dejar de hacer eso," digo, pero no aparta la mirada. "Das un miedo de cojones."

"Me alegro." Es lo único que dice. No vuelvo a mirarla, pero sé que está sonriendo. Es como un pequeño diablo, siempre acechando para tocarme las narices.

Cuando aparco en mi casa, me quiero dar de cabezazos contra el volante y gritar hasta quedarme sin pulmones. Antes de traerla no había pensado en que mañana tendré que llevarla de vuelta al establo porque no tiene su maldito coche. Me maldigo una y otra vez por no pensar las cosas varias veces antes de hacerlas y haber sido tan flojo. Hago un plan mental para mañana, y creo que la mejor idea será ir a casa de Emily a desayunar. Así podrá darle la tabarra a ella y yo podré escabullirme a alguna parte para no escucharla.

Subimos los escalones en silencio y al llegar a mi puerta me despido murmurando un "Buenas noches" tan bajito que ni yo me escucho, así que suena como un gruñido. Me da completamente igual. Escucho a Sage resoplar a mi lado, pero entro en mi casa sin esperar a que se despida y suelto el quejido que llevaba conteniendo todo el día. Estoy hecho polvo y solo quiero darme una ducha, comer cualquier cosa que tenga en la nevera —a poder ser, no caducada— e irme a dormir.

El agua caliente se siente como un calmante para mis músculos, y mientras me seco con la toalla, me pesan tanto los párpados que creo que lo mejor será no cenar nada e irme a la cama.

Salgo del baño bostezando con la camiseta de algodón negra que uso para dormir en la mano. Voy a la cocina a por un vaso de agua, cuando unos suaves golpes en la puerta hacen que la camiseta casi se me caiga al suelo.

Estoy a dos pasos de cometer homicidio contra mi nueva vecina.

Abro la puerta mientras me pongo la camiseta. No veo a Sage, pero tampoco la escucho. Ni siquiera su respiración en la silenciosa noche.

"¿Querías algo?," pregunto después de acomodarme la prenda y mirarla durante varios segundos. Está medio petrificada. Creo que la siesta en el establo la ha dejado tarumba.

"Sí, sí…" Parece salir de su trance, desviando la mirada de mí con las mejillas sonrojadas. "He cogido parte de lo que sobró de la comida para que cenes," dice, tendiéndome un par de envases de plástico.

Los miro con sorpresa, aunque externamente no lo demuestro. Tan solo frunzo el ceño.

"Gracias," respondo tan bajito que creo que no lo ha escuchado, pero Sage me regala una sonrisa.

La primera sonrisa de verdad.

Me observa en silencio. No suelta ningún comentario mordaz ni intenta hacerme rabiar, simplemente me clava la mirada. Al principio no me molesta —lo prefiero a que hable sin parar—, pero pasa más de un minuto sin apartar los ojos de mí.

Cuando se da cuenta de que la intensidad se le ha ido de las manos, cambia el peso de un pie al otro y dice:

"No te preocupes, no te haré el desayuno ni ningún otro favor para que no tengas que volver a darme las gracias." Me guiña un ojo y, sin esperar respuesta, gira sobre sus talones y desaparece en el interior de su apartamento.

Me quedo ahí plantado con el envase caliente en mis manos. No me doy cuenta de que estoy sonriendo hasta que, al pasar por

delante del espejo de la entrada de camino a la cocina, la veo reflejada: una media sonrisa, tranquila y sincera.



Sage no se levanta a las cuatro de la mañana al día siguiente, sino a la misma hora que yo, a juzgar por la luz que veo que sale de su apartamento cuando bajo al salón. Me sorprende saliendo por su puerta con una sonrisa deslumbrante y ni rastro de la cara de cansancio de ayer. Parece haber dormido más de dos horas, como imagino que habrá estado haciendo estos últimos días.

"¡Qué buen día hace hoy!," exclama a nadie en particular.

La fulmino con la mirada, pero hay algo diferente en ella que hace que me quede unos segundos contemplándola.

"¿Vamos, Weston?" El movimiento de sus labios me hace bajar la mirada a su boca, y me sorprendo al darme cuenta de que me he quedado embobado.

Yo nunca me quedo embobado. Nunca pierdo el tiempo.

Sage parece especialmente contenta esta mañana, y no puedo evitar que su felicidad injustificada me saque de quicio. Estoy harto de su mierda de Mr. Wonderful; hoy ha alcanzado su límite de sonrisas conmigo… y apenas llevamos unos minutos de día.

Mientras desayunamos en casa de mi madre y hago oídos sordos a todo lo que están hablando ella y Sage animadamente, repaso mentalmente todo lo que tengo que hacer. Me doy cuenta de que no voy a tener tiempo ni de comer aquí. Otra vez.

Quiero tenerlo todo listo para la temporada de siega y la subasta de ganado que se hace en el pueblo en unas semanas. También he pensado en vender algunos caballos, pero todavía no sé cuáles elegir. Apunto en mi lista mental hablar con Tate.

No me encuentro a Sage en toda la mañana, pero tampoco tengo tiempo de pensar en ella. Parece que se las arregla bien trabajando sola, y ahora mismo es el menor de mis problemas. Todo el ganado parece estar sano y fuerte, según el doctor Thorne, nuestro veterinario.

Me asegura varias veces que está todo correcto y que va a ser una buena subasta, aunque tiene que volver para hacer las revisiones reglamentarias los días previos al evento. No dudo de mi ganado, pero puede pasar cualquier cosa en menos de dos meses.

Cuando vuelvo por la noche, esta vez más tarde que ayer, me quedo de piedra al ver un plato de comida humeante encima de la encimera de la cocina. Hay una nota al lado donde pone:

> Te lo he dejado para que no tengas que darme las gracias. Sé lo mucho que te cuesta ser agradable… Si necesitas ayuda con algo, puedo echarte una mano. Emily me ha dicho que el trabajo duro se puede alargar varias semanas, con todo lo del evento del ganado y eso… Yo acabo pronto mis tareas, así que si me necesitas solo dame un toque. A lo mejor puedes estrenar el walkie antes que yo…
>
> Sage.

Es increíble lo mucho que habla, incluso en una minúscula nota de papel.

Respiro profundamente, pensando en sus palabras mientras contemplo el plato que contiene mi cena. Una ayuda extra no me vendría mal. Tate está hasta arriba y Lib tiene que encargarse de la tienda. Podría preguntarle a Luke, pero lo descarto enseguida al recordar que tiene que segar todos los campos de cereal. Imagino la respuesta de Emily si le pido ayuda, su típico: «Weston, no me dedico a los números y al papeleo para andar detrás de las vacas en mis ratos libres».

Es una pésima idea, pero, muy a mi pesar, no estoy seguro de que haya otra opción. Voy a tirarme del pelo con frustración, pero cuando me paso las manos por la cabeza solo consigo rascarme lo rapado. Un gruñido de resignación nace de mi garganta cuando apoyo los codos sobre la mesa y dejo caer la cabeza en mis manos,

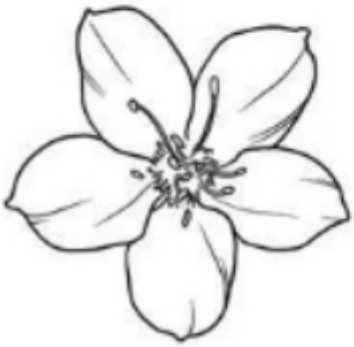
sintiéndome derrotado. Puedo imaginar la sonrisa de suficiencia que pondrá Emily cuando se entere. Al menos, con Sage ayudándome, espero que el trabajo se haga llevadero y que, una vez terminemos, no tenga que volver a verla por el rancho.

Me voy a dormir con ese pensamiento, sabiendo desde lo más profundo de mi ser que la suerte rara vez me ha acompañado en mi vida.

Capítulo Nueve

Sage





Casi sin darme cuenta, la semana de prueba en Almond Valley llega a su fin. Hoy es el último día y, a partir de aquí, la decisión de si voy a quedarme o no, no depende de mí. Debería estar nerviosa y ansiosa por saber el veredicto de mis jefes provisionales, pero estoy más tranquila que nunca. Lo he hecho lo mejor que he podido, así que ya no puedo hacer nada para hacerles cambiar de opinión.

Vine a esta granja como una oportunidad para volver a empezar. Un lugar nuevo, donde nadie me conoce; un trabajo diferente, que me gusta y disfruto haciendo; una casa pequeña y familiar. Todo lo que siempre quise en mi adolescencia pero que, desgraciadamente, nunca llegué a rozar con los dedos. Aunque a los catorce años estuve en una casa maravillosa, no me dio tiempo a

sentirme parte de la familia, pues a los dos años ya estaba haciendo las maletas para ir a otro lugar.

El cambio constante, las despedidas forzadas y la distancia emocional se fueron acumulando en mi pecho entre mudanza y mudanza, creando una brecha imposible de cerrar. Supongo que lo peor no fue la carga emocional, sino todas las malas experiencias que me generaron traumas imposibles de solucionar.

Siempre había algo —ya no sé si era mi cabeza o simplemente el peso de todo lo vivido— que me recordaba que no encajaba ahí, que era una intrusa y no merecía formar parte de aquellas familias. Incluso cuando cumplí dieciocho y seguí viviendo con la última familia, fue como si, después de cargar con tantos traumas a la espalda, mi mente me hubiera convencido de que no merecía las cosas buenas que la vida me ofrecía.

Estuve años en modo automático, conformándome con lo que me daban y reprimiendo mis verdaderos objetivos. Así que antes de venir aquí, decidí que algo tenía que cambiar. Necesitaba sentirme bien por una vez en la vida, volver a ser yo. Volver a la época en la que era feliz junto a mi abuelo Reid, conectar con él y con la Sage de diez años que alguna vez fui. Tenía que encontrarme de nuevo.

Después de tanto tiempo vagando sin rumbo, haciendo lo que otros querían, dejándome siempre en último lugar, limitándome a sobrevivir... sentía que todo eso debía acabar. Y gracias a este lugar, ahora puedo decir con certeza que aquí hay una oportunidad para mí donde puedo reconstruirme.

Es curioso, porque en el poco tiempo que he pasado en el rancho, he conectado de una manera inesperada con la familia Weston, con su forma de trabajar, su huerto, sus animales... con su vida.

Anhelo, con toda mi alma, tener algún día una familia como la suya.

No sé si este será mi lugar definitivo ni si las personas que he conocido se convertirán algún día en mi familia, pero, por primera vez en mucho tiempo, siento que tengo algo que vale la pena conservar. Algo por lo que merece la pena luchar.

Y por eso esta mañana llego temprano a trabajar, con energía y lista para dar lo mejor de mí, aunque no antes de las ocho.

Ya aprendí la lección; no quiero que me coman los lobos.

Reviso las tareas en el tablón del guadarnés antes de ponerme en marcha. No suelen cambiar demasiado de un día para otro; como mucho me intercambian el dar de comer a las gallinas por las vacas, así que puedo seguir el mismo orden de siempre. Lo bueno de trabajar en el huerto la mayor parte del tiempo es que apenas coincido con Weston. Siempre está dedicándose a llevar al ganado de un prado a otro o arreglando vallas aquí y allá, así que no lo veo mucho.

No me quejo. Si tuviera que trabajar con él codo con codo, acabaríamos tirándonos por un puente. Y, a poder ser, él sin cuerda.

Me paso gran parte de la mañana en el huerto, disfrutando de la habitual calidez del día. Me he acostumbrado a trabajar durante horas seguidas sin notar apenas un ápice de cansancio, e incluso hoy me siento con más energía que nunca. No tener a nadie molestándome ni desconcentrándome o mirando lo que hago con lupa es agradable. Me da libertad para hacer las cosas a mi manera y perderme en mi mundo.

Pensar me gusta casi tanto como hablar. El trabajo en el campo es solitario y delicado, cosa que me encanta, pero también disfruto con el contacto humano y poder mantener una conversación para despejarme entre planta y planta. Las malas hierbas son mis enemigas y mi pequeña azada de mano, mi mejor amigo. Juntos formamos un gran equipo, pero si paso más horas a solas con él, acabaré hablándole en voz alta.

"¿Me volveré loca?," musito para mí, mirando la vieja azada con dramatismo.

Una nube tapa el sol a mi espalda, y una sombra se dibuja en el suelo frente a mí. Suele estar despejado todo el día, con los rayos calentando la granja con intensidad, así que un respiro del abrasador calor se siente como una victoria para mi espalda chamuscada.

Sigo desenterrando las malas hierbas, lanzándolas hacia atrás para luego recoger el montón cuando termine. Tan solo me queda una hilera, así que espero terminar el trabajo en una hora.

Normalmente me retraso porque tengo que parar cada cinco minutos a limpiarme el sudor pero, si la nube se queda, hoy podría acabar antes.

Clavo la azada en la húmeda tierra con facilidad, pero algo duro me para cuando intento profundizar el agujero. Aun con la herramienta en la mano, escarbo con la otra para desenterrar la enorme piedra que ha decidido fastidiarme lo que me quedaba de uñas. La saco con fuerza y, cuando estoy a punto de lanzarla hacia atrás, un grito me hace caer de culo y girarme en el acto.

"¡Para, para! ¡Ni se te ocurra lanzarme eso!"

La voz de auténtico terror de Lib me hace tirar la piedra y ponerme la mano a modo de visera al instante.

Tiene los antebrazos cruzados sobre la cara, como un casco improvisado, y los ojos cerrados, como si eso pudiera protegerla de mi ataque. Mis latidos desbocados retumban en mis oídos con tanta fuerza que temo quedarme sorda. Mi cuerpo está en shock por el susto; me quedo paralizada con la boca abierta, incapaz de moverme ni de emitir un solo sonido. El miedo me consume por completo y, como si el tiempo se hubiera detenido a mi alrededor, me quedo atrapada en una burbuja de pánico.

El grito, el miedo en su voz, la piedra, la azada, lo que he estado a punto de hacer... Todo me explota en el cerebro como una granada. Mi mente se nubla, incapaz de procesar lo que acaba de ocurrir. No logro convencerme de que estoy bien, de que no ha pasado nada grave y que nadie corre peligro.

Lib reacciona a toda velocidad, cambiando su expresión de miedo por una de profunda preocupación. Se agacha para quedarse a mi altura, pues sigo tirada en la tierra, y alarga una mano hacia mí.

"Madre mía, Sage. ¿Estás bien?"

No soy capaz de asentir ni de articular palabra. Estoy demasiado concentrada en intentar respirar, luchando por no hiperventilar, sin éxito. Lib se acerca un poco más, pero al ver cómo me llevo una mano al pecho y el aire comienza a faltarme, retrocede, guardando de nuevo las distancias.

"Si puedo ayudarte en algo, intenta decírmelo," susurra con voz temblorosa, mirándome con tanta pena que parece que va a romper a llorar en cualquier momento.

No sé cuánto tiempo pasa hasta que consigo controlar mi corazón y la velocidad de los latidos disminuye. Cierro los ojos para respirar profundamente varias veces y recorro mi cuerpo con una mano en busca de alguna herida. No encuentro nada, solo viejas cicatrices. Mis músculos se relajan poco a poco y, al fin, abro los ojos.

No tengo que alzar la vista para encontrarme con la mirada preocupada de Lib. Trato de sonreír, pero solo consigo hacer una mueca torpe.

“Si quieres que siga trabajando aquí, tienes que dejar de intentar que me dé un infarto, Lib. No podré ayudarte desde el más allá."

Intento que mi tono suene burlón, pero mi voz es tan solo un murmullo ronco que delata lo afectada que estoy.

“Por favor, no. No quiero que te conviertas en un espíritu y te dediques a atormentarme durante toda mi existencia," suplica, juntando las manos con gesto arrepentido.

Verla tan afectada, aunque trate de ocultarlo como yo, me destroza por dentro.

"Estoy bien, Lib," susurro, intentando tranquilizarla, aunque mis palabras no suenan tan convincentes como quisiera.

Asiente en silencio y parece entender que necesito despejarme y no hablar ahora mismo sobre lo que acaba de ocurrir, porque no insiste y se deja caer en el suelo con un profundo suspiro.

Se acerca un poco más y, sin decir nada, atrapa mis manos entre las suyas. El contraste de temperatura me sobresalta —las tengo tan frías que el contacto se siente casi eléctrico—, pero no me aparto. Cierro los ojos otra vez, dejando que su gesto calmado me ancle mientras trabajo por recuperar el control total de mi respiración.

"Cuando me haya tranquilizado, te lo explicaré todo," digo en un hilo de voz. Lib me da un apretón cariñoso y suspira otra vez.

"No hace falta, Sage. Si te ayuda y prefieres estar sola, ve a terminar tus tareas y yo me quedo aquí." Abro los ojos y voy a replicar, pero ella se me adelanta. "Déjame recompensarte. Casi te mato. Ve a despejarte y luego nos vamos de aquí; te enseño el pueblo y te invito a comer las mejores alitas de pollo del país," dice en voz baja, casi como una súplica. Su voz suena esperanzada, y aunque quiero decirle que no hace falta, no puedo negarlo: tiene razón.

Sé que necesito un momento a solas para volver a encontrarme bien, así que, tras unos segundos de silencio, me decido. Asiento despacio y esbozo una pequeña sonrisa, más sincera esta vez.

Lib imita mi gesto con agradecimiento y sujeto con fuerza la mano que me tiende después de haberse levantado. Dudo en si acercarme a ella para repetirle que no pasa nada, que ya lo tengo todo controlado, pero ella se me adelanta, dando un paso titubeante al frente con los brazos abiertos. Me dejo abrazar porque, aunque no sea lo que más necesito ahora, sé que lo es para Lib. Contengo la respiración en lo que dura el gesto, y cuando me suelta tengo que reprimir con todas mis fuerzas un suspiro de alivio.

No me disgusta el contacto físico, pero todavía tengo en la cabeza el recuerdo de lo ocurrido hace años. El calor que emana su cuerpo sobre el mío, todavía gélido, se siente como una quemadura: dolorosa, inesperada e imposible de ignorar.

Mantengo la mirada clavada en el suelo, deseando salir de aquí cuanto antes, y, sin pensarlo demasiado, carraspeo incómoda y echo a caminar sin atreverme a mirar a Lib. No espero a que se despida, y yo tampoco lo hago, pero siento su mirada encima de mí hasta que desaparezco en el interior del establo.

Intento apartar los viejos recuerdos que vienen a mi mente como fantasmas de otra vida. Creí haberlos guardado en un rincón de mi mente bajo llave, tal y como me enseñó mi psicóloga, pero haber estado tan cerca de repetir aquello que pasó tiempo atrás, ha abierto de par en par el baúl que juraba haber sellado para siempre.

Tras unos minutos a solas, me sorprendo dándome cuenta de que haber tenido a Lib a mi lado me ha ayudado a sobrellevar mejor el pánico. Incluso habiendo sido ella el desencadenante del regreso

de ciertos flashbacks, también es la que ha conseguido que me tranquilice en poco tiempo; ha logrado, apenas conociéndome, traerme de vuelta a la realidad sin permitir que me perdiera en mis desastrosos recuerdos.

Trabajo en el establo hasta que vuelvo a mi usual calma y, con la cabeza cada vez más despejada, coloco a los caballos donde dicta la lista hoy. Cuando el reloj marca las doce, veo que solo me queda un caballo que debe ir a la cuadra, así que, con una pequeña sonrisa ilusionada por volver a verlo, salgo al prado más grande en busca de Milo.

Tate me dio vía libre para salir con él para dar paseos cuando quisiera, y he aprovechado cada pequeño rato libre para hacerlo. Tengo que caminar varios metros hasta que encuentro al pequeño caballo castaño bajo un árbol. Cuando llegué al rancho era consciente de lo mucho que echaba de menos a los caballos, pero estar aquí, rodeada de ellos, se siente como si una vieja herida se volviera a abrir.

Todo me recuerda a mi abuelo, es inevitable, pero aunque duela revivir tiempos pasados, es donde quiero estar, donde me siento yo misma. Por eso sé que necesito cerrar esta herida de una vez. No debo esconderla, sino sanarla como se debe para que deje de doler. Este lugar, estos recuerdos, esta vida... son mi punto de partida. La base sobre la que quiero construir mi futuro. Y aunque no será fácil, voy a encontrar la forma de hacer que funcione. Quiero encontrar esa paz interior que me permita vivir como merezco.

Me acerco a Milo con pasos lentos mientras él arranca la hierba del suelo con ansia, como si no hubiera comido en su vida —sin duda nos parecemos. No es hasta que estoy a unos pasos de él cuando me hago notar: silbo para llamar su atención, que capta al instante, y levanta la cabeza alerta. Emite un resoplido cuando me reconoce y viene a mi encuentro con rapidez, moviendo la cabeza en todas direcciones como si quisiera hacerme saber la ilusión que le hace volver a verme. Acaricio su testuz, donde tiene una diminuta mancha blanca en forma de rombo, y cierro los ojos, dejándome envolver por la serenidad que Milo parece regalarme sin esfuerzo. Es

como si sintiera mi ansiedad, mi angustia, y con tan solo unas caricias me infunde el equilibrio que necesito.

Me recuerda que a veces solo necesitamos parar y respirar profundamente varias veces para que todo pese un poco menos.

Le paso la cabezada de cuadra negra por detrás de las orejas, cierro la hebilla con cuidado de que no le apriete mucho pero tampoco se le caiga y engancho el ramal en la anilla que cuelga de la parte baja.

Caminamos en silencio hacia el establo, acompañándonos el uno al otro como un apoyo emocional en un mundo que a veces resulta demasiado desbordante y abrumador. El consuelo que ofrecen los caballos, sobre todo con los que poco a poco se va construyendo una conexión especial, resulta difícil de expresar con palabras. Es como una sensación: una calma instantánea que no necesita de explicaciones, una presencia que te hace sentir que no estás sola, incluso cuando todo se tambalea. Llevo apenas unos días con Milo, pero poco a poco confiamos cada vez más el uno en el otro, y espero quedarme mucho tiempo por aquí para fortalecer nuestro vínculo.

Guardo al caballo en su cuadra y cierro la puerta con pestillo al salir. Me acerco al guadarnés para dejar la cabezada y reviso la lista de tareas una última vez. Mi último trabajo es poner de comer a las vacas, así que voy al lateral del granero a por el vehículo para transportar paja: un todoterreno descapotable en el que se engancha un remolque.

Lo he usado varias veces, y la verdad es que da bastante vergüenza ir por la granja subido a él. Solo tiene dos asientos, que están llenos de tanta mierda que apenas se ve el color original de la tapicería. Las puertas brillan por su ausencia y, en su lugar, hay unas barras de hierro que hacen como que te protegen, como si eso fuera a servir de algo cuando te deslizas por el asiento en una curva cerrada —porque, obviamente, tampoco tiene cinturones. Está oxidado, cubierto de tierra y da la sensación de que va a desmontarse con el mínimo bache. Este trasto debe de tener, por lo menos, cien años.

Cargo el remolque con varios fardos de paja, haciendo malabares para no acabar sepultada bajo ellos, y trato de no pensar demasiado en la porquería que cubre el asiento donde me tengo que sentar. Conduzco hacia el prado más cercano, siguiendo las indicaciones de la lista de tareas como si supiera lo que hago.

Tengo que pasar con el coche al interior de los cercados, así que me bajo para abrir la enorme puerta blanca de madera y luego lo mismo para cerrarla después de entrar. La extensión del campo es inmensa, pero encuentro con facilidad las estructuras metálicas donde tengo que dejar los fardos. Las vacas se aproximan a mí cuando ven cómo descargo el todoterreno; hay marrones, negras y blancas, como si no hubieran podido elegir solo un color cuando las compraron.

Todavía sintiendo el recuerdo lejano del ataque, me esfuerzo por dejar la mente en blanco y centrarme en el momento: el viento fresco en mi rostro, la paja entre las manos enguantadas y la silenciosa compañía de los animales que, de la misma forma en la que lo hizo Milo, me reconforta.

Una risa amarga escapa de mi garganta y, rompiendo el silencio del campo, suspiro con fuerza, restregándome los ojos en un intento torpe de borrar el malestar que sigue anclado a mi pecho. Hacía mucho que un ataque no me afectaba tanto y dejaba tan rota. Gracias a muchas sesiones de terapia durante años, autocontrol y aprender a conocer mis límites, sé cómo enfrentarme a las situaciones que pueden hacerme reaccionar así.

He trabajado la anticipación para poder mentalizarme con tiempo: una sala llena por un evento, hombres en grupo porque son amigos, un abrazo de despedida, un beso familiar... Pero los sustos y los cambios bruscos no los puedo anticipar. Eso es lo que me supera, lo que me paraliza.

Sacudo la cabeza, intentando cortar de raíz la dirección de mis pensamientos mientras me llevo las manos a las caderas. Una vaca parece darse cuenta de mi desasosiego, porque choca su cabeza contra mi costado, haciéndome trastabillar. Acaricio su suave pelaje marrón con delicadeza y sonrío cuando cierra los ojos y me vuelve a empujar para que siga rascándole la cara.

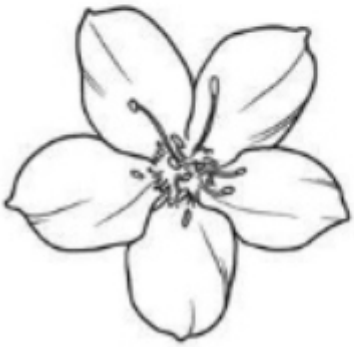
Paso más tiempo del necesario en el prado, acariciando a las vacas valientes que se acercan a saludar. Las menos atrevidas se quedan a una distancia prudente, mirándome con curiosidad pero sin decidirse a dar un paso hacia mí. Me recuerdan a las personas: algunas se lanzan sin miedo, dispuestas a lo que venga aun sabiendo que podrían resultar heridas, mientras que las otras se quedan al margen, alejadas y temerosas de lo que pueda suceder, sin atreverse a descubrir nunca lo que podrían haber encontrado... tal vez algo único.

Supongo que soy demasiado impulsiva como para pertenecer al segundo grupo. Y es que la vida consiste en arriesgarse, equivocarse, aprender de ello y encontrar la manera de seguir adelante.

Capítulo Diez

Sage





Desde que tengo memoria soy capaz de perder la noción del tiempo con tanta facilidad que pueden pasar horas hasta que me doy cuenta de dónde estoy. Una de las principales razones por las que mi cerebro desconecta suele ser por la presencia de animales. Es como si mi cabeza se perdiera en el entorno, dejándome ensimismada en una simple tarea como puede ser, en este caso, acariciar a la vaca… ¿Sadie? O al menos eso es lo que pone en su chapa.

Mi amiga Rachel tiene una gata llamada Sadie. Bueno… al menos la tenía antes de que me fuera.

Me da rabia darme cuenta de que hacía una semana que no pensaba en ellas. Nos hicimos amigas el primer día de universidad; no nos despegábamos la una de la otra. Incluso cuando terminamos la carrera, acabamos trabajando en la misma clínica. Mentiría si

dijera que no la echo de menos, pero mentiría también si dijera que he pensado en ella en el tiempo que he estado aquí.

Me fui de Blackwater con intención de no volver, sin avisar ni dejar una nota de despedida. No tenía pensado rememorar todo aquello, pero ahora que Rachel ha vuelto a mi mente, se me forma un nudo en el estómago al pensar en mi ida —o más bien huida— sin haberle dado una mísera explicación.

Sin duda, debería llamarla.

Pongo un recordatorio en el móvil para hacerlo esta noche y, al fijarme en la hora que es, me llevo mentalmente las manos a la cabeza antes de salir corriendo hacia el destartalado todoterreno para volver al granero.

Han pasado dos horas desde que me marché.

Lib me va a matar.

Para cuando aparco y prácticamente vuelo al establo, me la encuentro en medio del pasillo de las cuadras mirando su móvil con el ceño fruncido. Mis pasos resuenan en el silencio del lugar, acompañados de mis jadeos por la carrera imprevista, y, al escucharme llegar, mi nueva acompañante levanta la vista y aprieta los labios, como si estuviera preparando para darme una mala noticia.

"Me ha llamado Julie de la tienda," dice, directa al grano, sin saludar ni nada. "Hay un montón de gente por la llegada del festival y necesita que le eche una mano."

No dice nada más ni menciona lo ocurrido antes. Mis hombros se relajan, sorprendiéndome por no haberme dado cuenta hasta ahora de la tensión que cargaba. Le prometí que se lo explicaría todo cuando me tranquilizara, pero la verdad es que no me siento con fuerzas para hacerlo. La confianza que tenemos es especial desde que nos conocimos, eso es innegable, pero contarle la peor parte de mi vida me hace sentir demasiado vulnerable y expuesta.

Todavía no estoy preparada, así que no cambio de tema cuando contesto:

"No te preocupes." Sonrío tranquila, sintiéndome mucho mejor que la última vez que la vi. "Si quieres puedo acompañarte y os

ayudo si hago falta. Podríamos comer y después me enseñas el pueblo, que tengo la tarde libre."

Lib esboza una amplia sonrisa, como si mis simples palabras hubieran resuelto un problema gigantesco.

"Nos vendrías de maravilla, Sage. Siempre necesitamos ayuda en la tienda," dice medio riendo. "Solo será hoy, te lo prometo."

"Lib," la llamo, usando un tono algo más serio. Me mira con intensidad, la curiosidad reflejada en sus ojos. "Llámame cuando quieras. Ya sabes que suelo terminar temprano y por la tarde no tengo nada que hacer. Si necesitas ayuda más veces, solo tienes que avisarme."

"No te quiero explotar."

"Me exploto voluntariamente," respondo, encogiéndome de hombros.

Lib suelta una pequeña, pero añade como para sellar el trato: "En ese caso, no puedo hacer nada para impedírtelo."

Cargamos su coche con la última recolecta del huerto, cambio mis gafas de pasta por unas de sol y conducimos hasta el pueblo con lo que parecen ser los mejores *hits* de Doja Cat de fondo. Si alguien me hubiera dicho que a Lib le gustan las letras explícitas, me habría reído en su cara. Pero, a juzgar por la manera en la que grita a todo pulmón *Go to Town* como si estuviera en un concierto privado, supongo que me habrían cerrado la boca. No puedo evitar reírme al ver cómo se las arregla para mover el cuerpo al ritmo de la música, a pesar de estar al volante. Nos reímos juntas, cantando sin preocuparnos de nada más, olvidando cualquier rastro de malestar.

Es la primera vez que salgo de la granja; apenas he tenido tiempo para hacer otra cosa que no fuera comer en casa de Emily o saludar a los dos caballos de Weston cuando llego por la tarde. He trabajado tan duro desde que llegué, que siempre caigo rendida al llegar a casa y no quiero saber nada de nadie.

Por saber, no sé ni cómo se llama el pueblo.

Es para darme de cabezazos contra el salpicadero, lo sé, pero vine con tanta urgencia que no presté atención a los carteles que iban pasando por la carretera.

"Mira, aquí empieza el pueblo," dice Lib, bajando el volumen de los altavoces.

Señala un viejo letrero marrón con letras blancas y desgastadas:

River Cross

"¿Por qué ese nombre?," pregunto, girándome hacia ella con el ceño fruncido.

El único río que he visto es el que se esconde tras la casa de Weston, bastante lejos de la zona principal.

"Ahora lo verás," contesta con una sonrisa.

Vuelvo la vista a la carretera, fijándome en las diferentes casas que vamos pasando. No están muy cerca las unas de las otras, sino que tienen su terreno con cercados llenos de vacas, ovejas o caballos. Algunas incluso tienen plantaciones de maíz y trigo, lo que me da a entender que aquí todo el mundo trabaja en el campo.

"¿Sois los que más terreno tiene en todo el pueblo?," pregunto, sin apartar la vista del paisaje. Pasamos varias casas más, todas construidas de madera como las del rancho.

"*Sip*," responde, remarcando la P. "Tanto para cultivar como para el ganado. La familia Thorne también tiene muchas tierras, pero se dedican sobre todo a los caballos y a tocar las narices."

"¿Cómo?" Me giro para mirarla, intentando contener una risa tonta.

Lib suspira y sujeta con fuerza el volante entre sus manos.

"No es que seamos enemigos ni nada por el estilo, no estamos en el siglo quince. Es solo que no terminamos de... congeniar," explica, haciendo una mueca al decir la última palabra.

Aprieto los labios, tratando de no sonreír, y elevo ambas cejas.

"¿Son muchos en la familia?"

"Tres, como nosotros." Asiente, con los ojos fijos en la carretera. "El mayor es Dorian, el más decente de todos. Me saca cinco años y es el veterinario de la granja, así que suele pasarse por aquí a menudo. Estos días lo verás mucho por la subasta, es quien se encarga de revisar el ganado. La siguiente es Alice, que está completamente pirada, si me preguntas. Trabaja en la peluquería del pueblo y, a no ser que quieras terminar calva, no te recomendaría ir por nada del mundo. La abuela Mira les hizo la cruz hace unos años

así que, a excepción de Dorian, ninguno debería venir al rancho, a no ser que quieran recibir un disparo entre ceja y ceja."

"¿Tienen la entrada vetada?," pregunto con sorpresa. Dice que no están en el siglo quince, pero lo de prohibir la entrada a tus vecinos me parece un poco dramático. Necesito enterarme de todo el cotilleo.

"Ajá."

Asiento, reteniendo y asimilando toda la información nueva. Echaba de menos estar al tanto de las peleas entre familias en los pueblos pequeños.

"¿Y el que falta?," pregunto, recordando que me ha dicho que son tres hermanos.

"A ese no hace falta mencionarlo," masculla entre dientes, apretando el volante hasta que los nudillos se le ponen blancos.

No había visto esta faceta de Lib antes, y no sé si me hace gracia verla tan enfadada o debería darme miedo.

"El más pequeño se llama Evan." Su voz tensa me sorprende después de varios minutos en silencio. "Nos hicimos mejores amigos cuando nació. Yo tenía tres años en ese entonces y al principio lo trataba como si fuera mi hermano. Estaba tan emocionada con su nacimiento que el día del parto fui la primera en conocerlo. Con el tiempo las cosas cambiaron, maduramos y nos hicimos inseparables. Éramos la persona favorita del otro… O eso pensaba yo, pero decidió apuñalarme por la espalda y convertirse en la reencarnación del diablo."

"¿Qué hizo?," pregunto, *necesitando* saber la historia completa.

Lib suspira con fuerza y sacude la cabeza, haciendo que su pelo rubio caiga desordenado por sus hombros. Hoy no lleva sus inconfundibles trenzas, pero las ondas que hace su cabello me indica que debió dormir con ellas.

"Es una larga historia que no quiero rememorar ahora mismo," responde con sequedad, haciendo una mueca que deja claro que le guarda el suficiente rencor.

Asiento en silencio, pero tengo que contener la risa floja y apretar los labios con fuerza para no soltar lo primero que me viene a la cabeza. Me vuelvo para mirarla, y Lib frunce tanto el ceño que la

imagen de su hermano haciendo lo mismo me golpea como el flash de una cámara, sin dejarme más remedio que hacer la pregunta:

"¿Te has liado con Evan?"

Su cara se colorea al instante de rojo. No aparta la mirada de la carretera y respira tan fuerte que parece un toro bravo a punto de hacerme saltar por los aires.

"¿¡Que yo qué!?," grita, fuera de sí, con la boca torcida del horror. "¿Por quién me tomas? No tocaría a Evan Thorne ni con un palo. Ni aunque me pagaran millones. Es la peor persona que conozco. Por mí, como si se cae en un pozo y se muere de inanición."

Elevo ambas manos en señal de rendición, mordiéndome el labio inferior para ocultar mi sonrisa.

"Solo preguntaba," digo, haciéndome la inocente.

Lib me fulmina con la mirada y me enseña el dedo corazón antes de murmurar una retahíla de insultos hacia su ex-mejor amigo y centrarse en la carretera.

"Ese hombre no existe para mí, así que no lo vamos a volver a mencionar en la vida."

"Entendido." Asiento, seria, haciendo un saludo militar en su dirección. "Alto y claro."

Lib bufa, pero, a medida que los terrenos de las casas que pasamos van menguando, va relajando el agarre con el que sujeta del volante. Los árboles comienzan a escasear y un pequeño pueblo aparece frente a nosotras.

Ahí está, River Cross.

¿Que dónde está el río? A mí también me encantaría saberlo.

Con el rugido del motor y la música como acompañantes, nos adentramos en las estrechas calles asfaltadas con la camioneta, dejando atrás el traqueteo de las ruedas sobre la tierra. Nos cruzamos con varias personas, que saludan a Lib con la mano o con una inclinación de cabeza. Intuyo que todos se conocerán, pues solo hay un puñado de casas en todo el lugar.

Los pequeños comercios tienen carteles llamativos, cada uno con su estilo, prometiendo todo tipo de productos y actividades. Miro por la ventana para fijarme en la variedad: una tienda de

alimentación, otra de animales de granja, la siguiente es de material hecho a mano, con arreos para los caballos y ropa... Es como si el tiempo no hubiera pasado aquí, como si siguieran siendo las mismas tiendas, las mismas caras, y la misma vida de hace cuarenta años.

"No es precisamente moderno todo esto, ¿verdad?," le pregunto a Lib sin mala intención, solo movida por la curiosidad, mientras sigo mirando por la ventana. Unas ancianas que caminan por la calle con los brazos enganchados me saludan, y yo sonrío, devolviéndoles el gesto.

"Esta es la que llamamos la zona vieja," explica Lib, soltando una risa. "Conservan la estética de hace casi cien años para darle ambiente al pueblo. O eso es lo que dicen... Al otro lado del río es todo más moderno y hay más gente joven. Es donde tengo la tienda."

"¿Cómo que al otro lado del río?" Frunzo el ceño mientras me giro para mirarla, pero a mitad de movimiento me quedo quieta, clavando la mirada al frente.

Un enorme puente, de madera oscura y vigas de metal oxidado, corta el paisaje como una cicatriz. Bajo sus cimientos, el río ruge, ancho y caudaloso, golpeando las rocas con fuerza. El sonido del agua arrastrando ramas y espuma retumba en mis oídos mientras intento procesar lo que veo. La estructura no solo divide el pueblo en dos; parece separar dos mundos distintos. La parte vieja y la moderna.

Una risa se escapa de mi boca antes de poder contenerla.

"Como para no verlo," digo, entre carcajadas. Lib me mira, sus ojos chispeantes de diversión, y enseña sus dientes perfectos antes de unirse a mi risa delirante.

Estaba tan ensimismada en los comercios y la música de fondo, que no había sido consciente de que el sonido del río se había estado haciendo más fuerte a medida que nos acercábamos.

"Es impresionante," susurro, alucinando con el paisaje que tengo frente a mis ojos. El contraste del río con el viejo puente y el resto del pueblo al otro lado me pone la piel de gallina.

Conduciendo despacio, cruzamos el río mientras el traqueteo de las ruedas sobre la madera resuena bajo nosotras, mezclándose con

el estruendo del agua. Abro la ventana para sacar la cabeza —o, más bien, casi todo mi cuerpo—, y observo cada detalle: las casas antiguas alejándose detrás, el reflejo tembloroso del cielo despejado en el agua, el aroma a humedad colándose por mis poros y la brisa removiéndome los rizos sueltos.

Miro hacia el frente para ver las calles de ese lado. Son iguales que las del otro, pero las casas se ven más seguras y nuevas. Tienen la estética de cualquier otro pueblo de la zona: casas en vez de pisos, patios traseros, plantas por doquier, decoraciones simples pero cuidadas y muchos comercios familiares.

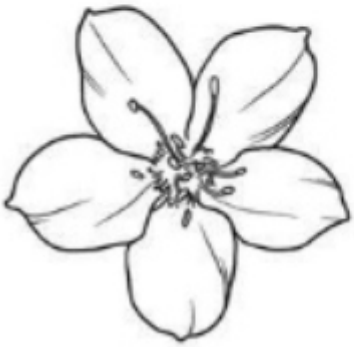
No sé qué me esperaba al venir aquí; no sé qué esperaba encontrar. Pero mientras cruzamos el puente, no puedo evitar pensar que, de algún modo, también estoy dando un pequeño paso hacia lo que sea que estoy buscando para volver a conectar con la Sage del pasado.

Una puerta hacia lo desconocido se abre frente a mí, y estoy deseando encontrar a la Sage que una vez dejé atrás y quiero volver a ser.

Capítulo Once

Sage





El letrero de madera oscura que nos da la bienvenida cuando bajamos de la camioneta anuncia en letras amarillas:

The Green Basket

No voy a mentir, imaginaba que estaría el nombre de los Weston por todas partes, pero, quitando a Lib, no hay nada que indique que esto pertenece a su familia.

La tienda de Lib tiene un enorme escaparate lleno de frutas y verduras expuestas desde el otro lado del cristal. El olor a huerto me inunda cuando traspasamos la puerta de madera, y una pequeña sonrisa brota en mis labios ante el familiar aroma.

Una chica rubia, bajita y con cara de cansancio está al otro lado del mostrador. Coge notas a toda velocidad de todo lo que le está pidiendo un cliente.

“Vale, señor Miller, en cuanto lo tenga listo le mandaré un mensaje,” le dice con voz dulce, nada que ver con la expresión de agobio que refleja su rostro.

Lib entra detrás de mí y se acerca con pasos rápidos hasta la chica, que esboza una enorme sonrisa de alivio en cuanto la ve.

“Ya he llegado, Julie,” la tranquiliza mi amiga. “He traído refuerzos.”

Ambas se giran para mirarme y le sonrío a la desconocida.

“Soy Sage Reid,” me presento, acortando la distancia que nos separa y alargando una mano en su dirección. Julie me la estrecha sin vacilar e imita mi expresión con ilusión.

“Encantada, soy Julie. Estaba deseando conocerte.”

Dejo que en las siguientes horas sean ellas quienes me guíen, diciéndome qué hacer y cómo hacerlo. Me explican cómo se toman los pedidos, cómo se colocan los productos y cómo está organizado el almacén, al otro lado de la puerta tras el mostrador. La mañana avanza sin respiro; los clientes no dejan de entrar y, para cuando llega la hora de cerrar, las tres estamos exhaustas.

“¿Es así todos los días?,” pregunto, dejando que mi espalda resbale por el mostrador hasta que mi culo toca el suelo. Estiro las piernas e inclino la cabeza hacia atrás para apoyarla contra la madera.

Lib y Julie asienten a la vez, cerrando los ojos mientras se apoyan en la pared para descansar. En apenas unas horas me he dado cuenta de que son como gemelas: siempre moviéndose igual, terminando las frases de la otra y anticipando cada pensamiento. Da un poco de mal rollo cuando te quedas observándolas un rato.

“Sobre todo en esta temporada,” dice Julie. “En invierno no vienen ni los ratones.”

“En invierno se trabaja muy poco y se vive muy bien,” asiente Lib.

“El mundo sería un lugar mejor si no existiera el calor.”

“A mí me gusta el calor,” añado, fingiendo ofensa.

“Oh, Sage Reid, no sé de dónde vienes, pero Almond Valley es el peor lugar para pasar el verano trabajando en el campo,” dice Julie, lanzándome una mirada apenada.

Abro la boca para rebatirlo, pero Lib niega con la cabeza, sabiendo que el argumento de su empleada es irrebatible.

“Bueno, va siendo hora de ir a comer,” anuncia Lib tras un pequeño momento en silencio. Se separa de la pared para ir hacia la puerta, pero se gira hacia Julie antes de preguntar: “¿Cierras tú?”

Julie asiente, y se vuelve hacia mí para darme un breve abrazo.

“Gracias por venir a echar una mano, Sage. Espero verte pronto por aquí. Podríamos ir las tres a tomar unas cervezas algún día.”

"Hoy es mi último día de prueba, puede que no nos volvamos a ver," respondo con dramatismo, haciendo un puchero.

Veo cómo Lib pone los ojos en blanco y se cruza de brazos antes de acercarse a mí para darme un codazo en las costillas.

“Claro que vas a volver. Deja de ser tan pesimista."

Julie se echa a reír y nos despedimos, prometiendo volver a vernos pronto.

Caminamos hacia el bar donde Lib me prometió que comeríamos, un lugar llamado **The Red**, donde, según ella, todo —literalmente todo— es rojo. No tardo en entenderlo cuando entramos. Suelto una risa entre dientes apenas cruzamos la puerta, y me detengo para observar el interior con atención.

Todo el mobiliario es rojo, incluso los cuadros que cuelgan de las paredes. Sin embargo, y para mi sorpresa, el conjunto no resulta estridente ni exagerado. La calidez de la madera que recubre el suelo y el techo suaviza la intensidad del color y, de alguna manera que todavía no alcanzo a descifrar, la combinación funciona.

El ambiente es acogedor, pero está a rebosar de gente comiendo, familias, parejas y grupos de amigos, así que nos movemos con lentitud entre las mesas bajas buscando una que esté vacía. Lib saluda con naturalidad a la gente del pueblo a medida que avanzamos, sonriendo o estrechando sus manos. La sigo de cerca y, cuando me presenta, los vecinos me regalan la mejor de sus sonrisas.

No puedo evitar sentir una pequeña punzada de envidia sana por ese sentimiento de pertenencia, y disfruto de la cálida bienvenida de River Cross.

Varios grupos de gente joven nos invitan a comer con ellos, pero Lib declina sus propuestas con educación. La veo contener una risa al ver mi expresión de asombro. Sabía que los vecinos del pueblo eran agradables, pero no tan familiares. No sé ni cómo, encontramos una mesa vacía junto a la ventana sobre una tarima. Todas las de la hilera que está pegada a la cristalera están en alto, por lo que tenemos vistas tanto a todo el local.

No pasan ni dos minutos cuando un camarero con rizos oscuros se acerca hacia nosotras con una sonrisa ladeada. No le prestaría demasiada atención de no ser porque las zonas de piel que tiene descubiertas están repletas de tatuajes y sus brazos son enormes.

"¿Qué hay, Lib?," saluda, situándose delante de la mesa, justo en medio de las dos.

Su pelo revuelto le da un aire desenfadado y, por la forma en la que mira a mi amiga, me atrevería a decir que está esbozando su mejor sonrisa seductora.

"Nada nuevo, Jax. Todo el día trabajando."

"No te tomas ni un descanso, ¿eh?," responde divertido, guiñándole un ojo.

No se me pasa por alto cómo las mejillas de Lib se sonrojan ligeramente. Mantengo una sonrisa tranquila, pero por dentro me muero por sonsacarle a mi amiga toda la información que pueda sobre su relación con el camarero buenorro.

"Nuestro descanso son las alitas de este lugar," exclamo con energía, sumándome a la conversación. O me centro en hablar de comida o voy a decir algo que no debería. "Lib dice que son las mejores del país."

Jax gira la cabeza en mi dirección y, aunque intenta ocultarlo rápidamente, me fijo en su expresión de sorpresa al encontrarme aquí, como si no se hubiera fijado en mi presencia. Como si solo tuviera ojos para Lib.

Dios, necesito que se vaya para bombardear a Lib a preguntas.

"Es que *son* las mejores del país," asiente él con convicción, clavando sus ojos verdes en mí.

"Eso tendré que confirmarlo yo," digo, guiñándole un ojo disimuladamente a la rubia. Resopla y pone los ojos en blanco, pero

una pequeña sonrisa asoma en sus labios.

"Jax, esta es Sage, nuestra nueva empleada."

Hago un leve gesto con la cabeza en su dirección, que me devuelve mientras se gira hacia mí.

"¿Llevas mucho tiempo por aquí?"

"Una semana," respondo, encogiéndome de hombros.

"¿Una semana?," repite con lo que supongo que es incredulidad. "¿Y cómo es que no te he visto por aquí hasta ahora?"

Pues no era incredulidad…

Puag.

El exceso de interés en su voz y la sonrisa —calcada a la que tuvo con Lib hace apenas un momento— me resultan más irritantes que agradables.

Me fijo en la mirada inexpresiva de mi amiga, que me dice sin necesidad de palabras que siente lo mismo que yo.

"He estado ocupada. Todo el día trabajando," respondo, encogiéndome de hombros, usando las mismas palabras que Lib.

No sé si Jax se da cuenta de la incomodidad repentina que parece rodear la mesa, porque su sonrisa flaquea y carraspea con fuerza antes de preguntarnos con un tono más profesional qué vamos a comer.

Lib le pasa la comanda más seca que cuando llegamos y espero a que él se haya dado la vuelta para elevar una ceja.

"Eso ha sido… raro," murmuro con el ceño fruncido en cuanto lo veo desaparecer tras la barra.

Lib suelta una pequeña carcajada y se tapa la cara con las manos, apoyando los codos sobre la mesa.

"Madre mía…," dice con la voz amortiguada. Su cuerpo se sacude en lo que parece ser una risa silenciosa, y necesita varios minutos para serenarse y mirarme a través de sus dedos con los labios apretados. "Ha sido incómodo de cojones."

Asiento varias veces, totalmente de acuerdo con la que puede haber sido la interacción más extraña de mi vida.

"¿Estáis liados?"

Mi pregunta la pilla por sorpresa, porque se atraganta con su propia saliva y comienza a toser sin parar mientras su rostro se tiñe

de rojo.

"Sage, ¿puedes parar de emparejarme con todo el mundo?," pregunta con el ceño fruncido y la cara descompuesta.

Me río mientras me encojo de hombros. "Ya sé que no es Evan, tu amor de infancia, pero parecía que ahí había algo."

Elevo las cejas repetidas veces y esbozo una sonrisa pícara, pero Lib pone los ojos en blanco y murmura una retahíla de insultos tan bajito que apenas escucho un par de palabrotas.

"¿Qué te ha parecido la tienda?" Su intento de cambiar de tema es bastante penoso, pero reprimo mi curiosidad y no insisto.

Tendré que preguntarle por su triángulo amoroso en otro momento.

"Me recuerda a mi infancia, cuando vivía con mi abuelo y vendíamos la recolecta de nuestro pequeño huerto en el mercadillo del pueblo," digo, sonriendo al recordar los calurosos domingos bajo el toldo del puesto de la granja que teníamos. "No se parece en nada a la tienda, claro está, pero la sensación es la misma: ver a los vecinos, hablar con ellos, vender los alimentos que has recolectado con tus propias manos, sentir que recibes una buena recompensa por tu esfuerzo…"

"Es bonito verlo así," dice sonriéndome con ternura. "¿Lo echabas de menos? Vivir en el campo, me refiero."

"Sí, claro. Aunque no había sido consciente de lo mucho que lo echaba de menos hasta que he venido al pueblo y he experimentado la vida rural al completo."

"A veces la granja es como un mundo aparte," añade, asintiendo. "Hay que salir de vez en cuando, porque esa burbuja te atrapa y no te suelta. Mira a mi hermano, se ha convertido en un amargado que no sale de ahí ni aunque le paguen."

Me río como si lleváramos años haciendo ese tipo de comentarios sobre Weston y nunca fueran suficientes para cansarnos. Lib se une a mi risa, y añade casi sin aire: "¿Tengo razón o no? Ese cascarrabias necesita salir un poco, vivir experiencias, interactuar con gente nueva…"

"No debe ser bueno estar rodeado de tanta mierda de vaca, debe de estar afectándole al cerebro."

Nos reímos y seguimos hablando como si fuéramos viejas amigas que hacen bromas sobre cualquier cosa, metiéndonos con su hermano y sus ligues.

Porque a mí nadie me baja del carro de *los ligues*.

"Entonces... Sage Reid," comienza Lib, apoyando los codos sobre la mesa después de que el camarero, que no era Jax, nos haya traído la comida. "Ya hemos hablado mucho sobre mí y mis supuestos ligues." Pone los ojos en blanco en cuando salen las palabras de su boca. "Dime algo que no sepa sobre ti."

Sonrío, imitando su postura al apoyar la cabeza en mis manos.

"En… tres meses exactos, cumplo veintisiete años."

"¿¡Qué tú qué!?," prácticamente grita, lo que hace que todo el bar se gire para mirarnos. Abre tanto los ojos que temo que se le vayan a salir de las cuencas.

No puedo evitar reírme al ver su reacción.

"Pensé que todo el pueblo ya habría visto mi currículum," respondo entre risas.

"Claro, pero no tengo memoria suficiente para recordar tu carta astral," se justifica, resoplando.

Asiento varias veces antes de explicarle: "Acabé la carrera a los veintitrés y trabajé tres años."

"¿Qué estudiaste?"

"Fisioterapia."

Lib frunce el ceño y hace una mueca como si hubiera chupado un limón.

"¿Fisioterapia?," repite. Asiento, parpadeando lentamente. "Perdona si te ofende, pero no te pega nada."

Me río ligeramente, pero estoy de acuerdo con ella.

"Lo sé. No es que fuera lo que más me gustaba hacer, pero estudié la carrera con mi amiga Rachel, así que la compañía hizo que mereciera la pena."

Lo hice porque debía, no porque quisiera. No me arrepiento de haberla estudiado y, si pudiera volver atrás, no habría elegido otra carrera. De haber hecho otra cosa, no habría acabado aquí de ninguna manera ni sería quien soy ahora.

Aunque ahora me cuesta reconocerme después de tantos años haciendo lo que otros me dictaban.

"¿Y qué te gusta hacer?," pregunta con una sonrisa, ladeando la cabeza con curiosidad.

"Trabajar en el campo, rodeada de animales, oliendo a paja y heno. Levantarme por las mañanas y ver verde cuando miro por la ventana. Hablar sin parar, estar acompañada de personas que realmente aprecian lo que hago y que no me tratan como si fuera inferior a ellos. Pero mi cosa favorita siempre será montar a caballo y dar largos paseos por las montañas."

Lib me mira atentamente con los ojos anegados en lágrimas. Parpadea varias veces muy rápido, intentando que no se derramen, sin dejar de sonreír.

"No me preguntes qué me gusta a mí porque cualquier cosa que diga va a parecer una tontería en comparación," dice, riendo. "¿Crees que aquí sientes eso? ¿O que puedes llegar a sentirlo?"

No respondo al instante, sino que medito sus palabras un momento.

Es probable, ¿no? Me encanta trabajar en el huerto, hablar con Lib y Emily, que Tate me anime a meterme con Weston cuando cenamos juntos y acariciar a los caballos de su casa. Todavía me falta dar un paseo largo a caballo e investigar más la zona del bosque, pero todo lo que he dicho ha sido posible en este lugar.

Bueno... todo menos que me traten como si no fuera inferior.

"Quitando al idiota de mi hermano," añade apresuradamente, como si me estuviera leyendo la mente. Aprieto los labios para reprimir una sonrisa, pero asiento sin dejar lugar a dudas.

"¿Crees que podríais despedirlo a él y no a mí?," pregunto, haciendo un puchero, lo que hace que Lib estalle en carcajadas.

"Me gusta Almond Valley," continuo diciendo más seria. "Es cierto que tu hermano a veces no ayuda a que sea todo fácil y sencillo, pero esta semana ha sido lo que yo necesitaba. Como si por fin pudiera volver a donde realmente pertenezco."

"Me alegra escuchar eso," dice, mirándome con una tierna sonrisa.

"Espero que me contratéis o mi corazón se romperá en mil pedazos."

"No te vamos a despedir, Sage. Aunque seas demasiado vieja para el puesto."

"¡Pero vamos a ver!," exclamo, alzando los brazos con la boca abierta. "Tú no debes ser más pequeña, ¿qué tienes, veintiséis?"

Niega con la cabeza, mordiéndose el labio inferior.

"Veintinueve."

Ahora soy yo quien la mira con incredulidad durante unos segundos con la cara completamente desencajada.

"Eres una caradura, Lib Weston."

Nos reímos juntas una vez más hasta que nos quedamos sin aire, y terminamos de comer las mejores alitas de pollo del país —o incluso del mundo. La conversación salta de un tema a otro sin parar, pero ninguna de las dos parece tener problema con ello. Hemos congeniado desde el principio, y todo resulta sencillo entre nosotras.

Mañana me dirán si me van a contratar o no y, pese a no estar nerviosa porque Lib no para de repetirme que soy perfecta para el trabajo, una parte de mí no puede evitar dudar.

"Pues claro que te van a contratar," asegura Lib una vez más mientras me termino sus alitas.

Está tan llena que incluso se ha desabrochado el botón del pantalón para no vomitar. Sus palabras, no las mías. Como mi estómago es el mismo que el de cinco caballos, me he comido lo que quedaba de su plato mientras me contaba cómo conoció a Julie y acabaron trabajando juntas en la tienda.

Cómo no, el tema ha vuelto a saltar a mi hipotético contrato.

"Tu hermano no creo que esté tan seguro," replico, masticando con gusto. Sin duda son las mejores del mundo.

"Que le den a mi hermano," dice con un bufido. "¿Te ha pedido ayuda para que le eches una mano con el ganado?"

Me pregunto cómo lo sabe, si me lo dijo Emily; supongo que le gustará hablar tanto como a mí.

"*Nop*. Parece que se lo está pensando."

Lib frunce el ceño.

"Suficiente tiempo ha tenido ya. Te necesita y punto. Que deje el orgullo de lado por una vez y te hable," dice, recostándose en la silla. "Madre mía, ¿por qué los hombres son tan idiotas?"

Se lleva el vaso de agua a la boca y suelto antes de pensarlo:

"No sé, pregúntaselo a Evan Thorne."

Veo cómo se atraganta con la bebida y, cuando consigue recuperarse, me lanza una patata a la cara sin pensárselo dos veces.

"¡Oye!"

"Traidora," masculla entre dientes, fingiendo molestia, pero la delata la manera en la que se muerde el labio para contener una sonrisa.

El ambiente cercano que se crea entre nosotras me hace relajarme y sonreír para mí.

Puede que haya una pequeña posibilidad de que este pueblo no sea mi destino final, pero al menos ha sido una forma de volver a empezar. Ahora tengo el camino marcado, solo me falta seguirlo.



El sol se esconde lentamente tras las copas de los frondosos árboles del bosque. Estos días he descubierto que la parte trasera de la casa de Weston es un buen refugio cuando quieres desconectar y necesitas un momento a solas. Está apartada de todo y de todos, con la única compañía de la pareja de caballos que, a diferencia de algunas personas, nunca molestan. Shiny y Mud no se han alejado de mí desde que llegué y me senté en la impecable valla blanca.

Me he encajado entre las tablas, mirando hacia el cercado, y mi pecho se mantiene pegado a la madera, haciendo presión para no caerme para atrás. Balanceo las piernas como si fuera una niña en un columpio, pues cuelgan a medio metro de altura sobre la hierba.

El appaloosa parece contento de que esté aquí, pidiéndome que lo acaricie al empujarme con la cabeza. No puedo negarme; me he convertido en su nueva esclava, y la verdad es que no puedo quejarme.

Los tonos anaranjados del cielo bañan el cercado de una luz preciosa, como si estuviéramos en el paraíso; la suave brisa, aunque cálida, mueve ligeramente las hojas de los árboles, creando una atmósfera idílica. Podría quedarme aquí para siempre. Si cierro los ojos, incluso puedo imaginarme viviendo en este lugar: subiéndome a esta valla después de un largo día, acariciar a los caballos como si fuera mi terapia, esperando a que mi marido vuelva del trabajo para hablarle por los codos y contarle cada detalle de mi día.

Pero el hombre que vive en esta casa no es ni mucho menos mi marido. En cualquier caso, el candidato más cercano a serlo algún día es Mud.

"¿Verdad, chico?"

Ya estoy otra vez hablando sola en voz alta.

El caballo resopla y sacude la cabeza como si estuviera de acuerdo con mis palabras. Parece que no soy la única que detesta a Wade Weston.

Su pelo está lleno de tierra y polvo, pero sigo acariciándolo ensimismada. La verdad es que no les vendría nada mal esquilarlos ahora que llega el verano y comienza a hacer bastante calor. Tendré que comentárselo a Weston cuando lo vea. Aunque ya imagino su respuesta tipo: «¿y qué tal si te esquilamos a ti la cabeza?»

Resoplo con frustración, y repaso mentalmente la interminable lista de insultos que podría dedicarle. Al menos me alegro de no haberlo visto en todo el día; parece que algo bueno debía tener lo que podría ser mi último día aquí.

El trabajo ha sido intenso, el ataque de ansiedad desgarrador y la visita al pueblo revitalizante. Lo bueno supera lo malo, pero algo dentro de mí no puede evitar preocuparse por el momento de pánico de esta mañana. Suelo tenerlo todo bajo control, he trabajado muchas horas, muchos años, para conseguir estar bien y convertirme en una persona estable a pesar de sus traumas.

Siento impotencia al comprobar que pueden desarmarme en cualquier momento y no puedo hacer nada para evitarlo. Nada me puede preparar para un susto porque, bueno, hoy tenía una piedra y una pequeña azada, pero… ¿y si llego a tener una motosierra y la música a todo volumen?

No me doy cuenta de que he empezado a acariciar con más presión el cuello de Mud hasta que resopla y se sacude para espantarme como si fuera una mosca que no deja de tocarle las narices. Respiro hondo, alejando cualquier pensamiento autodestructivo e intentando escuchar a mi cuerpo por todo lo ocurrido esta mañana.

No puedo cambiar lo que pasó y tampoco puede hacerme daño. Anoto mentalmente pedir cita con la doctora Miles para mantenerla al tanto de mi recaída. Llevo sin hablar con ella varios meses, así que espero que esté contenta de saber que he estado bien todo este tiempo. Con un poco de suerte, podré decirle que tengo un trabajo nuevo y una vida nueva.

Shiny levanta la cabeza de golpe, dejando de mordisquear la hierba para caminar hacia el lateral del cercado. Lo sigo con la mirada, esperando a ver qué hace. No sé a quién ha escuchado o qué ha olido, pero espero que no sea un maldito lobo. Aunque dudo que sea una amenaza, porque Mud no se mueve, sino que me pide más mimos como si nada.

"Eres igual de pesado que algunos hombres…," murmullo, rascando detrás de sus orejas hasta que estira el cuello, encantado.

"Cualquiera diría que hablas por experiencia propia," gruñe una voz áspera a mi espalda.

Me tenso al reconocerla, pero no me giro. Ni en broma pienso darle el gusto. Mud parece pensar lo mismo, porque resopla y se da la vuelta, enseñándole la grupa.

Una sonrisa asoma en mis labios, y me alegro de que el intruso en nuestro pequeño paraíso no pueda verme.

"¿No tienes nada mejor que hacer?," pregunto, mirando cómo el caballo se relaja cuando vuelvo a tocarlo.

Escucho cómo bufa a mis espaldas y sus pasos se acercan, lentos y pesados. Me revuelvo en mi improvisado asiento y no dejo

de mover las manos por el cuello de Mud, intentando mantenerme impasible.

"¿Vas a echarme de mi propia casa, Sage?" Su tono es seco y condescendiente. Me está empezando a hervir la sangre y no sé si aguantaré mucho antes de saltarle a la yugular para cantarle las cuarenta.

¿Por qué tiene que ser tan cretino conmigo? ¿Su madre no le dio las suficientes collejas de niño?

"Haz lo que te dé la gana, Weston, pero si has venido solo para tocarme las narices, prefiero que te vayas." Me sorprende lo tranquilo que suena mi tono, teniendo en cuenta que las manos me tiemblan de pura rabia.

Llevamos toda la semana hablándonos lo justo y necesario. Nunca nos cruzamos a menos que sea obligatorio, así que no entiendo por qué tiene que venir ahora a joder lo único bueno que me queda de este día. Especialmente cuando ni siquiera sé si mañana seguiré aquí.

No sé de dónde saco el valor, pero me obligo a mirarlo de reojo. Weston está apoyado en la valla con los brazos estirados; sus dedos aprietan con tanta fuerza la madera que los nudillos se le han puesto blancos. Todo su cuerpo está en tensión, al igual que su mandíbula, cerrada como si estuviera conteniendo algo que no pienso preguntarle. Mantiene la mirada fija al frente, en Shiny, que lo observa en silencio, tan inmóvil como yo.

"Ya hemos hablado de esto," masculla con los dientes apretados. "Deja de mirarme así, Sage."

Pongo los ojos en blanco, reprimiendo la tentación de seguir haciéndolo solo para molestarlo; tal y como él ha hecho al venir aquí. Respiro hondo, dejando que la rabia se disuelva un poco en mi pecho, y desvío la mirada hacia Mud.

Permanecemos en silencio durante varios minutos. No es incómodo, pero tampoco agradable. Es como si ambos estuviéramos esperando a que el otro haga el primer movimiento: un comentario hiriente o una mirada fulminante, cualquier cosa que rompa la calma tensa que se ha instalado entre nosotros.

Como no sé estar callada más de cinco minutos seguidos, soy yo quien rompe el silencio.

"¿Ya habéis tomado una decisión?" Me giro como puedo en mi asiento para mirarlo, pero él no me devuelve el gesto, centrado en su caballo tordo.

"¿Sobre qué?," pregunta de vuelta. Reprimo un resoplido con todas mis fuerzas y vuelvo a intentarlo.

"Sobre qué vais a hacer conmigo."

Estamos a varios metros de distancia, pero no se me pasa por alto el gruñido apenas audible que emite mientras vuelve a apretar la valla entre sus manos.

"Mañana te lo comunicará Emily," suelta, sin dar más detalles.

Mi paciencia se está acabando, y hoy no estoy de humor para jueguecitos absurdos.

"¿No puedes decírmelo tú? Como… ¿ahora mismo?"

Weston pone cara de fastidio, haciéndome sentir como si fuera una cría pequeña impaciente. No se da cuenta de que para mí esto no es ninguna tontería. Se pasa una mano por el rostro, dejando en evidencia su cansancio. Pero su mirada, esa mirada fría y distante, de repente se posa en mí, y me muestra lo que piensa: mi futuro le importa una mierda.

"No."

Es todo lo que dice antes de darle un toque a la madera con los nudillos y largarse sin mirar atrás.

He perdido la cantidad de veces que me ha dejado plantada, hecha un mar de dudas y con la cabeza a punto de estallar de la rabia.

Hasta hace dos minutos, deseaba con todas mis fuerzas haber superado con creces la semana de prueba y quedarme. Pero, viendo que no he hecho ningún progreso en mi relación con Weston, creo que prefiero que me den la patada y no volver a pisar esta granja en mi vida.

Mud relincha a mi lado, como si estuviera celebrando la huida de su dueño; y ese pequeño gesto me hace sonreír.

Pensándolo mejor, que le den. No pienso tirar por la borda los pequeños pasos que he dado en la dirección correcta por un

hombre.

Y menos por uno tan detestable como Wade Weston.

Capítulo Doce

Wade



Una ducha de agua fría siempre es la mejor opción después de un largo día de trabajo; y aún más cuando termina con una conversación insufrible con Sage. ¿En qué momento me pareció una buena idea decirle que, como Emily la va a contratar, necesito ayuda con el ganado? Desde luego, no ha sido uno de mis momentos más lúcidos, sobre todo después de intercambiar con ella más de tres palabras y que echara mis planes por la borda.

Llevaba toda la tarde mentalizándome para hacerlo, pero cuando me he visto ahí, con Sage mirándome a través de sus enormes gafas de pasta con cara de querer asesinarme, me he quedado callado como un completo imbécil. Me he echado atrás sin pensarlo dos veces y me he largado.

¿Quería estar sola? Pues lo ha conseguido.

Me froto con fuerza la cara, gruñendo entre mis dedos mientras el agua de la ducha cae por mi espalda. El frío actúa como relajante para mis músculos, pero no es suficiente para acallar los pensamientos descontrolados que rondan por mi cabeza. Estoy cansado, saturado y necesito un trago de algo fuerte.

Una parte de mí no puede evitar sentir alivio por no haber sido yo quien le diera a Sage la noticia de su contrato. No pienso reconocerlo en voz alta, pero aquí la jefa es mi madre. Realmente yo no he tenido mucho que ver con la decisión final ni era mi deber comunicárselo. ¿Que podría haberlo hecho para quitarle un peso de encima? Sí. Pero en cuanto me he visto en situación no he podido hacer otra cosa que evitar el tema y ponerme a la defensiva.

No sé qué tiene Sage Reid que me altera tanto. Se me hace imposible mantener una conversación normal con ella sin ponerme de los nervios o a la defensiva.

Por el contrario, Lib está encantada con ella —en serio, no deja de repetírmelo—, es con la que más trabaja y también necesita una ayuda en la tienda, así que mi opinión les importa tres cominos. Palabras textuales de mi hermana.

Estoy exhausto de trabajar con el ganado tantas horas sin descanso, pero no sé si me va a merecer la pena mentalmente trabajar codo con codo con Sage. El otro día, tras leer su nota, me sorprendí al estar a favor de aceptar su ayuda, incluso pensaba pedírselo ese mismo día, pero algo me echó para atrás y terminé quedándome callado.

Exactamente igual que hoy.

Supongo que si dudo tanto es mejor que no le diga nada. No sé si termino de fiarme de ella y no quiero correr el riesgo de que sea peor que trabajar solo. Mañana, cuando Emily la contrate, tendré tiempo para meditarlo más serenamente antes de la subasta.

Salgo del baño con ropa cómoda para cenar cualquier cosa, pero me quedo paralizado en el pasillo al ver a la mujer que se mueve con soltura en mi cocina. Es como si estuviera en su propia casa, con el pijama puesto y el oscuro cabello recogido en un moño desordenado del que caen varios tirabuzones perfectos por sus mejillas y su nuca.

La observo en silencio, como hace ella conmigo cuando cree que no me doy cuenta, y me pregunto dos cosas: por qué mis piernas no se mueven cuando estoy dando la orden directa desde mi cerebro, y por qué Sage está en mi cocina.

Como si notara mi presencia, la inesperada invitada gira sobre sus pies descalzos con el ceño ligeramente fruncido y me mira con curiosidad. Alza una ceja, como si esperara a que sea yo quien diga algo, pero ninguno de los dos dice nada. Me fijo en su pijama: una camiseta vieja que le queda ancha y unos pantalones cortos que dejan al aire sus piernas bronceadas. Vuelvo la vista a su rostro y sus labios se entreabren ligeramente, lo que atrae mi mirada hacia ellos como si fuera un imán. Contengo el aliento, sintiendo una extraña curiosidad ante esta burbuja en la que nos encontramos, pero la voz ronca de Sage me sorprende rompiendo el silencio.

"Estoy calentando la cena," dice como si nada, antes de volver a girarse.

¿En qué momento se ha vuelto algo normal que Sage me traiga la cena? Lleva haciéndolo varios días, pero siempre se va antes de que me dé tiempo a abrir la boca para agradecérselo.

"¿Te quedas a cenar?," pregunto como un estúpido. Es obvio, viendo que ha puesto dos platos en la mesa y se está acomodando en una de las sillas.

"No tengo microondas en el apartamento." Se encoge de hombros, desviando la mirada hacia la pantallita que marca la cuenta atrás.

Me acerco a la mesa, demasiado cansado como para responder con un comentario distante o intentar echarla de mi casa. Arrastro la silla con cuidado y me dejo caer, soltando un fuerte suspiro. Solo quiero cenar rápido e irme a dormir; mañana ya tendré energía para lidiar con ella.

El pitido que marca el fin del temporizador me hace pegar un respingo, pero intento camuflarlo restregándome las manos por la cara. Estoy tan cansado que cualquier cosa me sobresalta. El tacto de mi barba también me desconcierta, pues nunca dejo que crezca demasiado, pero es que estos días no he tenido tiempo ni para

afeitarme. Mi pelo también está bastante más largo y ya no rasca cuando me paso la mano por la cabeza.

Sage deja la comida sobre la mesa, que me hace fruncir el ceño en cuanto la reconozco: alitas de The Red.

No sabía que había ido al pueblo, y no entiendo por qué me pregunto con quién lo ha hecho si ni siquiera es asunto mío ni me importa lo suficiente como para planteármelo.

"¿Fuiste a cortarte el pelo con Alice Thorne?"

La pregunta que me hace mientras llena la jarra de agua en el fregadero me pilla desprevenido, y mi expresión de sorpresa me delata por unas milésimas de segundo.

Como me quedo en silencio, gira la cabeza y me pilla mirándola con el ceño fruncido.

"¿De qué estás hablando?" Me cruzo de brazos, recostándome contra el respaldo de la silla de madera oscura.

"Lib me dijo que trabajaba en la peluquería de River Cross," dice, dándome la espalda para parar el grifo. "No me la recomendó ni muerta y sus palabras exactas fueron: «A no ser que quieras quedarte calva»."

Se hace el silencio entre nosotros durante un largo rato.

Sage sigue sin darse la vuelta y mis cejas están tan fruncidas que apenas las separan unos pocos milímetros. Estoy a punto de abrir la boca para replicar que se meta en sus asuntos, cuando me fijo en que sus hombros comienzan a moverse enérgicamente como si le estuviera dando un ataque. Una respiración entrecortada sale de sus labios, y no entiendo si le está dando un ictus o está llorando. Mi expresión cambia de confusión a completo horror.

Si se echa a llorar, pienso dejarla aquí sola. Nunca he sabido lidiar con las lágrimas y Sage no va a ser la excepción.

Para mi sorpresa, y un poco de alivio, la pelinegra se da la vuelta y veo cómo deja la jarra en la mesa para llevarse la mano a la boca y así ocultar su risa. Los ojos anegados en lágrimas y una expresión de completa alegría iluminan su rostro.

Frunzo todavía más el ceño y espero a que comience a hablar. Porque si hablo yo, pienso echarla de mi casa.

“Perdón… perdón…,” dice, sin aliento. Contiene las carcajadas con dificultad, sin dejar de mirarme, pero su risa nasal rompe con el silencio entre nosotros.

Sage se ríe tan fuerte que tiene que doblarse sobre sí misma y agarrarse el abdomen. No sé qué pintas debo de tener, pero siento la boca torcida en una mueca que no sé explicar. La escena que tengo delante me tiene más descuadrado que cuando Tate trajo a casa a su primera novia. Todavía no logro quitarme de la cabeza su expresión de enamorado.

Me dan escalofríos solo de recordarlo.

Sage necesita varios minutos para serenarse, y cuando se acerca a la mesa, lo hace con otro plato lleno de alitas de pollo. Murmuro un “gracias” tan bajo que dudo que me haya escuchado y comienzo a comer en cuanto se sienta en la silla frente a mí.

No volvemos a hablar ni nos miramos en toda la cena. No saco en ningún momento el comentario de antes e intento borrarlo de mi cabeza, pero la risa descontrolada de Sage vuelve a mi mente como un flashback involuntario, arrastrándome hacia esa escena cada vez que la miro de reojo.

El reloj de la cocina marca las diez, y estoy tan cansado que creo que podría dormirme mientras mastico. Hago todo lo posible por permanecer despierto y esperar a que Sage acabe de comer, que no es mucho más tarde que yo. Me levanto de la mesa para fregar y recojo el plato de mi inesperada acompañante sin decir ni una palabra.

Friego la vajilla a mano y después el recipiente donde estaba la comida. Pongo los platos a secar al lado del fregadero, ordenados en la estructura de plástico negra, y escucho la silla de Sage arrastrándose cuando se levanta.

“Me voy ya,” murmura en voz baja. No me giro para mirarla, solo asiento sin dejar de limpiar. “¿Necesitas algo más?”

“No.” Es todo lo que digo. Solo quiero que se largue e irme a dormir.

“Vale,” susurra.

Escucho sus pasos alejarse, pero se para de pronto, como si no se decidiera a irse de una vez.

“Si me contratáis…,” comienza, titubeante. Me aguanto el suspiro que amenaza con salir, y aprieto con fuerza el plato que sostengo entre mis manos. “¿Necesitarías ayuda con el ganado?”

Estoy a punto de decirle que no, que se marche y me deje en paz de una vez, pero una parte de mí —la que no es tan cortante y no le muestro a nadie— me frena en el último momento.

“Ya te avisaré de necesitarte.”

Sage parece tomárselo como una pequeña victoria porque cuando me giro para mirarla me sonríe y asiente con energía. Reprimo un bufido, pero no mi cara de hastío.

“Nos vemos mañana. Buenas noches, Wade.”

Se da la vuelta sin esperar respuesta y, antes de que pueda abrir la boca, ya está saliendo de mi casa y cerrando la puerta tras de sí.

“Buenas noches, Sage,” gruño, chasqueando la lengua contra el paladar.

No dudo en que Emily vaya a contratarla. Tampoco dudo en que yo vaya a pedirle ayuda con el ganado. Y lo peor de todo, es que no dudo en que esta va a ser la peor subasta de mi vida.



Al día siguiente, la camioneta de Sage no está en su sitio. Saco el móvil del bolsillo de mis pantalones, que no he encendido desde la cena de ayer, y veo que tengo un mensaje nuevo de mi madre. Lo envió ayer por la noche y básicamente dice que nos convoca a toda la familia en la casa principal ahora mismo.

Conduzco con calma, sabiendo lo que va a anunciar y, para cuando llego, me los encuentro a todos esperándome en el porche. Incluida Sage.

“Siempre el último, Weston. Cómo te gusta hacerte el importante,” exclama Tate en cuanto salgo del coche y mis pies tocan la tierra del aparcamiento.

Reprimo un bufido y me muerdo la lengua para no soltarle una impertinencia. Lo último que necesito es empezar el día dándole un puñetazo a mi hermano.

Subo las escaleras con la vista fija en mis pies, preguntándome para qué me hacen venir si mi opinión importa una mierda y todo este espectáculo de sonrisas y diversión me saca de mis casillas.

Abro la puerta para que todos pasen, y no se me pasa por alto la expresión angustiada de Sage.

“Acabemos con esto,” murmuro, mirando a Lib con los ojos entrecerrados.

“No te queda nada…,” susurra ella de vuelta, dándole un par de golpecitos a la visera de mi gorra antes de entrar.

La sigo de cerca hasta el salón, donde se han acomodado todos de cualquier manera.

“Sage, tu semana de prueba ha acabado,” dice Emily desde el sofá, mirándola con una sonrisa. Reprimo un bufido, colocándome detrás de la butaca donde está sentado Tate. ¿Es necesario hacerlo todo tan dramático? “Después de hablar con Lib y darle un par de vueltas…”

“No le hemos dado ni una,” interrumpe mi hermana, guiñándole un ojo a Sage, que sonríe ligeramente.

“…hemos decidido contratarte a tiempo completo,” finaliza mi madre.

“¿De verdad?” La incredulidad en su tono casi me hace poner los ojos en blanco.

Sonríe enseñando los dientes mientras se lleva las manos al pecho, casi llorando por la noticia. ¿Acaso dudaba? ¿Y por qué parece tan aliviada? ¿Tantas ganas tiene de trabajar aquí?

Joder… Todo este rollo emocional me está quitando años de vida.

“Puedes hacer tus tareas como has hecho hasta ahora, siguiendo las listas de Weston, pero tengo que mirar a ver si cambio

tu horario para que también puedas ir a la tienda con Lib algún día de la semana," añade mi madre.

"Ahora que eres empleada oficial puedo enseñarte nuestras tierras a caballo," dice Tate desde el sofá con una sonrisa ladeada.

"¡Me encantaría!," responde ella con la emoción iluminando su rostro, asintiendo frenéticamente como si fuera la mejor idea que le hayan dicho jamás.

Tengo que salir de aquí antes de que saque la escopeta y me vuele los ojos y, con un poco de suerte, me exploten los tímpanos. Sin duda, prefiero eso a seguir viendo y escuchando estas tonterías.

Que la traten como si la conocieran de toda la vida o fuera alguien más de la familia escapa de mi entendimiento. Apenas lleva una semana aquí, es la definición de desconocida, no entiendo la necesidad de hacer toda esta parafernalia sentimental para otra empleada más.

Me mantengo apartado a un lado del salón, y frunzo el ceño cuando Lib se acerca a mí y me da un apretón en el hombro.

"¿Contento?," pregunta sarcásticamente. "Tus cejas todavía no se han fusionado, así que algo es algo." Me guiña un ojo con una sonrisa burlona y me vuelve a dejar solo para ir hacia Sage y estrecharla entre sus brazos.

Que es una empleada, no una amiga.

Resoplo con fuerza y me giro para irme de aquí. Si tengo que ver más tiempo a esta gente confraternizar, la bala no será para mis ojos, sino para mi frente.

"Weston."

La voz de Tate me para. Suelto una maldición por lo bajo, con el pomo de la puerta en la mano, y me giro para mirarlo con cara de hastío. Tan cerca y a la vez tan lejos.

"¿Qué?," prácticamente espeto.

"Nos vemos en dos horas y te ayudo con el ganado," dice, asomando la cabeza por el lateral del sofá.

Mis cejas se disparan hacia arriba de la sorpresa.

"¿Tienes tiempo libre?"

"No," responde, riendo. "Pero necesitas ayuda urgente."

Lo miro unos segundos, preguntándome entonces por qué se ofrece a venir. Mi mirada se desvía automáticamente a la mujer que tiene al lado, y la mera idea de tener que pedírselo delante de toda mi familia me poner enfermo.

Tate me mira con socarronería; sabe perfectamente lo que está haciendo.

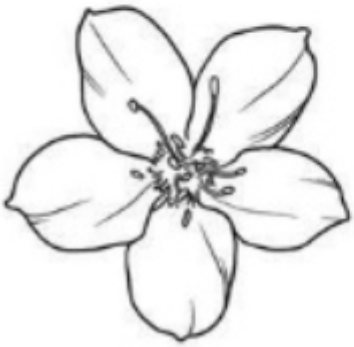
Aprieto tanto la mandíbula que me duele la cabeza y, tras soltar un gruñido y mandarlo todo a la mierda por lo bajo, salgo de esta casa sin mirar atrás.

Si pretende que le pida ayuda a Sage cuando están en medio de un ritual de arcoíris y fantasías, ya puede esperar ahí sentado. A cabezonería no me gana nadie, y si tengo que hablar con ella, no será delante de estos buitres. Lo haré cuando crea conveniente. Y, con un poco de suerte, será nunca.

Capítulo Trece

Sage





Soy oficialmente una empleada más de Almond Valley. Ayer Emily me dio la noticia, y desde entonces me siento como si estuviera en una nube. Todavía no me creo que me pueda asentar en este lugar de manera atemporal.

Joder… Tengo un trabajo a largo plazo y puedo ser la Sage que tanto anhelaba.

Estoy deseando poder rehacer mi vida aquí y comenzar a sentirme una más de River Cross. Sin duda, tengo que llamar a Rachel para anunciarle la noticia inevitable: no voy a volver a la ciudad. Estoy segura de dos cosas; la primera, que me va a querer pegar un puñetazo por no volver a trabajar más con ella y dejarla sola en la clínica; y la segunda, que se va a alegrar hasta emocionarse por mi decisión de quedarme aquí.

Hace demasiado tiempo que no hablo con ella, e iba a llamarla el otro día, pero después de una extraña cena en casa de Weston, tenía la cabeza hecha un lío para cuando volví a mi apartamento. En ese momento, lo último que me apetecía era hablar con Rachel y ponerla al tanto de la locura que estoy viviendo estos días. Ahora que mi trabajo es oficial, por fin puedo contarle lo sucedido.

Saco el móvil del bolsillo de mis vaqueros gastados sin dejar de mirar la carretera. Tengo que dejar de hacer temeridades al volante, pero supongo que es inevitable dada la impulsividad con la que hago las cosas desde que llegué. Suelo ser ordenada y madura, pero creo que ver tanto espacio abierto me hace tomar decisiones sin pensarlas demasiado. Intento no estampar la camioneta mientras busco el contacto en el móvil, intercalando la mirada entre el camino de tierra y la pantalla, y pulso sobre el nombre de Rachel en cuanto lo encuentro.

"¡Sage, estás viva!" La familiar voz de mi amiga suena a todo volumen por los altavoces de la camioneta cuando apenas ha sonado el primer tono, casi perforándome los tímpanos con su grito de emoción.

"Estoy viva," afirmo, sonriendo ampliamente sin dejar de mirar la carretera.

"¿Dónde estás? ¿Estás bien? Llevo una semana sin saber de ti y te echo de menos, ¿cuándo vas a volver?"

La preocupación en su voz, mezclada con esperanza, me estruja el pecho con fuerza, y tengo que tragar para intentar disolver el nudo que se me ha formado en la garganta.

"Sí, Rae, estoy bien." Titubeo unos segundos, sin saber muy bien cómo decir la noticia. "Yo… no voy a volver a la clínica."

Contengo la respiración esperando su respuesta, pero el otro lado de la línea se queda en silencio tanto tiempo que desbloqueo la pantalla del móvil para ver si se ha cortado la llamada.

"¿Ha pasado algo, Sage? ¿Necesitas un rescate?" Pongo los ojos en blanco, reprimiendo un bufido. Solo Rachel es capaz de hacer ese tipo de preguntas totalmente en serio.

"No, no me han secuestrado ni estoy en peligro. Es solo… que necesitaba salir de Blackwater, ¿sabes?" Puedo ver una imagen

perfecta de su ceño fruncido por no entender ni una palabra de lo que estoy diciendo, así que intento poner en orden mis pensamientos antes de seguir hablando. "Estoy viviendo en una granja llamada Almond Valley, prácticamente en mitad de la nada, trabajando en el huerto y con el ganado."

"Sage, de verdad, déjate de tonterías. Dime dónde estás y con quién."

Suelto una risa nerviosa, girando hacia la izquierda para aparcar en la casa de Emily.

"Va en serio, Rae, ayer mismo me contrataron y me voy a quedar de manera atemporal."

La línea se vuelve a quedar en silencio, así que aprovecho para desconectar el móvil de la camioneta para llevármelo a la oreja y caminar hacia los establos. Entiendo que es información difícil de procesar, sobre todo después haber desaparecido toda una semana, así que le dejo su tiempo para pensar.

"¿Almond Valley?," pregunta con reticencia cuando estoy a medio camino.

"*Sip*," respondo, colocándome distraídamente el pañuelo en la cabeza. "No te dije nada antes porque estaba haciendo la semana de prueba y no era oficial. Hasta ayer no sabía si volvería."

"¿Y no podrías haberme dicho que estabas haciendo la semana de prueba en vez de no dar señales de vida durante diez días?," pregunta con brusquedad. Reprimo un quejido, dándome de cabezazos mentalmente por haber sido tan egoísta y no haber contado con ella.

"Tendría que haberlo hecho, lo sé. Lo siento, Rae, estaban ocurriendo muchas cosas a la vez. Sé que no tiene justificación y que te merecías saberlo, pero de verdad que no he parado desde que llegué y no he tenido ni un momento para pensar con claridad."

"Espero que no hayas pensado con claridad por culpa de algún hombre con camisa de cuadros y botas de montar a caballo," masculla entre dientes, haciendo que una pequeña sonrisa vuelva a dibujarse en mis labios.

"Si yo te contara…," murmuro, intentando disipar su malestar conduciendo la conversación hacia un terreno más seguro.

“Pues sí, tienes que contármelo todo,” dice, cambiando su tono enfadado a uno ligeramente más amistoso.

“Lo siento de veras, Rae,” repito, sintiéndome como lo que soy, la peor amiga del mundo. “Déjame compensártelo.”

“A no ser que me presentes a un granjero buenorro, no sé cómo pretendes compensarme esta traición.” Reprimo la risa, entrando en los establos vacíos a excepción de los caballos, y siento cómo la tensión entre nosotras se disipa tan rápido como llegó. “Sage, me has dejado sola en la clínica,” dice, arrastrando las palabras, y puedo imaginar perfectamente el mohín que debe estar haciendo. “Eras tú quien se encargaba de los pacientes malhumorados y quejicas, me has lanzado sola a los leones.”

“Rachel, te estás comportando como uno de esos pacientes.”

Reviso la lista de tareas antes de irme al huerto, pero, cuando me giro para salir del guadarnés, veo a través de la ventana a Weston mirándome fijamente. Le sostengo la mirada unos segundos, pero de pronto comienza a caminar, dirigiéndose sospechosamente hacia mí.

“Pues sopórtame como tendrías que soportarlos tú de no haberte ido.”

“Por favor… la persona que tengo que aguantar aquí vale por todos los pacientes que vas a atender en toda tu vida,” suplico, mirando fijamente con el ceño fruncido a *esa* persona.

“¿Y por algún casual esa persona malhumorada es un hombre con los brazos del tamaño de tus muslos?”

“Puede ser,” murmuro, distraída, pensando en cómo huir de aquí sin cruzármelo.

“Ya iba siendo hora de que te quitases a Tom de la cabeza…” masculla entre dientes, simulando una arcada.

Tom, el fisioterapeuta con el que estuve saliendo mientras estudiábamos la carrera. Tom, el que me dejó por una paciente. Ese Tom.

Asqueroso, lo sé.

Pero no estoy —ni nunca lo he estado— con la cabeza en Tom, sino en la figura que sigue acercándose peligrosamente a mí.

Escucho la suave risa de Rachel, tan familiar después de tantos años juntas, al otro lado de la línea.

"Se está acercando a ti, ¿verdad?"

"Correcto."

"Y entiendo que no quieres hablar con él…," añade, y no paso por alto el tono juguetón en su voz.

"Dime ya qué hago, Rae, me va a dar un infarto."

"Sal de ahí y punto. Si te habla le señalas el móvil y te vas. Que no moleste."

"No sé si puedo hacer eso…"

"¿Por qué-," se interrumpe a sí misma, soltando una risa que me pone los pelos de punta. "No me digas que es tu jefe."

Me planteo no responder y quedarme callada, pero sé que con Rachel no servirá de nada y sacará sus propias conclusiones.

"Algo así," mascullo entre dientes.

"¡Sage!," chilla con fuerza, y tengo que apartar el móvil de mi oreja para no quedarme sorda. Al grito le sigue una risa que dura literalmente un minuto de reloj, y espero con impaciencia a que termine.

"Esto es imposible…" Mi voz es solo un susurro mientras me acerco a la puerta del establo, aceptando mi destino sin quejarme más. "Tengo que dejarte, Rae. ¿Te llamo más tarde?"

"Pues claro, tienes que ponerme al día sobre ese jefe tuyo de brazos de ensueño," dice con picardía, haciéndome poner los ojos en blanco y colgar antes de que suelte los mismos comentarios que yo ya he pensado alguna vez.

Porque sí, una es débil y tiene ojos en la cara.

Guardo el móvil en el pantalón y me acerco a la cuadra de Milo con naturalidad. Rebusco entre los papeles de la alimentación que cuelgan de la cuadra como si estuviera buscando algo. Definitivamente, soy la peor persona en cuanto a disimular, pero no me van a examinar de ello, así que pierdo el suficiente tiempo como para que Weston llegue al establo y me encuentre enfrascada en la lectura.

En realidad no estoy leyendo nada, es como si las letras estuvieran desenfocadas y no soy capaz de entender ni una palabra,

por lo que me limito a esperar con el corazón en la boca a que me grite o haga algún comentario de mierda sobre mi forma de trabajar.

Escucho sus pasos acercándose por el enorme pasillo de cemento impreso, y el papel que sostengo entre mis manos comienza a temblar peligrosamente. ¿Por qué coño estoy tan nerviosa… y desde cuándo me importa lo que Weston pueda decirme?

Estoy preparada para girarme y fulminarlo con la mirada, cuando me toma por sorpresa al pararse a varios pasos de mí sin gritarme ni exigirme nada.

"Sage." Su voz es grave pero delicada, lo que me hace soltar los papeles sujetos a la madera por una cuerda y girarme hacia él con la boca un poco entreabierta. "¿Estás ocupada?"

Frunzo el ceño como nunca.

¿Quién es esta persona y qué han hecho con el Weston que conozco?

"Iba a ir ahora al huerto." No sé ni cómo, consigo pronunciar las palabras sin morir en el intento, aunque mi voz suena floja y temblorosa. Me odio por ello, así que carraspeo con fuerza antes de añadir: "¿Por qué? ¿Necesitabas algo?"

"Sí, yo…," titubea un momento, abriendo la boca y cerrándola como un pez fuera del agua. Me reiría en su cara de no ser por la sorpresa del momento, aunque me encantaría sacar el móvil y grabarlo para poder revivir esta situación en los días tristes.

No aparto la mirada de sus ojos verdes, llenos de dudas. Le doy su tiempo, como hice hace tan solo unos minutos con Rachel, y espero pacientemente a que se decida a hablar.

"Quería preguntarte si me ayudarías con el ganado estos días, ya sabes… prepararlo todo para la subasta de verano."

No me reprimo y sonrío con satisfacción, sabiendo que tarde o temprano vendría a pedirme ayuda. No es que piense que soy la mejor candidata para el trabajo —probablemente sea la peor—, pero hay algo profundamente satisfactorio en ver cómo deja su orgullo de lado, en que sea él quien me lo pida, los dos solos y sin nadie cerca para mofarse.

Nadie excepto yo, claro. Pero no me daré el gusto de hacerlo. Sé lo difícil que es pedir ayuda a veces, sobre todo cuando se es tan cabezota, así que no dejo de sonreír cuando asiento lentamente.

"Claro, sin problema."

Weston ladea ligeramente la cabeza, mirándome con desconfianza, supongo que esperando a que haga algún comentario burlándome de él.

Me sostiene la mirada unos segundos, pero al ver que no voy a decir nada más, asiente una vez y extiende una mano hacia mí.

"Trabajaremos juntos mañana por la tarde, si te parece bien y estás libre."

Se ha caído de Shiny y se ha golpeado en la cabeza.

Es eso, ¿no? Tiene que ser eso, sino no entiendo la repentina educación y empatía que me está regalando.

"Realmente te importa mucho esa subasta, ¿no?," pregunto con curiosidad, sin rastro de ironía en mi tono.

"Así es," se limita a responder, todavía con la mano extendida.

La miro apretando los labios, valorando si me merece la pena pasar más tiempo con Weston. Aunque… si este trabajo realmente significa algo importante para él, no puedo negar que la parte sentimental de mí se muere por mejorar nuestra relación y ayudarlo en todo lo que pueda.

"Está bien." Extiendo mi mano, y la suya la cubre por completo al estrecharla. La calidez de su piel, en comparación con la frialdad de la mía, hace que un escalofrío recorra mi columna. Trato de hacer como si nada —como si no hubiera sido la primera vez que siento eso con alguien—, retirando la mano y bajando la mirada a mis pies. "Nos vemos mañana, entonces," digo en un hilo de voz, esbozando una tensa sonrisa, y salgo de aquí lo más rápido posible.

Reprimo el impulso de mirar atrás para ver su expresión, intentando hacer caso omiso a la voz interna que me grita que lo haga. Esta nueva versión de Weston me da escalofríos —literalmente —, y solo espero que la subasta acabe cuanto antes para que todo vuelva a la normalidad.

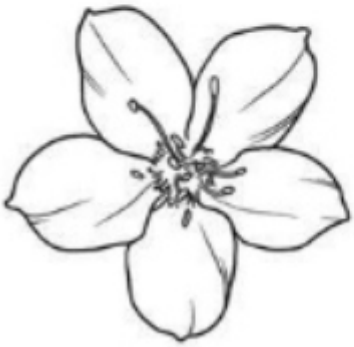
Nunca pensé que diría esto…, pero prefiero la versión gruñona y callada de Weston a la empática y preocupada. Es como ver a un

perro caminando sobre sus patas traseras; fascinante y absurdo a partes iguales. Una pesadilla de la que quiero despertar cuanto antes.

Capítulo Catorce

Sage





Pese a la ilusión que me embriaga por ser parte oficial de la familia Weston, mi trabajo sigue siendo el mismo de siempre: seguir al pie de la letra las tareas de Weston y ayudar a Lib cuando necesita que le eche una mano en la tienda. Como mi nueva amiga —a juzgar por la forma en la que cotilleamos y hablamos de cualquier cosa cada vez que nos vemos— no me ha pedido ayuda en River Cross, me dirijo directamente al invernadero para ponerme con las tareas.

Aunque tengo que hacer varios descansos de unos minutos entre planta y planta por el sol que me abrasa la espalda, la mañana se me pasa en un abrir y cerrar de ojos. El último trabajo, como suelo dejar para el final, es revisar que el riego esté bien. Nunca ha dado problemas ni se ha roto, así que lucho contra el impulso de irme de aquí sin echarle un vistazo antes.

Y menos mal que mi impulsividad no gana, porque me fijo en que hay una hilera de tomates que no tiene la tierra húmeda. Me acerco para comprobar que los pequeños tubos estén bien puestos, por si es que se han separado, pero está todo en orden. Sigo el invento, deteniéndome con cuidado para que no se me pase nada por alto, hasta que llego al comienzo de la fila y encuentro el problema. Hay un agujero del tamaño de un dedo por donde el agua sale a borbotones, formando un charco en la tierra como si alguien se hubiera dejado el grifo abierto toda la noche.

"Maldita sea… ¿qué coño pasa aquí?"

Maldigo el riego, el agua, la tierra y la persona que me trajo a este mundo. Cuando pensaba que sería una mañana tranquila, tiene que joderse ocurriendo algo inesperado y estresante.

La vida me trata como si yo hubiera parido a Wade Weston.

"¿A quién hay que pegar?"

La voz grave a mi espalda me hace pegar un respingo, pero me controlo respirando hondo, tanto para no entrar en pánico como para no darle puñetazos al maldito riego. Me giro con los labios apretados, conteniendo —no sé ni cómo— la rabia.

"Estaba comprobando el riego y este tubo está roto," digo, levantando el trozo de plástico negro.

Tate se acerca con el ceño fruncido y se agacha a mi lado, quitándome el tubo de las manos para inspeccionarlo. Suspira con fuerza y lo deja caer de vuelta en la tierra.

"Habrán sido los conejos."

Odio a esos malditos bichos, son como ratas enormes que se comen todo lo que encuentran en su camino. Además, son verdaderamente idiotas, ¿por qué se comen el plástico y no las hortalizas?

Es como intentar entender a los hombres, me está empezando a doler la cabeza.

"¿Deberíamos cercar fuera o poner algo? El invernadero podemos cerrarlo por la noche, que refresca bastante, así nos aseguramos de que no vuelvan a entrar," digo, señalando con la cabeza la puerta de plástico transparente.

“Buena idea, sí.” Asiente, levantándose mientras se sacude las manos de tierra en el pantalón. Extiende una mano hacia mí para ayudarme a erguirme. “¿Fuera había algún tubo roto o viste alguna madriguera?” Niego con la cabeza. “Pondremos una valla metálica, por si acaso.”

“¿Pondremos?,” pregunto, llevándome las manos a las caderas.

“¿Vas a hacerlo tú?”

“Pues claro, Tate, el huerto es mi trabajo,” digo con una sonrisa de orgullo. Qué bien sienta decirlo en voz alta.

Tate se echa a reír, pero asiente y me da un golpecito en el hombro como un padre a su hijo.

“En el pueblo hay una tienda de material para el campo, ¿te mando la dirección?” Asiento, fijándome en el orgullo que brilla en sus ojos azules. “Avísame si necesitas cualquier cosa.”

“Gracias, Tate.”

Nos despedimos con un intercambio de sonrisas, pero, cuando se da la vuelta para marcharse, me viene una pregunta a la cabeza que me hace gritar su nombre y esperar a que se dé la vuelta.

“¿A qué has venido aquí? Tu trabajo está al otro lado del rancho.”

Pongo los brazos en jarra, enarcando una ceja, y la sonrisa de Tate se ensancha con un aire travieso.

“Quería saber si terminaste con tus tareas, por si quieres dar un paseo a caballo antes de ir a comer.”

Echo un vistazo alrededor: un montón de macetas vacías, botellas de agua acumuladas en el fregadero del invernadero, las herramientas tiradas por la tierra…

Giro sobre mí misma y vuelvo a mirarlo con una sonrisa enorme.

“Estoy lista.”

Ya limpiaré e iré al pueblo por la tarde.



"¿No deberías estar ayudando a tu hermano con el ganado?," pregunto, apartándome el pelo de la cara.

Raven, la yegua de Tate, va unos pasos por delante de nosotros, moviéndose con destreza por los caminos llenos de piedras y ramas. Escucho cómo su jinete suelta una risa seca y se gira encima de la silla, haciendo equilibrios para mirarme.

"Sage, cielo, tengo veinte minutos libres, prefiero estar aquí contigo que con él."

Se me escapa un tierno "ohhh" y le lanzo un beso teatralmente. Tate niega con la cabeza mientras se ríe y vuelve a enderezarse sobre su montura.

"Hablando de mi hermano… ¿qué tal con él?" No se me escapa el tono burlón en su voz.

No quiero que piense que reñimos todo el día —aunque así sea —, así que mascullo entre dientes: "Muy bien. El otro día incluso cenamos juntos."

No responde al instante, y no puedo ver su expresión porque sigue mirando al frente, pero, después de varios segundos, sus hombros se sacuden con fuerza y escucho su suave risa.

"Seguro que fue un infierno," dice, conteniendo una carcajada. "Te juro que no entiendo cómo sigues aquí. No me malinterpretes, nos encanta que trabajes con nosotros, pero tener a mi hermano de casero tiene que ser razón suficiente para querer largarse de aquí."

Me encojo de hombros, espoleando con cuidado a Milo para que camine al lado de Raven.

"En realidad nos vemos poco y, aunque las veces que lo hacemos sea un completo imbécil, las cosas buenas de la granja prevalecen por encima de las malas."

No digo nada sobre la conversación que mantuve con él hace apenas unas horas. Quiero dejarle un momento de calma antes de que la familia se entere y se burle de él por ser tan orgulloso, estúpido y cabezota.

"Vamos por ahí." Señala con la mano un estrecho camino que se abre a nuestra derecha.

No protesto, sino que lo sigo sin mediar palabra. Estoy deseando saber qué esconde este valle, envuelto por las grandes montañas que nos aíslan del resto del mundo.

"Lib y yo casi hicimos una fiesta cuando se fue a esa casa suya perdida en el bosque," añade, siguiendo con la conversación con una sonrisa ausente al recordarlo.

"¿Cuándo se independizó?"

"Hace unos cuatro años, yo tenía veintidós y él se creyó lo suficientemente mayor como para hacer su propia casa. ¿Te lo puedes creer? Lib vivía en casa y, siendo la mayor, no le hizo mucha gracia que el mediano se independizara antes que ella. No tardó en seguir sus pasos unos meses más tarde."

"¿Y tú?"

"Yo vivo detrás de la casa principal," dice con un guiño. "Mi padre me ayudó a construirla cuando me quedé solo, para que tuviera mi propio espacio y todo eso. La verdad es que no tengo queja." No puedo evitar preocuparme al darme cuenta del leve cambio en su expresión al mencionar a su padre. "Puedo ir a visitar a mi madre y mi abuela cuando quiera, al igual que a los caballos, y lo mejor es que siempre hay comida hecha. Nunca tengo que preocuparme por cocinar, que es uno de mis defectos."

"¿Tate Weston tiene defectos?," pregunto, burlona, levantando una ceja.

"Cielo, aquí nadie es perfecto," responde, volviendo a guiñarme un ojo antes de soltar una risa.

Río mientras sacudo la cabeza, pero no puedo evitar preguntarme qué le habrá pasado a su padre y por qué su tono se ha vuelto melancólico al recordarlo.

Seguimos paseando al trote o a un galope contenido cuando el camino nos lo permite, y de vez en cuando suelto algún comentario

sobre el paisaje o el calor abrasador que hace. Estar con Tate se siente ligero, como si no hubiera necesidad de hablar ni de romper con el silencio que nos rodea. Me siento cómoda con él, y, a juzgar por cómo me sonríe cada cierto tiempo cuando se gira para ver si va todo bien, sé que él se siente igual.

"En verdad no sé por qué Weston la ha tomado contigo," me sorprende diciendo después de un buen rato en silencio.

Intento con todas mis fuerzas no poner los ojos en blanco, sabiendo perfectamente por qué su hermano no me soporta; cualquiera que haya convivido con hombres cabezotas y orgullosos podría adivinarlo rápidamente.

"Supongo que no le hizo mucha gracia que le ocultarais mi género; además de haber sido el último en enterarse; que viva en su casa y… que no sea tan amargada como él," digo con tranquilidad, encogiéndome de hombros.

No hay que ser un genio para darse cuenta.

"Bueno…," murmura, medio pensativo. "Supongo que tienes razón. Tiene bastante sentido… desde el punto de vista de Weston, claro."

"¿Habéis intentado hablar con él?"

"¿Sobre qué? ¿Ser un imbécil?" Resopla con fuerza; la frustración en su tono es evidente. "A veces es imposible hablar con él, es como si se encerrara en sí mismo y no dejara entrar a nadie, ni siquiera a su propia familia. Antes no era así, ¿sabes? O sea, sí que parecía que tuviera un palo metido por el culo. Imbécil es desde siempre. Aunque lo de no hablar, no confiar en nadie, tomándoselo siempre todo a pecho y estando a malas… eso es de hace relativamente poco."

Espero a que siga hablando, pero se queda en silencio como si estuviera rumiando sus propias palabras. Debe ser frustrante no poder hablar con tu hermano ni entender su distanciamiento emocional, pero supongo que yo no puedo hacer nada para mejorar su situación. Algunas personas no saben lidiar con sus problemas emocionarles y eligen distanciarse, adoptando una actitud fría en vez de pedir ayuda o hablarlo con alguien cercano.

No insisto, pero tampoco cambio de tema. No sé exactamente qué decir ni de qué más hablar, así que compartimos un silencio extraño durante un largo rato, diferente al que estábamos sumidos antes de esta breve conversación. Escuchamos el canto de los pájaros que sobrevuelan el cielo despejado y el sonido de los cascos de los caballos al caminar sobre la tierra. La brisa se levanta a medida que subimos por la montaña y remueve mi cabello a mi espalda, protegido bajo mi pañuelo amarillo mostaza.

Guío a Milo para que camine bajo la sombra de los árboles que pasamos. El calor cada vez es más intenso y hay que tener cuidado a estas horas del día, tanto por nosotros como por los caballos.

Subimos hasta la cima de la montaña, y Tate detiene a la yegua en un pequeño mirador rodeado de árboles y rocas. Desde aquí se ve la granja entera, y mi boca se entreabre al ver lo extensas que son las tierras de los Weston. Ahora entiendo por qué Lib dijo que eran la familia con más terreno de todo River Cross. Es realmente abrumadora la distancia entre la casa principal y los cercados donde pasta el ganado.

"Allí a lo lejos comienzan las tierras de los Thorne," dice Tate a mi lado, señalando unos edificios de madera en el horizonte.

"¿Cómo son?"

"¿Las tierras?," pregunta de vuelta, girándose hacia mí con el ceño fruncido. Suelto una risita, negando con la cabeza.

"La familia."

No responde al instante, sino que me hace una seña para que lo vuelva a seguir. Conduce a Raven por unos senderos bastante estrechos por los que tenemos que agachar la cabeza para no chocar contra las ramas bajas.

"Bueno, son… especiales," titubea, como si no supiera cómo responder a mi pregunta. Espero un rato, sorteando con Milo las enormes raíces de los árboles que se me meten en nuestro camino, hasta que Tate suspira con fuerza y continúa hablando. "Realmente solo hablo con Dorian, el mayor de sus hijos. Es el veterinario de Almond Valley y yo siempre estoy con el ganado y los caballos, así que pasamos mucho tiempo trabajando juntos. Nos conocemos de toda la vida; Wade, él y yo siempre hemos formado parte del mismo

grupo de amigos, pese a los años que nos saca. Hubo un tiempo cuando éramos pequeños, que Evan, el hermano menor, también era uno de mis mejores amigos. Lib y él eran inseparables, siempre juntos como si fueran siameses. Supongo que por eso dejamos de tener relación cuando mi hermana cortó con él."

"¿Estaban juntos?," pregunto con incredulidad.

"No," dice negando, soltando una risa. "Pero siempre estaban tan pegados que todos decíamos que eran como un matrimonio."

Vaya… Me pregunto qué debió de pasar entre ellos para que una relación tan especial como la suya desapareciera.

"¿Y ahora?"

"Solo Dorian." Se encoge de hombros con indiferencia, pero aparta la vista. A veces la pérdida de un amigo es peor que una ruptura amorosa…

"¿Pese a las riñas entre vuestras familias?," no puedo evitar preguntar, lo que causa una gran carcajada por su parte.

"¿Cómo sabes tú eso?"

"Lib." Me encojo de hombros y pongo mi mejor cara de inocente, haciendo que vuelva a reír.

"Éramos amigos antes de que comenzara el problema, así que sí. A pesar de las diferencias que hay entre la abuela Mira con ellos y Lib con Evan, yo sigo teniendo contacto con su familia. Bueno… con él."

"¿Qué pasó entre…" La imagen de su hermana dándome una colleja si se entera, hace que me muerda la lengua con fuerza para no preguntar sobre ella y Evan, pero logro rectificar antes de arrepentirme. "…Mira y su familia?"

"El hijo de Mira —mi padre— y el señor Thorne concursaban en Raid en la misma categoría. Se tomaban las competiciones muy en serio, siempre buscando ganar el primer premio, así que eran contrincantes de manual. Había mucha competitividad entre ellos, y, para colmo, tampoco es que se llevaran muy bien. La rivalidad entre ellos salpicó a toda la familia más allá del mundo ecuestre y, tras la muerte de mi padre, nuestra relación no hizo sino empeorar. La abuela Mira no puede ni ver a los Thorne… Creo que le recuerdan demasiado a su hijo."

Me quedo sin palabras, con un nudo en la garganta que apenas me deja respirar. De todas las opciones que se me habían ocurrido sobre el padre de Tate, su fallecimiento es la única que no había sopesado.

Respiro hondo y trato de poner en orden mis pensamientos antes de hablar.

"Yo… lo siento mucho. Por vuestra pérdida, quiero decir."

Suspira con fuerza y frena un poco a su caballo para que camine a mi lado y así poder mirarme.

"Fue hace solo unos meses... tan de repente que nadie estaba preparado para la noticia." Aprieta los dientes con fuerza y se gira al frente con la mirada perdida.

"Lo siento mucho, Tate," repito en un susurro.

Alargo una mano para darle un breve apretón en el brazo, y sus ojos, empañados en lágrimas, buscan los míos en busca de consuelo. Fuerzo una pequeña sonrisa, y Tate imita mi gesto antes de inhalar hondo y soltar el aire despacio.

No volvemos a hablar en todo el camino de vuelta, pero una sensación de familiaridad, consuelo y comprensión nos envuelve mientras cabalgamos por la montaña. Esa misma atmósfera nos sigue incluso cuando llegamos al establo, desmontamos y nos movemos con soltura por el guadarnés. Le lanzo miradas de reojo mientras recogemos, pero él parece no darse cuenta, con su postura estoica, fuerte y contenida, como si aún estuviera procesando todo lo que hemos compartido.

No sé cuántos meses habrán pasado desde la muerte de su padre, si tres o diez, pero de lo que estoy segura es que el duelo no es igual para todos y que cada persona necesita su propio tiempo para sobrellevarlo, aceptarlo y recordarlo. Si Weston es así de distante por su padre… entonces debería ayudarlo con el ganado y no molestarlo más con comentarios impulsivos.

Porque a veces la tristeza no son solo lágrimas, sino silencios; levantar muros alrededor de uno mismo para que el mundo no se derrumbe.

Capítulo Quince

Wade



El paisaje desde la ventana del salón de la casa de mi infancia es monótono, plano y con una carencia de árboles que me hace sentir fuera de lugar. Aún recuerdo el día que le dije a mi madre que me iba de casa cuando terminé de hacer mi cabaña en mitad del bosque. Casi me deshereda, pero nada como una buena charla demostrando mi madurez para que horas más tarde me diera el visto bueno y me independizara.

Estuvo presente en todo el proceso de construcción, pero tener la casa terminada y dejarme ir a vivir allí eran dos cosas muy distintas para ella.

Siempre me gustaron el bosque, los árboles frondosos y poder perderme entre los interminables caminos hasta el río. De aquellas, hubiera preferido escaparme de casa y mudarme con o sin su

permiso antes que seguir viviendo en el valle. En el bosque me siento protegido, aislado de la sociedad y rodeado de lo que me hace sentir bien: mis dos caballos —uno más especial que el otro.

Doy un sorbo a mi café, frío y amargo, con la vista clavada en los establos. Observo distraídamente cómo los trabajadores se mueven de un lugar a otro para completar sus tareas de la tarde. Emily y Mira charlan animadamente al otro lado del salón, sentadas en el sofá mientras beben su café humeante y azucarado.

Desde fuera podría parecer que estoy prestando toda mi atención a lo que ocurre en el exterior de la casa, pero lo cierto es que solo tengo oídos para la conversación que están manteniendo mis acompañantes.

"Vaya disgusto se llevó la pobre al recordar que no había recogido el huerto cuando llegó del paseo con Tate," dice mi madre, riendo con suavidad.

"Hacía tiempo que no veía a Lib reírse tanto. Y todo por la cara que tenía Sage," añade mi abuela, uniéndose a su risa.

"Lo mejor fue ver a Tate responsabilizándose y asumiendo la culpa y luego ver a Lib recriminándole haberse llevado a su trabajadora favorita."

"Para una vez que se hace responsable de algo y así le sale…"

Ambas ríen, recordando la absurda escena que montaron los tres al mediodía, y menos mal que estoy de espaldas a ellas, porque así no ven cómo pongo los ojos en blanco con tanta fuerza que casi me quedo ciego.

"¿Crees que estará mucho tiempo con nosotros?," pregunta mi abuela.

Emily suspira pesadamente, pero dice con esperanza: "Espero que sí. Una trabajadora como ella nos viene demasiado bien como para dejarla ir."

"Se ha adaptado muy bien a nuestro ritmo de vida, y eso que viene de la ciudad y un trabajo completamente diferente."

Me muerdo la lengua para no perder el control y preguntar por ese trabajo. La curiosidad me está matando. Joder… ni que estuviera obsesionado con ella.

“Sin duda parece disfrutar de vivir en la granja y trabajar con nosotros. Lib está realmente encantada con ella, creo que se están haciendo amigas,” prosigue diciendo mi madre, con la voz cargada de adoración. “Es como si la conociera de toda la vida.”

“Parece una buena chica,” asiente Mira.

“¿Y tú qué opinas, hijo?”

La repentina pregunta de mi madre me pilla por sorpresa, pero intento fingir que no estaba pendiente de su conversación y me giro con el ceño fruncido hacia ellas.

“¿Cómo?”

Emily me mira enarcando una ceja, esbozando una sonrisa burlona. “No te hagas el tonto, que yo te parí. ¿Qué te parece Sage? Es buena chica, ¿no?”

“No lo sé, mamá, apenas la conozco de unas semanas,” respondo encogiéndome de hombros, fingiendo desinterés.

“Eso es que le gusta,” dice Mira con una sonrisa orgullosa. “Verás cómo poco a poco esa chica consigue derribar esos muros tras los que te has empeñado en esconderte.”

Frunzo el ceño, sabiendo que eso jamás ocurrirá, pero no le llevo la contraria. Pelear todo el día a veces resulta agotador.

“Créeme, cuando le pida ayuda con el ganado, estará perdido,” le responde Emily, riendo.

Resoplo con fuerza, entrelazando con fuerza las manos en mi regazo.

“Ya se la he pedido.”

La boca de mi madre se abre en una gran O, a lo que la sigue la de mi abuela. Ambas me miran con los ojos como platos, y pasan varios segundos que se me hacen eternos hasta que por fin Emily pestañea. Mira sigue petrificada cuando mi madre comienza a balbucear cosas sin sentido, abriendo y cerrando la boca una y otra vez sin emitir ninguna palabra coherente.

No recordaba lo bien que sienta cuando dejas a tus familiares sin palabras. Una sonrisa satisfactoria asoma en mis labios, y tengo que apretar con fuerza los dientes para evitar que se ensanche y reciba una colleja por parte de mi madre.

“Bueno…” comienzo, levantándome de la butaca con mi pequeña sonrisa victoriosa. “Como veo que no tenéis nada más que decir, me largo.”

“¡No tan rápido!” Mi madre se levanta tan rápido de su asiento que el cojín del sofá sale disparado y tiene que agacharse para recogerlo.

“Tenemos mucho de lo que hablar,” añade Mira, saliendo de su estupor para esbozar una sonrisa pícara desde el otro lado de la sala.

Estoy a punto de poner los ojos en blanco y huir de esta conversación, pues es lo último que quiero hacer en mi vida, pero Emily se interpone entre mi cuerpo y la puerta del salón. Mi única salida está bloqueada, y no soy una persona muy paciente. Exhalo con fuerza, pero la mirada severa de mi madre me acojona —aunque jamás lo admitiré en voz alta—, y acepto mi destino sin refunfuñar por lo bajo.

Me siento en la butaca granate, inclinándome hacia delante para apoyar los codos en mis piernas y pasarme las manos por la cabeza.

“Le has pedido ayuda a Sage,” dice Emily, incrédula. Asiento, apoyando mi barbilla sobre mis manos.

“Sage Reid,” repite. Vuelvo a asentir, reprimiendo un resoplido.

¿Es tan difícil de creer?

“Wade Weston pidiéndole ayuda a una empleada nueva que resulta ser todo lo contrario a él,” añade Mira, todavía con una sonrisa en sus labios.

“Si vais a repetir lo mismo una y otra vez, me voy.”

Hago el amago de levantarme, pero mi madre prácticamente se tira encima de mí para pararme.

“No nos juzgues, pero es una información bastante difícil de procesar viniendo de ti. Conocemos tu historial de pedir ayuda al dedillo. Básicamente porque *nunca* lo has hecho,” dice mi abuela, remarcando la palabra con las cejas alzadas.

“¿Y qué querías que hiciera?,” pregunto a la defensiva. “Todos los años en estas fechas Luke o Tate me echan una mano, pero parece que se nos ha acumulado el trabajo a todos. Lo que suele ser

un trabajo de dos o tres ha pasado a ser de uno, y yo trabajo duro, pero no es suficiente si quiero llegar vivo a la subasta."

"O sea que era una cuestión de vida o muerte."

"Prácticamente," asiento con convicción.

"De no haber sido de vida o muerte… ¿no se lo habrías pedido?"

"Ni en vuestros sueños," zanjo, intercalando la mirada entre las dos mujeres que me miran con los labios apretados, como si estuvieran conteniendo la risa.

No pueden ser tan inmaduras como para reírse en mi cara.

"Así que vas a trabajar con Sage Reid," vuelve a repetir mi madre tras unos segundos en silencio.

"¿Necesitas que te haga un croquis?"

"¡Por favor!," grita Mira, soltando una carcajada.

"Me largo de aquí."

Me pongo de pie, sin hacer caso a la forma en la que Emily me mira, como si tratara de disculparse por reírse, y escucho sus suaves carcajadas entremezclándose a mi espalda mientras salgo de su maldita casa. Que piensen y se imaginen lo que quieran, no pienso quedarme a escuchar cómo se ríen en mi cara por una estupidez como esta.

Deben de estar equivocadas, habré pedido ayuda mil veces, solo que no se acuerdan. Trato de hacer memoria y buscar la última vez que lo hice mientras me dirijo a mi camioneta para volver a casa, pero, para cuando me he subido y estoy girando el volante en la cuarta curva del camino, todavía no he encontrado ningún recuerdo reciente.

Vale, lo admito, puede que no suela pedir ayuda, pero eso no les da derecho a reírse de mí y ridiculizarme por hacerlo.

Deberían estar orgullosas de que no tenga ningún problema en haber hablado con Sage para que me eche una mano con el ganado —aunque me haya costado varios días y muchos quebraderos de cabeza.

Pero eso ellas no tienen por qué saberlo…

A quién quiero engañar, lo último que quería hacer era hablar con Sage, y ahora no solo tendré que cargar con mi orgullo

magullado por haberlo hecho, sino que me tocará aguantar los comentarios de mi familia.

Como si no fuera suficiente con tener que soportar la energía de Sage Reid durante más de dos semanas.



El sol desaparece tras los árboles, dejando la zona delantera de mi casa sumida en una densa oscuridad a excepción del porche y la parte trasera. Los colores sobreviven gracias a las pequeñas luces que cuelgan del techo y rodean la casa, meciéndose con la brisa veraniega y creando sombras danzantes.

Exhalo despacio el humo del cigarro, disfrutando del calor de la noche, el silencio y la sensación de quemazón que el tabaco deja en mi garganta. Es casi poético, el dolor combinado con la soledad.

Pero, como suelen decir, la calma precede a la tormenta, y era evidente que tenía que llegar una explosión de ruido: música, ruedas contra la tierra y risas a todo volumen, rompiendo la silenciosa burbuja que tanto estaba disfrutando.

Primero veo los focos de la camioneta iluminando el bosque y luego a mi hermana al volante, cantando una canción con una letra demasiado explícita. Juro que jamás entenderé su obsesión con la música de Doja Cat.

La camioneta se acerca por el camino y aparca a varios metros de la puerta. Apaga el motor, pero la música sigue sonando a todo volumen, rompiendo con el silencio de la noche. No me doy cuenta de que viene acompañada hasta que la puerta del copiloto se abre y distingo una oscura cabellera rizada camuflándose con la noche. Miro embelesado cómo Sage baja de un salto con las mejillas sonrosadas y los tirabuzones negros despeinados.

Lib no sale del vehículo; en su lugar, baja imperceptiblemente el volumen de la música y asoma la cabeza por la ventanilla.

"¡Buenas noches, cascarrabias! ¡Ha bebido un par de cervezas de más, así que cuídamela bien!," grita a pleno pulmón, como si no estuviera a solo unos metros de mí. Le enseño el dedo corazón y me calo la gorra hasta los ojos.

"Cállate, bocazas," le recrimina Sage, chistándola y haciendo un aspaviento con la mano.

Mi hermana suelta una estridente carcajada y le dice a Sage algo que no alcanzo a escuchar. Arranca el motor y, antes de que la camioneta desaparezca entre los árboles junto con sus carcajadas, saca la mano por la ventanilla para enseñarme su dedo corazón.

Sacudo la cabeza, conteniendo la risa, y al girarme veo a Sage subiendo las escaleras del porche, agarrándose disimuladamente a la barandilla para no perder el equilibrio.

Si creen que voy a hacer de niñera la llevan clara.

"¿Habéis cenado?," pregunto en cuanto se para en la cima de las escaleras, a pocos pasos de mí.

La veo asentir, soltando una risita que me eriza la piel, y se apoya con fingida naturalidad en la barandilla. Su vestido amarillo de verano ondea con la suave brisa, haciendo juego con el movimiento de su asalvajado cabello.

"Hemos ido a The Red."

Me mira fijamente con tanta intensidad que no sé qué coño decir, así que esta vez asiento yo en silencio. Se toma su tiempo para organizar sus pensamientos y continúa hablando:

"Primero fuimos a una tienda de material de campo en River Cross porque quiero poner una valla metálica en el huerto para que no entren los conejos," comienza a hablar, apenas dándose tiempo para coger aire entre frase y frase. "Idea de Tate, por cierto," añade con una sonrisita. "Luego aprovechamos y pasamos por The Green Basket y saludamos a Julie. ¿Conoces a Julie? Bueno… claro que la conoces, literalmente trabaja para tu familia. El caso es… que es realmente encantadora, quiero conocerla más, incluso ser su amiga. Tengo pocas amigas, ¿sabes?" Suelta una carcajada nerviosa, entrelazando y soltando sus dedos una y otra vez. "Pocas es ser

generoso, aunque Rachel cuenta por un ejército. Es la mejor. Pero no quiero cientos de amigas… con Julie y Lib me llega, dos amigas especiales son más que suficientes. Ya serían más de las que he tenido en toda mi vida…," balbucea, medio riendo, con la mirada perdida en algún punto por encima de mi hombro hacia los árboles.

Me mantengo en silencio con el ceño fruncido, pensando si realmente la Sage sobria me estaría contando todo esto. Me parece demasiado… personal. Incluso para ella, que habla hasta con los caballos. Siento que Sage preferiría estar diciéndole todo esto a una pared antes que a mí, así que no digo nada, y, por si acaso, tampoco me muevo.

A lo mejor si aguanto la respiración se olvida de que estoy aquí…

"¿Crees que sobro?"

La pregunta me pilla totalmente desprevenido, pero es la inseguridad que refleja su mirada lo que me desarma por completo. La sinceridad en su pregunta, la duda real que ronda por su cabeza, me deja en blanco durante unos segundos.

No sé a qué se refiere exactamente. ¿A sus amigas? ¿Al trabajo? ¿Al ahora, aquí, conmigo? Lo pienso unos segundos, intentando entenderla, pero termino respondiendo por todas.

"No creo que sobres, Sage."

Intento sonar seguro, pero mi voz es apenas un susurro audible. Me pregunto si Sage me habrá escuchado, pero la veo asentir con aire distraído.

"Gracias."

"¿Por qué?"

"Por ser sincero."

Mi mandíbula se tensa al darme cuenta de que no le falta razón.

"Mañana trabajarás conmigo." Cambio de tema con un tono neutral, porque necesito con urgencia hablar sobre algo que puedo controlar. "Espero que seas productiva y no tengas resaca," añado, señalándola vagamente con la mano.

"Oh, venga, vamos, solo estoy un poco contentilla," dice medio riendo mientras sacude la cabeza. No queda ni rastro de la Sage pensativa de hace unos segundos, pero, antes de que me pregunte

en qué estará pensando, continúa hablando. "Lib es una exagerada, ni siquiera estoy borracha."

"Bebe agua antes de irte a dormir," insisto, apagando el cigarro antes de levantarme de la vieja silla de madera que traje de la casa de mi madre cuando me mudé.

Mi repentina altura hace trastabillar a Sage y da un par de pasos tambaleantes hacia atrás. Cuando se estabiliza tiene que levantar la cabeza para mirarme. O más bien *fulminarme*.

"Mañana trabajaré de la misma manera que he trabajado desde que estoy aquí," dice secamente, sin romper el contacto visual. "Si tienes algún problema con mi rendimiento puedes hablar con Emily o Lib, que saben tan bien como tú —con la diferencia que ellas no tienen ningún problema en decirlo en voz alta— lo bien que trabajo."

Su tono brusco me sorprende y no me gusta por dónde está yendo la conversación, pero mi vena impulsiva gana y no soy capaz de no contestar de la misma manera.

"No tienes ni idea de tratar con el ganado, según lo que me ha dicho Emily, así que es imposible que trabajes igual de bien que en el huerto, Sage" respondo, usando el mismo tono cortante, lo que la hace apretar los dientes y entrecerrar todavía más los ojos.

"Lo sé, Wade, pero esperaba que no tuvieras ningún problema en enseñarme y tener paciencia, ya que has sido *tú* quien me ha pedido ayuda."

Se cruza de brazos tras soltar la última palabra con rabia y se me queda mirando durante varios segundos echando fuego por los ojos. No sé cuánto durará esta nueva batalla de miradas fulminantes en la que nos hemos adentrado, pero la intensidad de la suya me incomoda —como tantas otras veces— y, al final, soy yo quien rompe primero el contacto visual, desviando la mirada hacia los árboles del bosque a su espalda.

Sage se mantiene firme, sin rastro de su pequeña borrachera, y, tras unos segundos pensativo, vuelvo la vista hacia ella con la intención de imitar su sinceridad.

"No tengo ningún problema en enseñarte ni en tener paciencia contigo. Sé que no tienes apenas conocimientos en cuanto a trabajar con el ganado, y aun así te pedí ayuda. Mis razones tendré —aunque

todavía no sé ni yo cuáles son—, así que mañana te enseñaré todo lo que sé para que seas útil y puedas trabajar conmigo," suelto sin respirar, sintiéndome algo aturdido por las palabras que acaban de salir de mi boca.

¿Por qué digo todo esto? No tengo que explicar por qué pido ayuda. Sage ya sabía que quería contar con ella, así que, ¿por qué coño me veo dando lecciones sobre paciencia y trabajo? Necesito salir de aquí ahora mismo.

"Buenas noches, Sage," murmuro, llevándome la mano a la visera de la gorra como despedida.

No levanto la mirada del suelo, pero escucho cómo inhala con fuerza y retiene el aire el mismo tiempo que yo tardo en girarme y estar a punto de entrar en casa.

Pero vacilo. No sé por qué vacilo. Yo *nunca* vacilo.

Me paro justo antes de que mi mano roce el pomo y me giro lentamente, forzándome a levantar la vista y encontrarme con esos enormes ojos grises que me miran con tanta intensidad que cualquiera creería que puede ver todo lo que ocurre en mi cabeza.

"No sobras, Sage. Y, por lo que he podido comprobar con el huerto y lo contentas que están mi madre y mi hermana contigo, sé que aprendes rápido y vas a lograr lo que sea que te enseñe mañana."

Las palabras salen de mi boca en un tono suave y calmado, pero no soy capaz de filtrarlas ni procesarlas hasta que ya están dichas en voz alta y el pánico por lo que pueda pasar ahora comienza a invadirme.

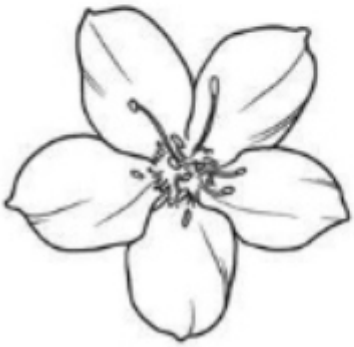
No espero a que responda. Huyo como el cobarde que soy y me adentro en la seguridad de mi casa, con un único pensamiento rondándome la cabeza: no puedo bajar la guardia con Sage. Debo mantener las distancias y no sobrepasar la línea jefe-empleada.

Porque si el mundo es lo bastante cruel como para arrebatarme a la persona que más he querido, también será capaz de arruinarlo todo si me acerco más de lo que debería a Sage.

Capítulo Dieciséis

Sage





"¿Cómo has conseguido que mi hermano te pida ayuda? ¿Tenías una navaja en la mano? ¿Una pistola?"

Lib me mira con los ojos como platos y la boca entreabierta y no puedo evitar soltar una risita al pasar por su lado para seguir mi camino hacia el invernadero.

Acabo de llegar a trabajar, el sol se eleva lentamente por el horizonte y las nubes salpican el cielo azul como si fuera una pintura de Magritte. Apenas he dormido, dándole vueltas a la forma en que Wade se despidió anoche en el porche: tratando de encontrar una explicación que justifique el cambio repentino en su forma de ser.

No sé si algo ha cambiado entre nosotros, pero, de ser así, no quiero que se pierda nuestra dinámica de fulminarnos con la mirada

e intercambiar comentarios sarcásticos.

La gasolina de mi vida es dejarlo sin palabras con mi ingenio, no quiero que la mejor parte de vivir en la misma casa que él llegue a su fin.

"Si te soy sincera, no tengo ni la más remota idea," contesto, encogiéndome de hombros, todavía de espaldas a ella.

"En sus veintisiete años de vida jamás le ha pedido ayuda a nadie, Sage. Esto es un acontecimiento histórico." Su voz está cargada de auténtica fascinación, como si todavía no pudiera creérselo.

"Pues podría haber esperado otros veintisiete y pedírselo a alguien más capacitado que yo."

Lib resopla y me da unos toquecitos en el codo. Me giro con las cejas levantadas, esperando su réplica llena de comentarios alentadores sobre mi capacidad para hacer el trabajo de esta tarde.

"Que le jodan. Eres capaz de hacer el trabajo, Sage. Si algo te sale mal habrá sido culpa suya por no explicártelo bien… Y yo estaré ahí con palomitas disfrutando del espectáculo." Me guiña un ojo con una sonrisa burlona y suelto una risa.

Vuelvo al trabajo sacudiendo la cabeza, pensando en sus palabras.

«Si sale mal habrá sido culpa suya…»

Podría sonar alentador, liberador incluso, pero lo que Lib no sabe es que, en vez de quitarme un peso de encima, lo ha hecho más pesado.

Porque no quiero que salga mal. Y me da miedo que, aun dando lo mejor de mí, no sea suficiente y todo acabe yéndose a la mierda.

Trabajamos en silencio durante las siguientes horas, Lib preocupada en beber agua para que no le dé una insolación y yo imaginando en mi cabeza escenarios ficticios sobre lo que puede pasar esta tarde. Una de las opciones es que sea una completa inútil, le haga perder la paciencia y me mande de vuelta a casa. Y eso en el mejor de los casos.

Suspiro con fuerza, obligándome a mantener la mente en blanco mientras termino de colocar la valla metálica para que los conejos no entren en el huerto y se vuelvan a cargar el riego.

"¿Te está dando un ictus?"

Pongo los ojos en blanco aunque tengamos un montón de plantas entre nosotras y no pueda verme.

"No, Lib."

"Es que estás resoplando tanto, murmurando cosas sin sentido y pataleando el suelo… que no sé si es que estás enfadada con el mundo como una niña enfurruñada porque le han quitado su juguete favorito, o es que te está dando algo."

Suelto otro resoplido, y escucho su suave risa al otro lado de las hojas. Meto la cabeza entre ellas, apartándolas con mis manos para mirarla a los ojos.

"Lib, estoy cagada," confieso.

Me mira unos segundos con las cejas alzadas, pero estalla en carcajadas de repente, haciéndome parpadear unas cuantas veces.

"No te vuelvo a contar nada," digo, resoplando una vez más mientras me aparto. La risa de Lib cesa, y me coge de las mejillas para que no me mueva, inspeccionándome hasta las entrañas.

"Eres de las que se preocupa por todos sin excepciones, ¿no?"

Me encojo de hombros, sin saber muy bien qué responder a eso. No sé si soy ese tipo de persona, pero estoy aquí para reconstruirme, así que si puedo elegir serlo, sin duda lo haré.

"Aunque no se lo merezca, dada la actitud de mierda que ha tenido contigo, estás ahí para ayudarlo," insiste con la voz cargada de asombro.

Supongo que yo también estoy sorprendida conmigo misma, porque, ¿quién me creo ayudando al imbécil de Wade Weston?

"¿Sabes qué?" Cojo sus manos entre las mías para apartarlas de mis mejillas. "Prefiero no pensarlo. Lo hecho, hecho está. Ya me lamentaré más tarde cuando tenga que aguantarlo más de dos minutos seguidos."

La fuerte risa de Lib inunda el silencioso huerto. Se agarra la barriga, doblándose por la mitad como si fuera un dibujo animado. La miro con incredulidad, el ceño levemente fruncido y la boca entreabierta, esperando a que termine su episodio de locura.

"Realmente no sabes lo que has firmado."

“Mi sentencia de muerte, con algo de suerte,” murmuro con un bufido.

Lib asiente, y compartimos una mirada cómplice, pero en mi pecho algo se encoge, como si me estuviera advirtiendo que esta historia va a doler.

Intento centrarme en el alambrado, desenrollándolo y clavándolo a los postes de madera que coloqué alrededor del huerto al comienzo de la mañana. Al cabo de varios minutos, mecanizo la tarea, pero resulta peor que estar pendiente, porque ahora mi cabeza vuelve a estar libre y el dolor en mi pecho reaparece sin previo aviso.

No acostumbro a ponerme nerviosa ante las cosas nuevas. Adoro los retos y me encanta ponerme a prueba. Pero hay algo en este trabajo, unas expectativas, unos plazos que cumplir sin demora, que hace que mi corazón se acelere ante la perspectiva de fallo.

Se siente como una prueba definitiva.

Y no estoy segura de si la voy a pasar.



“Oye, cielo, una pregunta antes de que te vayas a la guerra…”

Sonrío, poniendo los ojos en blanco y le doy un pequeño codazo amistoso. Me pongo a su lado mientras recogemos el huerto antes de irnos a comer; Lib a la casa de su madre y yo a mi pequeño apartamento.

Estoy demasiado nerviosa como para comer delante de más gente y aparentar serenidad. Prefiero hacerlo sola para poder angustiarme con libertad. Llorar si hace falta, romper algo… lo que sea necesario.

“Dime, Lib, cualquier cosa.”

"Esto… era sobre lo que pasó el otro día." Vacila antes de continuar. "Sé que te di un susto de muerte, lo siento por eso, pero tu ataque de ansiedad me dejó con mal sabor de boca. Estaba muy preocupada, Sage."

Aprieto los labios con fuerza, sintiéndome como una mierda de persona por haber aplazado una y otra vez una conversación tan importante como esta. Si quiero tener una amistad con Lib, tengo que ponerla al tanto de mis limitaciones.

"Perdona por preocuparte y por no habértelo contado. No sabía que me daría un ataque aquí; hacía muchos meses que no me pasaba." Reprimo un suspiro, soltándolo todo de golpe sin pensarlo. "Tiene un nombre específico, TEPT, pero me gusta llamarlo *traumas de infancia*, así no suena tan grave. Mi cuerpo reacciona como el otro día con los sonidos fuertes, los gritos, el contacto físico no deseado y los movimientos bruscos." Inspiro con fuerza, observando la reacción de Lib. "Tenía lo que podría haber sido un arma en la mano, estaba distraída, y entre tu voz y tu grito, todo se descontroló. Es como si dejara de ser consciente del ahora y en mi cabeza solo hubiera espacio para mis ecos del pasado. Me transporta allí, puedo ver los recuerdos, sentirlos, tocarlos, y, mientras mi mente está allí atrapada, mi cuerpo está aquí colapsado."

El silencio se instaura entre nosotras, y, después de lo que me parece una eternidad, Lib levanta la cabeza y me mira con ojos tristes.

"Vaya… Lo siento mucho, Sage. No tenía ni idea."

"No es que lo vaya pregonando a cada sitio que voy," digo, intentando quitarle hierro al asunto mientras me encojo de hombros, pero Lib no se ríe, sino que la tristeza se acentúa en su mirada.

"Lo siento de veras."

"No tienes que disculparte, Lib, tú no me generaste el trauma."

"Aun así…. Si necesitas cualquier cosa, estoy aquí, ¿vale? Puedes contar conmigo siempre."

Asiento, esbozando una pequeña sonrisa agradecida.

"El otro día me ayudaste mucho, gracias."

"Pero si no hice nada," dice, apretando los labios.

“Estabas ahí, pendiente y preocupada. Ya es más de lo que nunca nadie ha hecho por mí.”

Me lanza una sonrisa aguada, y es por eso por lo que no me gusta hablar de mi infancia. Detesto ser la víctima y que me miren con pena. Como dije antes: lo hecho, hecho está. No puedo cambiar el pasado, el dolor, las cicatrices… Pero sí puedo decidir cómo quiero que sea mi futuro. Con trauma o sin trauma, mi dirección siempre es hacia delante. Siempre avanzando. Siempre hacia algo mejor.

Recojo el sobrante del alambrado de la húmeda tierra y lo doblo con cuidado de no cortarme.

“¿Vienes a comer?,” pregunta Lib desde la nueva puerta, poniéndose la mano de visera para mirarme.

“No, no, voy a casa. Ve tirando y yo recojo,” respondo, amarrando el material con una cuerda para guardarlo con el resto de las herramientas en el invernadero.

“¿Estás segura?”

“Sí, está controlado.”

Le hago un gesto con las manos para que se marche, pero, si quiero ser mi mejor versión, tengo que mejorar algunas cosas, así que la llamo antes de que se vaya.

Se gira para mirarme, entrecerrando los ojos por el sol.

“Gracias por todo.”

Lib aprieta los labios y apoya las manos en sus caderas.

“No te dejes ningunear, Sage. Y si se pone pesado sácale el palo que tiene metido por el culo para golpearlo.” Me señala con un dedo amenazante, haciéndome entender que va completamente en serio.

Niego con la cabeza mientras suelto una pequeña risa, liberando con éxito el malestar en mi pecho.



Termino de hacer la pasta en la cocina de Wade tarareando distraídamente una canción de Doja Cat que me enseñó Lib de la que no recuerdo el nombre. Remuevo con energía la salsa de setas y queso fundido para que no se pegue y, cuando me giro para ir a por la bandeja para presentar la comida, me quedo paralizada al ver que no estoy sola.

Wade me observa con el ceño fruncido y los brazos cruzados desde el hueco de la puerta. Creo ver un atisbo de sonrisa, pero me lo habré imaginado, porque al pestañear ya no está. Está apoyado contra el marco de la puerta, y la tensión en su cuerpo no hace sino acentuar los músculos de sus brazos. Me tomo la libertad —culpa del shock— de comérmelo con los ojos. Mi mirada se mantiene fija en sus antebrazos durante unos segundos que se me hacen demasiado cortos.

"Oh, por favor, haz como si no estuviera," dice con la voz ronca, enarcando una ceja al verme prácticamente babeando.

Ruedo los ojos y les doy algo que hacer a mis manos, recolocándome la camiseta de tirantes granate por dentro del pantalón.

"No sabía que vendrías tan temprano. Asumí que comerías en casa de Emily," me excuso, dándome la vuelta para centrar mi atención en la comida y no en cómo me arde la cara de la vergüenza.

Me acerco a la estantería para coger la bandeja, pero ni poniéndome de puntillas logro alcanzarla. Estoy con medio cuerpo sobre la encimera, cuando un brazo se alza por encima de mi cabeza y coge la bandeja sin esfuerzo.

Siento el calor del cuerpo de Wade a mi espalda, y un escalofrío me recorre de arriba abajo. No me muevo, con miedo a que si lo hago, el mundo estalle o deje de girar. Escucho su respiración cerca de mi oreja, y sé que si giro levemente la cabeza, mi vista estará a la altura de sus labios. Esa simple imagen hace que mi corazón se acelere y me pase la lengua por los labios. Espero sin moverme ni un centímetro a que Wade dé un paso atrás o haga algo para acallar la sensación cálida que está comenzando a crecer en mi cuerpo.

El frío que me inunda cuando se aleja de mí me hace fruncir el ceño, y me sorprendo al sentir como si también hubiera dejado un extraño vacío en mi pecho. Trato de que no se note lo que provoca en mí, cogiendo rápidamente la bandeja de sus grandes manos sin mirarlo a los ojos.

Trago varias veces, intentando aliviar la repentina sequedad en mi garganta, y mezclo la pasta con la salsa en la bandeja.

"¿Has comido? He hecho pasta para un ejército," pregunto fingiendo serenidad, aún de espaldas. No responde al instante, lo que hace que me gire para mirarlo por el rabillo del ojo.

Pero él ya me está mirando, con tanta intensidad que temo que pueda leer todos los pensamientos que se me han pasado por la cabeza durante nuestro íntimo momento. Me vuelvo a sonrojar y lo veo fruncir el ceño, pero asiente imperceptiblemente y va a por dos platos limpios.

"Gracias, Sage," murmura, dejando uno de los platos delante de mi sitio habitual.

Se sienta en la silla de siempre, justo frente a la mía, y no levanta la cabeza buscando mi reacción.

"No es nada, Wade," respondo en un susurro.

¿Lo habrán abducido los aliens y me han devuelto a un Wade con el cerebro lavado? Me preocupa que se quede así para siempre, prefería el Wade furioso con el mundo y distante, siempre dispuesto a soltar algún comentario mordaz.

Imagino la cantidad de comentarios sarcásticos que podría haber hecho sobre mi estúpida reacción al estar tan cerca de él o mi inintencionado sonrojo al recordarlo.

"¿Todo bien?" Me muerdo la lengua según las palabras escapan de mis labios.

Wade levanta la vista con las cejas prácticamente fusionadas, y responde en un murmullo: "Todo bien."

Vuelve la vista a su plato y sigue comiendo, ajeno a mi mirada curiosa. Trato de leer su rostro, intentando ver más allá de lo que muestra, pero solo distingo cansancio y preocupación.

Estoy a punto de centrarme en lo mío cuando él levanta la vista, mirándome de nuevo. Un segundo. Una milésima.

Y entonces lo veo.

Quizás su nueva actitud conmigo no sea porque está cambiando como persona, sino por agotamiento. Esta subasta lo es todo para él, su vida entera: el cierre de un ciclo, la prueba de todo lo que ha logrado... Tiene las expectativas altas. Una presión porque no quiere fallar, sino superarse a sí mismo. Tiene miedo al fracaso y a no ser suficiente.

Y lo entiendo. Sus ojos me cuentan una historia. *Su* historia.

Y puedo leerla tan claramente… porque es la misma que la mía.

Capítulo Diecisiete

Wade



Sage es un completo desastre. Cada vez que le explico cómo hacer algo nuevo, se las ingenia para hacerlo del revés. Apenas llevamos un par de horas y mi paciencia ya se está agotando. No me quiero imaginar cómo estará mi cabeza después de dos semanas trabajando juntos.

Será un verdadero milagro si sigo vivo para la subasta.

El problema no es que haga las cosas mal. Sorprendentemente ella lo hace mejor en su primer día que algunas personas que llevan años dedicándose al ganado. Se concentra para escucharme con interés, y se vuelca en cuerpo y alma en las tareas que debemos ir haciendo por los cercados. Apenas abre la boca, más allá que para murmurar cosas para sí misma. No me molesta con verborrea innecesaria ni trata de mantener una conversación.

Jamás lo admitiría en voz alta, pero da gusto trabajar con Sage.

Ahora bien, por cómo lo estoy diciendo, podría parecer la pareja de trabajo perfecta, pero aquí viene el problema… Mi mente no está tranquila y en paz con ella alrededor porque no hace nada de lo que le digo. Le explico las tareas, las asimila, las entiende, pero cuando va a hacerlas le da la vuelta a la explicación y lo hace como le da la gana. Y, por si fuera poco, cuando voy a echarle la bronca, la veo frunciendo ligeramente el ceño, mordiéndose el labio inferior y con todo su ser centrado en la tarea.

Y me paralizo. En vez de decirle que deje de hacer las cosas a su manera, termino soltando alguna estupidez como: "Muy bien, Sage, sigue así."

Todo es un puto desastre.

No sé de dónde ha salido esta faceta indulgente mía, pero no tengo corazón para corregirla cuando pone esa cara de concentración. Se toma tan en serio este trabajo que no puedo decirle nada. Incluso me ha confesado que está aterrada por si hace algo mal porque quiere que sea todo perfecto. Por mí.

Aunque tarde cinco minutos de más en cerrar las vallas porque prefiere hacerlo a su manera a seguir mis instrucciones.

Lo hace por mí.

Y no sé cómo debería sentirme al respecto; no sé si me termina de gustar. Es curioso, porque yo tengo una nueva cara, indulgente, y Sage, a pesar de todo, parece tener un corazón.

¿Que a lo mejor me está ayudando por egoísmo? No lo descartaría.

¿Qué me ayuda de todas formas? Con eso me llega.

No necesito el cariño de Sage para que trabaje aquí. Nuestra relación no va a cambiar, así que no me importa si tiene propósitos retorcidos para ayudarme.

"Una última cosa y acabamos por hoy," anuncio, girándome sobre la silla de Shiny para mirarla. Cómo no, mi voz la asusta y la saca del trance en el que estaba: mirando a la nada con la cabeza en otra parte. Cuando veo que me presta atención, continúo. "Te voy a explicar cómo se clasifica el ganado con uno de los corrales. Hacemos lo que nos dé tiempo y mañana continuamos con el resto."

"¿Cuántos corrales tienes?"

"Seis."

"¿Por qué tantos?," pregunta, girándose hacia mí. Si no fuera porque veo interés real por saber la respuesta, no me hubiera molestado en contestar.

"Son diferentes tipos de reses." Me encojo de hombros, pero Sage no parece satisfecha con mi breve respuesta, porque eleva las cejas, esperando a que continúe. No me queda otra que hacerlo, y pongo a Shiny al paso esperando que me siga. "Cada tipo de res requiere un manejo diferente. No es lo mismo tener ganado para carne, que ganado para leche, o animales jóvenes que adultos. Además, separar los corrales me ayuda a controlar mejor su alimentación y salud. Y también me evito peleas o estrés entre ellos."

Asiente con una sonrisa satisfecha, apretando las piernas para que Milo avance hasta alcanzarme. Sus rizos negros como el carbón revolotean a su espalda, recogidos de alguna manera en un pañuelo azul cielo. Es del mismo color que la camisa que visto, remangada hasta los codos como acostumbro a llevar.

No hace falta repetir lo que me dijo Sage al verme después de que nos cambiáramos de ropa al terminar de comer y se diera cuenta de la coincidencia. Tengo su chillido grabado a fuego en mis tímpanos.

Todavía me pita el oído izquierdo, de hecho.

Galopamos suave hasta el terreno sin mediar palabra, envueltos en una nueva burbuja cargada de concentración y seriedad. Sage apenas ha hecho comentarios sarcásticos ni se ha burlado de mí; y yo he hecho lo propio: apretar la mandíbula y desviar la mirada cuando ha hecho algo que me ha puesto de los nervios.

Si ella es capaz de contenerse, entonces yo también.

"Ata aquí a Milo." Alzo la voz para que me escuche por encima de los resoplidos y mugidos del ganado. Desmonto al llegar al cercado y cojo el ramal que cuelga del poste para engancharlo a la cabezada de Shiny.

Sage me imita, cogiendo el otro ramal amarillo y asegurándose tres veces de que lo ha puesto bien antes de unirse a mí en la

puerta del cercado. Pero no viene al instante, sino que se mueve con cuidado para quedarse entre los dos caballos. Me sorprende aflojando la cincha de Milo, y me doy de cabezazos mentalmente por haberme olvidado de ese detalle.

"¿Quieres que haga lo mismo con Shiny?," pregunta sin girarse, frenando mis pies, que no sabía que habían comenzado a moverse en su dirección. Cuando su vista se clava en mí, no puedo hacer otra cosa que asentir. La garganta se me ha secado y, aun tragando varias veces, sé que si intentara hablar no saldría ni un sonido.

Es casi una ley de causa y efecto: Sage clava esos profundos ojos grises en mí, y yo pierdo la capacidad de hablar.

Espero a que termine para abrir la puerta y comenzar la explicación de lo que vamos a hacer, necesitando un momento para entender qué coño está pasando en mi cabeza y por qué me estoy comportando así delante de ella.

"Primero montamos el pasillo por donde van a pasar las vacas," digo, señalando la estructura metálica que está apoyada a un lado del cercado. "Tú te vas a encargar de abrir y cerrar las puertas según lo que te vaya gritando, ¿vale?" Asiente, mirando los cuatro recintos en total. "Izquierda enteros, medio castrados y derecha hembras, ¿entendido? Si dudas lo dices y lo grito también."

Sus ojos se clavan en los míos con tanta intensidad que creo que mi corazón se salta un latido. No soy capaz de sostenerle la mirada, llena de tantas emociones. Tantas palabras sin pronunciar. Siento que si la observo más de dos segundos podré ver lo que oculta, y no logro decidir si quiero correr ese riesgo. Porque detrás de esa mirada hay algo que no quiero descubrir, algo que podría hacer que nuestra relación deje de ser solo lo necesario.

No quiero abrir esa puerta emocional. Añadir más preocupaciones a mi vida. Cargar con más responsabilidades de las que ya tengo. Prefiero mantener la distancia, proteger lo poco que tengo, aunque eso signifique no saber qué hay detrás de esos ojos.

"¿Empezamos?"

La voz de Sage me devuelve a la tierra, haciéndome fruncir el ceño. Es la segunda vez que mi cabeza vuela a otro lugar con Sage delante. Lo que me provoca no me gusta, me distrae, y por esto

mismo no quiero mirarla, no quiero entenderla y no quiero que nuestra relación vaya más allá de lo profesional.

"Tienes que ser rápida y cuidadosa, ¿vale? No te bajes de la estructura nunca, o te podrían aplastar las vacas. Cuando el animal se acerque a ti, abres la puerta con fuerza y, en cuanto haya pasado, cierras rápido."

"Rápido y cuidado. Entendido," asiente con seguridad, añadiéndole una pequeña sonrisa al gesto.

"Vamos," murmuro, asintiendo de vuelta.

Echo a caminar hacia la estructura metálica, sintiendo la proximidad de Sage a mi espalda. Iremos muy despacio y me aseguraré de que escucha mi instrucción antes de soltar a los animales de uno en uno. Lo último que necesito es que se lleven a Sage por delante y tenga que volver al punto de partida.

Y con una empleada menos.

Normalmente la clasificación de ganado se hace con tres o cuatro personas, pero mis cercados son lo suficientemente pequeños como para poder trabajar a dúo sin problema. Apenas hay diez metros entre la puerta donde voy sacando a los animales y el pasillo donde estará Sage, así que podemos trabajar con soltura sin riesgo de perdernos de vista.

"Coge por ahí y la arrastramos hasta la puerta," digo, señalando con la cabeza el otro extremo metálico.

Sage no titubea, levantando con fuerza el palo hasta encajárselo al hombro para poder llevarlo con más libertad. Tiramos de la pesada estructura hasta el punto indicado y la montamos entre murmullos y gestos. No explico con palabras cómo colocarla, sino que Sage imita mis gestos y por lógica entiende cómo funciona y dónde va cada parte.

Tras casi un cuarto de hora con el sol calentando con intensidad a nuestra espalda, terminamos de instalarla sin aliento y recubiertos de una fina capa de sudor. Agradezco internamente que Sage esté aquí hoy, porque de haber estado solo me habría dado una insolación y como mínimo veinticinco tipos de arritmia.

"¿Estás lista?," pregunto por décima vez, sosteniendo entre mis manos el seguro de la puerta del cercado.

Miro a Sage por encima de mi hombro derecho, subida al pasillo metálico a varios metros del suelo, agarrándose como si su vida dependiera de ello a la barra que le queda por la cintura, esperando indicaciones.

Asiente con seguridad. "Lista." Me guiña un ojo, como si fuera el pistoletazo de salida de una carrera y vuelvo a asentir, mirando al ganado encerrado.

"Allá vamos," murmuro para mí, abriendo la puerta para dejar pasar a la primera vaca. "¡Entero!," grito por encima de los latidos de mi corazón, que retumban con fuerza en mis oídos.

Me giro en el momento preciso en el que Sage está cerrando la puerta de la izquierda después de que pase el animal. Tiene una sonrisa enorme dibujada en los labios y, cuando levanta la cabeza para mirarme, nuestros ojos se encuentran como dos planetas atrapados en la misma órbita. Asiento imperceptiblemente, dando el visto bueno a su trabajo, y me sorprende ensanchando todavía más su sonrisa y con un ligero rubor coloreando sus mejillas.



"¿Qué tal lo he hecho?"

Aguanto la risa ante el tono esperanzado en la voz de Sage y su energía inagotable. Camina a mi lado, dando saltitos como si fuera Heidi por la pradera persiguiendo a Niebla. El trabajo se le ha dado bien. Más que bien, en realidad. No ha fallado una, y, pese a un comienzo lento y precavido por si acaso se confundía, a los veinte minutos me he dejado llevar y hemos logrado llevar un buen ritmo hasta que, casi sin darnos cuenta, hemos completado el corral entero.

Uno de seis, completado.

Si seguimos a este ritmo, en una semana habremos terminado con la clasificación y tan solo nos quedará pasar el chequeo veterinario reglamentario.

"Ha sido decente," me limito a contestar, guardándome la verdad para mí. Sage resopla a mi lado, pero no borra la sonrisa que ilumina su rostro.

"Ha sido más que decente, Weston. Lo he hecho increíble para ser mi primera vez clasificando ganado." Me adelanta, girándose un segundo para caminar hacia atrás y guiñarme un ojo, y se vuelve hacia los caballos antes de que le dé tiempo a ver mi reacción.

Y mejor así, porque prefiero que no vea la pequeña sonrisa que asoma en mis labios ante la ausencia de mentiras en su réplica.

"Mañana continuaremos con los otros cercados," anuncio, girándome hacia la derecha para mirar a Sage, que cabalga a mi lado sobre Milo. Observo ensimismado cómo se quita las gafas para limpiarlas con el extremo de su camisa, y carraspeo antes de añadir: "Si seguimos a este ritmo no nos faltará tiempo hasta la subasta, así que no tenemos prisa."

La sonrisa ilusionada de Sage no ha desaparecido desde que salimos para volver a mi casa, pero se convierte en una sonrisa maliciosa cuando se vuelve hacia mí.

"Entonces… ¿estás admitiendo que he trabajado no bien, sino *muy* bien?," pregunta, subiendo y bajando las cejas varias veces con un tono juguetón.

Casi suelto una carcajada, pero la contengo en el último momento y toso para disimular.

"Te la estás jugando, Sage..."

"Admítelo. He trabajado mejor que Tate en su primer día," insiste, sin borrar la sonrisa.

"No lo recuerdo," murmuro, desviando la mirada hacia el frente sellando mis labios con fuerza, haciendo como si no lo recordara.

Pero es que jamás olvidaré lo mucho que me reí ese día. De aquella yo ya llevaba varios años ayudando a mi padre con el ganado. Demostré seguridad y soltura desde el primer día, un poco como Sage hoy, pero a Tate no le terminaba de hacer gracia estar

rodeado de tantos animales de más de una tonelada que podrían aplastarlo en cualquier momento —palabras suyas, no mías.

Ese día, cuando teníamos diecisiete y dieciséis años respectivamente, le dio por venir con nosotros a echarnos una mano. Estaba nervioso, más bien al borde del infarto, y mi padre trató de tranquilizarlo desde la puerta del cercado mirando hacia arriba, donde Tate estaba esperando instrucciones.

Mi padre gritó antes de abrir su puerta, pero Tate estaba tan nervioso que metió al animal en el cercado equivocado. La vaca entró tan tranquila al corral de los becerros mientras a mi hermano le daba un ataque ahí arriba. Los terneros corrieron en círculos como pollos sin cabeza, y él se quedó paralizado, sosteniendo una bisagra rota entre sus manazas.

Después de esa siguió intentándolo, sin éxito, hasta que mi padre, en uno de sus muchos juegos, le gritó: "¡Abre la izquierda! ¡Rápido!", y Tate lo hizo tan apresurado y con tanta fuerza que se cayó de la plataforma haciendo una voltereta hacia atrás.

Estuvimos riéndonos de él varias semanas, recordando cómo se pegó la hostia de su vida sin que mi padre hubiera liberado a ninguna vaca.

"Eso lo dices porque tengo razón, pero tienes la cabeza tan dura que te cuesta admitir las cosas que te dan rabia. Como yo trabajando bien."

¿Ha clasificado bien al ganado? Sí. ¿Me ha puesto de los nervios el ochenta por ciento restante de todo el trabajo que hemos hecho durante la tarde? También.

Y por eso no le voy a dar el beneficio de escucharme admitirlo, sino que murmuro una advertencia para que deje de insistir.

"No juegues con fuego, Sage. Podrías quemarte."

Esa misma noche, después de guardar a los caballos en sus cuadras y subir en silencio las escaleras hasta el porche que compartimos, algo se sintió diferente entre nosotros.

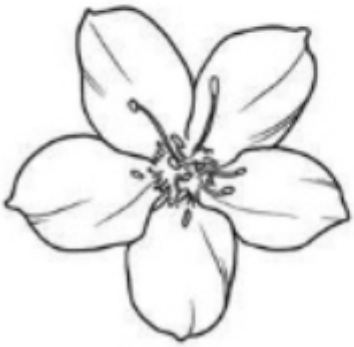
Y ahora, tras dar demasiadas vueltas en la cama, también le doy vueltas a la cabeza, repasando cada momento del día, buscando en qué instante cambió la dinámica entre nosotros, y si merece la

pena encontrar la forma de revertirla o ya no hay forma de salvarme.

Capítulo Dieciocho

Sage





"¿Cuánto tiempo llevas trabajando para Lib?"

"Este año cumplen tres desde que entré por primera vez en The Green Basket," responde Julie con una tierna sonrisa.

"Julie no es de aquí, como habrás podido comprobar por su acento del sur. Es de una ciudad de la costa, con sus universidades, centros comerciales y esas cosas a gran escala," dice Lib a mi lado, dándole un sorbo a su botellín. "Pero parece que la ciudad no es lo mejor, como todo el mundo dice, porque un día vino a visitar a sus primos y no se marchó."

Julie resopla en su asiento, rodando los ojos antes de centrar su atención en el ventanal a mi izquierda que da a la calle.

“Estudié Marketing en la Universidad de Westburn,” explica, centrando sus ojos verdes en mí. “No tenía pensado mudarme, y mucho menos a un lugar tan pequeño como River Cross. Pero vine a visitar a mis primos, los Thorne, y me enamoré del pueblo. El ambiente, la gente, el campo… no podía marcharme, sentía que debía quedarme aquí.”

“Y así fue,” concluye Lib con un guiño.

“Me recorrí el pueblo entero en busca de algún puesto de trabajo libre, pero no tuve suerte en ninguno. Cuando estaba a punto de darme por vencida, encontré The Green Basket. Como si de un milagro se tratara, tuve la suerte de que Lib hubiera colgado esa misma mañana un cartel, porque si no me hubiera tenido que volver a Westburn.”

“Estaba cansada de acabar muerta cada verano por la cantidad de gente que viene, así que le concedí una entrevista.”

“Más que una entrevista fue como una charla entre amigas. Le conté mi vida y la cosa derivó a que Lib me contara la suya,” dice Julie riendo.

“Ilusa de mí, la contraté.” Lib la fulmina con la mirada. “Pensé que como tenía un título universitario la mujer sería increíble en lo suyo…”

“El título no me sirvió para nada, más que para secarme las lágrimas después del peor primer día de trabajo de mi vida.” Cambia su vista hacia mí, soltando una carcajada al recordarlo. “Tendrías que haberme visto, Sage, estaba más perdida que un pulpo en un garaje, tocándolo todo sin saber cómo funcionaban las cosas. Lib estuvo toda la mañana preguntándose en voz alta qué coño nos enseñan en la universidad y por qué no sabía hacer ni lo más básico. Lo pasé bastante mal,” dice con las mejillas sonrosadas. “No por Lib, ella siempre es maravillosa, sino por intentar responder a las preguntas que se hacía.”

“A día de hoy sigo preguntándomelas.”

“Y yo sigo sin tener las respuestas,” asiente Julie, riendo. “Meses más tarde, después de ahorrar lo suficiente, pude mudarme a un piso en River Cross, justo frente de la tienda,” concluye con una sonrisa enorme de orgullo que se siente como un abrazo al corazón

para cualquiera que la vea. "Obviamente el grado universitario no tuvo nada que hacer frente a todo lo que me enseñó mi jefa, aquí presente." Le guiña un ojo, haciendo que la otra ponga los suyos en blanco.

"La que tiene cosas que enseñar es Sage," dice Lib, desviando el foco de atención lejos de ella. "No sé de dónde ha salido, pero el huerto funciona mejor que nunca. Incluso ha montado ella solita un cercado para que no entren los conejos."

"¿Con lo que pesan esos chismes y tú lo has hecho sola?"

Me encojo de hombros, restándole importancia. "Tampoco fue para tanto…"

"Eres la salvadora de Almond Valley," interrumpe Julie riendo. "Lo veo en los periódicos: Sage, la espanta-conejos con un don para las plantas." Hace un gesto con las manos delante de ella, moviéndolas hacia los lados.

"Perdónala, como he dicho, todavía no me explico cómo contraté a esta idiota," murmura Lib, inclinándose sobre la mesa para darle un golpe en el brazo a su empleada.

Julie le saca la lengua como una niña y se ríe todavía más, contagiándome hasta que un carraspeo detrás de mí nos interrumpe.

"Una mesa llena de mujeres felices y exitosas," dice una inconfundible voz grave. "Dos preciosas mujeres… bueno… tres, si contamos a mi hermana. Pero entonces retiro lo de *preciosas.*"

"Tate, ¿no tienes mierda de vaca que limpiar o algo?"

Su hermano se echa a reír, deslizándose por el banco donde está sentada Julie. No se me pasa por alto la forma en la que mi amiga aprieta los labios y se pega lo máximo posible al ventanal.

Cuento mentalmente hasta diez para evitar soltar algún comentario de los míos que esté totalmente fuera de lugar.

"¿Te importa?" Lib se cruza de brazos con cara de mosqueo, haciendo que la sonrisa de Tate se ensanche todavía más. "¿Entiendes lo que te digo o ese cerebro del tamaño de un cacahuete no da para más?," insiste, alzando las cejas.

"Solo venía a saludar a estas señoritas," se excusa él, mirándome con cara de circunstancias.

Me río de la mueca que pone, pero me encojo de hombros, dándole a entender que Lib tiene razón. Por fin tenemos una noche de chicas tras varias semanas de trabajo duro, y eso no incluye a Tate, aunque sea igual de cotilla que cualquiera de nosotras.

Pese a que me encantaría que se quedara, mi inagotable curiosidad por naturaleza *necesita* que se vaya para poder preguntarle a Julie a qué viene esa cara. Está apretando la mandíbula tan fuerte que los músculos de su cara se contraen en una mueca de enfado descomunal. En mi vida había visto a alguien tan molesto con una persona, y menos que lo demostrara teniéndolo delante.

Tate no parece darse cuenta de las emociones que crea en su compañera de asiento —supongo que porque es hombre—, y se enfrasca en un tira y afloja típico entre hermanos con Lib. Cuando parece cansarse de molestarla, ajeno completamente a la mujer que lo ha asesinado unas diez veces con la mirada, por fin se levanta sin borrar la sonrisa satisfecha en sus labios.

"Ha sido un placer, señoritas."

"No podemos decir lo mismo," masculla su hermana entre dientes.

"No hablaba de ti, Lib," dice, guiñándole un ojo. "Me voy a la barra, donde me espera mi hermano favorito."

"¿Cómo has conseguido sacar a Weston de casa?," pregunto sin pensarlo, sorprendida por el hecho de que Wade haya levantado la cabeza del trabajo por un día.

"Cada diez años se alinean los astros y me hace caso por una vez," responde, encogiéndose de hombros.

Suelto una risa, lo que hace que Lib se gire lentamente para fulminarme con la mirada. Puede parecer inofensiva por su similitud con Dorothy y sus trencitas en *El mago de Oz*, pero cuando pone esa cara da un miedo de cojones. Me atraganto con mi propia saliva, convirtiendo la risa en un grito ahogado, y vuelvo los ojos a Tate.

Si miro más de cinco segundos seguidos a su hermana, estoy segura de que invocará a un demonio o algo peor.

"Nos vemos, Tate."

Esbozo una pequeñísima sonrisa de despedida y lo sigo con la mirada por el local hasta que se sube a un taburete de la barra. Efectivamente, sentado al lado de Wade Weston.

Mis ojos se clavan en su nuca rapada, y, como si sintiera el peso de mi mirada en él, Wade se gira lentamente en su asiento y fija sus verdes ojos en los míos. Mi boca se entreabre ligeramente por la sorpresa, y la vista de Wade baja a mis labios. Entro el pánico al instante, y me giro a toda prisa hacia Julie con las mejillas ardiendo.

Mis acompañantes no parecen darse cuenta de mi repentina inquietud, demasiado concentradas en su enfado.

"¿Este de qué va sentándose con nosotras sin ser invitado?," exclama Lib elevando los brazos.

"¿Por qué tiene que molestar todos los días con lo mismo?," pregunta a su vez Julie con la cara roja de la rabia.

Intento seguirlas, entender algo de lo que dicen sus voces entremezcladas, tan enfadadas que ni se preocupan en si están hablando a la vez o no. Mi cabeza gira de un lado a otro como si fuera un partido de tenis, pero solo me quedo con palabras sueltas como: idiota, cacahuete, imbécil, sinvergüenza y mil insultos más que Lib inventa según su enfado aumenta.

No sé cuánto tiempo transcurre antes de que el tono de sus voces se eleve tanto que acaban gritando y los clientes de otras mesas comienzan a girarse hacia nosotras.

Pero, de repente, Lib se queda sin palabras y se escucha alto y claro a Julie exclamar: "¿Qué le da derecho a ser un mujeriego descerebrado que solo tiene espacio en su cabeza para preocuparse por sí mismo?"

Mi boca se abre en una O perfecta, y de reojo veo que la de Lib se cierra con fuerza, callando de golpe la retahíla de insultos que tenía preparada.

La cara de Julie pasa de estar roja de la ira a roja de la vergüenza y, como si así pudiera protegerse de nuestras miradas inquisitivas, entierra la cara en sus manos soltando un quejido por lo bajo.

"¿Julie…?," comienzo yo, tanteando terreno con una sonrisa contenida.

Suelta otro quejido, negando con la cabeza, y a mi lado Lib ahoga un grito llevándose la mano a la boca.

"¿Qué ha pasado, Julie?"

Por cómo se ha encogido al ver cómo Tate se sentaba a su lado y cómo ha explotado cuando se ha marchado…, sé perfectamente qué es lo que va a confesar y, para desgracia de Tate, él no va a acabar muy bien parado…

"Julie, puedes contárnoslo. Te prometo que aguantaremos la risa si es lo que Sage tiene en mente," dice Lib en un murmullo bastante lejos de sentirse tranquilizador.

"Lo que Lib quiere decir es que no pasa nada si sientes algo por Tate o tienes algo con él. No vamos a juzgarte," añado, dándole una patada en la espinilla a Lib.

"Me he tirado a tu hermano, ¿vale?," suelta de sopetón, volviendo a ponerse roja como un tomate antes de llevarse de nuevo las manos a la cara.

Hago el esfuerzo de mi vida por aguantar la risa, pero Lib se lleva las manos a las mejillas como si estuviera sorprendida por la revelación y no soy capaz de contenerme. Lib se une a mi risa y Julie gime quejumbrosamente mientras se retuerce en su asiento como si estuviera sintiendo dolor físico.

Las únicas que vamos a sentir dolor físico somos mi compañera de asiento y yo. Mañana tendré agujetas de tanto reír. Y probablemente acabe con moratones de la paliza que nos dará Julie cuando se le pase la vergüenza y acabe harta de escuchar nuestras burlas.

"No puedo…," murmura Lib sin aliento, secándose las lágrimas de sus mejillas antes de soltar otra carcajada al ver la cara desencajada por la vergüenza de su amiga.

Sin duda, no me esperaba este giro en los acontecimientos, sobre todo teniendo en cuenta que en el poco tiempo que llevo aquí apenas he visto a Julie y Tate juntos. Juraría que nunca los he visto mantener una conversación más allá de un educado "buenos días" y "adiós".

"Ya es suficiente, ¿no?" La voz baja y titubeante de Julie acalla nuestras risas de golpe.

Tiene las mejillas sonrojadas, los labios apretados y sus ojos suplican piedad. La cara de perrito abandonado parece funcionar con nosotras, porque suspiramos y asentimos a la vez.

Lib carraspea varias veces y bebe un trago de su cuarto botellín de la noche.

"Perdona, Julie, ha sido una noticia realmente reveladora e inesperada," dice con la voz ronca de tanto reír.

Su amiga resopla, apartándose de la cara los mechones ondulados de su cabello.

"No es que pretendiera ocultároslo, simplemente no sabía cómo decirlo sin provocaros esta reacción."

"Creo que hubiéramos reaccionado de la misma manera aquí que trabajando o a punto de tirarnos por un puente," digo entre parpadeos rápidos, quitándome las gafas para intentar contener las lágrimas que amenazan con salir por estar aguantándome la risa.

"Vaya desastre…"

"¿Desastre por qué?"

"Eso digo yo, si mi hermano no tiene nada de malo, ¿no?" Lib nos mira expectantes, y tengo que desviar la vista al techo unos segundos para no reírme en su cara.

Nuestra amiga no parece estar pasándolo muy bien, porque no se ríe ni reacciona, sino que mira a Lib a la espera. Estoy intentando ser una buena amiga, pero la reencarnación de Pipi Calzaslargas me lo está poniendo muy difícil.

Le doy un codazo y le lanzo una mirada significativa para que diga algo.

"Va en serio, Julie," comienza después de resoplar y golpearme de vuelta. "No tiene nada de malo haber estado con Tate — independientemente de que sea mi hermano y tenga las neuronas justas para sobrevivir al día a día."

"¿No te parece mal que haya estado con él?"

"A ver, sí…" Eleva ambas cejas y me mira de reojo. "¡Pero no en el sentido que tú crees!," se apresura a añadir al ver cómo el color desaparece del rostro de Julie. "Me parece mal que hayas caído en su juego. Mi hermano es un idiota que, como has dejado bien claro delante de todo el local: «es un mujeriego descerebrado que solo

piensa en sí mismo». Siempre fue así y siempre lo será. Ese tipo de hombres nunca cambia, Julie. Así que si quieres pasártelo bien, ve a por ello, tíratelo las veces que quieras. Pero si quieres una relación sal de ahí antes de que te rompa el corazón."

Ninguna habla en los siguientes segundos, Julie asimilando sus palabras, Lib terminando de beber su cerveza y yo sorprendida por la naturalidad con la que mi amiga ha demostrado su preocupación. No estoy acostumbrada a la pasividad, sino más a la agresivo-pasividad o agresividad a secas, así que vuelvo a sorprenderme al comprobar que el discurso de Lib no esconde ningún mensaje oculto amenazante. Es sincera cuando dice que no quiere que su amiga sufra ningún daño. Y ese sentimiento me parece tan puro como anhelante.

Siento que mi pecho se comprime al darme cuenta de que nunca nadie se ha preocupado tanto por mí como Lib ha demostrado por Julie.

"Solo pasó una vez, hace unas semanas…," dice Julie, jugando con la etiqueta de su botellín de cerveza con limón. "La verdad es que no sé qué es lo que quiero. Me gusta pasármelo bien y no sentir la presión de estar atada a nadie, pero a la vez anhelo esa conexión romántica con otra persona." Suspira con fuerza, volviendo la vista a nosotras. "De una cosa estoy segura, y es que no quiero volver a estar con Tate," asegura con firmeza, mirando a Lib con seriedad.

"No hace falta que jures, Julie," dice ella, soltando una risita. "Pero si termina rompiéndote el corazón, seré la primera en decir «Te lo dije»." La señala con un dedo. "Y también seré la primera que le parta las piernas a mi hermano."

"Yo también me apunto," añado, levantando una mano.

"Acepto las consecuencias. Os aseguro que no va a pasar."

"No prometas nada, Julie. Nunca digas nunca."

Me llevo el botellín a los labios antes de dar un largo trago, y mis palabras parecen surtir algún efecto en ella porque asiente y vuelve la vista a la ventana.

El resto de la noche trascurre entre risas, anécdotas del trabajo y quejas hacia los hombres. La historia de mi ex, Tom, sale a flote

en algún momento, y mis amigas prometen partirle las piernas a él también si alguna vez lo ven.

"Y hablando de romances tórridos entre mis hermanos…," comienza Lib con un tono juguetón.

Sujeta el botellín con las dos manos como si le fuera la vida en ello. He perdido el número de cervezas que hemos tomado, pero estamos las tres un poco avispadas.

"Hmm…"

"¿Qué hay entre Weston y tú?"

Trago a duras penas la cerveza que tengo en la boca, tosiendo descontroladamente al sentir cómo el líquido va por el lado que no es.

"Pues…" Tengo que toser más al escuchar mi voz ronca, y clavo la mirada en la pegatina del vidrio que sostengo en mi mano antes de continuar. "Ahora mismo diría que es una relación de jefe y empleada. O de casero y arrendataria."

Lib suelta un quejido, como si esperase que ocurriera algo más entre nosotros.

"Oh, venga, vamos. No me vengas con el argumento de jefe-empleada. Eso en River Cross no sirve de nada."

Busco a Julie con la mirada, que me lanza una mirada apenada y gesticula un "lo siento" al darle la razón a Lib.

"Lamento comunicaros que no le confieso mis secretos más profundos ni comparto fluidos con Weston. Más allá del sudor mientras trabajamos… No tenemos nada más que conversaciones banales mientras lo ayudo con el ganado para la subasta."

"Y comentarios mordaces," añade Julie con una sonrisa.

"Eso es," asiento, guiñándole un ojo.

"¿Entonces me estás diciendo que vais a ser el claro ejemplo de *los que pelean se desean*?," pregunta Lib, elevando repetidas veces las cejas.

"Pero tú qué tienes, ¿cinco años?"

"Si te lías con Weston sería perfecto, Sage. Piénsalo. Si le quitaras el palo ese que tiene metido por el culo y le llega hasta la garganta, dejaría de ser tan gilipollas con todo el mundo."

"No creo que eso funcione así…"

"¡Pues claro que sí!," exclama, repentinamente entusiasmada con la idea. "Lo seduces, te acuestas con él —que seguro que el sexo no le vendrá nada mal; sabe Dios cuánto tiempo llevará sin acostarse con nadie…—, lo enamoras y él dejará de ver el mundo tan negro."

"Lib, es la peor idea que has tenido en tu vida," dice Julie, aguantando la risa.

"Tú calla, que te has acostado con mi otro hermano."

"Por Dios…," murmuro, llevándome las manos a la cabeza sin poder contener una risita.

Lib y Julie discuten sobre la fiabilidad del plan, y mis párpados se cierran al sentir el calor emanando de mi pecho por el alcohol. Me siento a gusto y en familia, y daría lo que fuera por quedarme toda la vida en esta burbuja.

"Hablando de la familia Weston…" El susurro de Julie me saca de mi trance. "Se están acercando, chicas."

Sin atrever a moverme, suelto una carcajada en voz alta, que suena amortiguada por mis manos. Julie me da una patada bajo la mesa en toda la espinilla con demasiada fuerza, y suelto un quejido antes de volver a reírme.

"Sage, ¿estás bien?"

La voz de Tate llega a mis oídos como un murmullo lejano por el ruido del local. Me obligo a levantar la cabeza para mirarlo con los ojos vidriosos por la risa y una sonrisa tonta por las cervezas de más.

"*Muy* bien," asiento arrastrando las palabras, volviendo la vista a mis acompañantes.

Julie está desternillándose de la risa en silencio frente a mí, y Lib no parece estar pasándoselo peor, pues se sacude con tanta fuerza intentando contener las carcajadas que mueve el banco donde estamos sentadas.

Los dos hombres con la misma forma de ojos y los mismos labios gruesos nos miran con las cejas levantadas. Uno de ellos con una sonrisa divertida y el otro con la mandíbula apretada.

No hace falta decir quién es quién…

"¿Vais a estar mucho más tiempo por aquí?," vuelve a hablar Tate.

Me encojo de hombros, respondiendo por todas. "No tenemos ninguna prisa."

"¿Y cómo vais a volver?"

"En coche," contesto de nuevo, lanzándole una mirada como si dijera: *¿No es obvio?*

"¿Habiendo bebido más de cinco cervezas cada una?"

"¡Eh, yo las he tomado con limón!," exclama Julie levantando un dedo.

"Estoy deseando ver cómo le dices esas mismas palabras a la policía cuando te paren por conducir borracha," dice Lib riendo, dándole unas palmaditas en la mano a su amiga.

Ambos hermanos esperan con las cejas alzadas a que terminemos de reírnos, pero su expresión no hace más que aumentar nuestro momento de histeria colectiva.

Soy la primera en calmarse y, mientras mis amigas y Tate se ríen, Weston desvía la mirada del ventanal para clavarla en mí. "Me marcho," gesticula, sin emitir sonido. Asiento una vez, tomando esta oportunidad como el momento perfecto para volver a casa y no acabar teniendo un accidente en la carretera porque a Julie se le ha metido entre ceja y ceja que quiere conducir borracha. Nuestra casa ni siquiera la queda de camino…

"Os llevo a casa," anuncia Tate, dando una palmada.

"No necesito que me lleves," dice Julie. De no ser por la manera en la que arrastra las palabras, la firmeza en su voz hubiera surtido algún efecto.

"Venga, Julie, no puedes conducir así." Lib se tambalea cuando se levanta del banco, y se agarra a la mesa soltando una risita.

"Prefiero ir caminando a que me lleve tu hermano," sentencia, elevando la cabeza con seguridad.

Lib se ríe con fuerza, y Tate se pone a discutir con Julie sobre cómo debería o no volver a casa, qué es lo mejor para su salud y los riesgos que hay por ir andando a estas horas. Ella le espeta que no es su novio y que no es quién para opinar sobre lo que hace o deja de hacer.

Punto para Julie.

La cabeza me da vueltas y me está comenzando a doler, así que, movida por la repentina necesidad de meterme en la cama y dormir la mona, decido poner fin a esta locura.

"Nosotros la llevaremos," digo elevando la voz para que me escuchen. Todos se giran para mirarme con el ceño fruncido, y Wade me lanza una mirada que no entiendo.

Creo que el alcohol está comenzando a afectarme al cerebro, porque no sabría decir si se está preguntando cuál es la forma más rápida de arrancarme la cabeza o la ropa.

"No te importa, ¿no?," pregunto en su dirección, intentando disimular el rubor que cubre mis mejillas rascándome la nariz.

Parece pensárselo un segundo, pero termina negando con la cabeza sin apartar sus ojos de mí.

"No hay problema," murmura con la voz ronca.

"Pero…," comienza Julie titubeante, intercalando la mirada entre los hermanos. "Puedo ir con Ta-"

"Te llevamos nosotros, Julie," la corta Wade con voz grave a su espalda. No da tiempo a que rechiste, porque se da la vuelta para salir del local.

"Avisa cuando llegues a casa," le digo a Lib antes de darle un abrazo, repitiendo el gesto con su hermano.

"¡Y tú bebe agua!" Escucho cómo grita ella a mis espaldas, pero no me giro para comprobar si le habla a Julie o a mí, concentrada en la tarea de perseguir a Wade por el aparcamiento hasta alcanzarlo.

"Gracias," murmuro cuando llego a su altura, caminando con dificultad en línea recta y dando pequeños saltitos para ir a su ritmo. Wade asiente en respuesta, sin girar el rostro hacia mí.

La mala iluminación del aparcamiento proyecta sombras sobre su cara, marcándole aún más los rasgos y oscureciendo sus ojos. Hoy no lleva ni gorra ni sombrero, y el pelo rapado le da un aspecto más serio, más duro.

Me quedo mirándolo sin decir nada, como atrapada. Siempre supe que era atractivo, pero no tanto como para que, al verlo así, se me revuelva el estómago y sienta esa presión incómoda y repentina en el bajo vientre.

"¿Entras o vas a seguir mirándome así un rato más?"

Espero que los dos nos llevemos este recuerdo a la tumba, porque no pienso hablar *jamás* de esto.

Con la cara encendida y la vista clavada en el suelo, subo a la camioneta de Wade sin decir palabra. No sé cuánto tiempo he estado mirándolo desde el otro lado del vehículo, porque cuando me giro hacia el asiento trasero, me encuentro con Julie con la boca entreabierta y los ojos cerrados, roncando ligeramente.

Suelto una pequeña risa y me giro hacia la ventana, deseando llegar a casa cuanto antes y no volver a establecer contacto visual, físico ni verbal con Wade. Porque una cosa es quedarme ensimismada con cara de ameba estando sobria… pero otra es hacerlo con alcohol corriendo por mis venas.

Y me conozco lo suficiente como para saber que, cuando babeo por alguien estando borracha, no sé poner cara de póquer.

Capítulo Diecinueve

Wade



"Gracias por traerme, Weston. Nos vemos mañana, Sage." Julie se despide medio dormida después de que Sage haya tenido que zarandearla para que se despertara del asiento trasero de mi camioneta. "Pasáoslo bien," añade, algo más espabilada desde la ventanilla.

La veo por el retrovisor, caminando sin volver la vista atrás, perdiéndose la cara de asesina en serie de mi copiloto. Espero a que haya entrado en su casa para arrancar y volver a incorporarme a la carretera.

Después de haber pillado a Sage observándome de arriba abajo sin una pizca de pudor y habérselo hecho saber, no ha abierto la boca en todo el camino hasta la casa de Julie.

Si el primer día de trabajo alguien me hubiera dicho que la vergüenza de Sage tenía un límite, me habría reído en su cara.

Pero, visto lo visto, parece que el alcohol es su motor para hacer el ridículo.

Quién lo hubiera dicho…

"Mañana viene Dorian para hacer los chequeos del ganado que ya tenemos organizado," anuncio, intentando disipar el bochorno en su rostro con una conversación banal.

Mantiene la mirada clavada en la ventanilla de su derecha y emite un sonido afirmativo sin abrir la boca.

La Sage callada me gusta, pero a estas horas me gusta más la que no se calla ni debajo del agua. Prefiero escucharla hablar y enfadarme porque es insoportable, a dormirme y estampar el coche contra un árbol.

Aunque ese final podría ser posible en ambas ocasiones.

"Como nos queda un corral y sueles salir temprano del trabajo por las mañanas, podemos ir cuando acabes…," continúo, mirándola de reojo. "Dorian suele hacer un corral al día, así que esta última semana estará con nosotros todos los días."

"Me parece bien," murmura, sin emoción.

Apoyo el codo en la ventanilla y giro un poco mi cuerpo para observarla con disimulo, aunque no me hace falta mirarla para recordar lo que lleva puesto. En el bar pude fijarme bien en cómo su falda vaquera se ciñe a sus muslos, dejando sus largas piernas bronceadas a la vista. Tuve que obligarme a clavar la vista en el ventanal para no comérmela con los ojos y perder el control cuando fuimos a hablar con ellas.

Con la mandíbula apretada y pensando en que no habré sido el único del bar en darse cuenta del cuerpo de infarto de Sage, me obligo a volver a intentar que hable conmigo.

"Tate vendrá un par de días antes de la subasta para ayudarme a elegir qué caballos llevaremos," prosigo volviendo la mirada a la carretera. Parece que su falda, que casi no deja espacio a la imaginación, es mágica, porque estoy hablando más de lo que suelo hacer un día normal a las dos de la madrugada. "Cuando hayamos

terminado, volverá a venir Dorian para hacerles una revisión y que nos confirme que está todo bien.”

Sage me vuelve a responder con silencio, así que giro la cabeza para ver si se ha dormido. Pero lo que me encuentro no es una Sage dormida, sino una Sage con los ojos bien abiertos, maquillados con sombras verdes, y el ceño fruncido.

Su cuerpo ya no está girado hacia la ventanilla, sino hacia mí, y, a juzgar por la tensión en su rostro y la forma en que su boca se tuerce en una mueca, parece a punto de lanzarse a mi yugular.

“¿Qué coño te pasa? ¿Te está dando un derrame? ¿Quieres dar la vuelta e ir al hospital?”

“¿Pero qué dices?”

“Estás hablando, Wade. Y tú nunca dices más de dos frases seguidas.” Sus palabras se graban en mi mente, pero no me deja rumiarlas mucho tiempo, porque la Sage que habla durante horas sin respirar hace acto de presencia. “¿Necesitas que te vea un médico? Te puedo llevar yo si no te ves capacitado para conducir. Ya sabes… por si te está dando algo en el cabeza.”

No creo que me esté dando algo en la cabeza, sino en la entrepierna.

“Sage, no necesito un médico,” mascullo entre dientes, apretando con fuerza el volante para no pensar en su minúscula falda.

“Ya estás de vuelta,” dice, pasándose una mano por la frente como si se estuviera secando el sudor mientras suspira con dramatismo. “Ese es el Wade Weston que conozco: callado, gruñón, molesto con el mundo y apático.”

“Yo no soy apático.”

“Eso diría un apático.”

Bufo en respuesta, centrándome en la carretera, porque si sigo mirándola se me va a hacer muy complicado contenerme.



"Muévelo hacia la derecha. ¡Derecha! ¡No, hacía ahí no! ¡Esa es la izquierda, Sage!"

Me paso una mano por la cara, intentando limpiar la fina capa de sudor que cubre mi rostro, sin darle importancia a la cuerda que estaba sujetando y que cae al suelo, asustando al animal que intentaba retener.

Estoy agotado. Ya no hay luz y seguimos rodeados de vacas.

Esta mañana hemos trabajado sin descanso; luego comimos cualquier cosa en el campo; en cuanto terminamos, vino Dorian a revisar uno de los corrales, y ahora estamos en el primer cercado intentando organizar los diez animales que nos faltan.

Y digo intentando porque Sage ya no es capaz de distinguir la izquierda de la derecha.

"Vamos a intentarlo otra vez," vuelvo a gritar en su dirección, recolocándome la gorra de béisbol gastada que llevo hoy.

"¡Se ha atascado!," grita Sage de vuelta, tirando con violencia de los hierros de la puerta.

Lo que me faltaba.

"Espera, voy a intentarlo," anuncio, cerrando la puerta de abajo con el pestillo.

No lo pienso dos veces cuando cojo impulso y trepo por la valla para saltar hacia el otro lado. Me acerco a la bolsa de herramientas que guardo en la montura de Shiny antes de ir donde me espera Sage, murmurando cosas para sí.

"Cómo no, el hombre viene a salvar a la mujer débil con su fuerza de macho," la escucho refunfuñar por lo bajo.

Escalo por la estructura metálica, intentando no hacer movimientos bruscos para que no se tambalee por mi peso.

“Déjame sitio,” digo, con la cabeza a la altura de las rodillas de Sage.

Lleva unos pantalones desgastados y llenos de tierra tan apretados que parecen una segunda piel. Aprieto la mandíbula, obligándome a apartar la mirada, y sigo subiendo por su cuerpo. Pero la cosa empeora, porque la camisa granate de manga larga le queda ajustada por todas partes. La lleva remangada hasta los codos, al igual que yo, y las manos se sujetan con fuerza a las barras de metal que tiene a los costados. Cuando mi mirada llega a su rostro, los ojos grises como una tormenta de verano ya me están esperando. Aunque más que una tormenta parecen un huracán sin otra previsión que la de destruir todo a su paso. Sus ojos brillan de la ira, y tiene los labios rojos apretados en una fina línea.

“¿Has terminado?,” pregunta con la voz tirante.

“Ahora estamos en paz,” me limito a contestar, desviando la mirada hacia el corral.

Abro la puertecita y entro al pequeño cubículo, dejando unos pocos centímetros entre mi cuerpo y el suyo. No puedo evitar estar tan cerca de ella, el espacio es demasiado limitado, pero intento con todas mis fuerzas mantenerme pegado a la barra horizontal que tengo delante.

“Voy a intentarlo,” vuelvo a repetir, y frunzo el ceño al escuchar mi voz ronca.

Tengo que moverme para coger el pestillo que abre las puertas, así que me inclino hacia la derecha lentamente, pero Sage me sorprende moviéndose a la vez para intercambiar los sitios. Lo hace tan apresuradamente que su hombro roza mi brazo, mandando una descarga eléctrica por todo mi cuerpo. Mantengo una expresión impasible, terminando de colocarme mientras un huracán se desata en mi pecho.

Sostengo con fuerza la manilla entre mis manos, y aguanto unos segundos sin moverme, esperando a que los latidos de mi corazón se ralenticen.

“¿Vas a demostrar tu fuerza de hombre o a qué estás esperando?,” pregunta a mi espalda, tan cerca de mí que su cálido aliento acaricia la piel de mi nuca.

No respondo, sabiendo que si lo hago no seré capaz de emitir sonido por el nudo que se ha formado en mi garganta, y me agacho como puedo para entender cómo se ha enganchado el pestillo.

Encuentro el problema al instante, recordando cómo a Tate le pasó lo mismo el año pasado y también se estuvo peleando un rato con la puerta a la fuerza. Para arreglarlo hay que ser delicado y simplemente girar uno de los tornillos que aseguran la puerta, desenganchando la barra metálica con un *click*.

"Ya está," anuncio, todavía de espaldas a ella. "Y sin tener que demostrar «mi fuerza de macho»."

Resopla, moviéndose agitada de un lado a otro por la pequeña plataforma. El movimiento hace que todo se tambalee, y mis brazos salen disparados hacia los lados, buscando estabilidad para no caerme. Pero, como la mala suerte me persigue, termino rodeando su rodilla con mi mano.

Me quedo paralizado demasiado tiempo, girando la cabeza hacia donde mi piel roza la suya. Aun a través de la tela de sus vaqueros, siento el calor de su cuerpo bajo mis dedos. Sage no dice nada, pero una exhalación temblorosa escapa de sus labios, haciéndome apretar la mandíbula.

No retiro la mano de inmediato, sino que la miro desde abajo, observando cómo su pecho sube y baja acorde con su respiración inestable. Ella tampoco se mueve, y me devuelve la mirada con los ojos ligeramente entrecerrados.

"¿Qué estás haciendo?," pregunta en un hilo de voz.

"Intento no caerme," respondo en voz baja, apenas escuchándome por la fuerza con la que los latidos de mi corazón retumban en mis oídos. "No habría tenido que sujetarme a ti si no te hubieras movido como si fueras un pato mareado."

"¿Un pato mareado?," pregunta, alzando una ceja.

Resoplo, poniendo los ojos en blanco, y aparto mi mano mientras me levanto. Siento un cosquilleo en los dedos ahí donde he tocado a Sage, pero trato de ignorarlo. Me sacudo la mano con disimulo, como si así pudiera borrar el rastro de su calor.

"Solo había que mover un tornillo. Pasa todos los años," digo, desviando el tema de conversación a un lugar más seguro.

"¿Y no te compensa cambiar el tornillo o poner una puerta nueva?"

Cojo aire con fuerza, restregándome las manos por la cara. Tate usó esas mismas palabras hace exactamente un año.

"No."

Contesto de la misma forma que hice con mi hermano, frunciendo el ceño y bajándome del cubículo con cuidado. Vuelvo a mi posición inicial, dentro del corral con las manos agarrando el pestillo de la puerta. Con la mirada clavada en el suelo, espero a que Sage me grite que está lista y así poder terminar con este trabajo de una vez por todas.

"¿Todo bien?," pregunta en su defecto, haciéndome levantar la cabeza hacia ella.

Tiene los brazos cruzados y el rostro teñido por una expresión preocupada. Como si se hubiera dado cuenta del giro drástico que han tomado mis pensamientos, me escudriña con la mirada, intensa y analítica. Me incomoda y me descoloca algo en el pecho, y juro que mi corazón se salta un latido ante la posibilidad de que su preocupación sea sincera.

"Todo bien," digo, asintiendo una vez. Cojo aire y lo retengo unos segundos. Me fuerzo a esbozar una pequeña sonrisa sin mirarla a los ojos.

"Lista."

Con los faros de la camioneta y los pequeños focos del corral iluminando el lugar, terminamos de organizar el ganado del último corral. Trabajamos de manera automática, más rápidos que nunca pese al cansancio acumulado y que apenas se ve entre las sombras.

La brisa cálida de la noche agita el cabello trenzado de Sage, y me quedo ensimismado mirándola cada vez que abre y cierra las puertas. No sé de dónde nace la atención que le dedico, pero hay algo visceral, casi primitivo, que me mantiene atrapado, hipnotizado con cada uno de sus movimientos. Hay algo en mi cabeza que se apaga cada vez que la miro, obligándome a hacer algo tan sencillo como complejo a la vez…

No poder apartar la vista de Sage.



El calor no se va por la tarde pese a que el sol se mantiene oculto tras las espesas nubes. Todos los veranos son iguales en Almond Valley, siempre trabajando codo con codo bajo las altas temperaturas. Al comienzo se hace difícil trabajar en estas condiciones, pero al cabo de varias semanas el cuerpo se acostumbra a que su estado natural sea cubierto de sudor y sosteniendo una botella de agua.

Como Dorian tiene que venir a revisar las reses de los corrales organizados, me adelanto unos minutos para hacerle compañía. Lleva trabajando con nosotros desde que se licenció, hace unos diez años. Pese a ser un Thorne, lleva tanto tiempo con nosotros que es como de la familia. No hay persona que sepa mejor que él cómo se encuentra nuestro ganado.

Voy hacia el primer corral que hicimos Sage y yo hace unas semanas, y me viene a la mente la expresión que ponía cuando estaba concentrada escuchándome y haciéndolo lo mejor que podía. Es curioso cómo se me ha quedado grabada una imagen tan clara y específica en la cabeza. El ceño fruncido, los labios apretados, la cabeza ligeramente ladeada… Me escuchaba como si lo que estuviera explicando fuera la solución a todas las enfermedades del mundo.

Todavía lo pienso por las noches. Su honesto interés, sus ganas de ayudarme y que saliera todo bien. Supongo que por eso nunca he sido capaz de llevarle la contraria cuando estaba en el pequeño cubículo abriendo y cerrando puertas.

Con la mente donde no debería estar, llego al pequeño corral donde veo que Dorian, con su habitual camisa gris de trabajo, ya me espera. Lo saludo con un gesto de la cabeza, que me devuelve

acompañado de una sonrisa ladeada que estoy seguro de que le funciona muy bien con las mujeres.

Sus largos rizos rubios oscuros se mecen con la brisa veraniega, y la característica chispa traviesa en sus ojos, azules como la noche, se clava en mí.

Sin duda es un Thorne.

"Mirad quién decide honrarme con su presencia," dice, dando una vuelta sobre sí mismo con los brazos abiertos como si tuviéramos público. La vaca que estaba revisando se gira para mirarlo, pero no debe de interesarle lo que ve, porque sacude la cabeza y vuelve a su posición inicial.

"Ni las vacas se ríen, Dorian," digo, conteniendo una sonrisa.

"No me hace falta su aprobación para saber que soy *muy* gracioso," murmura, volviendo la vista al animal.

Pongo los ojos en blanco, aunque no me vea, y me acerco para quedar frente a él.

"¿Cuántos llevas?"

"Diez. Me va a llevar toda la tarde revisar este corral entero, ya sabes cómo va esto," responde, sin dejar de trabajar. "¿Cómo ves la subasta este año? ¿Muchas expectativas?"

Me tomo un momento para pensar la respuesta. Todos los años espero una buena subasta, suele ir bien. Si no funcionan los caballos, lo hace el ganado o la tienda de Lib. Siempre hay beneficio, y es una muy buena oportunidad para conocer personas del sector y hacer contactos.

"Bien. Expectativas las justas, como siempre. Llevamos la misma cantidad de ganado que los otros años, y conozco a varios compradores que van a estar interesados. Caballos todavía no tengo ni idea de cuáles llevar, así que le preguntaré a Tate cuando lo vea."

"Suena bien, Wade. Viéndolo por encima, el ganado está sano y parece estar todo correcto. Confío en ti y en que lo cuidas como se debe. Ya sabes que por mí ni vendría, pero estas revisiones son reglamentarias."

"Lo sé. No te preocupes."

"En cuanto hayas escogido a los caballos dame un toque y me paso para hacerles un chequeo a ellos también."

"Vale." Asiento, cambiando el peso de una pierna a la otra.

"¿Y qué tal Lib y su tienda?," pregunta, pasando a la siguiente vaca. "¿Va a llevar a Julie a la subasta?"

Me lanza una mirada por encima de la vaca sin reprimir la sonrisa, y yo tampoco me contengo. En todos los años que Julie ha trabajado para mi hermana, este es el primero que va a ir a la subasta. Y es que Lib se sentía mal por hacer que Julie trabajara un día entero, así que se las arreglaba para explotarse a sí misma y acabar reventada.

"Este año sí," respondo, recordando que me lo dijo mi madre hace unos días. No sé quién la habrá hecho entrar en razón, pero la familia Weston estará eternamente agradecida por no tener que ver a mi hermana como un alma en pena al día siguiente. "Lib tiene preparados más productos gracias a los arreglos que ha hecho Sage en el huerto."

"¿Ah, sí?" No se me pasa por alto el tono travieso que adquiere su voz, y, al mirarlo, veo que sus labios esbozan una enorme sonrisa. "¿Y qué tal con Sage? Parece una buena chica."

Definitivamente, yo no usaría las palabras *buena* y *chica* para definirla. Utilizaría algo como *impulsiva* y *abstraída*. Pero no le llevo la contraria, sino que asiento y hago un ruido afirmativo sin abrir la boca.

"Me sorprende lo rápido que habéis terminado el trabajo," continúa diciendo, con la cabeza debajo de la vaca. "El año pasado Luke y tú tardasteis mucho más, y eso que con Sage habéis tenido una semana menos."

Vuelvo a asentir aunque no pueda verme.

"Teníamos prisa."

"Y todos estos años también," dice, soltando una risa. "Y nunca habíais terminado tan pronto. Los chicos tienen experiencia con el ganado y trabajabais todo el día. Supongo que Sage también tendrá mucha experiencia si lo habéis logrado yendo solo por las tardes."

Trago con fuerza, apretando la mandíbula antes de murmurar: "Era la primera vez que Sage trabajaba con ganado."

Mi confesión hace que Dorian levante la cabeza con los ojos bien abiertos y la mandíbula desencajada.

"¿Me estás diciendo que Sage nunca había hecho esto?"

Asiento, desviando la mirada hacia algún punto detrás de mi amigo.

"¡Tío, eso es una locura!," exclama sin ocultar su emoción. Sacude la cabeza sin creérselo, y se acerca a su maletín de trabajo con una sonrisa enorme. "No dejes escapar a esa mujer, Wade."

Resoplo en respuesta, negando con la cabeza y calándome la gorra sobre los ojos.

Pasamos unos minutos en silencio, aunque Dorian todavía tiene la emoción pintada en la cara y murmura cosas para sí. De repente me sorprende al asomarse por un lateral de la vaca para mirarme con los ojos entrecerrados.

"No hace falta que estés aquí supervisándome, ¿sabes? Puedes ir a dar paseos por las praderas como en *Sonrisas y Lágrimas* con tu Sage."

Tu Sage.

Mi Sage.

Clavo la vista en mis pies, pensando en todo lo que conlleva esa frase, esa palabra. Siento los ojos de Dorian escudriñándome con intensidad, pero todas mis emociones se reflejan en mi rostro y me conoce lo suficiente como para verlas si le devuelvo la mirada.

"Esto sí que no me lo esperaba…," murmura para sí, después de soltar una sonora carcajada.

"¿Qué es lo que no te esperabas?"

Hablando del rey de Roma…

Las botas marrones de Sage aparecen a mi lado, y, cuando subo la mirada por sus vaqueros desgastados, la veo por completo. Está apoyando el peso de su cuerpo en una cadera, con los brazos cruzados y una ceja arqueada.

"Nada."

"Wade me estaba contando lo buena que eres con el ganado."

Dorian y yo hablamos a la vez, pero, cómo no, Sage se queda con lo que dice el rubio.

"¿Eso ha dicho?" Sus ojos brillan con un destello de malicia, fijos sobre los míos.

"*Sip*. Ha admitido que eres la primera con la que hace el trabajo tan rápido. Es un récord imbatible. Felicidades, Sage," continúa hablando mi supuesto amigo, lanzándole un guiño a ella sin girarse a ver cómo saltan chispas de mis ojos.

"Gracias, Dorian. Es todo un halago viniendo de él," responde Sage sin apartar sus ojos grises de mí.

Aprieto los labios y ella eleva las cejas, esperando mi confirmación.

"Así es."

Mi voz es solo un murmullo, apagado por el ruido de la máquina que usa Dorian para hacer sabe Dios qué con el animal. Pero eso no es impedimento para que Sage me lea los labios, porque esboza lentamente una sonrisa lobuna que me provoca un escalofrío. Necesito huir de su intensa mirada ahora mismo antes de que le dé por preguntarme más cosas y me haga decirle todo lo que se me está pasando por la cabeza.

Eso solo logrará hacer que su ego aumente descomunalmente, si es que no la asusto, y no estoy mentalizado para aguantar a una Sage con el ego subidito.

"Vamos a trabajar," farfullo, dándome la vuelta.

Trato de moverme con la mayor naturalidad posible, pero los latidos descontrolados en mi pecho me distraen, haciéndome perder los sentidos. Por eso no me doy cuenta de que Sage me agarra del codo hasta que me gira hacia ella y vuelve a clavar esos ojos huracanados sobre mí.

"¿Así es? ¿Eso es todo lo que tienes que decir?," pregunta alzando una ceja, con un brillo diferente en el rostro.

Trago con fuerza, buscando la respuesta correcta.

"Sí," me obligo a contestar.

Aparto la vista de ella y comienzo a caminar. ¿Hacia dónde? No tengo ni puta idea.

Por el rabillo del ojo veo que su sonrisa no flaquea. Y no sé quién cojones está tomando las decisiones en mi cabeza, porque tengo que contener el impulso de pasar los dedos por sus labios.

"¿Y qué vamos a hacer hoy, jefe?"

Jefe.

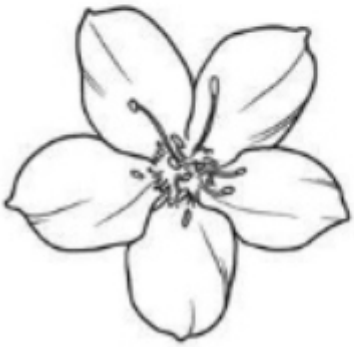
Me muerdo el labio inferior con fuerza, recolocándome disimuladamente los pantalones. Quién me hubiera dicho que una palabra tan simple surtiría ese efecto en mi entrepierna al ser pronunciada por Sage Reid. Sacudo la cabeza, tratando de ahuyentar las fantasías demasiado apropiadas que se me pasan por la mente.

No me giro para mirarla, pero escucho cómo da varios saltitos para alcanzarme, completamente ajena a la batalla que están librando mi cabeza y mi erección. No sé si llegaré vivo para la subasta… Solo espero tener la paciencia suficiente para no hacer nada demasiado impulsivo de lo que luego pueda arrepentirme.

Capítulo Veinte

Sage





El atardecer baña mi pequeño apartamento de tonos rojos, naranjas y rosas tan intensamente que parece el escenario para una película independiente. Con el mobiliario que me rodea, sencillo pero detallado, sin duda podría hacerle ganar el Oscar a mejor fotografía. Además, si yo fuera la protagonista, no me haría falta salir del plano; mi cuerpo cansado, quieto y entristecido es perfecto para una escena melancólica.

El agotamiento se hace notar en mi cerebro, y ya no soy capaz ni de elegir el rumbo de mis pensamientos ni de darle órdenes a mi cuerpo para moverse. Estoy agotada, física y mentalmente.

Con un bostezo que me hace cerrar los ojos y echar la cabeza hacia atrás, consigo levantarme de mi asiento. Todavía tengo la toalla envuelta en mi cuerpo, y eso que salí de la ducha hace una

media hora. Un vistazo rápido al reloj del móvil me hace comprobar que, efectivamente, he perdido cuarenta y cinco minutos de mi tiempo mirando a la nada disociando.

Me quito la humedad del pelo y me pongo ropa interior limpia antes de pasarme la enorme camiseta que uso para dormir por la cabeza. El calor que hace en este pueblo es inhumano, pero cuando trabajo no termino de ser consciente de ello.

Es al llegar a casa cuando me asfixio.

Y no es por el reducido espacio —he vivido en habitaciones mil veces más pequeñas que esta durante años—, sino por la repentina soledad que me embarga. Acostumbrada a estar rodeada de gente en una ciudad grande, donde cada uno va a lo suyo pero te sientes acompañada de alguna manera, es extraño no escuchar el ruido al otro lado de la ventana.

Me subo a la cama y me pongo de rodillas para subir el pesado marco de madera y abrirla. Compruebo mi teoría al no escuchar el sonido de los coches y el murmullo constante de la gente. No quiero seguir recreándome en mis pensamientos autodestructivos, pero me quedo paralizada al mirar al exterior.

¿Y sabes por qué?

No me quedo quieta porque haya un lobo, un payaso o un caballo haciendo la voltereta. No. Mi cuerpo se congela al ver unos pectorales perfectamente musculados y los hombros más anchos que he visto en mi vida.

Porque Wade está bañando a Shiny.

Sin camiseta.

Mis ojos recorren sin ninguna prisa su cuerpo de arriba abajo. ¿He dicho ya que es mi jefe? Porque lo es. Pero, aun con esa información, mi cerebro parece estar lo suficientemente frito como para ignorarla y seguir enviando órdenes a mis ojos para no apartarse de él. De su pecho descubierto, para ser exactos.

Los músculos de sus brazos se tensan con cada movimiento: haciendo círculos con el cepillo sobre el lomo del caballo, levantando el cubo con agua, sujetando con firmeza el ramal… Mi cuerpo parece estar librando una batalla interna entre bajar y tirarme a sus brazos

o quedarme quieta y meter una mano entre mis piernas para calmar el calor que se acumula ahí.

Estoy a punto de tomar una decisión, quizás demasiado concentrada en la tarea, cuando el tono de llamada de mi móvil rompe el momento. El susto es tan fuerte que doy un salto y me choco contra el marco de la ventana, haciéndome soltar un alarido de dolor. Echo un rápido vistazo al exterior, y, para mi desgracia, Wade me está mirando con el ceño fruncido.

"¡Estoy bien!," grito, esperando que en la oscuridad no vea mi cara roja de la vergüenza.

Antes de darle tiempo a contestar, cierro la ventana y me alejo lo máximo posible de ella. Cojo el móvil de la pequeña mesa, pongo el altavoz y respondo con una voz demasiado contenta para hablarle a alguien que ha estropeado los planes lascivos que tenía en mente para esta noche.

"¡Pero si estás viva!" La voz igual de alegre de Rachel inunda mi silencioso apartamento, haciéndome poner los ojos en blanco.

"Tan viva que iba a masturbarme antes de que llamaras."

"Diría que lo siento, pero no me gusta mentir," contesta, soltando una risita. Me acuesto en la cama, intentando no volver a asomarme por la ventana, y apoyo el móvil en mi pecho. "¿Cómo estás? ¿Ya te has tirado a tu jefe?"

Suelto un quejido, levantándome las gafas para restregarme los ojos con las manos.

"No, Rae. No."

"Ese tono suena a frustración… No me digas que ibas a masturbarte pensando en él." No contesto al instante, y Rachel se lo toma como una respuesta. "¡Sage Reid, eres una guarra!"

Sus carcajadas retumban por la habitación, y mi amiga siempre ha tenido la risa tan contagiosa que es imposible no acabar imitándola.

"Creo que voy a tener que hacerte una visita muy pronto. Yo también quiero conocer a ese jefe tuyo…"

"No hace falta que lo conozcas, Rae. Es igual o peor que tus pacientes malhumorados que dejan claro que saben más que tú sobre cómo hacer tu trabajo."

“Dios, no aguanto al señor Smith…”

“Pues imagínatelo multiplicado por diez.”

“Pero con unos músculos de revista…”

“Y, en vez de decirte con palabras lo que piensa sobre ti, lo hace con miradas.”

“Supongo que tiene su punto sexy…”

“Rae, no sabes lo que estás diciendo.” Reprimo un suspiro, pasándome una mano por la cara, descolocando mis gafas. “Lo que quiero decir es…”

“Que no te importa que sea tu jefe porque tienes sueños húmedos con él que en algún momento se harán realidad. No te preocupes, Sage, si necesitas un empujón para lanzarte, solo invítame a ir y te lo pondré en bandeja. No tendrás que mover ni un dedo.”

Finjo un sollozo, cogiendo la almohada en la que estaba apoyada y, plantándomela en la cara, grito con fuerza. Mi grito se escucha lejano, pero la risa de Rae no.

“Venga, Sage, no me digas que no tienes ganas de que ese tal Weston te estreche contra su cuerpo musculado de trabajar en el campo.” Cierro los ojos, soltando el aire lentamente. “Joder, hasta de imaginármelo me pongo cachonda, y no sé ni cómo es su cara. No me quiero imaginar por lo que estás pasando tú. Irás todo el día detrás de él con las bragas mojadas.”

“No es cierto,” digo en un hilo de voz, odiándome por sonar tan poco convincente.

“Debe ser muy duro ser tú, Sage. No te envidio ni un poquito.”

Contengo una risita, mordiéndome el labio inferior con fuerza. Contestar sería como marcar mi sentencia y darle el gusto a mi amiga de haberlo admitido. Es innegable que tengo ojos en la cara y se me han pasado cosas por la cabeza. Imágenes, escenarios… Pero son todo fantasías imposibles. Porque, aunque Rachel sea la tercera persona que me dice que a la mierda el impedimento por ser mi jefe, a mí me importa.

No quiero que las cosas se pongan incómodas entre nosotros. Nuestra relación no es que sea normal, pero tiene sentido. Al menos para nosotros lo tiene, y no quiero romper esta extraña tregua que

hemos construido solo porque mi imaginación se está tomando demasiadas libertades.

"¿Cómo estás, Rae? Te echo de menos," pregunto, cambiando de tema con un tono más cálido. Pongo el móvil en la almohada y me tumbo de lado. Escucho cómo suspira al otro lado de la línea, haciéndome desear estar ahí con ella.

"Estoy bien, Sage. Solo… cansada. Supongo que no eres la única que necesita salir de aquí una temporada. O quizá para siempre," añade en un susurro. "Tal vez necesito un nuevo rumbo, irme de la ciudad, cambiar de trabajo… No lo sé." Coge aire con fuerza, y la línea se queda en silencio.

Yo mejor que nadie sé lo que es sentirse perdida, cansada y con ganas de un cambio radical en la vida.

"Creo que deberías venir a Almond Valley," digo sin pensarlo. Pero, aun habiendo sido un impulso, la idea no me suena del todo mal.

Rae suelta una suave carcajada.

"Era broma, Sage. No quiero robarte a tu jefe."

Chasqueo la lengua contra el paladar, pero sonrío al añadir: "Es todo tuyo, yo no lo quiero."

"No sé si es buena idea…"

"¡Pero si no paras de sacarlo en cada conversación que tenemos!"

"¡No me refiero a tu jefe, Sage!" Su carcajada disuelve la pequeña presión que estaba comenzando a sentir en el pecho.

"Es una visita, Rae. No te estoy pidiendo que dejes tu trabajo, vengas, conozcas al amor de tu vida y te quedes para siempre. Es algo con fecha de caducidad, sin ataduras. Tómatelo como unas vacaciones."

"Sin ataduras," repite en voz baja.

Reprimo un suspiro, irguiéndome en la cama para apoyar la espalda en el cabecero.

"Tenemos la subasta de verano la semana que viene, así que puedo preguntarle a Weston si le parece bien que vengas el mes que viene cuando ya haya terminado. Que yo sepa no tenemos más

trabajo a la vista, así que tendrías tiempo para ti sola todas las mañanas."

"Está bien," contesta después de pensarlo durante un buen rato. Si hay algo que me gusta de Rachel, es el tiempo que se toma para reflexionar. No tiene ninguna prisa, y me encanta esperar a que tome una decisión, porque eso significa que está cien por ciento segura y no se va a echar atrás.

"Pregúntale y me avisas con lo que sea."

"Muy bien."

Hablamos hasta que el sol se pone y solo se escuchan los cantos apagados de los pájaros al otro lado de la ventana. Para cuando la llamada termina y me asomo al cristal, los caballos ya están guardados y las luces apagadas.

No reprimo el bostezo que me hace cerrar los ojos, y vuelvo a acostarme en la amplia cama. Mis párpados no vuelven a abrirse, mi respiración es cada vez más pesada, y poco a poco mi cuerpo se va rindiendo ante el sueño.

Lo último en lo que pienso antes de dormirme es si la imaginación de la persona que duerme a apenas unos metros de mí, separados por unas cuantas paredes, toma de manera inconsciente el mismo rumbo que la mía.



Sigo a los hermanos Weston como si estuviera en un sueño lúcido. Apenas he dormido unas horas. Los recuerdos de mi infancia me han acompañado durante toda la noche, haciéndome dar vueltas en la cama y despertándome sobresaltada tantas veces que he perdido la cuenta. Ha sido una de las peores noches desde que estoy aquí y no logro entender a qué se debe. Es cierto que los nervios de la subasta me acosan desde hace unos días, cuando he sido consciente de lo

poco que falta para el gran evento. Pero no tanto como para hacerme revivir en sueños los peores momentos de mi vida como si de una película de terror se tratara.

Los hombres que tengo delante discuten sobre qué caballos llevar a la subasta, pero estoy tan cansada que apenas les presto atención y solo escucho palabras sueltas. Los sigo sin saber muy bien por qué, cuestionándome la razón por la que Wade sigue necesitando mi ayuda. Ya hemos terminado de organizar al ganado y de supervisar que esté todo bien con Dorian. Cualquiera diría que mi trabajo aquí ha terminado, pero Wade no me ha dado ninguna señal para que deje de venir.

Supongo que por eso los estoy persiguiendo como un patito por todo el establo.

"¿Qué hay de Mud?"

La pregunta que hace Tate me hace levantar la vista del suelo, y menos mal que me ha sacado de mi estado de trance, porque se han parado en seco y casi me choco contra la espalda de Wade.

"¿Qué pasa con él?," pregunta él de vuelta, lanzándole una mirada fulminante.

"Pregunto si te vas a deshacer de él. ¿Lo llevarás a la subasta?"

Miro con la boca entreabierta a Wade, que frunce tanto el ceño que sus cejas forman una única línea sobre sus ojos.

Niega con la cabeza con las mejillas sonrosadas. "¿Cómo me voy a deshacer de él? Realmente eres tan tonto como pareces."

Continúa caminando, dejándonos atrás, pero su hermano no parece contento con su respuesta, porque añade: "No sé… No lo montas y ni siquiera te deja acercarte a él. Tal vez sea hora de… bueno… ya sabes."

Los labios de Wade esbozan una sonrisa afilada, y estoy segura de que si su hermano sigue pinchándolo así, va a ser su cadáver de quien se deshaga.

"No, Tate. No lo sé. Ilumíname, por favor."

Tate suelta una risa seca, negando enérgicamente con la cabeza.

"Me refería a venderlo, madre mía.... Era una broma, tío. Qué poco sentido del humor."

Aminoro el paso para quedarme a su lado, y le doy unas palmaditas en el hombro. Lo miro con pena, porque realmente es idiota, y sigo a mi jefe casi corriendo para alcanzarlo.

Caminamos uno al lado del otro en silencio. No sé a dónde estamos yendo, pero siempre es buena idea seguir a Weston cuando trabajo para él, así que no me lo cuestiono. Desconozco si Tate nos está siguiendo o se ha quedado refunfuñando en el establo, pero una parte de mí no quiere darse la vuelta por si está viniendo con nosotros.

"¿Todo bien?" Mi voz suena estrangulada y tres tonos más aguda, y me reprocho mentalmente por no haberme aclarado la garganta antes de hablar.

Wade gira la cabeza hacia mí y me mira un instante. No soy capaz de descifrar las emociones que revolotean por su rostro, pero parece más relajado que hace cinco minutos.

"Todo bien," contesta con la voz rasposa.

Es reconfortante que su voz haya sonado igual de ridícula que la mía, y tengo que apretar los labios para no sonreír.

Comprendo el destino al que nos dirigimos a medio camino, y mi corazón salta de alegría por volver a estar rodeada de animales otro rato más. Aunque el cansancio sigue presente y me encuentro más débil de lo normal, espero que unos minutos entre caballos sea suficiente para hacerme sentir algo mejor.

Vamos a uno de los prados donde se encuentran varios de los ejemplares seleccionados para la subasta. Sin decir una palabra, cogemos los ramales del poste y nos acercamos a ellos. Me tropiezo unas tres veces en el corto trayecto y la vergüenza se ve reflejada en mis mejillas sonrojadas. Con un caballo alazán a mi izquierda y otro castaño a mi derecha, nos dirijo hacia el exterior del paddock.

Sigo a Wade con los ojos bien abiertos para dejar de tropezarme, que lleva otra pareja a sus costados.

Antes de abrir la puerta, mira por encima del hombro, buscándome con la mirada, y me hace un pequeño gesto con la cabeza. Interpreto que es por si necesito ayuda, así que niego con una pequeña sonrisa, agradecida por el ofrecimiento. Un hormigueo

desconocido me recorre de arriba abajo y salgo del prado medio tambaleándome.

Agradezco estar detrás de él y que no pueda ver cómo mi cuerpo se descompone y recompone a cada paso que doy. Es como si esta complicidad hubiera descolocado algo dentro de mí. No sé si en mi cabeza o en mi pecho. Pero agradezco tener a dos animales de seiscientos kilos a mis costados por si las piernas me fallan y me tengo que agarrar a algo.

Una vez en el establo, amarramos a los caballos a un largo poste horizontal y Wade saca el teléfono del bolsillo trasero de sus vaqueros. Observo ensimismada cómo habla y se mueve por la zona para gesticular. La llamada no dura mucho y, por las palabras que ha pronunciado, imagino que Dorian va a venir a hacerles el chequeo veterinario a los animales.

Mientras esperamos, mi cerebro parece despertarse un poco al recorrer con la mirada el cuerpo de Wade. Lleva una camisa azul marino que ya he visto otros días remangada hasta los codos. Da igual la temperatura que haga, parece que la forma natural de sus camisas es así, enseñando sus bronceados y tatuados antebrazos. Lo que más me enerva no es lo poco que le importa cómo viste, sino el calor traicionero que me atraviesa cada vez que me fijo.

Me obligo a cerrar los ojos para mitigar el fuego interior que se está comenzando a propagar entre mis piernas. Mi temperatura corporal baja notablemente, aunque por cómo todo me da vueltas aun estando apoyada en la pared exterior del establo, creo que está bajando demasiado. Trago saliva con dificultad al notar la boca pastosa, y cambio de postura al sentir las piernas débiles.

Vuelvo a abrir los ojos, buscando con desesperación aliviar mi malestar, y, al hacerlo, veo que Wade me está mirando con el ceño fruncido. No sé qué aspecto debo de tener, pero si me veo un cuarto de cómo me siento, debo de parecer un cadáver andante.

Antes de que a mi jefe se le ocurra preguntarme si estoy bien —lo cual sería la mayor muestra de preocupación que le habré visto dar hacia otro ser humano—, Dorian llega por el camino de almendros que conduce a la casa de Emily.

"¿Ya habéis terminado?," pregunta en cuanto llega a nuestra altura. Me lanza un guiño sin ocultar su sonrisa, y Wade gruñe a mi lado.

"*Sip*. Hace un ratito." Le devuelvo el guiño, lo que hace que su sonrisa se amplíe hasta enseñar sus dientes perfectos.

"Están dentro," añade Wade secamente, lanzándome una mirada extraña al pasar por delante de mí para perderse en el interior del establo.

No sé qué mosca le habrá picado, pero si vuelve a su actitud fría, voy a seguir las indicaciones de Lib con el palo.

"¿Vienes?," me pregunta Dorian con una sonrisa torcida. Asiento, siguiéndolo con pasos inseguros.

Esta semana Dorian me ha demostrado que es como el hermano mayor que nunca tuve; haciéndome reír y manteniendo conversaciones como si nos conociéramos de toda la vida. Y es que también tiene su lado paternal, como si una parte de él siempre estuviera pendiente de la salud de los que lo rodean. No sé si será alguna neura de veterinario y se siente responsable de los seres vivos, pero, lejos de ser molesto, es incluso tierno.

Además, haciendo realidad todo lo que la gente del pueblo me ha contado sobre los Thorne, tiene un lado pícaro muy divertido, con sus originales rizos rubios oscuros, esas sonrisas ladeadas y unos ojos azules como el mar. Cualquiera podría sentirse hechizado solo con mirarlo. Y no me atrevería a juzgar a nadie al que le haya ocurrido.

De no ser por el filtro que tengo delante de los ojos, que me hace verlo como a un hermano, estoy segura de que me habría convertido en una víctima más.

"Hoy tengo un poco de prisa, así que espero que no tengáis muchos caballos. Tengo que ir a recoger a Daisy a las siete," le dice el veterinario a Wade.

"Tenemos cuatro aquí," responde con despreocupación mientras se gira para revisar una de las cuadras del otro lado.

"¿Solo vais a llevar estos?"

"No," responde de espaldas a Dorian. "Mañana te traeremos los demás."

“Está bien.” Comienza a sacar cosas del maletín con soltura, organizándolas sobre uno de los bancos de madera. “Mañana ya estaremos listos para la subasta,” murmura con una pequeña sonrisa satisfecha.

Dorian se mantiene abstraído en su trabajo, Wade va de aquí para allá haciendo las tareas que se le van ocurriendo, y yo me tengo que sentar en el montón de paja apilada. No estoy en el establo principal, sino en la zona lateral, donde se guarda el forraje y la comida de los animales. Apoyo la cabeza en el fardo de paja que tengo a mi espalda, intentando mitigar el mareo que revuelve mi cabeza, pero me siento como si me hubieran dado mil vueltas en una lavadora industrial.

No sé cuánto tiempo pasa desde que me quedo sola, tirada como un muñeco de trapo sobre la paja. Me doy cuenta de que en algún momento he cerrado los ojos, porque, cuando los abro, las luces que rodean el lugar están comenzando a encenderse y los tonos naranjas y rojos han sustituido al azul habitual del cielo.

La cabeza todavía me da vueltas y tengo el cuerpo entumecido, pero prefiero pensar que es por la postura tan extraña en la que estoy tumbada. Trato de recordar cuándo fue la última vez que bebí agua, y me doy de golpes mentalmente al darme cuenta de que fue al levantarme esta mañana. El calor que hace hoy, incluso a la sombra, es fulminante si no te hidratas lo suficiente.

Trato de levantarme, pero el mundo se tambalea a mis pies, así que me rindo soltando todo el aire de mis pulmones de la frustración.

“¡Sage!” El grito autoritario de Wade se siente como una caricia, y escucharlo me devuelve la esperanza que creía perdida hace dos segundos.

“¡Estoy aquí!,” grito de vuelta, aunque mi voz suena rasposa y sin la potencia suficiente como para que se me escuche más allá del granero.

Escucho sus pasos firmes acercándose, y cuando logro verlo entrar en la nave, una sensación de alivio me inunda de pies a cabeza.

“Me estoy muriendo, Wade,” digo con la garganta seca, cerrando los ojos como si fuera un quejido, intentando poner el tono más dramático posible.

“¿Qué has hecho?”

Su pregunta me haría reír si no estuviera medio moribunda y con el pelo lleno de paja, porque lo primero que se le ocurre es que he hecho algo para merecer estar así.

“Más bien es qué no he hecho, que ha sido beber agua.”

Abro los ojos lentamente, y me quedo paralizada al comprobar lo cerca que estamos. Arrodillado a mi lado, me analiza el cuerpo con el ceño levemente fruncido y una mueca de preocupación en la boca.

Sí, he dicho *preocupación*.

Preocupación y Wade en una misma frase. Que alguien pida un deseo.

“No soy como el resto de gente, como habrás podido comprobar,” dice, volviendo la vista a mi rostro. “Así que no vas a escuchar nada alentador saliendo de mi boca; como que todo va a ir bien o que te ves igual de guapa aun estando más blanca que el papel.” Frunce el ceño y, de estar lúcida, yo también lo habría hecho al escucharlo. “Lo que quiero decir es… que creo que tienes que escuchar esto.” Aprieto los labios mientras lo observo hacer una pausa en la que no me quita los ojos de encima. “Sage… creo que eres todavía más idiota que Tate.”

Mi boca se abre lentamente al asimilar sus palabras, y espero que en mi tono no se note que estoy reprimiendo una sonrisa.

“Si sintiera los brazos te daría una colleja, Wade. Nadie es más idiota que Tate.”

Lo veo morderse el labio inferior y, de no ser por la fiebre que se me está subiendo a la cabeza, juraría que también se está aguantando las ganas de sonreír.

“Vamos, te llevo al hospital.”

Intento resoplar, pero más bien emito un graznido parecido al grito que haría un gato al que le han pisado la cola.

“Deberían verte a ti también. Entre que estás diciendo más de cuatro palabras seguidas y que estás demostrando más emociones

que el enfado, creo que un médico tendría que comprobar si todo funciona correctamente en tu cerebro.”

“Si no dejas de hablar, pienso dejarte aquí,” contesta con fingido fastidio, porque se inclina hacia mí para pasar un cálido brazo por mi espalda para levantarme.

“Mensajes contradictorios, Wade. ¿Va a empezar a salir humo de tus orejas?”

Trato de poner un pie delante del otro para que no tenga que cargar conmigo, pero la tarea se me complica más de lo que debería. Me siento débil, casi diminuta a su lado, y algo tan simple como caminar se vuelve completamente imposible. Termino rindiéndome con un pesado suspiro y, haciendo de tripas corazón, apoyo todo mi cuerpo en su costado.

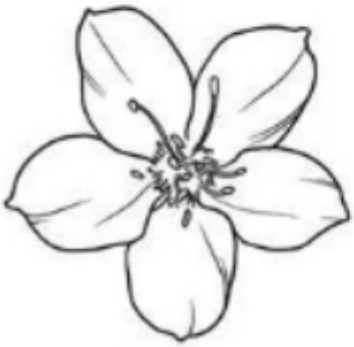
“Tú como en tu casa,” murmura entre dientes, pero el agarre en su brazo se hace más firme, y mi cabeza también termina apoyada sobre su cálido hombro.

Mi vista se vuelve borrosa, todo se tambalea a mi alrededor, y lo último que siento antes de volver a desmayarme, son los pequeños círculos que Wade dibuja con el pulgar sobre mi cintura.

Capítulo Veintiuno

Sage





La subasta ya está aquí. Literalmente, aquí. Los caballos resoplan a mi lado y se mueven nerviosos de un lado a otro de las pequeñas cuadras improvisadas. Aunque todos parecen acostumbrados al ruido, hay algunos a los que no les deben de gustar del todo las grandes multitudes, porque miran desconfiados a los transeúntes que pasan por delante. El olor a heno y estiércol inunda hasta la última esquina de la enorme nave, y los gritos de la gente parecen ser los nuevos cantos de los pájaros aquí dentro.

Me apoyo en la valla de madera que limita la cuadra de Lili, la yegua torda que va a participar en la subasta de la tarde. Curiosa por la cercanía, me descoloca mis habituales gafas de pasta al darme con el hocico en la mejilla. Acaricio distraídamente su cabeza, fijándome en toda la gente que pasea por el amplio pasillo. La paja

revolotea por el aire, moviéndose con la brisa que provocan los enormes ventiladores que cuelgan del techo.

Tengo que limpiarme las gafas cada dos por tres por el polvillo que se levanta, pero, de no ser por esos chismes, estaría de camino al hospital por un golpe de calor. Otra vez.

Gracias a Wade (menos mal que todavía no se ha inventado el poder de leer la mente) estoy como nueva. La visita al hospital —que era del tamaño de mi antigua clínica de fisioterapia— es como un borrón en mi memoria. Lo único que sí recuerdo con claridad es la preocupación de Wade. El tacto de sus manos sobre mi espalda, mis brazos, mis mejillas… Es como si su calidez se hubiera quedado grabada en mi piel.

No me soltó en toda la tarde, incluso entró conmigo al llegar a mi apartamento. Le faltó poco para arroparme y quedarse vigilando toda la noche a los pies de mi cama.

Al día siguiente no fui a trabajar, pero hoy ya me encuentro como una rosa. Esta mañana, cuando estábamos viniendo a la subasta, Wade no mostró ni un indicio de que lo ocurrido el otro día hubiera sucedido.

¿Que quiere hacer como si no hubiera pasado nada? Perfecto. Por mí, mejor. Así no tendré que esforzarme en ocultar mi incomodidad después de haberle babeado la camisa cuando me llevó a la camioneta.

La buena noticia es que estoy sola en la zona de los caballos y él está con el ganado, justo al otro lado del recinto ferial.

La mala noticia es que Lib tiene su pequeño puesto de The Green Basket en la zona exterior del recinto. Al lado del ganado.

Así que estoy completamente sola. Abrumada por la cantidad de gente que hay, sola y aburrida.

El tiempo pasa demasiado lento, y mi único entretenimiento consiste en canturrear las canciones que suenan por los altavoces a todo volumen mientras me turno para acariciar a todos los caballos del corral.

"¿Os molesto o necesitáis más privacidad?" El tono divertido en la voz de Tate me obliga a parar de mover las caderas al ritmo del

viejo tema de música country, y la mano con la que estaba acariciando el cuello de Sunny se paraliza a medio movimiento.

"¿Quieres unirte?," pregunto de espaldas a él, esperando que el ardor en mis orejas por la vergüenza se calme antes de girarme con una sonrisa burlona.

"No me lo preguntes dos veces." Me guiña un ojo enseñando sus dientes perfectos al sonreír.

Bufo y le doy un golpe en el brazo antes de darle un abrazo. La calidez de su cuerpo me quita un peso de encima y, al apoyar la mejilla contra su pecho, me olvido unos segundos del ruido que nos rodea. Me permito cerrar los ojos en lo que dura el gesto, y respiro hondo al reconocer su familiar aroma a heno.

Tate apoya la barbilla en mi cabeza, y rompe el momento al abrir y cerrar la boca con fuerza.

"¡Ayy!," suelto un alarido, soltándome de su agarre a toda prisa. Tate se echa a reír, y se gana otro manotazo, esta vez más fuerte.

"Hay que estar despierta, Sage. Nunca sabes lo que puede pasar en la subasta," dice en tono místico, como si me estuviera desvelando un secreto nacional. Levanto una mano, amenazante, que hace que se encoja al esperar otro golpetazo. "Pareces cansada, Sage. Creía que te ibas a dormir en mis brazos."

"Ya te gustaría," murmuro, pasándome la mano por la cabeza para intentar aliviar el dolor.

"¿Por qué estás aquí sola? ¿Mi hermano se ha encerrado en el baño porque ya no aguanta ni un minuto más contigo?"

"Ja, ja. Muy gracioso." Lo fulmino con la mirada, cruzándome de brazos. "Weston está con el ganado, listillo. A mí me tocaban los caballos."

"¡Qué curioso, porque a mí también!"

Frunzo el ceño. "¿Y cómo es que apareces…" miro el reloj de mi móvil "…a cuatro horas de haber empezado la subasta?," pregunto, enarcando una ceja.

Tate abre la boca dramáticamente, retrocediendo lentamente con las manos en alto.

"Verás, Sage…," comienza diciendo, a la vez que yo voy entrecerrando los ojos. "No es lo que tú piensas…"

Nunca llega a terminar la frase, porque al dar otro paso hacia atrás sin mirar, choca contra alguien. Se disculpa a toda prisa mientras se gira y la sujeta antes de que siga tambaleándose por el impacto. Mi boca se abre por la sorpresa al ver cómo la mujer se zafa de su agarre y le da una colleja al reconocerlo… pero entonces soy yo quien sonríe al reconocerla.

La mirada de Julie arde con tanto odio que podría llegar al núcleo de la Tierra con la fuerza de su fuego. Su expresión se suaviza al encontrarme detrás de Tate, y una sonrisa asoma en sus labios carnosos pintados de rojo carmesí.

"¡Sage, cielo! ¿Sigue en pie lo de este fin de semana?," pregunta avanzando hacia mí, olvidándose por completo de Tate.

"¡Claro!" Doy un par de palmadas, sonriendo hasta que me duelen las mejillas. "Estoy deseando ir con vosotras. ¿A qué hora nos vemos en el establo?"

"Sobre las diez de la mañana está bien, así salimos antes de que haga demasiado calor."

"¿Dónde vais?," pregunta Tate, incluyéndose en la conversación.

"Tate Weston, ¿no te han enseñado que entrometerse en conversaciones ajenas es de mala educación?"

Tate le lanza una mirada significativa a Julie, ladeando la cabeza, a juego con su sonrisa.

"Cariño, cuando hay tres, no se habla para dos."

Mi amiga resopla, cruzándose de brazos.

"Eres un maleducado," dice secamente, pero sus dientes atrapan su labio inferior en un intento de reprimir la sonrisa.

"Este sábado vamos a ir con Lib de ruta por las montañas todo el día," explico sonriente, haciendo caso omiso a la mueca de desagrado de Julie. "Si el tiempo lo permite y tenemos ganas, acamparemos por allí para volver el domingo."

"Qué envidia me dais. Hace años que no salgo a hacer una ruta larga con amigos."

"¿Quieres venir?," pregunto de sopetón, antes de preguntarme si es una buena idea. No creo que lo sea, a juzgar por la mirada asesina que me lanza mi amiga.

"Ni de broma."

“Me encantaría.”

Responden a la vez, pero la fuerza en la voz de Tate es superior a la de Julie, que me fulmina con los ojos al darse cuenta. Ambos me miran, pero no me atrevo a abrir la boca: Tate me sonríe, encantado, y Julie planea una muerte lenta y dolorosa.

Parece que la decisión está tomada, porque Tate sonríe como si hubiera ganado la lotería y Julie aprieta tanto los puños que espero que no tenga pensado acercarse a menos de dos metros de mí.

“Está decidido. Nos vemos el sábado, señoritas,” dice Tate, despidiéndose con un gesto exagerado sobre su cabeza como si estuviéramos en el siglo quince en Europa.

Lo veo marcharse, fundiéndose entre la muchedumbre. Varias mujeres se giran para mirarlo y los hombres lo saludan sonrientes, apartándose para dejarlo pasar. Sin duda, Tate evoca lo mismo en todo el mundo.

“¿Por qué has hecho eso?” Julie me pellizca el brazo y, pese al dolor, la sonrisa no se borra de mis labios.

Me encojo de hombros, volviendo la vista hacia mi furiosa acompañante.

“Me pareció una buena idea.” Veo cómo sus cejas se juntan lentamente y sus dientes vuelven a su labio inferior. Mi sonrisa flaquea, y mi tono se baña de preocupación. “No sabía que fuera a molestarte, Julie, lo siento. ¿Quieres que vaya a por él y le diga que no venga?”

Suelta el aire con fuerza, bajando la mirada a sus pies, pero niega con la cabeza.

“No, está bien,” dice, forzando una sonrisa. “Ya os dije que no quería nada con Tate ni me gusta, así que no hay riesgo de que me haga daño.” Frunzo el ceño, buscando la mentira en sus palabras, pero se mantiene impasible ante mi escrutinio.

Termino asintiendo de vuelta, aunque no muy convencida y con la curiosidad picándome por todo el cuerpo. Julie se agarra distraídamente el lóbulo de la oreja, mirando a todas partes menos a mí, y ese simple gesto es como si una brisa disipase la niebla que tenía cubriendo mis ojos.

“¿Os habéis vuelto a acostar?”

Julie se atraganta con… ¿nada?, y tose descontroladamente durante un buen rato.

Tengo que apretar los labios con fuerza para aguantar la risa. Cuando por fin se calma, me mira con los ojos vidriosos y un cartel con la frase: «Voy a huir» pintado en la frente. Con neones.

"Voy a ver cómo va Lib… por si necesita ayuda…," dice atropelladamente. No contesta a la pregunta, pero me da la respuesta que quería.

"Esta vez te libras, Julie."

"Atrápame si puedes," responde sin vergüenza, guiñándome un ojo antes de inclinarse hacia mí para darme un sonoro beso en la mejilla. "¡Nos vemos, cotilla."

Pongo los ojos en blanco, viendo cómo ella también desaparece entre la muchedumbre.

No pasan ni veinte minutos desde que mi matrimonio de ancianos favorito se marcha cuando reconozco una cara entre la gente. Una pequeña sonrisa asoma en mis labios a la vez que mis hombros se relajan al ver cómo se acerca en mi dirección.

"¡Dorian!" Alzo la voz para que pueda escucharme por encima del sonido de la música, la voz que anuncia las subastas y las conversaciones entremezcladas del público.

"Pero bueno, Sage, ¿cómo estás?"

Acorta la distancia entre nosotros para darme un corto abrazo; tan rápido que no me da tiempo a devolverle el gesto y me quedo con los brazos inertes a mis costados. Y menos mal. Lo último que necesito es que me dé un ataque de pánico aquí.

Los pocos momentos tranquilos que he tenido durante esta semana han sido cruciales para poder mentalizarme para este evento, y no es que me lo esté pasando especialmente bien entre tantas caras desconocidas y tanto ruido.

Aunque las visitas esporádicas de mis amigos ayudan, no estoy en mi salsa, que digamos.

Por eso me mantengo en una esquina del corral, alejada un poco de todo pero sin parecer una ladrona que va a salir por patas en cualquier momento.

"¿Vienes a trabajar o a comprar algo en la subasta?"

“Ninguna de las dos,” contesta con una sonrisa ladeada y un brillo diferente en sus ojos. Barre con la mirada el enorme local antes de volver la vista a mí. “Solo hemos venido a ver el espectáculo. No sé si terminaremos comprando algo… nunca se sabe.” Me guiña un ojo con complicidad, como si yo supiera lo que se siente.

Mi cerebro no reacciona ni manda ninguna señal para actuar como si hubiera escuchado algo más que las primeras palabras.

“¿Hemos…?”

No termino la frase —que no sé ni cómo pronunciar —, y Dorian abre la boca para contestarme. Pero justo antes de que hable, una niña se lanza a sus piernas, haciendo que se tambalee hacia atrás.

“Daisy, ten cuidado,” le dice en tono suave.

Quién diría que una niña de seis años fuera capaz de hacerle perder el equilibrio a un hombre como Dorian. Más que una persona, parece un armario.

“Ven aquí.” Le pasa unos tirabuzones rubios oscuros por detrás de las orejas y coge una de sus pequeñas manos con cuidado. “Te presento a Sage.” La levanta del suelo sin esfuerzo, acomodándola en su costado sin desviar la vista de sus ojos azules. “Sage, esta es mi hija Daisy.”

Deberían darme un premio a mejor actriz por lograr mantener mi mandíbula en su sitio. Aunque por dentro esté tocando el suelo, de cara al mundo mis labios forman una enorme sonrisa.

“Encantada, Daisy.”

La niña esconde la cara en el cuello de Dorian, haciéndole soltar una risita.

“Es un poco tímida, no es nada personal.”

“No te preocupes, estoy segura de que es igual de encantadora que su padre.”

No sé ni cómo, consigo que mi tono en la última palabra no refleje la sorpresa que siento. Le guiño un ojo con toda la naturalidad posible, y mis palabras deben dar en la fibra sensible, porque su hija levanta la cabeza y se gira para mirarme con una tímida sonrisa.

“¿Te lo estás pasando bien?” Asiente, estrujando el cuello de la camisa crema de Dorian entre sus dedos. “Entonces os dejo tranquilos para que sigáis viendo la subasta,” digo, desviando la vista al otro par de ojos azules con rizos rubios que me observan con complicidad.

“Despídete, cariño,” murmura con ternura. Daisy me susurra un tímido “adiós” y hace un pequeño gesto de despedida con las manos.

Imito su gesto con una sonrisa, y pestañeo una vez al sentir la mano de Dorian rodeando mi codo para darme un pequeño apretón.

“Nos vemos, Sage. Ha sido agradable verte.”

“Igualmente. Cuidaos los dos, y no compréis muchos caballos.”

Dorian se ríe ligeramente antes de bajar a Daisy de sus brazos y llevarla de la mano. Mantengo la vista fija en ellos hasta que desaparecen por el pasillo y solo escucho los gritos de Daisy los nombres de los caballos que va viendo en los carteles.

Me quedo sola el resto de la tarde, disfrutando del tiempo para mí y las esporádicas apariciones de Julie (porque Lib se siente mal por hacerla trabajar hoy y la echa cada dos por tres para que disfrute y se dé una vuelta). Todo está yendo sobre ruedas, la gente a mi alrededor está contenta y no veo a Wade en todo el día.

Pero mi estúpido cerebro tiene que estropearlo todo al preguntarse si estará bien o si es posible que necesite ayuda. La ansiedad me carcome lentamente y, como si de un ángel se tratara, en ese momento diviso a Tate entre la multitud. En un impulso para seguir el maldito pensamiento que me llena de innecesaria preocupación hacia Wade, en cuanto veo cómo su hermano se intenta esconder detrás de la familia que tiene delante, echo a correr hacia él para placarlo con todas mis fuerzas.

“¡Te toca!,” exclamo antes de echar a correr para no darle tiempo a escaquearse.

“¡Me debes una, Sage!”

“¡*Tú* me debes una, listillo!,” grito de vuelta por encima del hombro.

El sitio es más grande de lo que pensaba y, cuanto más me adentro en la nave industrial, más gente hay y más difícil es avanzar.

Estoy por darme por vencida y retroceder, comenzando a notar los signos de agobio y ansiedad, pero una gorra azul llama mi atención a lo lejos.

No dudo en apretar el paso hasta llegar a la valla del corral donde se encuentra y parar en cuanto mi nariz roza su ancha espalda.

"Wade," susurro sin aire, rezando para que me haya escuchado.

Se da la vuelta lentamente con el ceño fruncido, y tiene que bajar la cabeza para poder mirarme debido a la escasa distancia entre nosotros.

"Sage, ¿qué haces aquí?"

Su tono podría resultar recriminatorio para quien no lo conozca, pero dentro de su habitual frialdad, es lo más cercano que tiene a la amabilidad. Me fijo en cómo me recorre el cuerpo con la mirada, buscando algún indicio de daño, y sus hombros se relajan al comprobar que estoy bien.

"Yo también me alegro de verte," respondo, poniendo los ojos en blanco. "Quería asegurarme de que no te habías metido en ningún lío por hablar demasiado y que estabas bien."

"Te recuerdo que la última que fue al hospital fuiste tú, no yo," dice, apretando los labios. Entrecierro los ojos y sujeto con fuerza el tablón de madera que nos separa.

Visto desde fuera, la imagen que damos ahora parece un reflejo invertido de nosotros mismos: yo siempre estoy encerrada en un corral, entre paredes autoimpuestas, mientras que él se mueve libre por el mundo.

"Para la próxima, déjame morir en el granero, por favor."

"Sin problema."

Gira la cabeza como si estuviera buscando algo, pero no logra ocultar el atisbo de sonrisa que se dibuja en sus labios.

"¿Necesitas ayuda con algo?," insisto, ampliando mi sonrisa.

"Está todo controlado, gracias." Asiento, soltando la madera al dar un paso atrás. "Pero, Sage…," añade, casi con urgencia, acortando la distancia entre nosotros al agarrarme con delicadeza de la muñeca. Me quedo mirando el punto donde su piel roza la mía, pero no digo nada. "Cuando todo esto termine, ¿puedes quedarte?"

No titubeo ni pienso la respuesta antes de contestar.

"Claro, lo que necesites."

Wade asiente, y, como si de un imán se tratase, me quedo paralizada al levantar la vista y encontrarme con sus ojos verdes. El tiempo parece ralentizarse mientras nos observamos con intensidad, como si estuviéramos hipnotizados el uno con el otro. Estoy a punto de soltar algo como «¿qué me estás haciendo?», cuando un hombre nos interrumpe tosiendo demasiado fuerte a mi lado.

"Pero si es Wade Weston."

El nombrado es quien desvía primero la vista, rompiendo con nuestra burbuja. Da un paso atrás y se lleva la mano con la que me estaba sujetando la muñeca a su barbilla. Me deja sola, despachada y con un frío inexplicable en el cuerpo.

Me tomo la intromisión como mi oportunidad para salir de aquí, pero, antes de darme la vuelta, le lanzo una última mirada a Wade. Se vuelve hacia mí un segundo, regalándome una pequeñísima sonrisa que hace que mi corazón rebote en mi pecho descontrolado.

Vuelvo al recinto de los caballos intentando respirar con normalidad, esquivando como puedo a la gente que se cruza sin ningún cuidado. El camino se me hace demasiado largo, y la simple tarea de controlar mi respiración y permanecer calmada, se me hace demasiado complicada. Reconozco el puesto de Lib a mi izquierda, pero no me permito parar. No miro por encima del hombro para saber cuán lejos estoy de la gente que conozco, sino que me concentro en lograr mi objetivo principal: llegar a los establos como sea.

Las personas me empujan al pasar, los gritos en las conversaciones son cada vez más fuertes, la música está tan alta que apenas escucho el latir de mi corazón retumbando en mis oídos… Me siento más pequeña que nunca, y poco a poco noto cómo el oxígeno me comienza a faltar en mis pulmones.

A trompicones y sin apenas poder distinguir lo que tengo delante por las lágrimas que se acumulan en mis ojos, reconozco el relincho que Lili pega al verme. Casi salto de la alegría, y, como puedo, atravieso la lona que cubre una de las puertas de emergencia de la nave.

La brisa de la noche me revuelve los rizos y cierro los ojos, dejando que las lágrimas resbalen por mis mejillas y humedezcan mis labios agrietados del calor. La presión en mi pecho se va aligerando poco a poco, y cada vez se me hace más fácil coger aire y soltarlo lentamente.

Cuando por fin me siento lista para enfrentarme a la realidad, abro los ojos, pero, en lugar de encontrarme con una calle vacía iluminada por unas pocas farolas, me sorprenden dos preciosos ojos verdes cargados de preocupación, esperándome con los brazos abiertos.

Capítulo Veintidós

Wade



Cuando los ojos grises que podría reconocer en cualquier parte se clavan en mí, por fin puedo respirar. Enmarco su rostro entre mis manos y trato de no reaccionar al sentir como si me hubiera dado una pequeña descarga al tocarla.

"Estás helada, Sage," murmuro, acercándome a ella con cuidado.

"Lo sé… Me pasa siempre," susurra, cerrando los ojos al sentir la calidez de mis manos.

Trazo círculos sobre sus mejillas con mis pulgares, secando las lágrimas que brotan sin control de sus ojos. Espero a que su respiración se ralentice y el color vuelva a su rostro. Respira hondo varias veces, y me sujeta por las muñecas como si necesitara aferrarse a algo.

"¿Qué haces aquí?," pregunta en susurros, todavía con los ojos cerrados.

"Estaba detrás de ti."

"¿Cuándo?"

"Todo este tiempo."

No me paro a pensar en el doble sentido de mis palabras y en la declaración a medias que conllevan. No sé si Sage se da cuenta, pero traga con fuerza antes de coger aire.

"¿Por qué?"

Aprieto la mandíbula, y el movimiento de mis dedos no cesa. Miro sus ojos, cerrados y tranquilos, y paso los pulgares sobre sus párpados; trazo sus suaves facciones, recreándome en cada hueco, cada curva. Acaricio sus mejillas, ahora levemente sonrojadas, y la arruga entre sus cejas para que desaparezca; continúo bajando por su nariz hasta llegar a sus labios entreabiertos.

Trazo la forma de su boca con lentitud, como si fuera un ciego leyendo en braille el secreto que ocultan sus ojos.

"Porque quería estar contigo."

La escucho contener la respiración. Uno, dos segundos… Aparto las manos de ella, y suelta el aire poco a poco. El rojo sin duda es su tono, ahora coloreando su rostro con intensidad.

"Pero si cuando me fui estabas hablando con…"

"Me marché para ir detrás de ti." La corto, volviendo a sostener su rostro entre mis manos como si no me pudiera mantener alejado de ella. Como si necesitara sentir el tacto de su piel. "Dejé a Luke con el ganado para ir a buscarte."

Dolorosamente despacio, abre los ojos como si se estuviera despertando de un profundo sueño y los fija en mí. Estamos tan cerca que las puntas de nuestras botas se tocan. La brisa revuelve su cabello y me llega un ligero aroma a lirios. Después de tanto tiempo trabajando juntos, el olor me resulta incluso familiar.

"¿Qué ha pasado?," pregunto, buscando la respuesta en la tormenta de su iris.

Tuerce la boca, desviando la vista hacia mi barbilla como si se avergonzara de lo ocurrido. Siento los latidos de su corazón entre

mis dedos todavía acelerados, pero sin rastro del frenesí de hace unos minutos.

"La multitud me agobia un poco," murmura, encogiéndose de hombros.

"¿Un poco?" Alzo una ceja, apretando los labios.

"Bueno… un poco bastante. Del nivel que necesito mentalizarme para ir a eventos donde va a haber muchas personas. Del nivel que no puedo respirar si estoy mucho tiempo rodeada de gente. Del nivel que si lo hago me va a dar un ataque de ansiedad, da igual la preparación, y después solo quiero volver a casa y estar sola durante un mes.

"¿Quieres volver a casa y estar sola?"

"No," susurra al instante, mirándome sin un deje de duda en sus ojos.

Parpadeo lentamente, revolviendo en mi cabeza todas las preguntas que quiero hacer hasta encontrar la adecuada.

"Cuando viniste a verme… ¿estabas bien?" Tuerce la boca, pero asiente. "Comenzaste a agobiarte cuando te fuiste," me lanzo a adivinar, leyéndola como si fuera un libro abierto.

"Mi propósito era encontrarte. Y al lograrlo fue como si la barrera que me separaba del mundo se volviera a abrir, dejándome en un mar de gente que empujaba y gritaba a mi alrededor. El ataque me dio en cuestión de segundos." Inhala con fuerza, cerrando los ojos un momento antes de añadir: "Mira que me mentalicé antes de venir, pero justo ese escenario no me lo había preparado."

Vuelve a mirarme, esta vez con los ojos brillantes, anegados en lágrimas.

"¿Siempre te tienes que preparar cuando vas a socializar?"

"No siempre." Niega con la cabeza. "Solo es para los momentos específicos donde sé que me voy a sentir observada, me van a tocar o voy a tener que hablar con desconocidos. Por ejemplo… una subasta en un pueblo perdido en las montañas."

Suelto un bufido, apartándome ligeramente de ella.

"Tendrías que habérmelo dicho, Sage. No te habría pedido que vinieras."

“Habría venido de todos modos,” dice, encogiéndose de hombros. “Es algo con lo que tengo que convivir. No te martirices, Wade, no merece la pena. Cada vez me dan menos ataques y puedo controlarlos o preverlos antes de que vayan a más.”

“Pero aun así los tienes…”

“Sí, porque es consecuencia de un trauma,” responde apretando los puños a sus costados.

“¿Y lo has trabajado con un profesional?”

Me doy una palmada en el hombro mentalmente por arruinar lo que podría haber sido la conversación más cercana a amistosa que haya tenido con Sage hasta la fecha. No pretendía que mi tono fuera acusador, solo era curiosidad, pero ha sonado exactamente así.

Sage entrecierra los ojos y dice con sequedad:

“Sí, Weston. Los problemas de la cabeza no se arreglan de un día para otro —si es que tienen cura—, y ni tú ni nadie que no tenga paciencia y busque inmediatez va a quitarme el sentirme agradecida con mis resultados. Lo que me ocurre es algo que se puede solucionar con el tiempo.”

Abro la boca para retractarme, pero Sage levanta una mano y se me adelanta.

“Gracias por preocuparte por mí, Wade. Te lo digo de corazón. Pero no voy a dejar que me hagas sentir mal por tener un problema y sobrellevarlo de la mejor manera que sé.”

La observo en silencio, viendo cómo aprieta los labios, se cruza de brazos y su pecho sube y baja con energía. No queda ni rastro de la cercanía que compartíamos hace diez minutos, y el calor que comenzaba a asentarse entre nosotros se sustituye por un aire gélido a pesar de estar en verano.

“Este escenario no lo habría previsto en mi vida,” murmura poniendo los ojos en blanco, rompiendo el incómodo silencio. “Perdóname, ¿vale? No pretendía soltar un discurso súper intenso sobre la salud mental.”

“No, perdóname tú a mí,” me apresuro a decir. “No pretendía acusarte ni enseñarte nada que ya supieras. Tú mejor que nadie sabes lo que has pasado y lo que estás pasando. No era mi intención sonar condescendiente ni arrogante; no tengo el derecho a darte

lecciones sobre cómo deberías sobrellevar lo que sea que hayas pasado.”

Nos quedamos en silencio y, de no ser por el latir constante de mi corazón, juraría que el tiempo se ha congelado. Sage permanece inmóvil, ladeando la cabeza con indecisión mientras me observa con un brillo diferente en sus ojos.

“TEPT,” dice a toda prisa.

“¿Cómo?”

“TEPT,” repite, pronunciando cada letra lentamente como si estuviera hablando con un niño. “Así se llama lo que estoy pasando.”

“Lo que sea…,” murmuro, asintiendo lentamente.

Me muerdo la lengua para no bombardearla a preguntas, y la veo contener una sonrisa mientras se muerde el interior de la mejilla.

Me apunto mentalmente averiguar más tarde qué significan esas siglas.

He estado muy cerca de perder la poca cercanía que estábamos consiguiendo. Y, a pesar de lo que creía hace unas semanas sobre estrechar lazos, ahora no quiero perder esta confianza.

Echo un vistazo por encima del hombro de Sage hacia la nave, y veo que la gente está comenzando a salir por un lateral a lo lejos. Las luces se van apagando en el interior a medida que van cerrando el lugar.

No quiero que se sienta presionada por contarme lo que le ocurre y, por cómo me mira, sé que si le pregunto me va a decir todo lo que sabe. Ha tenido un ataque de ansiedad hace menos de una hora, y lo último que necesita es abrirse conmigo para después arrepentirse cuando recobre la claridad mental.

En un intento de olvidarme del tema y que Sage termine este día con buen sabor de boca, agarro su mano para conducirnos al otro lado de la explanada. El gesto la coge por sorpresa, pero no le doy tiempo a replicar y tiro de ella hasta que llegamos a una zona apartada donde está estacionada mi camioneta.

“¿Adónde vamos? ¿Qué pasa con los animales?,” pregunta a mi espalda.

“Luke y mi familia se encargan. Los avisé antes de venir a por ti,” contesto sin girarme para mirarla.

“¿Y por qué has aparcado aislado del mundo? ¿Pretendías robar algo o tenías intenciones guarras con alguien?”

Hago caso omiso de lo que dice, pero algo la hace frenar en seco, haciéndome parar a mí también. Me giro hacia atrás, y una Sage con la boca abierta y los ojos como platos me devuelve la mirada.

“No me digas que he arruinado tus planes de esta noche,” suelta, tapándose la boca con la mano que tiene libre para ahogar un grito.

“¿Qué estás diciendo, Sage? ¿El ataque te ha freído el cerebro?”

“¿Es cierto? ¿Habías hecho algún plan con alguien? ¡No me digas que vuestra cita incluía robar algo!”

“Estás delirando,” murmuro, sacudiendo la cabeza y reanudando el paso.

“Estoy diciendo lo que pienso, Wade,” insiste, dándome un apretón en la mano. “Por qué sino irías a aparcar tan lejos del resto de coches…”

Le lanzo una mirada por encima del hombro, y eleva las cejas con una sonrisa ladeada, como si lo que dijera tuviera todo el sentido del mundo.

Bufo, volviendo la vista a la camioneta que está entre unos camiones.

“Porque es un aparcamiento privado para los que participamos como vendedores.” Me río internamente ante lo absurdo de la situación. “A veces me pregunto qué tienes en esa cabeza tuya…,” añado, abriendo la puerta del copiloto.

“Muy gracioso…,” murmura entre dientes, sacándome la lengua como una cría.

Se suelta de mi agarre para subir a la cabina con un salto que me resulta extrañamente tierno, y me veo frunciendo el ceño al sentir cómo mi cuerpo echa de menos la calidez de su tacto al instante.

“¿Vamos? ¿O es que acabas de recordar que esa cita para revivir el romanticismo sí que existía?”

Cierro su puerta con un gruñido, y al otro lado del cristal me espera la sonrisa burlona de Sage.



Las pequeñas luces que rodean la parte trasera de mi casa se encienden, a pesar de que aún no ha anochecido y el sol sigue iluminando el prado, creando sombras difusas sobre la hierba al esconderse tras los árboles. Es la primera vez desde que tengo uso de razón que llego a casa sin haber terminado el trabajo del día.

Y es que no logro sacarme de la cabeza a cierta mujer de pelo azabache y ojos grisáceos.

Ayer, después de dejarme claro cómo se imagina mis citas con otras mujeres, cenamos en una mesa apartada de la multitud. Cuando me confesó que no quería irse a casa ni estar sola, no se me ocurrió mejor idea que cenar con ella en algún sitio. Y como River Cross solo tiene un bar decente, The Red era nuestra única opción.

No volvimos muy tarde, pero haber ido a trabajar hoy después de haber estado todo el día en la subasta se siente igual que si me hubiera pasado una lija por el cuerpo. Por otro lado, me corté al colocar un poste esta mañana y el penoso vendaje de mi mano no ayuda a mi paciencia, deshaciéndose cada dos por tres, obligándome a dejar lo que estoy haciendo para volver a anudar la venda.

Por eso cogí mi camioneta, sujetando con fuerza el volante para que la maldita venda no se soltara, y puse rumbo a casa. Y aquí estoy ahora, acariciando a Shiny sentado en la valla que pinté de blanco con mi padre.

Parece que ha pasado una vida entera desde entonces, cuando apenas han sido cuatro años. Pero vaya cuatro años…

Es extraño, pues siento que esta casa guarda más recuerdos que la de mi infancia. Recuerdo el olor de la madera con la que construí la casa; la risa lejana que compartían mi padre y la abuela Mira después de una discusión absurda; la hierba manchada de gotas blancas porque Lib eligió pintar la valla; el ceño fruncido de concentración que compartí con mi padre al tratar de arreglar el desastre de mi hermana; el tarareo distraído de Tate al colocar las tejas cuando uno de sus grandes miedos es a las alturas; los besos rápidos que mi madre le robaba a mi padre cada vez que lo veía, y la tierna sonrisa que él le regalaba mientras la veía marcharse.

Mi casa es un pozo de recuerdos. La mayoría cálidos y familiares, aunque también abundan los más dolorosos, los que preferiría olvidar. O que nunca hubieran ocurrido.

Shiny me mira desde el otro lado de la valla y me empuja con cuidado el brazo como si me pudiera leer la mente y quisiera cortar el rumbo que están tomando mis pensamientos. Es curiosa la conexión que se puede forjar con los caballos, tan única y poderosa, como si fuera un vínculo que va más allá de lo que se puede ver a simple vista, algo más profundo y lleno de significado, emociones y valor.

No sé en qué momento dejé de dar paseos con Shiny por las montañas como hace Tate con Raven. Incluso Sage ha hecho alguna ruta sola... ¿Cómo es que me he convertido en el obsesionado del pueblo que solo sabe trabajar? Necesito un descanso del rancho, del ganado y de mi familia…

Con un suspiro lento y cansado, desvío la mirada del pelaje reluciente de mi caballo tordo hacia la esquina del prado, donde el appaloosa lleno de tierra y polvo me mira por el rabillo del ojo como si estuviera pensando en mil y una maneras de asesinarme.

Será desagradecido el muy cascarrabias…

No hay quien se acerque a él. Cada vez que lo intento acariciar, me echa la boca y se gira para morderme o darme una coz.

“Qué voy a hacer contigo…,” murmuro, mirándolo con una mezcla entre lástima y frustración.

Dios sabe lo que ha tenido que pasar con su anterior dueño. Cualquiera que haya vivido lo mismo que Mud se comportaría igual,

o incluso peor. Pensé que su actitud mejoraría con el tiempo, que se sentiría seguro gracias a Shiny, pero estaba equivocado. Su miedo a interactuar conmigo sigue estando presente y no da indicios de que vaya a mejorar; al contrario, cada vez que me ve, se aleja al menos tres metros.

Su relincho agudo me hace fruncir el ceño y, al seguir la dirección que toman sus pasos emocionados, veo a Sage acercarse con una pequeña sonrisa en los labios.

"Has acabado pronto," saluda, caminando hacia mí.

"No había mucho que hacer." *No saber si estabas bien me estaba matando por dentro*. "Y necesito descansar un poco." *Me moría de ganas de sentarme a escucharte hablar sin pausa.*

"Primera cosa coherente que escucho salir de tu boca, Wade." *Pues menos mal que no me puedes leer el pensamiento…* "Estaba empezando a preguntarme si tu cabeza tendría un cerebro dentro o estaría hueca como la de tu hermano."

Chasqueo la lengua contra el paladar apartando la vista, y escucho cómo suelta una sonora carcajada. Su risa me provoca un cosquilleo que me aturde, pero no tanto como para no advertir cómo se intenta acomodar a mi lado.

"Yo no me sentaría ahí," digo, mirándola de reojo.

"¿Perdona?"

"A no ser que quieras recibir un mordisco o peor, tendrás que estar al menos a dos postes de distancia."

Sage se queda clavada en el sitio con la boca entreabierta. Si espera que me ría y le diga que es una broma, la lleva clara.

"¿Va en serio?," pregunta, soltando una risa seca.

"No he mentido en mi vida," respondo solemnemente.

"Es increíble," dice riéndose, pero me hace caso y camina hacia el otro lado del cercado. "¿Algo más que tenga que saber? ¿Son ellos los que mandan aquí? ¿Shiny te ha hecho firmar un contrato para que puedas montarlo todos los días?"

"No, Sage, Shiny no me ha hecho firmar ningún contrato," repito sus palabras para que vea lo absurdas que suenan, pero no reacciona.

"Es bueno saberlo. Nunca se sabe." Sonríe con suficiencia, obligándome a cerrar la boca antes de soltar algo que pueda volverse en mi contra.

Se sube a la valla con soltura, sentándose en una de las tablas de madera para sacar los brazos por encima. Parece que Mud no se lo tiene que pensar demasiado antes de trotar hacia ella relinchando. Me quedo embelesado con la escena, y mi mano se paraliza sobre el suave pelaje de mi caballo. Por primera vez, estoy viendo al appaloosa siendo él mismo y no el recuerdo de todos los traumas con los que carga.

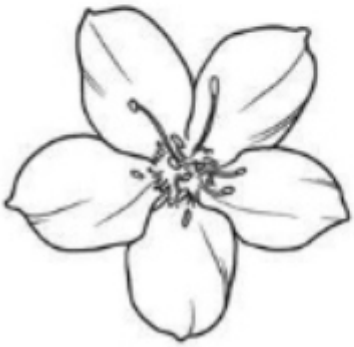
Y una idea viene a mi mente.

Sage debería domar a Mud.

Capítulo Veintitrés

Sage





Lo primero que hago al llegar a casa es coger el móvil y llamar a la doctora Miles. Por suerte, me coge al segundo tono.

"He tenido una recaída," anuncio sin saludar.

"A mí también me alegra saber de ti, Sage. Estoy bien, gracias por preguntar."

Su tono dulce y familiar de siempre me hace poner los ojos en blanco, y resoplo sin ocultar la sonrisa en mi voz.

"Perdona, Miles, estoy angustiada por haber tenido dos ataques de ansiedad en un mes."

"Te entiendo. No pasa nada, no te lo tendré en cuenta…" hace una pausa "…hoy."

"Tendría que haberte llamado antes, lo sé, recrimíname lo que quieras. Después del primer ataque debería habértelo comunicado,

pero estaba aquí tan… rodeada de gente preocupada… y yo me sentía tan contenta… que- bueno… lo pensé, te juro que lo pensé. Pero de algún modo me olvidé."

"No tienes que disculparte, Sage. Tú eres la que decide cuándo acudir a mí. Si no sentiste la necesidad de llamarme con urgencia como ahora, está bien. Es algo bueno, realmente. Significa que puedes hacerlo tú sola y que cada vez me necesitas menos."

"Pero me han dado dos ataques." Suspiro, masajeándome la sien con la mano libre. "Un mes es muy poco tiempo."

"Sí, pero es la primera vez en años que estás sola, Sage. No tienes amigos como Rachel cerca, no estás en un ambiente que conozcas del todo… Y, aun así, me llamas ahora; un mes más tarde de haberte ido."

"Es que aquí me siento-," me corto a mí misma, procesando sus palabras. "¿Cómo sabes…?"

"Eso es información confidencial, Sage," contesta riendo. "Pero, hipotéticamente hablando, digamos que tu amiga me vio en una cafetería, me soltó la bomba con los puños apretados y se fue. Hipotéticamente, claro."

"¿Hace cuánto?"

"Cuando te decidiste a llamarla por primera vez. Y cito textualmente: «Cuando ya llevaba una semana entre cowboys sin camiseta y músculos de revista»."

"¿Y el hipotéticamente?"

La escucho suspirar por el altavoz, e incluso puedo imaginármela poniendo los ojos en blanco.

"No tengo tanta imaginación, Sage."

Me echo a reír, sintiendo cómo el nudo que tenía en el pecho se va aflojando. Hablar con Miles es como una charla entre amigas: hay momentos de risa, de llanto y de reflexión. Lo que más me gusta de nuestras sesiones es la cercanía que hay entre nosotras. Después de tantas horas juntas, tantos años yendo a terapia, es agradable poder hablar con soltura, sin miedo a decir en voz alta hasta el pensamiento más profundo.

"Entonces, cuéntame, ¿qué ha pasado con Sage Reid este mes y por qué parece que has desaparecido de Blackwater?"

Suelto una risa nasal, y le cuento todo lo que he hecho desde que estoy en Almond Valley mientras camino por la parte trasera de la casa de Wade. Me siento en la valla sin dejar de hablar, y Miles no me interrumpe ni una vez, haciéndome saber que me escucha emitiendo breves sonidos de asentimiento o soltando alguna risa. Mud se acerca a mí con curiosidad y lo acaricio distraídamente, disfrutando de la sensación de sentirme apoyada cerca y lejos a la vez.

"Suena ideal, Sage," dice, después de darme unos segundos de silencio por si quería añadir algo más. "Por lo que me cuentas y cómo lo haces, parece que es el sitio que necesitabas. Algo que te recordara a tu infancia, cuando eras feliz con tu abuelo Reid, y trabajando en lo que realmente te llena."

"La fisioterapia me gustaba…," añado con un suspiro. "Está claro que lo disfrutaba, pero no quería seguir siendo la doctora Reid toda la vida. Y no hay comparación, Miles. Aquí me siento yo, me siento Sage Reid."

Puedo escuchar su sonrisa a través de su voz cuando dice: «Construye tu hogar, Sage. Hazlo por ti y para ti. Te lo mereces».

Todos los muros, las barreras que parecían elevarse a mi alrededor, parecen caerse con la brisa que revuelve mis rizos sueltos. La vocecita que me perseguía cada día parece desvanecerse también, dejando mi cabeza libre de «no te acostumbres... » y llenándola, por fin, de «te mereces un hogar».

Podría buscar piso en River Cross y así dejar de molestar a Wade ocupando su apartamento y su cocina cada mañana. Después de que Miles cuelgue, fantaseo durante un buen rato con la idea de tener mi propio espacio. No quiero un apartamento como el de Blackwater, sobrio, sin personalidad y minimalista. Quiero color, detalles que me representen y muebles a mi gusto; como la casa de Wade.

Debería dejar de pensar en él, porque cada vez que lo hago, es como si lo invocara y apareciera de la nada.

Los cascos de Shiny avanzando por la tierra suenan cada vez más cercanos, pero Mud no parece muy interesado en la persona

que cabalga sobre su compañero de cuadra, porque estornuda y sacude la cola con desconfianza.

Me saluda con un gesto de la cabeza y murmuro un "qué tal", observando cómo desmonta y le quita las cosas a Shiny cuidando cada detalle.

"Se nota cuál es tu favorito."

Wade se para un segundo y me mira por encima del hombro con el ceño fruncido. Es como si tuviera una enorme interrogación en la cara.

Levanto la barbilla, señalando al caballo.

"Mud. Le hace verdadera justicia a su nombre."

Wade aprieta la mandíbula y sigue a lo suyo. Pasan varios segundos hasta que responde entre dientes.

"No me deja ni acercarme a él."

"¿Cómo?"

La conversación que tuvimos hace unos días viene a mi mente, y el recuerdo de sus palabras resuenan en mi cabeza: «tendrás que estar al menos a dos postes de distancia…». No voy a mentir, cuando me lo dijo me reí al pensar que bromeaba, pero, al ver su expresión severa, justo como la que está poniendo ahora, creo que comienzo a ver que Mud y Wade no son uña y carne.

"No he podido tocarlo desde su rescate. Ni cepillarlo ni montarlo," añade, pasándose una mano por su incipiente barba. "Ni siquiera he podido domarlo, y con su edad dudo que alguien lo haya hecho."

Giro mi cuerpo para acariciar a Mud, que cierra los ojos relajado, sin dejar de mirar a Wade.

"¿Cuántos años tiene?"

"No es seguro, pero Dorian dice que tres."

La edad perfecta para montarlo. Aunque antes debe ser desbravado.

"¿Qué le ocurrió?"

Exhala con lentitud, como si recordarlo fuera como clavarse una estaca en el pecho y, cuando pasan varios segundos y asumo que no me lo va a contar, me sorprende girándose hacia mí sobre la valla.

“Me llegó un aviso por parte de Luke. Trabaja en tu zona, no sé si lo conoces… Al parecer un primo suyo tenía un caballo en su propiedad, en Silvermoor. Luke lo encontró de casualidad un día que fue a visitarlo, pero su primo se hizo el loco, diciéndole que no tenía ningún caballo y terminó echándolo de su casa. No tenía pensado ir a verlo, ni mucho menos traérmelo, pero Luke me insistió para que al menos fuera a echar un vistazo.”

Cierra los ojos, y mi mirada se desvía momentáneamente a su nuez de Adán para seguir el movimiento que hace al tragar.

“Estaba muy mal, Sage…” Sus ojos se clavan en los míos con un dolor y una intensidad que hace que me hace apartar la vista.

“No había esperanzas para él, la única solución que se me ocurría era sacrificarlo y terminar con su sufrimiento. El dueño, si es que se le puede llamar de esa manera, lo tenía encerrado en una cuadra minúscula que no le permitía ni moverse, sellada de arriba abajo con tablas de madera. Y lo peor no era eso… Lo peor era que había agujeros del tamaño de un puño alrededor de toda la cuadra. Al principio no entendí el porqué, hasta que vi colgado a un lateral del cubículo un palo de madera astillado.”

“Dios mío…”

“Luke me llevó a escondidas a ver al caballo, el dueño no se enteró, y podría habérmelo llevado de no ser porque Luke me paró. Pensamos en denunciarlo, pero no tenía pruebas de que lo golpeara. Al día siguiente me presenté en su puerta y se lo compré por una cantidad absurda de dinero con la condición de que no lo denunciaría.”

“¿No lo denunciaste?,” pregunto con la voz tomada de la emoción, sorprendida de que no hubiera repercusiones para el maltratador.

“Claro que lo denuncié. Pero primero quería asegurarme de que el caballo estuviera a salvo y no pudiera hacerle nada.”

“¿Y qué pasó?”

“La policía se hizo cargo,” responde, encogiéndose de hombros. “Al parecer ya tenía antecedentes y no era la primera vez que alguien lo denunciaba por maltrato animal.”

Acaricio distraídamente el sucio pelaje, asimilando su pobre e injusta historia. No le hago más preguntas a Wade, pues no sé si estoy preparada para recibir más detalles sobre el rescate ni el estado en el que Mud llegó a su casa. Además, estoy aprendiendo cuál es su límite de palabras, y no quiero ponerlo a prueba ahora. Sobre todo con un tema tan delicado. No puedo imaginar lo que es rescatar a un caballo, la carga emocional que conlleva, verlo en un estado deplorable y sentir esa impotencia de no saber si lograrás salvarlo o no. Si logrará sobrevivir.

Sabe Dios cómo estaba Mud cuando vino para que ahora no deje que su nuevo dueño se acerque. La impotencia que yo sentiría de ser él no me dejaría dormir por las noches. Tiene que ser frustrante y agotador.

"Deberías intentarlo tú."

Su voz ronca me sorprende, sacándome de mis cavilaciones, así que me giro para mirarlo, encontrándome con sus ojos verdes. Estoy a punto de responder, pero él se me adelanta sin dejar de mirarme.

"A domarlo, me refiero," aclara, llevándose la mano a la nuca con… ¿incomodidad? "No va a ser tarea fácil y te vas a llevar muchos golpes, pero eres la primera persona a la que le deja acercarse. A Tate tampoco puede ni verlo."

Frunzo el ceño, repasando mentalmente cada elemento que puede haber dejado al caballo traumatizado.

"¿Y Emily o Lib?"

Parece sorprenderse por mi pregunta, porque durante dos milésimas abre un poco más los ojos. "Pues… no lo sé. En su momento solo le pedí ayuda a Tate."

Respondo con un sonido de aprobación, pensativa, tomándome un minuto para contestar.

"Está bien," aseguro con firmeza.

Teniendo en cuenta que sería la primera persona que se suba a este caballo, creo que es una decisión importante. «El primer paso para construir un hogar», como diría Miles. La simple idea de forjar un vínculo más estrecho con Mud me genera la emoción suficiente como para querer empezar ya con el proceso.

Wade asiente una vez. "¿Te parece bien por la tarde? No sé si habrás domado a algún caballo, pero puedo enseñarte lo básico y te ayudo cuando esté libre."

"Más o menos," respondo con una risa, recordando cómo Reid solía obligarme a no pisar el corral cuando trabajaba con Poppy porque no paraba de meterme en medio y le entorpecía la tarea.

"No sé si quiero preguntar, así que te enseñaré lo básico de todas formas. También puedes preguntarle a Tate." Alzo ambas cejas, sorprendida con el ofrecimiento. "Es quien se encarga de trabajar con los caballos que llegan al establo," explica, rodando los ojos, como si él tampoco se creyera que su hermano es funcional en algún ámbito.

"Vale. Suena bien. No la parte de tu hermano," me apresuro a decir, haciendo que una pequeñísima sonrisa asome en sus labios. "Pero si me veo en una situación de vida o muerte y tú no estás, lo tendré en cuenta. Lo peor que puede pasar es que nos maten a los dos."

Lo veo morderse el labio inferior y ladear el cuerpo hacia Shiny. No entiendo la manía que tiene de esconder sus sonrisas de mí.

"Háblame cuando quieras. Si es algo rápido no creo que tenga problema en contestarte."

Apunto ese dato en mi mente como si fuera un tatuaje en mi piel. Wade Weston me ha dado vía libre para mandarle mensajes… Que se atenga a las consecuencias.

"Por cierto, dos cosas…" Cambio de tema, sonriendo al imaginar su reacción. No contesta, pero se me queda mirando con expectación. "Mi amiga Rachel de Blackwater tiene vacaciones a finales de verano y he pensado que sería una buena idea que viniera unas semanas de visita. Estaríamos en mi apartamento o fuera y apenas nos verías. Lo prometo."

"¿Se parece a ti?"

Intento sonreír inocentemente, pero el brillo amenazante en los ojos de Wade me distrae y termino diciendo la verdad.

"Podría decirse que sí."

Suspira con fuerza, pasándose las manos por la cara y murmura:

“Genial… dos Sage Reid en mi propiedad.” Su voz sin emoción casi me hace soltar una carcajada. “Y una es peor que la otra. Voy a tener que mudarme a los establos,” continúa resoplando y maldiciendo por lo bajo.

“No te desesperes, Wade,” digo, intentando no reírme. “Todavía no ha venido y no la conoces.” Me lanza una mirada fulminante y me muerdo el interior de la mejilla. “A lo mejor te pasa como conmigo. Al principio no me soportabas y mira ahora: parece que me toleras un poquito.”

“No me lo recuerdes,” dice entre dientes, echando la cabeza hacia atrás con los ojos cerrados.

Miro sus firmes hombros como una tonta, recorriendo su cuello y los tatuajes de sus brazos con la boca entreabierta. Me tomo la libertad de hacerlo despacio, aprovechando que no está mirando, e imagino cómo debe de ser tocar esos músculos.

“Hay una habitación libre en mi casa, por si queréis usarla,” suelta de pronto. Su voz ronca me toma por sorpresa y se instala justo entre mis piernas.

Aprieto los muslos casi sin darme cuenta. Solo imaginarme durmiendo tan cerca de Wade hace que se me dispare el corazón.

“No creo que la necesitemos, pero gracias de todas formas,” respondo con la voz estrangulada, sintiendo el calor en mis mejillas. Agradezco internamente que todavía no haya abierto los ojos…

“¿Qué era lo otro?”

“¿Perdón?”

“Me has dicho que tenías que decirme dos cosas,” insiste, inclinándose hacia delante para clavar sus ojos verdes en mí con las cejas alzadas.

“Ah, sí, claro,” suelto una risa nerviosa, revolviéndome en mi asiento, rezando para que no se dé cuenta del torbellino de emociones que provoca en mí y me desestabiliza.

“Estoy pensando en mudarme a un apartamento en River Cross,” suelto sin más, encogiéndome de hombros.

Pero parece que a Wade le sienta como una patada en el estómago, porque su boca se transforma en una mueca y frunce el ceño hasta que sus cejas forman una única línea.

"¿Es porque no tienes microondas?"

"¿Qué? ¡No!"

"¿Entonces? ¿No te gusta el apartamento?"

"No, no es eso. El apartamento está genial, es perfecto, de verdad. Es solo… que quiero tener mi propio espacio. Que sea más... ¿yo?"

Me mira con desconfianza, como si fuera un puzle que tiene que descifrar pero tuviera las piezas incorrectas.

"¿Eso es una pregunta?," dice con una ceja alzada. "Puedes decorarlo como quieras, si es ese el problema."

Aprieto los labios, sin saber qué decir.

Es cierto que quiero tener mi espacio y mi privacidad, y en el apartamento de Wade lo tengo. No es del todo un problema de decoración, aunque poder comprar lo que quiera es un plus que acaba de darme…

No sé qué es lo que quiero, supongo que tengo que darle otra vuelta. Vivir con Wade no está tan mal y esto ha sido solo una idea demasiado espontánea e impulsiva. Tengo vistas a los caballos, al bosque y a sus abdominales por las mañanas cuando va tarde y baja las escaleras poniéndose la camiseta… Y no nos olvidemos de su trasero perfecto cuando se va a trabajar antes que yo.

"¿Estás pensando en todas las cosas que vas a comprar o es que le has dado al botón de apagado de tu cerebro sin querer?"

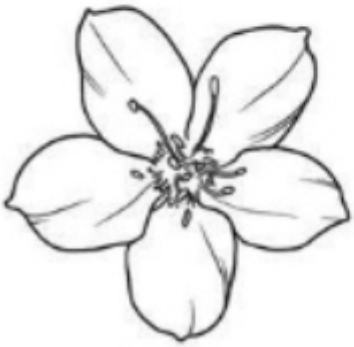
Sacudo la cabeza, obligándome a dejar de fantasear con Wade justo cuando lo tengo delante de mis narices. Vuelvo a sonrojarme e intento esconderme detrás de Mud, pero escucho a Wade toser con fuerza al otro lado del corral.

No me hace falta girarme para saber que está sonriendo. Lo siento en la piel, como una corriente tibia que me atraviesa. Y, aunque finjo seguir concentrada en el caballo, no puedo evitar sentir un pinchazo en el pecho al pensar en cómo sería dejar de vivir con él.

Capítulo Veinticuatro

Sage





"¿Quién coño ha invitado a este tío?," murmura Lib con cara de hastío.

Julie me lanza una mirada asesina por encima del hombro, y yo le muestro mi sonrisa más inocente.

"Da gracias a que haya invitado al Thorne que soportas," contraataco, apretando con fuerza las piernas para no caerme de la montura cuando Lib me empuja con su caballo.

"No vayas por ahí o voy a tener que cambiar de objetivo esta noche. Una almohada da para mucho." Me señala con un dedo amenazante con los ojos entrecerrados y yo me paso los dedos por los labios como si cerrara una cremallera.

“Eres tú quien debería dar las gracias por seguir viva después de hacernos esta encerrona,” añade Julie, frenando a su caballo alazán para caminar a nuestro lado.

“Yo no he hecho ninguna encerrona. No sabía que los iba a invitar,” replico, comenzando a molestarme.

“Si no hubieras sido la alegría de la huerta en la subasta invitando a todo el que preguntara, nada de esto hubiera pasado.”

“Estaba siendo educada, Julie.”

“No tienes que ser educada con mi hermano, Sage,” gimotea Lib.

“Sois unas quejicas.” Intercalo la mirada entre ellas, ambas ofendidas, y suelto una pequeña carcajada para intentar animar el ambiente. “Venga, chicas, no puede ser tan terrible… es solo una noche.”

“Una noche da para mucho,” dice Lib torciendo la boca.

“Lib, literalmente eres su hermana. Llevas soportándolo toda tu vida.”

“¿Y no ha sido ya suficiente?,” gimotea, mirándome mientras hace un puchero.

Ruedo los ojos, pero cedo con un suspiro.

“¿Quién se ofrece a tirarlo por un acantilado si sobrepasa el límite?”

“¡Yo!,” grita Julie con demasiada efusividad, soltando las riendas para levantar las manos.

“Vendido.”

Estrechamos las manos entre las tres, haciendo equilibrios para no caernos de los caballos.

No llevamos ni dos horas de ruta y ya puedo asegurar que este va a ser el viaje más intenso de mi vida…

Dejamos atrás la llanura de Almond Valley, adentrándonos en el espeso bosque de las montañas. Nuestro plan inicial era cabalgar hasta cansarnos y parar en algún lugar decente, pero Tate nos propuso ir hasta el río y pasar la tarde bañándonos a la sombra. No pudimos negar que su idea era mil veces mejor que la nuestra. Ni siquiera su hermana tuvo nada que objetar.

La sonrisa orgullosa de Tate fue todo un poema, especialmente al convertirse en una mueca de dolor al recibir un golpetazo de Lib y otro de Wade por hacerse el listillo.

Unas veces por tonto y otras por listo… El pobre recibe de sus hermanos independientemente de cómo actúe.

Estos días me he mantenido ocupada por las tardes intentando domar a Mud. Parece sencillo desde fuera cuando veo cómo lo hace Tate con los caballos nuevos, pero intentar que un animal de seiscientos kilos confíe en ti y reaccione a tus comandos es una tarea bastante compleja. Y exasperante.

Mi paciencia peligra cada vez que me meto en el corral.

Ponerle la cabezada a Mud fue lo más fácil; ¿enganchar el ramal y hacer que me siga? Hecho; pero, al cambiarlo para ponerle uno más largo para darle cuerda… Tarea imposible. Parece que el appaloosa no es fan de andar en círculos. Y así me lo aseguró cuando se me quedó mirando sin intención de moverse. Estoy segura de que desde fuera se vio cómico: una mujer adulta chasqueando la lengua, haciendo ruiditos, moviendo la cuerda para que el caballo que tiene sujeto la mire como si le estuviera pidiendo que hiciera una voltereta.

Es posible que no tenga la suficiente paciencia con Mud.

Pestañeo varias veces, buscando a mis amigos en todas direcciones, y los veo a lo lejos, adentrándose en una arboleda. He vuelto a quedarme en las nubes. ¿Hasta dónde llegará mi poder de disociación, que incluso logro hacerlo subida a un caballo? La facilidad que tengo para quedarme pensando en mis cosas me sorprende hasta a mí misma.

Tengo que galopar para alcanzar a Wade, que también parece haberse quedado rezagado, trotando ligeramente con Shiny a varios metros del resto del grupo.

"¡Hey!," saludo, situándome a su lado.

Me lanza una mirada de soslayo, y me dedica un asentimiento con el que su gorra esconde su rostro.

"¿Tú también te has quedado atrás por pensar en tus cosas o es que no te caen demasiado bien?"

“La única que no me cae bien eres tú y, mira por dónde, aquí estás,” contesta sin apartar la mirada del camino.

Ruedo los ojos, pero una sonrisa se instala en mis labios.

“¿Qué es eso que acabas de hacer?,” pregunto, fingiendo sorpresa.

“No he hecho nada, Sage.” Su tono es cansado, como si fuera un padre diciéndole a su hijo por enésima vez que no se va a comer un trozo de plastilina con supuesta forma de magdalena.

“Si, si, eso que has hecho. ¿Qué es? ¿Humor?”

“Sage,” dice, como si fuera una advertencia, girando la cabeza para mirarme con los labios apretados. “Todo lo que digo es cierto. No miento y no hago bromas.”

Entrecierro los ojos con una sonrisa ladeada.

“Entonces, ¿qué es lo que no te gusta de mí?”

“Somos completamente diferentes.” Se encoge de hombros. “Yo soy callado, mantengo las distancias, prefiero el silencio; y tú eres como un cervatillo recién nacido que no es consciente de lo que hacen sus extremidades, distraído y ruidoso.”

Suelto una carcajada que se pierde entre los árboles, y tengo que inclinarme hacia el cuello de Milo para no caerme de la risa.

“Sobre todo ruidoso,” murmura entre dientes, haciéndome reír todavía más.

“Wade, no hace falta que seamos iguales para caerte bien,” digo sin aliento, intentando serenarme. “Estoy segura de que si fuera como tú no me soportarías.”

Me lanza una mirada, enarcando una ceja, y se me escapa la risa.

“No creo que sea un problema de personalidad, Wade. Simplemente es… que no te gustan las personas.”

“¿Y dónde está el problema en eso?,” pregunta con el ceño fruncido, visiblemente interesado en la respuesta.

“No hay ningún problema, Wade. Es lo que trato de decirte. Entiendo que no te gusten las personas, pero no puedes negar que yo no estoy en ese grupo.”

Aprieta la mandíbula, pero la tensión con la que sujetaba las riendas de Shiny parece aflojarse como si mis palabras hubieran

calado en él. He admitido que algo ha cambiado entre nosotros, que no sentimos lo mismo que cuando llegué hace meses. Las cenas, los trayectos en camioneta, los largos silencios que compartimos mientras trabajamos, mis interminables monólogos que él parece apreciar cada vez más…

Puede que no le guste el ruido ni la gente, pero estoy segura de que, si le molestara que hablara tanto, ya me habría mandado callar.

Compartimos un silencio cómplice mientras avanzamos para alcanzar al grupo, acompañados de una calidez que me recuerda al día de la subasta, cuando estuvo ahí para ayudarme después de mi ataque de ansiedad. El recuerdo de sus manos recorriendo mi cuerpo en busca de la fuente de dolor me hace estremecerme cada vez que lo pienso.

Si tan solo supiera que las cicatrices van por dentro y no por fuera…

"¿Dónde se han metido?," me pregunto en voz alta, buscando por todas partes las trenzas de Lib o el sombrero de Julie.

"Es por ahí," responde Wade, señalándome un camino a mi derecha.

"¿Has venido más veces?"

"Claro." Se encoge de hombros, adelantándose para guiarnos entre los senderos. "Todos en River Cross han ido alguna vez a Shadow Lake."

Todos menos tu hermana y su empleada, pienso, intentando distinguir algo entre los frondosos árboles. La temperatura desciende notablemente a medida que avanzamos, y el murmullo del río me hace sonreír al escucharlo, mitigado por el canto de los pájaros.

"¿Y por qué se llama Cinder…?" No llego a terminar la frase porque llegamos al claro y mi cerebro deja de ser capaz de mandar órdenes al resto de mi cuerpo. Toda mi energía se ve concentrada en memorizar cada detalle del paisaje.

El azul del cielo se refleja en el agua calmada del lago, rodeado de arena blanca como si fuera un paraíso en mitad de la naturaleza. Los árboles rodean el lugar como si fueran un muro de protección, aislándonos del mundo, envolviéndonos en una burbuja llena de paz y una brisa ligera de media tarde.

Lo que más me llama la atención, en contraste con los tonos claros y tenues del paisaje, es descubrir la razón por la que se llama Cinder Lake. Piedras negras como el carbón, con formas irregulares —algunas anchas como barcos y otras altas como montañas— manchan el paisaje como gotas de pintura en la hierba. Parece un cuadro de Van Gogh, con colores irreales combinados con formas que lucen oníricas, pero tan reales como el viento que mece las hojas de los árboles, creando sombras ondulantes sobre la quietud del agua.

Como si estuviera en medio de un sueño, desmonto con movimientos lentos y la vista clavada en las piedras negras. Sujetando a Milo por las riendas, camino hasta la orilla embriagada por el frescor del río. Me agacho para coger una al azar, dándole vueltas entre los dedos para sentir la superficie lisa de los cantos rodados, pulidos por el tiempo.

Cojo aire con fuerza y cierro los ojos con una pequeña sonrisa, porque si esto no es el paraíso, debe estar muy cerca.

"¿Tú también necesitas reconectar con la naturaleza después de intercambiar tres frases con mi hermano?"

La voz de Lib suena por encima del borboteo del agua, y suelto una risita al abrir los ojos y encontrarme con el reflejo del cielo en los suyos, acompañados de una mueca divertida.

"No podías haberlo descrito mejor," bromeo, levantándome no sin antes guardarme la piedra en el bolsillo delantero de los pantalones.

"¿Habéis hecho las paces o algo así?," pregunta, acompañándome a atar a Milo en la sombra junto al resto de caballos.

"Algo así."

"Me alegro," dice con una sonrisa que ilumina su rostro. "Llevo meses diciéndole que debería hacer algún amigo. Parece que por fin está entrando en razón…"

"Tampoco llamaría amistad a lo que tenemos."

"¿Tenéis algo más?"

"No, Lib." Ruedo los ojos, suspirando al ver su expresión pícara. "Olvídate de mí si quieres que siga tu estúpido plan. No. Va. A.

Pasar.” Hago una pausa entre cada palabra para enfatizarlas.

“Está bien, está bien,” dice riendo, levantando ambas manos. “No insistiré más… Si es lo que quieres, claro.”

Resoplo negando con la cabeza. Algunas personas aseguran tener mucha paciencia y ser persistentes, pero creo que es porque no han conocido a Lib Weston.

“¿Y tú qué?,” pregunto de vuelta, sabiendo que de alguna manera se saldrá por la tangente.

“¿Yo? Lo del incesto no me va, pero gracias por preguntar.”

Lo que yo decía...

Desensillo a Milo mientras espero su respuesta, aprovechando el silencio para concentrarme en la tarea y asegurarme de que no estropeo el material al dejarlo en el suelo. Han hecho una especie de cercado improvisado con ramales y cuerdas donde los demás caballos pastan en la linde del bosque. Suelto a Milo tras comprobar por tercera vez que no me he dejado nada y las cosas están bien colocadas, y me giro hacia Lib, que observa a los animales con la mirada perdida.

“No hace falta que te pienses tanto la respuesta, Lib. Tampoco es obligatorio contestar,” digo, dándole un empujoncito para restarle importancia y que vuelva su usual despreocupación.

Se encoge de hombros, desviando la vista hacia la orilla. La veo apretar los labios, y mi corazón se encoge cuando dice:

“Supongo que lo echo de menos.”

No añade nada más, pero no hace falta que me explique cómo se siente para que mi primer impulso sea abrazarla. Deja salir el aire poco a poco y me rodea con sus brazos con fuerza, devolviéndome el gesto con urgencia. Apoya la cabeza en mi hombro y nos balanceamos ligeramente unos segundos hasta que se aparta y esboza una sonrisa triste.

Asiento, como si hubiera respondido a una pregunta, y le agarro de la mano para conducirnos al pequeño oasis.

Pasamos la tarde bañándonos en el agua helada de Cinder Lake, riendo hasta que Julie casi se ahoga por intentar limpiarse las lágrimas mientras nadaba y cenando las provisiones que trajimos mientras disfrutamos de la calidez de los últimos rayos de sol sobre

la piel húmeda. La luz va desapareciendo, y uno a uno vamos cayendo, rendidos ante el sueño.

Wade es el primero en marcharse, murmurando entre dientes que está cansado de nuestra energía infinita —creo, a un ochenta por ciento, que se refiere a su hermano… El veinte restante apunta a mí y las seis ahogadillas que traté de hacerle a su hermana en el agua. El siguiente en irse es Tate, pero no a dormir, sino a revisar si los caballos están bien. Y no es eso lo que me hace dudar de sus intenciones… La huida por patas de Julie ni diez minutos más tarde hace que mi mandíbula se desencaje y roce el suelo.

"Voy a ver si Tate necesita ayuda," anuncia a toda prisa en un susurro, levantándose de un salto y andando apresuradamente hacia el otro lado del lago.

La sigo con la mirada y la boca abierta, pues no me ha dado tiempo ni a hablar. Podría haber dicho algo como "qué bien disimulas" o "ya sabemos a qué vas", pero desaparece en la oscuridad de la noche antes de que mi cerebro procese la información.

Me giro para mirar a Lib, que tiene la misma expresión que yo pero medio adormecida. Intercambiamos una mirada de asombro, pero ninguna dice nada.

Y así nos quedamos durante lo que parecen horas: Lib y yo recostadas en unas mantas a la orilla, rodeadas de rocas tan oscuras que se confunden con las sombras y estrellas que surcan el cielo como pequeñas pecas.

En algún momento mi amiga se queda dormida y su respiración se vuelve más lenta y pesada, dejándome las vistas para mí sola. El insomnio parece no darme tregua nunca, así que aprovecho para repasar mentalmente todo lo que me espera lo que queda de verano.

Por fin conseguí ponerme de acuerdo con Rae para su visita a Almond Valley y viene dentro de una semana. Solo puede quedarse diez días, pero Julie dice que son suficientes para enamorarse de River Cross y querer quedarse para siempre. Y puede decirlo por experiencia propia.

Domar a Mud me va a llevar varios meses si no soluciono el caos que se arma cada vez que entramos en el corral de trabajo. Hasta otoño no creo que consiga subirme a él y ser capaz de ir hacia delante. Y eso con la esperanza de no haber muerto en el intento. Todavía estamos trabajando pie a tierra, y, sin la ayuda diaria de Wade —porque hemos vuelto a la rutina de antes de la subasta y él trabaja casi todas las tardes—, la tarea se me va a complicar.

"Tienes que dejar de hacer eso," susurra una voz grave a mi derecha. Me giro hacia Lib, que sigue dormida, y casi pego un grito al girarme hacia el otro lado y encontrarme con unas rodillas en la cara.

Levanto la vista para llegar a su rostro —no sin tomarme mi tiempo—, y contengo la respiración al ver a Wade mirándome con los ojos brillantes y sin gorra que oculte su incipiente cabello, a juego con su barba.

"Tú sí que tienes que dejar de hacer eso," replico de vuelta, también en susurros.

Frunce el ceño, ladeando la cabeza. "¿Hacer el qué?"

"Ya sabes, aparecer por arte de magia como si te estuviera invocando cada vez que pie-," me corto a mí misma, castañeando los dientes al cerrar la boca con demasiada fuerza. Wade eleva una ceja, esperando a que continúe, pero cambio de tema rápidamente. "¿Qué es lo que tengo que dejar de hacer exactamente?"

Resopla pasándose la mano por la cabeza en un gesto reflexivo, y me sorprende agachándose para sentarse a mi lado. Me muevo un poco hacia Lib para dejarle sitio en la manta y se acomoda murmurando un pequeño "gracias".

Lo miro expectante, viendo que me observa apretando los labios, y parece recordar que le he hecho una pregunta porque aparta la vista y carraspea.

"Me refiero a lo de murmurar cosas en voz alta. Es bastante molesto para quien te tiene cerca."

Señalo a su hermana con la cabeza. "A ella no parece importarle," digo, mordiéndome el interior de la mejilla al escuchar sus ronquidos.

"Muy graciosa…"

"¿A ti te molesta?," pregunto, con la certeza de que no va a contestarme o cambiará de tema.

Pero me sorprende al mirarme con una postura relajada y con un brillo diferente y tierno.

"No, Sage," me contesta en un susurro apenas audible.

Casi cometo el error de pedirle que lo repita, pero eso no impide que mi corazón dé un vuelco. Asiento varias veces, volviendo la vista al reflejo de la luna y las estrellas en la quietud del agua del lago.

Me inclino hacia atrás, apoyando los codos en la manta, y me giro para observar su marcado perfil.

"¿Qué hacías?" Mi voz suena algo tomada cuando pregunto, en un intento torpe de cambiar de tema.

"Revisar que los caballos estuvieran bien," contesta encogiéndose de hombros. Abro mucho los ojos, y su boca se transforma en una mueca al entender mi expresión de asombro. "Sí, he tenido que irme en cuanto me he dado cuenta de que no me habían visto."

"Ay, madre." Me tapo la boca para contener la risa y no despertar a Lib.

"Tendría que haberme quedado aquí a escuchar los ronquidos de mi hermana," murmura, mordiéndose el labio inferior.

Me río por lo bajo, sacudiendo la cabeza.

"Cualquier cosa hubiera sido mejor que presenciar eso."

Wade emite un quejido mientras se deja caer hacia atrás y se cubre la cara con el antebrazo. Bajo la tenue luz de la luna, sus tatuajes se ven difusos y oscuros, y tengo que reprimir el impulso de acercarme para leer las cicatrices dibujadas. Con las hormonas alborotadas y el corazón desbocado, me acomodo de lado, imitando su postura, y apoyo la cabeza sobre mis manos entrelazadas.

"¿Has vuelto a pensar en lo de mudarte?," pregunta en susurros.

Hago un ruidito afirmativo, mirando sus preciosos ojos verdes.

"Creo que lo voy a aplazar por el momento."

"¿Y eso?"

Bajo la mirada a su boca para ver cómo atrapa el labio inferior entre sus dientes.

“Me he dado cuenta de que no tener microondas no es para tanto…”

Escucho cómo tose con fuerza, como si intentara disimular una risa.

“Siempre puedes usar el mío.”

“Esa idea me gusta.”

Lo miro con una sonrisa, e intento que no se note mi sorpresa al ver cómo él me imita. Siento la necesidad de pronto de alargar una mano y tocarle la mandíbula para sentir el roce de su piel, y, como si me hubiera leído el pensamiento, Wade me deja sin respiración al acercarse más a mí. Roza mi mejilla con las puntas de sus dedos, y cierro los ojos al sentir el cálido contacto.

“Puedes quedarte el tiempo que quieras,” dice con la voz ronca.

“¿No quieres que me vaya?,” pregunto intentando sonar burlona, pero mi voz sale en un susurro tembloroso. Abro los ojos de nuevo y me encuentro con su mandíbula apretada.

“Te regalaría un microondas con tal de que no te marcharas, Sage.”

Nos miramos en silencio durante lo que parecen horas, y en algún momento volvemos a hablar en susurros sobre algo que no recuerdo, porque el peso de mis párpados vence. En algún momento me quedo dormida, y tengo el vago recuerdo de seguir sintiendo su roce en mi mejilla incluso en sueños, protagonizados por Wade Weston.



“El señor Smith me está volviendo loca. Es entrar a consulta y quejarse de cómo hago mi trabajo como si él fuera el profesional o tuviera un carácter envidiable. Y lo peor de la clínica no es él —como lleva siéndolo dos años—, sino una señora que podría ser mi abuela

difunta que viene a que le haga masajes en los pies. Los pies no me dan asco, son peores las axilas, y estos no me lo darían de no ser porque… ¡No tiene uñas!"

Tengo la boca abierta, los ojos todavía pegados por las legañas y una taza con café humeante entre las manos. Se nota que son las siete de la mañana y apenas he dado un sorbo, porque mi cerebro no está procesando bien la información.

"¿Que el señor Smith tiene mujer?," pregunto, cerrando los ojos al bostezar.

Apoyo la espalda en la encimera de la cocina intentando enfocar bien a Rachel. No me ha dado tiempo a ponerme las gafas, que reposan en la mesa de la cocina. Las limpio antes de ponérmelas, y observo a mi amiga medio dormida.

Lleva el pelo caoba recogido en una trenza que le llega hasta la mitad de la espalda, con un par de mechones rebeldes sueltos que enmarcan su rostro. El pijama que lleva se parece al mío: una camiseta vieja ancha y unos pantalones cortos de deporte escondidos debajo de la enorme tela.

"Pues supongo..." Frunce el ceño con cara de *qué me estás contando*. "¿Y a mí qué me importa? ¡No quiero seguir tocando pies sin uñas, Sage! Es asqueroso y da repelús."

"Al menos tiene dedos…"

Sus ojos se abren de golpe, y el terror transforma sus facciones afiladas.

"Dime por favor que no lo dices por experiencia propia."

"No responderé afirmativamente, si es lo que quieres."

Lanza un grito, demasiado alto y demasiado agudo para estas horas del día, y no puedo contener una carcajada igual de fuerte. Quien nos vea desde fuera debe pensar que nos acabamos de escapar de un psiquiátrico.

Rachel lleva poniéndome al día sobre Blackwater casi media hora, y mentiría si dijera que he retenido más de un dos por ciento de la información. Entre los gritos ahogados que lanza de vez en cuando —recordando alguna experiencia traumática— y mis quejidos por lo bajo porque me encantaría volver a la cama, hacemos el *Dúo Dinámico*.

Hoy soy yo la que está dormida, pero mañana es posible que intercambiemos los roles y sea ella quien no se mantenga ni en pie mientras yo hablo por los codos. Espero que Wade ya esté despierto… y no porque nosotras hayamos sido la causa.

"Necesito café para enfrentarme a esta conversación," anuncio, dando un sorbo a la taza amarilla que me ha traído Rae de Blackwater. Tiene dibujados a mano un montón de tulipanes rosas, haciendo un contraste bonito con el fondo pastel.

"Te envidio por haberte ido," dice Rachel en un suspiro.

"No dirías eso si no existiera el señor Smith."

"Es que si el señor Smith no existiera, el mundo sería un lugar demasiado perfecto," asiente con firmeza.

Sonrío por su tono, pero me muerdo el interior de la mejilla con los ojos entrecerrados al observarla con detenimiento.

"Necesitas unas vacaciones," sentencio al fijarme en las grandes bolsas que tiene bajo los ojos.

Cuando llegó ayer por la tarde estaba radiante, contenta de verme y conocer el lugar donde vivo. Apenas me fijé en sus marcas de expresión, demasiado concentrada en escuchar con atención las anécdotas del viaje y tratando de explicarle en qué consiste mi trabajo en la granja y por qué tuve que ir a una subasta con cientos de personas.

La única persona que sabe mis traumas de infancia —además de mi psicóloga— es Rachel. Han pasado muchos años desde que nos conocimos, y fue inevitable que la verdad saliera en ciertos momentos. Algunos no se pueden controlar, como que te dé un ataque de ansiedad en medio de una fiesta universitaria, pero los detalles y recuerdos fueron saliendo a la luz a medida que nuestra confianza aumentaba.

Todo el mundo sufre y, aunque Rae no haya pasado por los mismos traumas que yo, en la adolescencia también tuvo que enfrentarse a un dolor inesperado como fue la muerte de su madre. Estaban tan unidas que Rae la consideraba su mejor amiga; todavía me habla de ella cuando nos vemos. Aunque el dolor siga presente, el recuerdo siempre prevalece.

“Por eso estoy aquí, Sage,” contesta con una pequeña sonrisa. “Para desconectar, descansar y disfrutar.”

“Y eres consciente de que para descansar no tienes que levantarte a las siete de la mañana… ¿no?”

Hace un gesto con la mano como si le restara importancia.

“Ya estoy acostumbrada a madrugar.”

“Entonces tachamos descansar de la lista.” Alzo una ceja y hago el gesto de tachar algo en el aire, como si tuviera un papel en una mano y un bolígrafo en la otra.

“Siempre puedo echarme una siesta,” rectifica, haciendo un mohín.

Ruedo los ojos, pero imito el gesto de borrar, sacándole una risa a Rae.

“Me tengo que ir en…” miro el reloj de la pared “…diez minutos. Puedes quedarte en el apartamento, fuera con los caballos o investigar por el bosque. Con cuidado, por favor. Volveré al mediodía para comer. Si necesitas algo, llámame.”

“Oído.” Saluda con el gesto militar y los labios apretados, haciéndome reír.

“Wade también trabaja por las mañanas, así que puedes estar aquí en la cocina.”

“¿Solo en la cocina?,” pregunta, subiendo y bajando las cejas varias veces con una sonrisa ladeada.

Resoplo con fuerza, rodando los ojos.

“No sé qué estaréis planeando tú y tu mente perversa, pero ya puedes ir olvidándote.”

“Nena, qué bien me conoces,” susurra, llevándose una mano al pecho con teatralidad.

“Eres una descarada y no tienes arreglo,” asiento, pellizcándome el puente de la nariz con los ojos cerrados.

“Me quieres tal y como soy, y te aburrirías muchísimo sin mí,” añade haciendo un puchero.

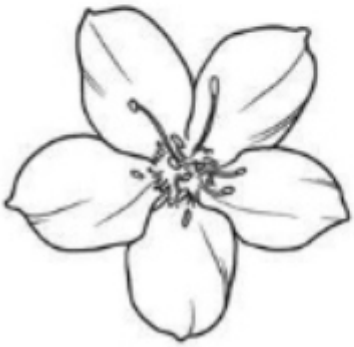
“No lo pongas a prueba, Rae.”

Me lanza un beso al aire mientras salgo por la puerta, negando con la cabeza con una sonrisa inevitable.

Capítulo Veinticinco

Sage





Dejo la carretilla a un lado del camino, usando todo el peso de mi cuerpo para empujarla y poder pasar por encima de las enormes raíces que sobresalen del suelo. Los árboles se mecen con la brisa de finales de verano, dándonos una tregua del sol de media tarde. El calor todavía se nota en esta época del año, pero es evidente que el verano se acerca a su fin cuando sales por la noche en tirantes, confiada en que hará un calor sofocante, y terminas volviendo a casa a por una sudadera.

"Estoy deseando que sea otoño," dice Lib detrás de mí, tirando con fuerza de una rama para partirla. El *clack* que suena al romperse hace que me encoja en el sitio, y me giro para ver si le ha caído a alguien encima.

"¿Por qué otoño? ¿No prefieres el invierno?," pregunta Julie a mi izquierda, agachada en una postura poco ergonómica para recoger las hojas y ramas del suelo.

"¡Por favor!" Rachel se une a la discusión, apoyando la barbilla en el mango de la azada, hundida en la tierra. "Si tenemos que elegir una estación, sin duda sería la primavera. Los pájaros cantan, no hace un calor asfixiante, las hormonas se revolucionan y es la temporada perfecta para no salir de la cama… con tu pareja."

Julie ahoga un grito y Lib se parte de risa.

"Sage, me encanta esta chica," anuncia la última, peleando con la rama para terminar de arrancarla del árbol.

Sacudo la cabeza, pero la sonrisa no falla en mis labios.

"¿Siempre preferís el frío?"

"Nena, el frío en la calle, el calor en la cama. Usa mi mantra como quieras, pero úsalo."

Rachel me apunta con el dedo, las cejas enarcadas y los labios apretados. Muevo la carretilla de lado para que no me vea reír en silencio, pero las sacudidas de mis hombros me delatan.

"Yo hablaba del otoño no por el frío, sino por el Festival de las Hojas y las Riendas," dice Lib con la voz entrecortada por el esfuerzo.

"¿Qué es el Festival de las Hojas y las Riendas?," pregunta Rae sin aliento, enfrascada en su tarea de arrancar malas hierbas.

"Una fiesta que se celebra todos otoños en River Cross," explica Lib, yendo a por la siguiente rama que bloquea parcialmente el sendero de entrada a la propiedad. "Dura toda una semana y es para darle la bienvenida a la estación. El pueblo se decora con tonos tierra, como naranja, ocre, marrón… Adornamos los comercios con calabazas, castañas y las hojas que van cayendo de los árboles. Queda precioso, os lo puedo asegurar."

"Y el último día todo el pueblo se va de ruta a caballo," añade Julie con emoción, cogiendo un montón de ramas y hojas con los guantes. "Salimos desde River Cross y cabalgamos hasta Willow Lake para comer. Hay algunos que pasan la tarde allí y luego vuelven a casa, pero la ruta oficial es hasta Oak Valley, donde hacemos una gran barbacoa y festejamos toda la noche."

"Suena divertido," murmura distraídamente Rae.

"¡Venga ya! ¿Divertido?," exclama Lib sin creerse el poco entusiasmo de mi amiga. "Es la mejor fiesta del año."

"Lo sería si fuera en primavera," contraataca, sacándole la lengua en un gesto infantil, provocando que la rubia ponga los ojos en blanco y sacuda la cabeza como si se rindiera con mi amiga.

Llenamos la carretilla hasta los topes antes de volver a llevarla a mi camioneta. Esquivo los baches del terreno como puedo, empujando con fuerza para subir por la tabla de madera hasta la parte trasera del vehículo. Con la ayuda de Julie, rellenamos los enormes sacos de tela con el contenido de la carretilla. Todo está cubierto de tierra pero, considerando que el estado natural de mi camioneta es *lleno de mierda*, no me preocupa demasiado.

"¿Cuánto tiempo tenemos hasta que vuelva Weston?," me grita Rachel desde el otro lado del camino.

Saco el móvil del bolsillo trasero de mis vaqueros manchados de tierra, y exclamo de vuelta: "¡Una hora y media!"

"¿Cómo sabes que tardará eso?," me pregunta Julie en un susurro con los ojos bien abiertos de la sorpresa.

"A las ocho me ayuda a trabajar con Mud. Ya lleva tres semanas llegando aquí como un reloj," murmuro de vuelta, haciendo también una mueca de asombro.

"Uy, uy… eso ya suena a devoción," canturrea, enseñando los dientes al sonreír.

"¿De verdad, Julie? Por Dios, que todos sabemos lo que pasó el día de la acampada."

Su boca se abre cómicamente, como en los dibujos animados cuando la mandíbula se les cae al suelo. Balbucea alguna excusa, pero más bien parece que boquea como un pez fuera del agua.

"No pasa nada, Julie. Eres la prueba viviente de que un error se puede cometer muchas veces."

"Ya os dije que no me gusta," consigue pronunciar en un susurro.

"Ay, cariño… Una vez es un accidente, dos es un experimento y tres ya es rutina."

Antes de que pueda contestar, bajo la carretilla por la tabla con cuidado de no caerme y vuelvo con mis amigas, que me miran con el ceño fruncido.

"¿Qué le has dicho?"

"Parece que se ha olvidado de cómo respirar," añade Lib.

"Nada." Me encojo de hombros. "Le he dicho cómo son las cosas cuando ya llevas unas cuantas vueltas."

Vuelvo a mi tarea, pero escucho los cuchicheos de Rae y Lib a mis espaldas mientras siguen trabajando.

"¿A qué se refiere con eso?"

"No tengo ni idea, pero me da miedo preguntar," responde la de las trenzas.

"¿A quién se ha tirado más de una vez?"

"¿A mi hermano?"

"¿Eso es una pregunta o una afirmación?"

"No estoy segura de querer saber la respuesta…"

Se callan al ver que Julie vuelve a hacer acto de presencia y se pone a recoger el camino, pero, en vez de tirar las hojas secas en la carretilla, me sorprende tirándomelas encima.

"Pero, ¿qué haces?," pregunto soltando una carcajada incrédula.

"Es un toque de atención."

"¿Un toque de atención? Pero, qué tengo… ¿diez años?"

"Parece que sí, porque me das la chapa sobre abrir los ojos, pero ni con los tuyos bien abiertos ves lo que tienes delante de las narices."

Resoplo con fuerza. "Otra más…," murmuro con hastío.

"¿Estáis hablando del ranchero con brazos descomunales?," pregunta Rae, uniéndose a la conversación y dejando caer la azada al suelo sin ningún cuidado.

"Espero que no te estés refiriendo a mi hermano mediano…," murmura Lib, mirándola con una mueca de asco.

"Nena, me encantaría que mis amigas se liasen con mis hermanos."

"¿Tienes hermanos?," pregunto extrañada.

Si la memoria no me falla, solo tiene una hermana pequeña.

"No, pero si los tuviera como Lib, estaría la mar de contenta de poder ser dama de honor y madrina en la boda de mis dos amigas."

"Madre mía…"

Cierro los ojos, echo la cabeza hacia atrás y le pido a quien sea que esté ahí arriba que me libere de esta conversación.

"Estábamos hablando de Wade Weston," recuerda Julie alzando la voz y cruzándose de brazos con una sonrisa victoriosa.

"Tú lo has dicho… *estábamos*," repito, dándome la vuelta para seguir limpiando.

"Venga ya, Sage. Tu relación con Weston es la gasolina de nuestras vidas, no nos dejes así," se queja Lib, y veo de reojo que está haciendo un puchero.

Suspiro pesadamente, dándome unos segundos para pensar.

Lo cierto es que no me importa que me pregunten por mi vida privada; yo siempre soy la primera en querer enterarse de todo. El problema es que no sé qué contestar. Al principio tenía claro que Wade Weston era un hombre distante y maleducado, como muchos otros. Pero, con el tiempo, me ha dejado ver pequeños fragmentos de un carácter leal y más atento de lo que imaginaba.

Y, sin duda, es el tipo de hombre que cualquier mujer merece. Por eso estoy hecha un lío. La atracción física es innegable desde el día en que lo conocí, pero esto va más allá de su aspecto… Cuando está cerca, su presencia y su calidez me envuelven; pero cuando se aleja, mi cuerpo lo anhela en silencio. Basta con que me roce la mano o me mire con esos ojos verdes para que mi mundo se tambalee. Y lo peor es que empiezo a querer que me mire así siempre.

"No hay nada que contar," digo con sinceridad, y mis propias palabras me sientan como una bofetada, deseando que no fueran ciertas. "Parece que somos amigos, pero ni yo estoy segura. Es algo confuso… A veces siento el ambiente demasiado cargado para ser solo amistad, y otras es como si estuviera hablando con un témpano de hielo." Suspiro, pasándome la mano por el pelo recogido en una coleta alta. "No ha pasado nada entre nosotros. Ni ahora ni nunca. Y dejad de preguntarme cada dos días, porque si ocurriera, seríais las primeras en saberlo." Intercambio una mirada con cada una de ellas,

y me muerdo la mejilla con incomodidad ante su silencio. "No quiero dar pena, pero mi situación es un tanto patética," añado, intentando borrar las expresiones de compasión de mis amigas.

"No eres patética, Sage," dice Lib apretando los labios.

Frunzo el ceño, conteniendo una sonrisa.

"He dicho que la situación es patética, no que yo lo sea, Lib."

"Ya me entiendes." Hace un ademán evasivo. "Has visto cómo es mi hermano. Es como una ostra." Frunce el ceño ante su símil. "Cerrada con cemento," añade, aguantando la risa. "Lo que quiero decir es que, si le muestras lo que sientes, en algún momento se abrirá y te dejará entrar. Ya lo verás."

"¿Por qué os creéis que estamos aquí limpiando este desastre de camino?," dice Rachel con las manos en las caderas.

"Yo no-"

"Sage, te conozco como si te hubiera parido," me interrumpe, lanzándome una mirada aburrida, leyendo mis intenciones.

"Me dijiste que Weston te lo mandó como tarea," suelta Julie con la boca abierta.

Me encojo de hombros, sonriendo inocentemente. "¿Sorpresa…?"

"¡No me lo puedo creer!," chilla Rae como si acabase de caer en la cuenta de algo. "¡Estás enamorada!"

Lo que me faltaba…

"No estoy-"

"¡Por fin sales con un hombre que te merece!"

"Pero si apenas lo conozco," murmuro, torciendo la boca.

"Sage, has pasado más tiempo con él en los pocos meses que llevas aquí que cualquier otra mujer en toda su vida," dice Lib, mirándome con intensidad. "Y me incluyo."

"Eres su hermana, es físicamente imposible," rebate Julie volviendo al trabajo.

"Créeme, lo es," insiste.

Bufo, rodando los ojos.

"Y… esta conversación ha finalizado," sentencio, dándome la vuelta para seguir con el trabajo.

“Si necesitas consejos románticos, aquí estamos,” canturrea Lib, soltando una risa.

“Venga, nenas, nos queda media hora para terminar con esto,” exclama Rae aplaudiendo con energía como si estuviéramos en el ejército. “Si le vamos a dar una sorpresa, mejor que sea perfecta.” Me guiña un ojo con picardía.

Miro a mi alrededor con detenimiento: ramas cortadas y apiladas, hojas secas volando, y Julie tarareando mientras llena la carretilla. Trabajamos en un cómodo silencio y sin ningún inconveniente hasta que el estridente chillido de Rae nos hace alzar la vista en su dirección.

“¡Sage! ¡Felicidades!,” exclama, dando saltitos hacia mí para rodearme en un fuerte abrazo.

“¿Felicidades por qué?,” pregunta Lib con una rama entre sus manos. “¿Por fin te ha admitido que le gusta mi hermano?”

“En cualquier caso… esa sería Julie,” murmuro dando un paso atrás cuando mi amiga me libera de sus brazos.

“Cállate,” dice ella, resoplando mientras me fulmina con la mirada.

“Aunque me encantaría decir que sí… No, hoy es el cumpleaños de Sage.”

La boca de mis amigas se abren en una enorme O y ambas se giran para mirarme con incredulidad.

“¿Por qué no nos lo has dicho antes?,” pregunta Julie llevándose las manos a las caderas.

“No es algo que me guste y nunca lo celebro. Para mí no es algo especial.”

“Pero aun así podrías haberlo dicho… ¡Felicidades, Sage!,” exclama Lib con una enorme sonrisa.

“Espero que Wade te haga pasar un buen cumpleaños…”

“…metiéndote un buen meneo,” añade Rae subiendo y bajando las cejas con una sonrisa ladeada.

“¡Por Dios, dejad de hablar así de mi hermano!”

“¿Qué? Sage se merece que le metan la lengua hasta la garganta. Es su cumpleaños.”

Me llevo las manos a la cara para restregarme los ojos, y suspiro con fuerza mientras medito unos segundos si debería poner fin a esta locura o sería más sensato quedarme al margen.

"Esto es una sorpresa para Wade," termino diciendo. "Yo no quiero nada que esté relacionado con lenguas ni meneos."

O sí…

"Lo que tú digas," murmura Julie con resignación.

"¿No ves? Dime una fuente más fiable que la de Julie, que ya se ha comido a un Weston."

Lib mira a Rae con la boca abierta y Julie se pone roja como un tomate.

"Madre mía…"

"¡Solo faltas tú!," chilla señalándome con una sonrisa de oreja a oreja. La mataría de no ser mi mejor amiga.

Sonrío sin poder evitarlo. Vale, puede que haya sido una locura pedirles ayuda, viendo por dónde tira la conversación todo el tiempo… pero no cambiaría este caos por nada.

El ruido de un motor acercándose por el camino nos hace levantar la cabeza y dejar lo que estamos haciendo. Rachel está terminando de rellenar una bolsa con malas hierbas mientras Julie añade hojas secas; Lib ha trepado a un árbol para terminar de cortar una rama, y yo espero abajo por si se cae y tengo que hacer de colchón.

"Este es capaz de atropellarnos," mascullo entre dientes, saliendo a toda prisa hacia la camioneta que se aproxima.

En cuanto veo el vehículo oscuro levantando una nube de polvo al internarse por el camino de entrada, comienzo a agitar los brazos como una loca para que pare. Tan pronto como pone el freno de mano, me acerco a paso rápido hacia la ventanilla del conductor.

Wade asoma la cabeza por encima del cristal a medio bajar con el ceño fruncido.

"¿Qué pasa? ¿Va todo bien?," pregunta atropelladamente, escaneándome de arriba abajo con la preocupación pintada en la cara. "¿Y por qué tienes la cabeza llena de… hojas?"

"Todo bien, no ha pasado nada," respondo con calma. "Estamos limpiando el camino de entrada. De ahí las hojas. Y la tierra. Y…

bueno, el caos general."

Su expresión se suaviza, capturando el labio inferior entre sus dientes, como si quisiera reprimir una risa, y me sorprende al sacar el brazo por la ventanilla para acercarlo a mi rostro. Con movimientos demasiado lentos, alcanza algo en mi coleta y tira con cuidado. Sostiene entre los dedos una hoja seca, que me muestra con una pequeñísima sonrisa antes de dejarla caer.

Mis labios se entreabren por la sorpresa. No tanto por la hoja, sino por la inesperada ternura del gesto. Wade también parece afectado; sus ojos no se apartan de los míos, y sus mejillas están, por primera vez en semanas, levemente sonrojadas.

Pero alguien carraspea entre los árboles, y el hechizo se rompe como si nunca hubiera existido. Doy un paso atrás, como si por poner distancia entre nosotros pudiera pensar con claridad.

"¿De verdad estáis limpiando la entrada de mi casa?," pregunta con confusión.

Asiento con energía, emocionada por mostrársela.

"Sal del coche y lo verás," le digo con una sonrisa ladeada.

Camino de vuelta a los árboles sin esperar a que conteste, y tan solo unos segundos más tarde, escucho la puerta de su camioneta cerrarse a mi espalda. Siento su proximidad como una sombra que me sigue a cada paso, y un hormigueo me recorre las puntas de los dedos al luchar contra el impulso de girarme.

Me encuentro con la mirada inquisitiva de mis tres amigas y trato de poner mi mejor cara para explicar lo inexplicable. Soy la viva imagen de alguien que no tiene ni idea de qué coño está pasando.

Rachel suelta una ruidosa carcajada, y no me corto un pelo al darle un codazo cuando llego a su lado. Suelta un quejido por lo bajo, esbozo una sonrisa angelical y extiendo los brazos, mostrándole al propietario su nueva entrada.

Las ramas que había que esquivar con los coches ya no están, cortadas y reemplazadas por unos farolillos que hemos colgado a lo largo de todo el acceso hasta la casa. El terreno irregular ha desaparecido, los baches han sido rellenados con tierra compacta, libre de hojas y ramas secas. El aire huele a tierra húmeda y al caminar ya no cruje el suelo bajo los pies. A ambos lados del

sendero, un pequeño montículo de tierra recorre el límite de los árboles, marcando la separación entre el bosque y la entrada, que ahora se mantiene limpia y despejada.

Parece otra casa.

Me giro hacia Wade, esperando su reacción, pero mantiene la boca cerrada mientras observa todo a su alrededor.

Después de lo que parecen horas —y de que Lib por fin haya conseguido bajarse del árbol—, coge aire con fuerza y ladea la cabeza.

"¿Habéis hecho solas todo esto?"

Su tono no refleja ninguna emoción, pero lo conozco lo bastante bien como para reconocer la auténtica curiosidad detrás de la pregunta.

"Sí, cavernícola. Las mujeres también podemos hacer algo más que atarnos los cordones de los zapatos," le suelta Lib con sarcasmo.

Reprimo una risa, pero él hace como si no hubiera escuchado la réplica de su hermana, clavando sus ojos en mí.

"Alguien tenía que poner orden en este desastre," respondo, encogiéndome de hombros. Siento la intensidad de su mirada incluso cuando me giro para mirar a mis acompañantes.

"Rachel se ha encargado de la azada." Hace una reverencia exagerada cuando la señalo. "Y eso que es una chica de ciudad," mascullo por lo bajo, ganándome un pellizco. "Lib ha hecho el trabajo peligroso cortando las ramas." Enseña la sierra, apuntando hacia su hermano. "Y Julie y yo hemos limpiado el camino."

"Habréis tardado horas en hacerlo todo."

"Ya sabes lo que dicen: *Con la motivación necesaria, cualquier cosa se hace rápido*. Y aquí tenemos la gasolina de nuestras vidas," dice Rae con una sonrisa ladeada. "¿Verdad, Sage?"

Julie y Lib se echan a reír mientras el calor se acumula en mi cara y la vergüenza me hace balbucear una respuesta sinsentido que nadie escucha.

"Voy a llevar los sacos a River Cross," consigo decir después de un rato con la boca pequeña, cuando mis supuestas amigas dejan de reírse. "¿Me acompañáis?"

"Yo no puedo, tengo que hacer la maleta para mañana."

La excusa de Rae me hace entrecerrar los ojos. Esboza una enorme sonrisa enseñando los dientes, y se marcha hacia la casa.

Será traidora…

"Julie y yo tenemos que revisar la tienda, por si ha pasado algo en nuestra ausencia," dice Lib, enganchando su brazo con el de la otra rubia antes de seguir los pasos de Rachel.

"Pero si hoy ni siquiera abrías," le recuerdo, frunciendo el ceño.

"¡No me fío!," grita sin darse la vuelta.

"¿Y por qué no me acompañáis si vamos al mismo sitio?"

"¿Qué has dicho? ¡No te escucho desde tan lejos!"

Apenas está a cincuenta metros de mí, pero tampoco hace el amago de volverse para que repita mis palabras.

"Felicidades otra vez, Sage," grita Julie a su lado por encima del hombro mientras sacude el brazo con efusividad. "¡Disfruta de tu sorpresa!"

Está confirmado: estas tres ya no son mis amigas.

"¿Por qué te felicita?"

Doy gracias a Dios de que no haya preguntado por la última frase de mi *examiga*.

"Nada, nada. Solo es mi cumpleaños," contesto restándole importancia.

"¿Ah, sí? ¿Y no has dicho nada?"

Joder… ¿otro más?

"Solo lo sabía Rachel, y se le ha escapado delante de todas."

"Entiendo…"

Nos quedamos sumidos en un silencio extraño mientras vemos cómo mis supuestas amigas se marchan de la propiedad.

Suelto el aire que no sabía que estaba conteniendo, y me muerdo el interior de la mejilla sopesando mis opciones. No quiero ni girarme. Ver la expresión que estará poniendo Wade después de este numerito va a ser como un puñetazo en la cara. No debería estar de espaldas a él más de un minuto o crearé un ambiente todavía más incómodo. No sé cuánto tiempo llevo paralizada, pero tengo que hacer algo. Tampoco puedo largarme sin decir nada, aunque la idea me esté haciendo ojitos en la cabeza.

Todas las opciones me parecen una mierda.

"¿Quieres que te acompañe a tirar eso?"

Cierro los ojos, respirando hondo. ¿Y si hago como si no lo hubiera escuchado? No sería la primera vez que me hablan y no me entero porque estoy en mi mundo… Pero hacerlo ahora me parece muy inoportuno.

"Claro," respondo, girándome hacia él con una sonrisa tonta en los labios, que refleja perfectamente lo estúpida que me siento.

"¿Está tu camioneta cargada?"

¿Por qué decide justo ahora, en el momento más vergonzoso de mi existencia, hablar sin usar monosílabos? ¿No puede volver a la actitud despreocupada y distante de hace unas semanas?

"Sí. Me falta esa bolsa."

Señalo la tela a mi derecha, y, antes de que me dé tiempo a cogerla, Wade pasa por mi lado y se la carga al hombro. Sus músculos se tensan por el peso, y me quedo mirando su ancha espalda como una idiota mientras sube a la parte de atrás de mi camioneta.

Me voy a quedar sin neuronas como siga mucho más tiempo delante de este hombre. Antes de que Wade se gire y me pregunte si necesito limpiarme las babas o ya estoy lista, me apresuro a subir al asiento del conductor.

Arranco el motor y espero a que Wade aparque su camioneta en casa y se suba a la mía. Bajo el volumen de los altavoces para que apenas se escuche la canción de mi playlist, demasiado explícita para este momento. Tengo que abrir la ventanilla de mi lado al sentir la calidez del cuerpo de Wade demasiado cerca como para poder concentrarme en la carretera.

"El punto limpio está después de The Green Basket," murmura a mi lado, bajando también la ventanilla, como si sintiera lo mismo que yo.

No hablamos en todo el trayecto, rodeados de una tensión diferente, aunque lejana de ser incómoda. El aire todavía huele a tierra mojada, mezclado con el cuero que siempre emana de Wade. A medida que nos acercamos a nuestro destino, aprieto con más fuerza el volante, intentando distraerme de la sensación de tener su atención fija en mí.

Descargamos las bolsas al llegar, volcando su contenido en el pequeño montículo de residuos de la explanada. Nuestras manos se rozan cada vez que Wade me pasa una bolsa para agilizar el proceso, y todas y cada una de las veces, siento cómo un calor intenso se extiende desde mis mejillas hasta mi bajo vientre, haciendo que pierda ligeramente el control y me tambalee al caminar.

"¿Todo bien?," me pregunta después de que yo pierda el equilibrio y logre recomponerme antes de comerme el suelo.

"Sí, sí, estoy bien. Esta pesa algo más." Suelto una risa nerviosa, dándole la espalda a toda prisa para que no lea la mentira en mi cara.

¿En qué momento mi cuerpo reacciona así a un contacto tan simple como un roce de manos? Contengo un quejido al intentar recordar cuándo fue la última vez que me acosté con un hombre. No encuentro ninguna imagen reciente en mi cabeza, y mi frustración se ve reflejada en la manera que dejo caer la bolsa y le pego una patada antes de vaciarla.

"¿Te ha insultado o qué te ha dicho?," pregunta Wade a mi espalda, todavía sobre la camioneta.

No me puedo creer que me haya visto… Y tampoco me puedo creer que haya hecho una broma. ¿Debería tirarme por el terraplén de mi izquierda?

La vergüenza me come por dentro, pero me obligo a darme la vuelta para encararlo con una sonrisa forzada. Me muerdo el interior de la mejilla al encontrarme con su ceja enarcada y un amago de sonrisa ladeada. Mi cerebro se reinicia, olvidando por completo cómo mandar instrucciones al resto de mi cuerpo. Abro la boca para contestar, pero no sale nada de ella, multiplicando mi mortificación.

Wade apoya las manos en las caderas, estudiándome como si intentara adivinar si he perdido la cabeza o solo el equilibrio.

"¿Necesitas ayuda?" Su tono no es burlón, pero tiene esa chispa que me hace querer lanzarle una bolsa… o hacer algo completamente estúpido, como lanzarme yo a sus labios.

¿Pero qué estoy diciendo? Definitivamente, algo no anda bien en mi cerebro. Tal vez sea el cansancio, el calor, o, más probable

aún, que me esté por venir la regla y mis hormonas estén revolucionadas como si fuera una adolescente.

"Se me quedó atascada en el pie," balbuceo, bajando la mirada dejando salir una risa nerviosa. "¿Hemos terminado?"

Por favor, que diga que sí.

"Sí." *Bien*. "He pensado… que para compensarte por limpiar mi casa, y porque es tu cumpleaños, podríamos ir a The Red."

¿Ahora mismo? ¿Y viendo la dirección a la que van una y otra vez mis pensamientos? Por supuesto que no.

"Claro."

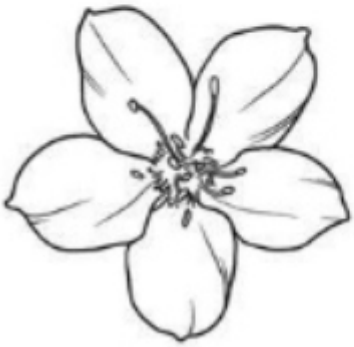
¿¡Pero cómo que claro, Sage!?

Si mis hormonas no se calman, esta va a ser la cena más tensa y excitante de mi vida.

Capítulo Veintiséis

Sage





Rachel se marcha al día siguiente, no sin antes asegurarme que volverá algún día y hacerme prometer que la llamaré si pasa algo entre Wade y yo. Aunque… después de lo de ayer, no me sorprendería que mi casero se distanciara de mí, porque dejé bastante claro que me falta un hervor.

Nos abrazamos en el andén sin dramatismos, sabiendo que no será la última vez. La despedida en la estación es bonita y corta, sin lágrimas ni caras largas, y la sigo con la mirada hasta que desaparece en el tren de vuelta a Blackwater.

Voy al trabajo con la mente en otra parte, tarareando distraídamente la canción *Agora Hills,* que inunda mi camioneta. Podría estar pensando en mi amiga, en lo mucho que la echo de

menos cuando no está y en el recuerdo que ha dejado con esta visita, pero otra persona le ha robado el sitio en mi cabeza.

La cena de ayer fue sorprendentemente entretenida. Wade se olvidó de mi faceta ataca-bolsas y no comentó ni una palabra sobre mi incapacidad para articular frases coherentes cuando mis hormonas se descontrolan. Y menos mal, porque hubiera preferido levantarme de mi asiento y marcharme del local para después mudarme al pueblo más recóndito de la Tierra antes que admitir en voz alta que todo es por culpa de lo que me hace sentir cada vez que clava esos ojos verdes en mí.

Hace unas semanas no me provocaba ese efecto, pero algo ha cambiado entre nosotros y la complicidad que hemos construido está comenzando a atraer nuevos sentimientos a nuestra órbita. Ahora lo busco en cada lugar, deseando sentir su presencia, su cercanía. Sin darme cuenta, me descubro intentando arrancarle un amago de sonrisa, limpiando su casa solo por verlo quedarse sin palabras durante unos segundos, liberando mis impulsos con la esperanza de que apriete los labios para contener la risa.

Tengo la sensación de que Wade ha aprendido a dejarse llevar conmigo, sin cuestionarse continuamente qué me pasa por la cabeza. Ya no interrumpe mis monólogos en el coche con resoplidos ni camina a grandes zancadas cuando va conmigo. Tampoco me pone mala cara cuando repito la misma pregunta al no entender una explicación mientras me ayuda a domar a Mud. Bueno… al menos no siempre.

Lo que más me sorprende es que nunca me ha llamado la atención por disociar y perderme en mi mundo. Me espera con discreción, y cuando vuelvo a la realidad simplemente reanuda el camino a mi lado como si se hubiera tratado de un paréntesis en la línea temporal.

Desconozco si es consciente de que me he dado cuenta, pero algunas cosas no deberían decirse en voz alta. Detalles como ese deberían guardarse en un rincón del corazón, a buen recaudo.

Aparco la camioneta en la explanada vacía frente a mi apartamento al regresar del huerto. La tierra no requiere mucho trabajo en esta época del año, tan cerca del otoño, con la humedad

y el frío asomando. Lib tenía que ocuparse de la tienda, así que he estado sola toda la mañana. Cocino algo rápido y aprovecho que unas espesas nubes cubren el sol y suavizan su intensidad para comer en la pequeña mesa del jardín trasero, acompañada solo por dos aburridas sillas metálicas grises.

Tomo asiento en una de ellas, dejando que mi vista se pasee por los caballos que pastan en el cercado. Mud va progresando a velocidad de caracol, pero no tenemos prisa y mi paciencia parece haberse recargado después de unos primeros días demasiado duros. Me estoy ganando su confianza, hace unos días logré ponerle la silla, a la que no le hizo mucho caso, y pude empezar con algunos ejercicios sobre los estribos para que se vaya acostumbrando a mi peso. Debe ser extraño para él sentir un cuerpo extraño sobre la espalda, así que es reglamentario pasar con mucho cuidado por este proceso.

Mi idea es pasarme la tarde entera con Mud, repetir los ejercicios que ya hemos hecho e intentar hacer nuevos, como pasar la pierna por encima o incluso sentarme en la montura. También juego con la cabezada de cuadra para que se acostumbre a los movimientos de mis manos. Todavía no le he puesto el bocado, porque no quiero que se sienta abrumado por hacerlo todo de golpe. El trabajo con los caballos debe ser lento, progresivo y siempre escuchando al animal.

Mi plato está vacío en la mesa, pero mi cabeza está a rebosar de nuevas ideas con ejercicios para Mud.

Mientras friego y limpio la cocina, divago sobre lo que se me va ocurriendo. Pensaba que se me haría extraño vivir en una casa a medias, solo usando la cocina, pero me recuerda un poco a cuando en la universidad vivía en una residencia y tenía zonas comunes con mis compañeros, con los que apenas coincidía. Wade es como si fuera un estudiante aplicado: sale bien temprano de casa y vuelve por la noche, solo que, en vez de estudiar, trabaja. No debe ser muy bueno pasar tanto tiempo con la cabeza metida en el trabajo.

Y tampoco debe ser muy bueno pasarse todo el día con la cabeza metida en Wade Weston…

El entrenamiento con Mud funciona muy bien: no se asusta con nada, sigue mis movimientos con soltura, se mantiene quieto y tranquilo cuando me subo al estribo y apenas reacciona cuando paso la pierna por encima. Hago lo mismo varias veces, subiendo y bajando de él para no sobrecargarlo y que me vea venir. Trabajo sobre un taburete para que se acerque y pueda montar con facilidad. Repetimos, repetimos y repetimos.

Hasta que, por fin, me siento en la silla. Me muevo hacia los lados y sujeto las riendas con firmeza. El siguiente paso sería animarlo a que camine hacia delante, pero un ruido a nuestra izquierda alerta a Mud. Eleva las orejas hacia el sonido, con el cuerpo en tensión, ignorando mis intentos por calmarlo.

Un ruido se acerca, y el caballo, presa del pánico, se lanza bruscamente hacia la derecha, desestabilizándome sobre la silla y mandándome directa al suelo.

Caigo de pie con tanta fuerza que pierdo el equilibrio y me voy de espaldas. Mis pulmones se quedan sin aire por un segundo, pero, en cuanto me recupero, una sonora carcajada escapa de mi garganta.

Maldito viento.

"¡Sage!"

No, si ahora hablará y todo.

"¡Sage!" Repite. *Esa voz…* "Sage, ¿estás bien?"

Me incorporo sobre la tierra con los codos doloridos y frunzo el ceño al ver a Wade venir hacia mí a toda prisa.

"¿Te has hecho daño?," pregunta, agachándose a mi lado.

"Solo en los codos," murmuro, tratando de asimilar lo que ocurre. No puedo apartar la vista de sus ojos, repletos de preocupación y dudas.

"¿Estás segura? ¿Te has golpeado la cabeza al caer?," repite, recorriéndome el cuerpo con las manos en busca de alguna herida.

Me estremezco al sentir su mano en la piel expuesta de mi estómago, donde la camisa se ha subido sin que me diera cuenta, pero Wade interpreta el gesto como un quejido.

"¿Te duele?" Acorta un poco más la distancia entre nosotros, con la inquietud reflejada en su mirada.

Madre mía, me está dando algo.

"Estoy bien," consigo decir en un hilo de voz.

Necesito alejarme de él si no quiere que me dé un infarto.

Trato de incorporarme, aguantándome el pinchazo de dolor en el culo cuando me siento.

"Espera, despacio." Wade me ayuda a levantarme, tirando de mis manos hacia arriba, pero pierdo el equilibrio de nuevo y me choco contra su pecho.

"Dios… perdón," me disculpo a toda prisa, sintiendo el calor subiendo a mis mejillas. Apoyo las manos en su sólido pecho para incorporarme y mantengo la mirada en algún punto de su camisa gris.

No sé si es por el impacto o por lo que Wade provoca en mí, pero siento las piernas de gelatina.

"¿Segura de que estás bien? No tengo problema en llevarte a urgencias," insiste, recorriéndome el cuerpo otra vez con la mirada.

Dios… o deja de mirarme así o me voy a desmayar.

"Sí, sí," asiento, dando un paso atrás para poner algo de distancia entre nosotros. Necesito pensar con claridad, y los pectorales como piedras de Wade no ayudan. "Iba todo bien hasta que has llegado y Mud se ha asustado."

Frunce el ceño y aprieta los labios, como si lo hubiera ofendido.

"No tendrías que haberte subido sola. Podrías haberte hecho daño de verdad."

Ruedo los ojos y reprimo un bufido. ¿Cómo puede pasar de estar preocupado a darme lecciones en cuestión de segundos?

"Voy a volver a intentarlo," anuncio sin mirarlo. Me sacudo la tierra de los pantalones, y hago una mueca al ver que tienen un agujero en la pantorrilla.

"¿Qué? Ni de coña."

Se mete en mi camino, dejándome atrapada entre la valla del corral y él.

Vuelvo a suspirar, mirándolo a los ojos.

"Es lo que hay, Wade. Tú fuiste quien me dijo que me iba a llevar más de un golpe, y yo acepté el trato. Me caigo y me levanto, así es cómo se avanza." Aprieto los labios, sintiendo que me he

pasado de borde, y añado en un tono más amable: "No va a pasar nada. Se ha asustado cuando has llegado, pero antes iba todo bien."

Fuerzo una pequeña sonrisa, esperando que ceda. Y parece funcionar, porque deja caer los hombros con un suspiro de derrota y se pasa las manos por la cara, arrastrándolas también por el pelo que empieza a crecerle.

Pasa por mi lado, rozándome el hombro sin querer para salir del corral, y me obligo a no girarme para mirar su ancha espalda.

Mordiéndome el interior de la mejilla, me acerco a Mud con cuidado de no asustarle, pero parece igual de tranquilo que cuando Wade no estaba. Sujeto las riendas gastadas para moverlo hasta el taburete, y repito el ejercicio del estribo varias veces. Todo es como antes, no se asusta con nada ni se tensa con mi peso. Pero siento una mirada clavada en mí observando cada movimiento, como un roce invisible que me eriza la piel.

La última vez que apoyo el pie en el estribo, me armo de valor y paso la pierna por la montura, dejándome caer muy lentamente sobre el caballo. Se mantiene quieto y relajado, y aprovecho la confianza para soltar un poco las riendas y hacer un ligero movimiento con las caderas hacia delante.

Mud parece entenderme, porque comienza a avanzar al paso.

Una enorme sonrisa cubre mi rostro, y elevo la vista para buscar a Wade. Está sentado en una de las sillas metálicas, inclinado hacia delante para apoyar los codos en sus piernas y reposar la cabeza sobre sus manos entrelazadas. Lo veo igual de ilusionado que yo, con una pequeña sonrisa en los labios que ilumina sus ojos con orgullo.

"¿Estás viendo lo mismo que yo?" No puedo evitar preguntar, dándole a Mud unas palmadas en el cuello, intentando no elevar demasiado la voz para que no se asuste y volver a acabar en el suelo.

Wade suelta una risa, y el sonido se graba en mis oídos como uno de esos detalles que no voy a olvidar nunca.

"No cantes victoria todavía," dice burlón, ladeando la cabeza.

"No la gafes, Wade, está yendo muy bien." Intento sonar amenazante, pero la sonrisa permanece en mis labios.

Doy varias vueltas al cercado al paso, moviendo las riendas con cuidado para que Mud gire y no se choque contra la valla. Reacciona bien a todas mis señales, y cuando vuelvo a pasar la pierna sobre él para desmontar, se mantiene impasible, incluso gira la cabeza para mirarme con curiosidad.

No puedo ocultar la emoción cuando me giro de nuevo hacia Wade, que ya me está mirando con una sonrisa pintada en los labios. Es la primera vez que lo veo sonreír de verdad, y el gesto es tan bonito que se me acelera el corazón al instante. Me dan ganas de quedarme aquí, congelada en este momento, simplemente disfrutando de su mirada y del cariño que transmite.

"¿Has visto?" Asiente, levantándose de la silla. "Ha merecido la pena reventarme los codos," digo, con una sonrisa ladeada, intentando disimular todas las emociones que despierta en mí.

"Sin duda ha sido gracioso verte caer como un muñeco de trapo."

"Ja, ja. Desternillante." Hago una mueca divertida, lo que hace que su sonrisa se ensanche. Me sorprendo pensando que mi nuevo objetivo es conseguir que Wade siga sonriendo.

"Si sigues así, puede que te dé tiempo a ir con Mud al Festival de otoño," dice, pasando los brazos sobre la valla para apoyarse.

"¿Tú crees?"

"No es mala idea." Se encoge de hombros. "Pero primero tendrás que trabajar sus miedos, hacerlo a prueba de bombas. No querrás volver a caerte y hacer el ridículo delante de todo el pueblo," añade en tono burlón, enarcando una ceja.

Pongo los ojos en blanco, pero asiento. "No va a ser fácil."

"Ya te lo dije. Te vas a dar muchos golpes."

No puedo evitar pensar si merecerá la pena el dolor, el miedo a no cumplir los objetivos, pero la duda desaparece en cuanto poso la vista en Mud y veo lo relajado que está conmigo.

"Habrá que intentarlo," murmuro, acariciándole el cuello.

Desensillo con una sonrisa, satisfecha por haber dado un gran paso con Mud. Recojo la zona, guardo el taburete en su sitio y vuelvo a abrir el corral para que Shiny se acerque a su compañero

de prado. Cuando termino de cepillar su sucio pelaje, voy hacia la valla, donde Wade me ha estado observando en silencio.

"Creo que se me ha ocurrido algo…," comienzo, acercándome a él con repentino nerviosismo.

"No sé si me gusta esa mirada," dice, entrecerrando los ojos.

"…para hacer a Mud a prueba de bombas," explico, dándole un pequeño empujón en el hombro. "Lo ideal sería que dejara de tenerle miedo a la gente, pero, como a ti no te soporta, creo que podríamos empezar por Lib."

"¿Estás asumiendo que Lib es *más soportable* que yo?," pregunta con sorpresa, alzando las cejas.

Ruedo los ojos y me subo a la valla, justo a su lado.

"Es porque es una mujer. Mud no se puede ni acercar a ti, y me dijiste que a Tate tampoco, así que es posible que sea una cuestión de género," me apresuro a añadir al ver su expresión atónita.

"Eso suena fatal, Sage."

"Lo sé, pero hay una pequeña probabilidad de que ese sea el problema," digo, haciendo un mohín intentando convencerlo.

Me mira unos segundos, valorando nuestras posibilidades, que no son muchas. Una de ellas es hacer terapia de choque y que Wade se acerque a pesar de la reacción natural de Mud, pero la descarto al instante. Es impensable.

Y otra es… bueno… No hay otra.

Miro a Wade a la espera de su respuesta, y justo entonces una gota de agua cae en su mejilla. Levanto una mano, sorprendiéndonos al acercarla a su rostro para secarla, pero otra gota cae en su nariz, y otra, y otra. Antes de que podamos preverlo, la lluvia nos alcanza en cuestión de segundos. Permanecemos inmóviles, mirándonos a los ojos, con mi mano alzada entre los dos.

En un arranque repentino, como el propio diluvio, suelto una carcajada que se mezcla con el ruido de la lluvia. Wade me devuelve la sonrisa, como si acabara de robar el sol solo para él. No sé por qué no nos movemos, como si estuviéramos atrapados en este instante, solo para mirarnos. Nos envuelve el repiquetear de las gotas sobre el suelo, el tejado, los caballos…

¡Los caballos! Antes de que me dé tiempo a abrir la boca, Wade se me adelanta. Parece que me ha leído el pensamiento, porque se sube a la valla y corre hacia Shiny para resguardarlo en el pequeño cobertizo. Hago lo mismo con Mud, enganchando el ramal en su cabezada a toda prisa y atando una cuerda entre los postes para que no salgan.

Los truenos anuncian la llegada de la tormenta, pero no reaccionamos. Nos quedamos ahí debajo, con la ropa empapada y la respiración agitada. Me giro para mirar a Wade, y el corazón se salta un latido al ver que ya me estaba mirando con los labios entreabiertos.

Se me corta la respiración por un segundo, y un cosquilleo me recorre los dedos por la anticipación. Siento la urgencia de tocar su piel cálida y, como si me hubiera escuchado decirlo en voz alta, Wade da un paso hacia mí. Acorta la distancia entre nosotros hasta que nuestros alientos se entremezclan y nuestros brazos se rozan. Pequeñas gotas de lluvia resbalan sobre su rostro, y levanto una mano para secarlas.

Esta vez cumplo con mi cometido y, al posar las yemas de mis dedos sobre su piel, escucho cómo su respiración se acelera y el brillo en sus ojos me deja sin aliento.

Mis mejillas se sonrojan y mis latidos retumban en mis oídos. Como si me pidiera permiso, inclina la cabeza hacia un lado, y no tengo que pensarlo antes de asentir. Mi mirada se posa en sus labios, que esbozan una sonrisa ladeada. El calor que antes ardía en mis mejillas se desliza por mi cuerpo y se instala entre mis piernas al ver el deseo reflejado en su rostro.

Roza mis labios con delicadeza y los separo en un acto reflejo. Se aparta un segundo, observándome como si buscara otra confirmación... o como si simplemente se estuviera deleitando con la vista. Y, casi sin darme tiempo a procesarlo, me sostiene de la nuca con suavidad y me besa con urgencia. El contraste en sus gestos me hace soltar un suspiro contra sus labios, y Wade aprovecha el gesto para deslizar su lengua en mi boca.

Giro la cabeza hacia un lado para intensificar el beso, y sus manos recorren mi cuerpo como si no quisiera dejarse ni un rincón

por explorar. Primero roza mis clavículas, luego baja por mi brazo hasta alcanzar mi cintura. Me atrae hacia él cuando llega a mis caderas y, cuando siento su dureza contra mi estómago, suelto un gemido que se pierde entre besos.

Enredo los dedos en su nuca, tirando de él hasta que no queda espacio entre nosotros. Mi pecho roza su abdomen, y sonrío al oír cómo un jadeo escapa de entre sus labios. La humedad entre mis piernas se intensifica al sentir cómo desliza una mano por dentro de mi camisa empapada, rozando el aro de mi sujetador, y me restriego contra la presión en sus pantalones.

No sabría decir cuánto tiempo nos besamos, pero en algún momento los movimientos de nuestros labios dejan de ser urgentes y se convierten en ligeros roces delicados, llenos de cariño.

Nuestras respiraciones agitadas chocan cuando Wade se separa de pronto, hundiendo los dedos en la piel desnuda de mi cintura. No abro los ojos, temiendo lo que pueda encontrar en los suyos.

"Perdón, yo-"

No le dejo replicar. Me pongo de puntillas y vuelvo a atrapar sus labios entre los míos. Al principio parece sorprendido, pero no pasa ni un segundo antes de que me responda con la misma urgencia, como si llevara esperando este momento demasiado tiempo.

Se inclina hacia abajo y yo dejo que mis talones vuelvan al suelo, saboreando cada caricia. Recorro su cuerpo con las manos, deleitándome con la firmeza de sus músculos, que tanto tiempo llevo deseando desde la distancia.

La temperatura entre nosotros sube con cada gemido ahogado, con cada roce... hasta que el estridente sonido del móvil de Wade irrumpe en el cobertizo.

Nos separamos jadeantes, apoyando un segundo nuestras frentes para tratar de recuperar el aliento. Wade es quien se aparta primero, maldiciendo por lo bajo sin dejar de mirarme mientras rebusca el teléfono en el bolsillo empapado de sus vaqueros.

"Es mi madre," anuncia con el ceño fruncido antes de contestar. "¿Hola?"

Desvío la mirada, intentando centrar mi atención en otra cosa, pero cuando su tono se tiñe de preocupación, no puedo evitar

enfocarlo de nuevo.

"¿Qué? ¿Ahora?" Hace una pausa, cerrando los ojos. "Sí, Sage está aquí."

Otra pausa, esta vez más larga.

Antes de que cuelgue, mi móvil suena, anunciando un nuevo mensaje. Entre mis manos temblorosas del beso y el agua de la lluvia, lo saco del bolsillo con dificultad.

Lib: Necesito ayuda con el huerto por la que está cayendo. Si no nos damos prisa para taparlo, se va a ir todo a la mierda.

"Tengo que ir a la granja. No habíamos previsto la tormenta y hay que arreglar el campo antes de que empeore."

La voz ronca de Wade me hace levantar la vista, y me mira como si odiara tener que decirlo. Como si me estuviera pidiendo perdón sin palabras.

"Vamos en tu camioneta," anuncio, alzando el móvil para que pueda leer el mensaje.

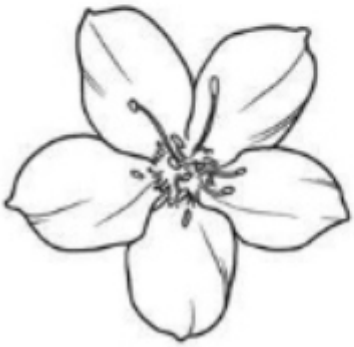
Alterna la mirada entre el mensaje y mis ojos, como si estuviera buscando algo, pero termina asintiendo con firmeza.

Salimos corriendo bajo la lluvia, con el cuerpo todavía ardiendo y el eco del beso pegado a la piel. Y por un momento me pregunto si la lluvia también se llevará este recuerdo y todas las emociones compartidas.

Capítulo Veintisiete

Sage





El tiempo pasa demasiado rápido como para asimilar lo ocurrido. El verano ha llegado a su fin, arrastrando con él el calor sofocante. Después de la tormenta que casi se lleva el huerto y el sustento de los caballos, no volvió a llover en una semana, así que tuvimos que hacer modificaciones en el huerto y el granero por el agua. Fueron días estresantes en los que no tuvimos tiempo para pensar, con apenas unos minutos para comer. No lo he pasado peor en mi vida, y eso que he estado en la subasta, trabajando con Wade a contrarreloj.

Y, bueno, hablando de Wade…

Con todo el ajetreo de la tormenta, no volvimos a hablar de lo ocurrido. Las cosas entre nosotros son… ¿raras? No llega a ser incómodo, pero no tenemos la cercanía que habíamos conseguido

antes de besarnos. Por la cara que pone cada vez que me ve, como si se sorprendiera de que todavía existo, no sé si es que se arrepiente de lo sucedido. Como no hemos tenido tiempo ni para pensarlo, tampoco me he parado a preocuparme por no haberlo visto por aquí.

No debería darle demasiadas vueltas. Normalmente no nos vemos mucho, así que ahora no debería importarme que no hayamos hablado del beso… ¿verdad?

No se lo he contado a nadie, así que cargo con la espinita clavada en el pecho yo sola. No sé si es por vergüenza o porque si lo digo en voz alta se volverá real, y entonces me comeré la cabeza pensando en que deberíamos hablar del tema.

No somos nada. Nos besamos y ya. No ha significado nada.

¿O sí?

Dios… a veces detesto a mi propia cabeza.

"Sage, sujétame la escalera, que no quiero inaugurar el festival en silla de ruedas," me dice Lib a metro y medio del suelo, agarrándose al tejado después de haber hecho equilibrios para no caerse hacia atrás.

"Voy, voy." Me apresuro a sujetarla por los escalones, mirando hacia arriba para ver cómo mi amiga engancha las guirnaldas con forma de hojas naranjas en el escaparate de The Green Basket.

El otoño ya está aquí, y, con él, la festividad más esperada del año —según afirma Lib una y otra vez. Se nota que las temperaturas han bajado y ya no hace un calor extremo, porque la gente pasea por las calles de River Cross sin ir buscando la sombra. El ambiente festivo se palpa en el aire, junto a la brisa fresca que balancea los pequeños farolillos de madera, adornados con motivos otoñales, suspendidos de los viejos postes de luz de las calles.

Una gran pancarta nos dio la bienvenida cuando llegamos al pueblo, donde habían escrito a mano:

Festival de las Hojas y las Riendas
River Cross

Los escaparates del resto de tiendas de la calle también están decorados con dibujos de castañas y calabazas en tonos naranjas,

rojos y marrones. Incluso han pegado hojas secas en los respaldos de los bancos.

Sin duda los habitantes de este pueblo se toman en serio este festival.

"Sage, ¿puedes venir a ayudarme dentro?," pregunta Julie, asomándose por la puerta de la tienda. Lleva un vestido marrón oscuro que realza el tono rubio de su pelo suelto, y no puedo evitar sonreír al verla tan emocionada con la fiesta de hoy.

"Está conmigo, Julie. Danos cinco minutos," responde Lib desde las alturas, tambaleándose ligeramente al subir otro escalón.

Miro hacia el peto vaquero que lleva puesto, parcheado con hojas naranjas tanto por el pecho como por la espalda. Bajo la vista hacia mi propio conjunto con el ceño fruncido, aunque me río internamente al ver que también he caído en la tradición sin darme cuenta. Mi top crema de manga corta, que deja mi ombligo a la vista, tiene un pequeño dibujo de unas castañas a la altura del pecho. Lo he combinado con una falda vaquera oscura que me llega hasta los tobillos y unos zapatos cerrados marrones. No sé cómo ha pasado, pero claramente apruebo el código de vestimenta otoñal del pueblo.

"Tate me ha dicho que viene al pueblo en un rato, por si necesitamos ayuda con algo," anuncio, sujetando con fuerza la escalera para que no se mueva hacia los lados.

Lib se pone de puntillas para poner el último enganche de la cinta, y se sacude las manos en la falda del peto.

"Esto ya está. Dile que no hace falta," me dice sin aliento, buscando los escalones con el pie para bajar. "Vamos a ayudar a Julie con lo que sea que necesite."

Le mando el mensaje a Tate, que me contesta al instante con el emoticono del pulgar hacia arriba, y sigo a Lib al interior de la tienda. La nueva estación también ha llegado al interior de The Green Basket, con botes de cristal llenos de castañas, calabazas de diferentes tamaños por el suelo y ramas con vegetación colgando de los estantes.

"¡Ayuda!," grita Julie desde el otro lado del mostrador.

Nos giramos rápidamente y la vemos tratando de levantar una caja enorme de una de las baldas.

"Y era yo la que temía acabar en silla de ruedas," se ríe Lib con reproche, corriendo hacia ella. Yo me quedo en mi sitio, resultando inútil por mi corta estatura. "¿No podías esperar un poco?," le dice, sujetando la base de cartón con ambas manos para bajarla con cuidado.

"Me muero de hambre," se queja Julie, haciendo un mohín, y tengo que morderme el interior de la mejilla para no reírme. "Tus cinco minutos se pueden convertir en horas… No creí que pesaría tanto."

La jefa resopla, pero la veo girando la cabeza para disimular una sonrisa.

"Yo también me muero por unas alitas de The Red, así que acabemos ya con esto, por favor," digo, acercándome a ellas para ayudar a colocar los adornos de la caja.

Para cuando terminamos de decorar la tienda, comer y salir del local, apenas podemos caminar por la calle, abarrotada de gente y repleta de puestos callejeros. Yo pensaba que por la mañana ya se respiraba un ambiente festivo, pero la energía de ahora es otro mundo. Niños corriendo con sus nuevas guirnaldas, parejas de todas las edades paseando de la mano, familias charlando con los vendedores en medio de la carretera… Parece que todo el mundo está de celebración y el buen humor, sin duda, es contagioso.

"Me quedaría a pasar la tarde, pero el primer día siempre hay demasiada gente y es una mierda," dice Lib, mirándome de reojo, alzando la voz para que la escuchemos por encima del barullo.

Esbozo una sonrisa agradecida, y la sigo por un lateral de la calle para llegar al aparcamiento de su tienda.

"Mejor venimos otro día," asiento, girándome hacia Julie.

"Esta vez os doy la razón… Pero yo todavía no quiero volver a casa," replica ella, haciendo un puchero. "¿Trabajamos una última vez con Mud para la ruta?"

"Por mí bien."

Nos vendrá bien repetir el ejercicio una vez más, después de todo el mes trabajando con la ayuda de mis amigas para que no

salga corriendo cada vez que ve a alguien nuevo o a otros caballos.

"Claro, vamos. Me da miedo que se asuste al ver a mi hermano y te des la hostia de tu vida."

"¿A Tate?"

"A cualquiera de los dos," responde soltando una risa. "Todavía es pronto para que salga todo bien, Sage." Su tono se vuelve más serio, y hace una pausa mientras entramos en mi camioneta. "En el peor de los casos, si se desboca y no entra en razón, te tiras al suelo y dejas que se vaya. Es imposible tranquilizar a un caballo en esa situación, fuera de casa y rodeado de desconocidos… sobre todo después de todo lo que ha pasado."

Aprieta los labios, mirándome con pena y comprensión al recordar su historia. Les hablé sobre la anterior vida de Mud al pedirles ayuda cuando me propuse quitarle el miedo a la gente y prepararlo para la ruta de otoño. A Julie le caían las lágrimas a borbotones al imaginarse lo mal que tuvo que haberlo pasado con su antiguo dueño, y Lib se cogió un cabreo enorme, jurándonos que si algún día se encuentra a ese hombre, no se hará responsable de sus actos.

Suelto un suspiro cansado, poniendo en marcha el motor.

"Una parte de mí cree que va a salir todo bien, que no se asustará y se mantendrá tranquilo. Confío en Mud, y sé que él confía en mí."

"A veces la confianza no es suficiente, cielo," murmura Julie desde el asiento trasero.

"Lo sé…" Me incorporo a la carretera, de vuelta a casa. "Hemos trabajado meses y estoy muy orgullosa de lo que hemos conseguido. Si sale mal, me volveré a subir. No se podrá decir que no lo intentamos," intento bromear, recibiendo unas sonrisas pequeñas de mis amigas. "Ya sabía que me iba a llevar muchos golpes," mi voz se apaga al recordar las palabras de Wade.

"Nunca te des por vencida, Sage. Nosotras estaremos para cuidarte cada vez que te caigas," dice Julie sonriente.

"Y para recordártelas cuando te recuperes para reírnos de ti," añade Lib entre risas.

Aparco la camioneta frente a la casa de Emily, y salimos a pasear con los caballos mientras reímos e imaginamos los peores escenarios posibles. Empezamos con mis posibles caídas —cada una más ridícula y dolorosa que la anterior—, pero pronto nos desviamos hacia otra persona. Lib incluso hace una representación gráfica de lo que haría si se cruza con Evan: gritar como si la hubieran disparado y huir al galope.

Mud no se asusta con nada —ni siquiera con los gritos de Lib—, y cuando nos cruzamos con Luke y Dorian trabajando en el establo, tampoco se inmuta.

Pasamos una tarde diferente por el campo, improvisando carreras y picándonos con cualquier tontería, riéndonos incluso antes de empezar a galopar.



Los árboles que rodean el camino también se han teñido de tonos naranjas y rojos como el atardecer que nos acompaña de fondo. Lo único que se escucha por encima del silencio son las herraduras de Mud chocando contra la tierra del sendero, que van dejando una estela de polvo a medida que avanzamos.

Aprieto las piernas para salir al trote y entrar en calor, porque estos días he aprendido a las malas que, si vas a salir de casa después de que se esconda el sol, debes llevar una chaqueta contigo. No había pensado que estaría tanto tiempo paseando sola por el bosque con Mud, así que mi único abrigo es una camiseta ajustada de manga larga.

El sonido de un motor me obliga a coger las riendas con firmeza, frenar a Mud y guiarlo hacia un lado del camino. Me giro sobre la montura y trato de distinguir quién se acerca. La incertidumbre me pone en tensión, pero se disipa al reconocer las

cálidas luces que colgamos hace semanas, cuando limpiamos la entrada de la casa de Wade. Estoy apenas a unos minutos de mi apartamento, y por aquí no pasa nadie más que nosotros.

Cuando la camioneta que podría reconocer en cualquier parte aparece entre los árboles, no puedo evitar revolverme en mi asiento y morderme el interior de la mejilla con nerviosismo.

Wade frena a mi lado, y me mira inquisitivamente con el antebrazo tatuado apoyado en la ventanilla bajada.

"¿Qué tal va tu nuevo caballo a prueba de bombas?," saluda.

"Bien," respondo, encogiéndome de hombros, intentando que no se note lo nerviosa que me pone después de tanto tiempo sin hablar. "Estas semanas hemos estado trabajando con las chicas para que se acostumbre a pasear con otros caballos."

"Sí, os he visto."

Inhalo despacio, intentando calmar los latidos desbocados que retumban con fuerza en mi pecho.

"El otro día salimos juntas por última vez," continúo, con un ligero temblor en la voz. "Los chicos del establo también estaban por allí, y Mud no se asustó con nada. Parece que todo va bien y se ha acostumbrado a la gente, al ajetreo y a estar cerca de otros caballos."

Lo veo asentir una vez, mordiéndose el labio inferior. Si no los hubiera probado nunca, no me costaría tanto resistirme a inclinarme hacia él para volver a saborearlos.

"Voy a ir a casa, que mañana quiero estar descansada," balbuceo atropelladamente, girándome a toda prisa para que no vea el rubor de mis mejillas.

"¿Habéis estado en la tienda de Lib?"

Cierro los ojos, tomándome un segundo para relajar los hombros y no lanzarme hacia la camioneta para cometer una ilegalidad. Por el amor de Dios, ¿tiene un radar para querer hablar en los momentos más incómodos?

"Sí, estos días hemos estado con ella. Creo que voy a soñar con hojas y castañas," contesto soltando una risa nerviosa, moviendo las caderas para que Mud avance al paso, deseando salir de esta burbuja llena de… ¿tensión sexual?, ¿incomodidad?

Pero Wade no se queda atrás. Arranca la camioneta y conduce a mi lado, como si todavía no quisiera despedirse. A este no lo gana nadie a cabezota…

"Alguien de la familia tenía que seguir con la tradición," dice casi para sí. "Emily siempre era la que ponía adornos por todas partes..."

"O sea que solo les importa el festival a tu madre y tu hermana," digo en tono burlón.

"Al que más le importaba era a mi padre. Era su estación favorita porque fue cuando conoció a Emily. Mi madre empezó a adorarla por lo mismo. Y a Lib… todo esto le recuerda a él."

Me quedo en silencio un momento, sin saber bien qué decir. No esperaba este giro en la conversación, y una oleada de culpa me cae encima como un balde de agua fría. Tal vez Wade solo necesita hablar con alguien, o simplemente ser escuchado, y yo he tomado su insistencia como un juego. Me siento mal por haber tratado de huir.

Freno a Mud con cuidado, lo suficiente como para que Wade también detenga el coche. Me planteo si debería fingir que Tate no me ha contado nada o si debo darle el pésame.

"Es el primer año que no lo celebramos en familia, por eso Emily no ha decorado nada," añade, y me limito a escucharlo con atención, sin atreverme a mirarlo. "Es extraño, ¿sabes? Que no estemos juntos, celebrando algo tan importante para él."

"Siempre podéis celebrarlo el año que viene, Wade. Seguís siendo una familia unida, solo que ha ocurrido una tragedia inesperada."

Me armo de valor y me giro para mirarlo. Sus ojos, cargados de tristeza y añoranza, me atraviesan como una herida que no es mía, pero que duele igual.

"Supongo que habrás visto los trofeos del guadarnés," dice, apretando los labios, y asiento con pesadumbre. Los habré limpiado cientos de veces desde que llegué. "Paul Weston, el nombre que está grabado en ellos, era mi padre." Hace una pequeña pausa y traga saliva, como si él también sintiera un nudo en la garganta. "Falleció de un ataque al corazón el mismo día que ganó uno de los trofeos. Era un concurso de Raid. Su caballo, South, y él quedaron

primeros. Horas después de llegar a la línea de salida, cuando estábamos celebrando su victoria, una ambulancia se lo llevó al hospital. Su corazón dejó de funcionar de un momento a otro. Mi padre era un hombre fuerte, testarudo, y pensábamos que saldría adelante. Tristemente no fue así."

Siento un dolor familiar en el pecho al ver la similitud con mi historia. Mi abuelo también se fue de un día para otro, sin darme tiempo a prepararme ni procesarlo.

"Lo lamento mucho, Wade," susurro, con la voz cargada de emoción.

"Al menos se fue alcanzando una última meta, rodeado de su familia y de la gente que lo quería," añade, encogiéndose de hombros con un intento de mantener la compostura, pero el leve temblor en su voz deja ver cuánto le duele.

"Yo también perdí a mi abuelo, que era como un padre para mí," me sorprendo diciendo. Wade alza la vista hacia mí, y siento el impulso de abrirme como él ha hecho conmigo y confesarle una parte de mí. "Mis padres murieron en un accidente de tráfico poco después de que yo naciera. No los recuerdo, pero mi abuelo hablaba tanto de ellos que siempre los he sentido cerca."

Una sonrisa nostálgica se asoma en mis labios al recordar algunas anécdotas.

"En cambio, la pérdida de mi abuelo sí fue dura. Traumática. Yo era solo una niña y nadie con esa edad merece pasar por lo que yo pasé. Ni por la pérdida ni por todo lo que vino después. Pero ahora que soy adulta y el tiempo ha pasado, aunque el dolor sigue ahí, tan presente como el primer día, ya no trato de olvidarlo. Recuerdo a mi abuelo en los detalles: los caballos, el olor a heno, el tacto de la tierra húmeda del huerto…" Hago una pausa, con un nudo en la garganta, pero me obligo a continuar, alzando la vista para mirar sus intensos ojos verdes. "Nada nos prepara para perder a nuestra figura paterna. Pero hay que aprender a sobrellevarlo y a no despedirnos del todo. Lo que los mantiene vivos es nuestra memoria. A mí de alguna manera me reconforta pensar que no es un para siempre, solo un… hasta que volvamos a encontrarnos."

“Vaya… lo siento mucho, Sage,” dice en voz baja. “¿Qué pasó cuando tu abuelo falleció? ¿Tenías algún familiar con el que vivir?”

Sonrío con tristeza, negando con la cabeza.

“Esa historia es para otro día. Lo siento.”

“Está bien. No pasa nada. No tienes que disculparte.”

Nos quedamos en silencio unos segundos, pero ya no hay ni rastro de incomodidad entre nosotros. El viento mueve las hojas de los árboles y las luces entre las ramas tintinean con el vaivén.

La piel descubierta de mis clavículas se eriza con el frío, y le lanzo una rápida mirada a Wade, observando cómo el último resplandor del sol tiñe su rostro de tonos cálidos.

“¿Volvemos a casa? No mentía cuando dije que necesito descansar.”

“Y yo que pensaba que era una táctica para alejarte de mí,” contesta con una pequeña sonrisa ladeada.

“Me resulta imposible alejarme de ti, Wade Weston.” Reprimo el impulso de girarme para ver su reacción, y avanzo al trote hacia nuestra casa con una sonrisa pintada en los labios.

Capítulo Veintiocho

Wade



Sujeto la cabezada con la mano derecha y me sitúo entre su cuerpo y su cabeza. Como cada día, apoyo el pulgar en el hueco sin dientes de su mandíbula. Cede al instante, abriendo la boca para dejarme colocarle el filete. Saco con cuidado de debajo de la frontalera el mechón de crines blancas que le cae sobre la frente. Me alejo un segundo para coger la silla del soporte y se la pongo sobre el lomo después del sudadero amarillo y el salvacruces de borreguillo.

El olor a heno y cuero inunda cada rincón del pequeño cobertizo de mi casa, y me tomo mi tiempo para terminar de ensillar a Shiny.

"¿Vas a vendarlo?," pregunta Sage a voz en grito desde el otro lado del prado.

"Sí, nunca se sabe qué puede pasar en la ruta del Oak Valley," contesto en el mismo tono sin girarme.

Escucho su risa a mi espalda, y una calidez inesperada me sube por el pecho. No he dicho nada gracioso, pero me estoy acostumbrando a ese sonido.

Le pongo a Shiny las vendas del mismo color que su sudadero con dificultad. Llevo toda la vida rodeado de caballos, pero la técnica de vendarlos no es mi fuerte. Tardo una eternidad en poner las de delante y, para cuando me estoy levantando para ir con las traseras, Sage aparece por mi lado para arrebatármelas de las manos.

"Trae, que estás tardando muchísimo. No quiero llegar tarde a mi primera ruta oficial."

Mi primera reacción es resoplar y poner los ojos en blanco, pero no tardo en darle la razón, asentir y acercarme a Mud para revisar que todo esté bien. Gracias al trabajo de meses con Sage, hemos llegado a un acuerdo en el que yo puedo tocarlo y, a cambio, le tengo que dar una chuche por cada caricia.

Reviso que la cincha esté bien apretada, y justo Mud me sorprende haciendo un giro brusco para echarme la boca.

"¿Cuál es tu problema?," farfullo entre dientes, alejándome de él.

Basta que diga que hemos mejorado nuestra relación para que me deje en evidencia.

"Venga, cascarrabias. Esto ya está," dice Sage, caminando hacia mí con una sonrisa burlona en los labios.

Bajo la vista hacia su boca, porque, desde que la besé hace semanas, no he podido quitarme de la cabeza su sabor, su olor ni la sensación de su piel desnuda bajo mis manos. Cada vez que la veo, soy incapaz de no mirarle los labios e imaginar que la vuelvo a besar.

Y por eso le he dejado su espacio durante este tiempo. No estoy seguro de lo que quiere conmigo, más allá de la innegable atracción física que hay, por eso prefiero esperar a que sea ella quien dé el primer paso. Es una táctica algo inmadura, pero no estoy dispuesto a que las cosas se vuelvan incómodas entre nosotros por admitir en voz alta lo que siento.

Ayer me abrí en canal delante de ella, contando cosas que jamás había pronunciado. Fue liberador. Y que después Sage me contara una pequeña parte de ella, significó mucho para mí. Siento

que ahora hay un hilo invisible entre nosotros que nos une y que poco a poco se va haciendo más fuerte.

"¿Te vas a quedar ahí parado todo el día o vas a subir a tu caballo?"

La voz de Sage me arranca de mi ensoñación. Pestañeo varias veces, tratando de enfocarla, y la veo ya montada en Mud, con una ceja enarcada y una expresión de divertida impaciencia.

He perdido la cuenta de las veces que me he quedado soñando despierto con ella teniéndola justo delante. Al principio me fastidiaba distraerme así, pero ahora… resulta incluso agradable. No me gusta la sensación de que me pillen perdido en mis pensamientos con la guardia baja. Pero si es Sage quien me observa, puede que no me importe. Puede que incluso me guste.

"Vamos," murmuro, desviando la mirada hacia Shiny.

Revisamos una vez más que lo llevamos todo, listos para la ruta de todo el día y parte de la noche. Trotamos por el camino de entrada de la propiedad, ahora limpio de ramas y malas hierbas. Creo que nunca le agradeceré lo suficiente a Sage por el gesto. Sobre todo por haber convencido a sus amigas para ayudarla. Todas se implicaron al máximo, consiguiendo un resultado inmejorable.

"Hemos quedado con Julie y Lib en la casa de tu madre en media hora, así que vamos bien de tiempo," anuncia Sage a mi lado, esbozando una sonrisa de disculpas.

Abro la boca, fingiendo resignación. "Entonces, ¿por qué me has metido prisa?"

"Porque me encanta ver la cara que pones cuando te saco de tus pensamientos," reconoce en un tono suave, casi tierno.

Aparto la mirada con el ceño fruncido, dándole vueltas a su frase. Si fuera solo una amiga… ¿diría lo mismo? Pero claro, los *solo amigos* no se besan. ¿Y ese tono? ¿También lo usaría con alguien a quien no ha besado?

Dios… estoy dándole demasiadas vueltas a todo. A cada palabra, cada gesto, cada mirada. Debería simplemente vivir el momento y dejar de analizar hasta el aire que respira.

Si Sage siente algo por mí, me lo hará saber… ¿no?

“Me dice Luke que está también en Almond Valley,” digo en voz alta, leyendo el mensaje que me acaba de llegar. “Viene con su amiga Maisie y con Tate.”

“¿Y Dorian?”

“Es un Thorne.” Me encojo de hombros, como si eso fuera justificación. “Irá con sus hermanos, como todos los años.”

“Pero en la ruta vendrá con nosotros, ¿no?,” pregunta frunciendo el ceño.

“Supongo que este año que no vienen ni mi madre ni Mira, sí,” respondo. “Aunque Dorian sea el veterinario de la familia, solemos mantener las distancias en público. Yo no tengo ningún problema con los Thorne, pero tengo que hacer el teatro.”

“Si te soy sincera, me parece absurda e infantil la disputa que hay entre vuestras familias.”

“Lo es,” asiento, torciendo la boca.

“¿Y no lo es también hacer teatro para que el pueblo se lo crea?,” pregunta de vuelta, alzando una ceja con diversión.

“Sí.” Suelto un resoplido de resignación. “Pero a mis hermanos les parecía divertido seguir con la farsa. Lib no tenía nada que perder, ya que detesta a Evan, y a Tate le encanta el drama familiar.”

Sage se echa a reír, sacudiendo la cabeza y mirándome con los ojos brillantes. “Suena bastante a algo que harían Lib y Tate Weston,” dice, tomándose un segundo para coger aire. “¿Tú te negaste?”

Asiento, y la veo llevarse una mano a la boca para ocultar su sonrisa.

“Les dije que dejaran el teatro para meterse al circo si iban a hacer el payaso.”

Sacude la cabeza, desternillándose de risa a mi lado.

“Eso también suena a algo que diría Wade Weston.”

“Y al final acabé convirtiéndome en un payaso más,” bufo, chocando la lengua contra el paladar.

La atmósfera que nos rodea durante el resto del camino es cálida y ligera. Además de las pisadas de los caballos sobre la tierra, nos acompaña la risa de Sage, que también es culpable de la calidez

que me llena el pecho cada vez que me lanza una mirada con los ojos brillantes o me sonríe con ternura.

Cuando llegamos a la casa principal y nos juntamos con nuestros amigos, aprovecho para despedirme de mi madre y mi abuela, que me regalan una bonita sonrisa, aunque cargada de melancolía. Coincidimos con el resto del pueblo al llegar a River Cross, y, cuando dan el pistoletazo de salida como si fuera una carrera, avanzamos por los caminos cercanos al río para llegar a Willow Lake.

La mayor parte de padres y ancianos se quedan en esta parada y no avanzan hasta Oak Valley, así que saludo a todas las caras que reconozco.

"¡Pero si es Wade! El Weston más guapo," exclama una inconfundible voz femenina a mi izquierda.

Hago una mueca, haciendo que a Dorian se le escape una risa, y me disculpo con la mirada antes de girarme hacia ella.

"¿Cómo está, señora Lewis?"

La saludo inclinando la cabeza, haciendo que la gorra con el logo de mi familia me tape los ojos.

"Te he dicho mil veces que me tutees y me llames Florence," dice con un tono demasiado elevado para la corta distancia que nos separa. Cierro los ojos un segundo, inhalando y apretando la mandíbula.

Espero que se vaya y me deje continuar la conversación que estaba teniendo con Dorian, pero continúa hablando:

"Bueno, ya sabes cómo es River Cross. Es un pueblo muy pequeño… aquí no se pueden tener secretos. A todos nos encanta hablar y preguntar por las vidas de nuestros queridos vecinos. No les hacemos ascos a ninguno," añade, guiñándole un ojo a Dorian. "He escuchado por aquí que Wade Weston tiene novia, así que… ¿quién es la afortunada?"

Dorian parece que se atraganta con su propia saliva, tosiendo como si se estuviera muriendo, y a mi se me abre la boca inconscientemente.

"Perdona, señora Lewis, ¿quién dice eso?" Intento que mi voz suene lo más tranquila posible, pero es evidente el ligero temblor

por la rabia.

Lo que menos me gusta de vivir en un pueblo tan pequeño es que la privacidad no existe. Que los vecinos tengan la necesidad y obligación de meterse en las vidas ajenas por mero entretenimiento es algo que me pone enfermo.

"Uy, Wade, ya deberías saber que este pueblo no funciona así. Se cuenta el dato, no la fuente," dice con sorna.

Resoplo con fuerza, volviéndome hacia mi amigo, que parece haber recuperado la compostura. Enarco una ceja al mirarlo, y se encoge de hombros, sin saber quién habrá sido el que ha largado el bulo.

Nadie sabe que Sage y yo nos hemos besado… al menos yo no lo he contado.

La busco entre la gente, y la encuentro hablando animadamente con Luke y Julie, riendo en la otra orilla del lago con una cerveza en la mano. Como si notara mi atención puesta en ella, levanta la vista de pronto, encontrándose conmigo. Eleva las cejas y yo respondo entrecerrando los ojos, arrancándole una sonrisa. Descarto la idea de ir hasta allí a pedirle explicaciones, porque, conociéndola, ella tampoco habrá contado nada sobre nosotros.

"No tengo novia, señora Lewis. Y quien sea que haya dicho esa información, está equivocado," contesto con educación, sin apartar la vista de Sage.

"¿Estás seguro, Wade?," insiste, acabando con mi paciencia.

"Créame. Si tuviera pareja, lo sabría," zanjo con un tono brusco.

"Está bien, está bien. No hace falta enfadarse," dice riendo, y Dorian cambia el peso de pierna con incomodidad. "Os dejo que disfrutéis de la fiesta y bienvenido sea el otoño."

Se despide de los dos con un apretón de manos, guiñándole un ojo a mi amigo antes de marcharse.

"¿Tienes novia y no me lo has contado?" Abre la boca con dramatismo, llevándose una mano al pecho fingiendo ofenderse.

Pongo los ojos en blanco, propinándole un codazo.

"No me jodas, Dorian."

"La señora Lewis necesita un nuevo entretenimiento," dice riendo. "Hay que estar muy aburrido para meterse en la vida de los

demás. Para meterse *tanto,* como hace ella."

"Te juro que no entiendo en qué momento le ha parecido buena idea insistir preguntando si tengo novia," digo haciendo una mueca. "¿Qué parte no le quedó clara? ¿El *no* o el *está equivocada su fuente súper fiable*?"

Dorian suelta una carcajada, llevándose consigo parte de mi cabreo. Relajo un poco los hombros al ver cómo se toma con humor el rato incómodo que me ha hecho pasar la señora Lewis.

"No te rías, desgraciado," bromeo. "A ti te ha llamado paria a la cara."

Pero logro el efecto contrario y continúa riéndose con fuerza, consiguiendo que varios vecinos nos miren con extrañeza.

"En serio, tío, deja de reírte. Van a pensar que soy gracioso y que el marginado del pueblo es mi amigo."

"Es que normalmente no eres tan gracioso."

"Ja, ja. ¿Intentas robarme el puesto?"

"Te lo digo en serio, Wade," consigue decir entre risas. "No acostumbras a hacer bromas, por eso cuando las haces son el triple de graciosas. Es como un evento único en la vida."

"El puñetazo que te voy a dar sí que va a ser único en tu vida…"

Levanto la mano como si fuera a pegarle, pero solo le doy una colleja con poca fuerza.

"¡Papá!"

Una voz infantil nos hace girarnos hacia la derecha, y nos encontramos con los rizos de Daisy acercándose a toda prisa hacia nosotros.

"Pero si es la persona más guapa de River Cross." La cara de mi amigo se ilumina al verla, y abre los brazos para abrazarla.

Observo la escena con una sonrisa boba en los labios, pero me quedo de piedra cuando veo quién se acerca por detrás con cara de preocupación.

"¡Mira a quién me he encontrado!," exclama la niña, señalando a Sage con una sonrisa enorme con la que enseña los numerosos huecos entre sus escasos dientes.

Los hombros de Sage se relajan al instante cuando ve a la niña en los brazos de su padre. No sería la primera vez que Daisy hace de

las suyas y se va corriendo sin avisar. Probablemente Sage haya estado buscándola un buen rato, a juzgar por cómo coge grandes bocanadas de aire y el pecho le sube y baja con rapidez.

Saluda a Dorian con una sonrisa más tranquila y, cuando se gira hacia mí, me mira con un destello de complicidad en los ojos.

"¿Os está gustando la ruta?," pregunta cuando Daisy deja de contarle a su padre con todo lujo de detalles cómo ha sido encontrarse con ella. Los ojos le brillan de la ilusión, y Dorian tiene que bajarla de vuelta al suelo porque le quiere agarrar la mano a Sage.

Ay, Daisy, te entiendo tanto...

"Hasta ahora ha estado bien, pero la mejor parte está al llegar," contesta Dorian, lanzándole una mirada rápida a Daisy, que estruja los dedos de Sage con sus manos. "La barbacoa de la noche siempre es más divertida. La gente mayor se va y el ambiente mejora."

"Siendo padre, tú deberías entrar en ese grupo," bromeo, ganándome un codazo en las costillas.

"Jamás me perderé una celebración en Oak Valley, Wade." Me apunta con un dedo amenazante. "Es una promesa."

"Entonces cuando Daisy crezca y vaya sola, volverás a casa traumatizado," añade Sage soltando una risa.

"Ya veremos…," gruñe, maldiciendo por lo bajo al pensarlo.

"¿A ti te está gustando, Sage?," le pregunto de vuelta.

Me vuelvo hacia ella, que se muerde distraída el labio inferior al mirarme. Joder… tiene que dejar de hacer eso.

"Es diferente," dice, encogiéndose de hombros. "Nunca había celebrado la llegada del otoño, por no decir de ninguna estación, pero creo que podría acostumbrarme."

"Pues todavía no has visto nada," digo, sacudiendo la cabeza. "Aquí celebramos más fiestas propias que las que ponen en los calendarios de otros países."

"La Navidad en comparación es una mierda," asiente mi amigo.

Sage se ríe, e intercala la mirada entre los dos.

"Se os ve muy unidos."

"Llevamos toda la vida siendo amigos."

"¿Amigos?" Sus ojos brillan con diversión cuando alza una ceja. "Pero solo por hoy, ¿no? Me han contado por ahí que sois enemigos por naturaleza."

Me guiña un ojo descaradamente antes de girarse hacia Dorian y sacarle la lengua.

Pongo los ojos en blanco, justo cuando añade:

"Qué fiestas más esperanzadoras… reconciliando a los que más se detestan. El pueblo entero debe estar conmocionado."

Dorian suelta una carcajada. "Los Weston y los Thorne algún día volverán a juntarse," dice sonriente, dándome una palmada en la espalda.

Sage nos observa con cariño y una sonrisa cálida dibujada en los labios.

"¿Es una promesa?," pregunto, torciendo la boca.

Suelta una risa, pero asiente con firmeza: "Sin duda."



Llegamos a Oak Valley casi a la noche, con el sol escondido entre las nubes y siendo un grupo mucho más reducido que al comienzo de la ruta. Apenas somos treinta personas, pero el ambiente festivo, las risas y la energía consiguen que parezca que somos un ejército. Galopamos juntos como si fuéramos de caza, formando grupos más pequeños entre amigos. Mis hermanos, Luke, Sage, Julie y yo nos hemos entretenido hablando, así que nos hemos quedado atrás, a varios metros de distancia del resto de gente.

La compañía no podría ser mejor y, aunque apenas participo en la conversación, disfruto solo con escuchar sus anécdotas o cuando discuten sobre cualquier tontería. Además, cada vez que Tate y Julie hablan, el rostro de ella se tiñe de un rojo intenso y Sage me da un codazo o me lanza una mirada cómica, esté donde esté.

Intento contener la risa, pero cuando me quedo atrás y la veo girarse hacia mí desde la cabeza del grupo con los ojos como platos, no puedo evitar soltar una carcajada.

Nadie se burla de mi inusual buen humor, pero sí noto las miraditas de soslayo cada vez que sonrío por algo que dice Sage o cuando la risa me sacude el cuerpo.

Me siento ligero, como si me hubiera liberado de unas pesadas cadenas.

Por primera vez en meses, tengo la sensación de que puedo ser yo mismo, sin preocuparme por cómo debería sentirme en cada momento.

Desde que murió mi padre, he tratado de contener mis emociones, como si al no hacerlo pudiera contagiar a mi familia con más tristeza. Seguir adelante de alguna manera. Pero no estaba siendo consciente del daño que me estaba haciendo, del daño que le hacía a mi familia al cerrarme así. Me distancié, levantando un muro enorme a mi alrededor.

Por eso la llegada de Sage me ha descolocado tanto. De pronto siento algo más que la necesidad de trabajar hasta acabar agotado, sin fuerzas ni para pensar. La pena no ha desaparecido, pero se ha quedado en un segundo plano porque lo que Sage me hace sentir es más fuerte. He encontrado en ella una razón para levantarme cada mañana, aunque solo sea para recibir una sonrisa adormilada y escuchar su "buenos días" medio arrastrado y torpe.

Las palabras que me dijo ayer siguen dando vueltas en mi cabeza como un mantra: «Lo que los mantiene vivos es nuestra memoria… No es un para siempre… solo un hasta que volvamos a encontrarnos».

Y creo que encontrar la fuerza para aceptarlo y convivir con ello vale más que llorar hasta que se me nublen los sentidos.

"¿Vas a echarte más o estás comiendo con los ojos?"

La voz burlona de Sage me pilla por sorpresa, haciéndome pegar un salto. Por poco sale volando el pedazo de carne del plato de plástico que llevo en las manos. Sage se parte de risa a mi lado, y se me hace imposible contener la sonrisa.

"¿Has terminado de burlarte de mí?," bufo con desaprobación, pero no dejo de sonreír.

Me alejo de la mesa de piedra para no entorpecer el paso a la gente que quiere servirse, y Sage se mueve conmigo.

"No te tomaba por un hombre asustadizo, Wade Weston."

"Te sorprendería la de cosas que aún no sabes sobre mí."

Me sorprende mi tono insinuante, y a Sage parece que también, porque alza las cejas sin apartar la vista.

"¿Eso es una promesa?," repite lo que dijimos Dorian y yo en el almuerzo en un tono tan casual que se me escapa la risa.

Me mira con diversión, pero entonces baja la vista a mis labios y veo un brillo familiar en sus ojos que me revuelve algo en el estómago. Sin poder contenerme, hago lo mismo, fijando la vista en su boca entreabierta. Juro que el corazón se me salta un latido al ver cómo se pasa la lengua por los labios para humedecerlos.

Es desconcertante lo rápido que nos metemos en nuestra propia burbuja, aislándonos del mundo exterior como si estuviéramos solos cuando nos encontramos rodeados de gente.

Vecinos, de hecho.

Ese fugaz pensamiento me arrastra de vuelta a la realidad. Carraspeo con fuerza, desvío la mirada y me rasco la nuca con incomodidad, rompiendo la intimidad del momento.

"Creo que voy a ver si Tate necesita ayuda con la carne…," murmuro atropelladamente. Ella da un paso atrás y suelta una risa nerviosa.

"Sí… yo también debería volver con Lib y Julie. Creo que estaban a punto de hacer un concurso de a ver quién bebe más cerveza en un minuto."

Estoy a punto de disculparme por el cambio repentino entre nosotros y la brusquedad del momento, pero Sage desaparece antes de que me dé tiempo a abrir la boca.

Me quedo ahí parado, pensando qué es lo que está pasando entre nosotros y por qué parece que queremos lo mismo pero ninguno se atreve a admitirlo en voz alta. Somos adultos con cabeza y cierta madurez. No debería ser tan complicado…

Tal vez yo estoy esperando que sea ella quien dé el primer paso, y ella está esperando lo mismo de mí.

Tengo que encontrar la forma de decírselo cuando estemos a solas. Porque a cabezonería no nos gana nadie, y si seguimos así, no vamos a llegar a ninguna parte.

La noche cae sobre nosotros, y el lugar se ilumina gracias a unas pequeñas estacas con luces encima que han clavado por todo el camino para la ruta. Llega hasta River Cross para que no sea un suicidio volver a casa en mitad de la noche. La gente comienza a irse y, a pesar de estar pasando un buen rato, el cansancio me puede y decido que es el momento de marcharse.

"Bueno, chicos, ha estado genial pero creo que me voy retirando," anuncio, poniéndome en pie.

Todos me miran con fastidio y empiezan a insistir para que me quede un rato más, pero niego con una sonrisa y les prometo que nos veremos pronto.

"Me voy contigo," dice Sage de pronto, levantándose del suelo de un salto. Hace unos segundos estaba con los ojos cerrados y la cabeza apoyada en el hombro de Tate, pero ahora parece completamente despierta.

"¿Estás segura?," pregunto, frunciendo el ceño.

Asiente con energía, poniéndose la chaqueta negra por encima tras sentir un pequeño escalofrío. Busco mis guantes en el bolsillo trasero de mis vaqueros y se los tiendo.

"Sí, vámonos." Vuelve a asentir, cubriéndose las manos con la tela, que le queda tiernamente grande.

"¿No quieres seguir babeándome la sudadera?," pregunta mi hermano en tono burlón a su espalda.

El rostro de Sage se tiñe de un rojo intenso, pero asiente otra vez y pasa por mi lado a toda prisa.

"¡Nos vemos! Ha sido la celebración perfecta. Cumplió todas las expectativas, Lib," exclama por encima del hombro, sin dejar de avanzar hacia los caballos.

Me despido entre risas y acorto la distancia entre nosotros con un par de zancadas largas.

"¿Estás segura de que quieres volver ya?"

Quiero asegurarme de que estará cómoda volviendo conmigo o si prefiere hacerlo con sus amigas.

"Sí, sí, cuanto antes mejor. Estoy agotada, como habrás podido comprobar," murmura, tapándose la boca con una mano al bostezar.

"Y aún tenemos que hacer el camino de vuelta a caballo," le recuerdo, dándole un pequeño empujón.

Suelta una risita, y tras fallar dos veces al intentar levantar la pierna hasta el estribo, me lanza una mirada divertida.

"Ayuda, por favor," musita, haciendo un mohín.

Me acerco para agarrar su pierna y darle el impulso intentando esconder mi sonrisa. Aunque Mud no sea muy alto, Sage tampoco lo es, y está acostumbrada a usar un taburete para subirse.

Seguimos las luces del camino en silencio, escuchando cada vez más a lo lejos el murmullo de las conversaciones y la música de la fiesta. La luna llena ilumina el cielo, creando sombras azules sobre nuestros rostros. Los árboles nos abrazan como un manto que se mece con la brisa fresca de otoño, fría y oscura, tan silenciosa como la nieve antes de tocar el suelo.

Estamos llegando a Willow Lake, a medio camino de casa, cuando un ruido a nuestra izquierda nos hace girar la cabeza en esa dirección.

"Será un conejo," murmuro, intentando que mi tono suene tranquilizador.

"¿Y si es un zorro? Podría ser un oso también. Por aquí hay osos, ¿no? Ay, madre, ¿¡y si es un oso!?"

Sage comienza a desvariar con nerviosismo, y muevo a Shiny para colocarme más cerca de ella.

Nuestras rodillas casi se rozan, y acerco una mano para agarrar la suya. No parece pensárselo dos veces cuando me sujeta con fuerza como si necesitara el contacto. Hago caso omiso al cosquilleo que me recorre el cuerpo, intentando concentrarme solo en ella.

"No es un oso, Sage. Y, si lo fuera, no nos va a atacar."

"¿Cómo puedes saberlo?," pregunta, escéptica, alzando la voz. "¿Te lo ha dicho?"

Casi se me escapa la risa, pero me muerdo el labio inferior mientras niego con la cabeza.

"No va a pasar nada, Sage. Intenta calmarte, vas a poner nervioso a Mud." Miro al caballo, que todavía observa hacia la izquierda con las orejas en alto en señal de alerta.

Sage coge aire con fuerza, dándome un apretón en la mano que se siente como un golpe directo al corazón. Pero, justo cuando me suelta y estira la mano hacia el cuello de Mud para tranquilizarlo, el caballo se gira bruscamente hacia la derecha.

No le da tiempo a coger las riendas.

"Ay, no…"

Es lo último que escucho antes de que el caballo salga corriendo en dirección contraria, perdiéndose por la oscuridad del bosque.

Espoleo a Shiny y salgo tras ellos, apretando las piernas con fuerza para que vaya más deprisa mientras los busco entre las sombras. No dejo de gritar su nombre, tratando de enfocar lo que tengo delante para no caerme.

"¡Sage!"

La llamo una y otra vez, golpeándome con las ramas bajas de los árboles a medida que avanzo al galope. Escucho sus quejidos entremezclados con mi respiración agitada y el ruido de los cascos sobre la tierra.

"¡Me voy a tirar!," grita a mi derecha, haciéndome cambiar de rumbo de inmediato.

"¡Sage, espera!"

Trata de calmar a Mud, pero solo escapan de su garganta sonidos estrangulados de puro pánico. Intento alcanzarla, pero una sombra entre la maleza cae al camino justo delante de mí. Veo a Mud desaparecer desbocado entre la oscuridad, y me apresuro para socorrerla, rezando para que no se haya golpeado con alguna piedra o peor.

Me bajo de Shiny de un salto sin esperar a que se detenga y prácticamente me tiro a su lado. Está tumbada de lado, con el pelo cubriéndole las mejillas, gimiendo de dolor.

"Sage, Sage, Sage… mírame," susurro, girándola con cuidado para ponerla bocarriba.

Enmarco su rostro entre mis manos, esperando que abra los ojos. Pero los mantiene entrecerrados, la respiración acelerada y la

boca torcida en una mueca de sufrimiento. Palpo el suelo bajo ella, buscando alguna piedra o rama puntiaguda, pero no encuentro nada. No veo sangre. No tiene heridas abiertas, y mis hombros se aflojan un poco.

Vuelvo a mirarla con el ceño fruncido, buscando sus manos frías sobre la tierra, sintiendo un dolor profundo en el pecho. Es la misma punzada que sentí cuando a mi padre le dio el ataque al corazón en aquel concurso. La impotencia por no poder quitarle el dolor. La preocupación que me consume el alma. Y la confusión que me paraliza.

Me siento como si me hubieran apuñalado.

Se me nubla la mente por un momento al pensar que la voy a perder.

"Sage, por favor, quédate conmigo. Por favor, dime qué te duele," susurro, desesperado, volviendo a revisar su cuerpo en busca de daños.

Suelta un quejido cuando le toco la clavícula, y no puedo evitar sentir una pizca de alivio al haber dado con la fuente de su dolor. Solo tengo que mantenerla consciente.

"Lo siento, lo siento…," siseo entre dientes. "Te voy a levantar, ¿vale? Te vas a recuperar."

"Mud…," murmura en voz muy baja, casi sin aliento.

"No te preocupes por él. Iré a buscarlo cuando tú estés a salvo. Ahora solo me importas tú."

Paso un brazo por su espalda y otro bajo sus rodillas, levantándola con cuidado contra mi pecho. Gime de nuevo, y me agarra la camiseta en un puño, aferrándose a mí.

"Ya está, Sage. Te llevo al hospital. Todo va a ir bien. Vas a ponerte bien. ¿Me oyes? Vas a ponerte bien," repito una y otra vez, más para mí que para ella, mientras la acomodo sobre Shiny.

Subo detrás de ella, pasando un brazo por su cintura y sujetando las riendas con la otra mano.

"¿Estás cómoda? ¿Te duele algo más?," pregunto, inclinándome hacia un lado para mirarla.

Se me escapa un gemido ahogado de impotencia al ver sus ojos cerrados. Debe haberse desmayado del dolor, pero aun así no puedo

dejar de hablarle.

«Vas a ponerte bien».

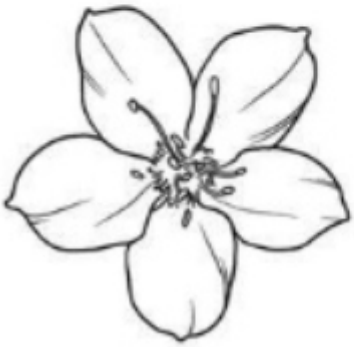
Lo repito una y otra vez, como si con esas palabras pudiera salvarla. Y no paro hasta que, por fin, diviso el cartel de urgencias iluminado en una de las calles de River Cross.

Cuando el médico se acerca a mí a toda prisa con una camilla y se la lleva, no siento alivio. En vez de sentir que puedo volver a respirar, es como si el tiempo se detuviera por completo.

Capítulo Veintinueve

Sage





Un pitido monótono, acompañado de un murmullo constante —como el de una máquina en funcionamiento—, y el olor a desinfectante me dan la bienvenida cuando recupero el conocimiento. No recuerdo en qué momento me desmayé, pero la primera imagen que me viene a la mente es la cara de Wade torcida de la preocupación, sosteniéndome entre sus brazos. Recuerdo el olor a cuero, la suavidad de su camiseta contra mi mejilla y un susurro a lo lejos.

Su voz ronca, rota de la conmoción, me viene a la memoria: «Vas a ponerte bien. Vas a ponerte bien».

Tengo la boca seca, pero cuando trato de tragar, es en vano. Un pinchazo me recorre los hombros cuando intento mover la cabeza, y tengo que apretar los puños con fuerza para no gritar. Debería abrir

los ojos y averiguar dónde estoy, pero creo que por la tela que siento bajo los puños me puedo hacer una idea.

Trato de calmarme y no mover demasiado mi pecho al respirar. Comienzo a ser consciente del dolor, y creo que volveré a desmayarme si hago algún movimiento brusco.

Lenta, muy lentamente, abro un ojo, pero vuelvo a cerrarlo al instante. La potente luz fría de la habitación me ha deslumbrado, y una mueca se dibuja en mis labios sin poder contenerla. Vuelvo a intentarlo, esta vez con los dos párpados, y me obligo a mantenerlos abiertos.

Me encuentro con una habitación sobria, fría y vacía de hospital. Blanca del suelo al techo con un montón de aparatos a mis lados. Hay un sillón granate a mi izquierda, justo delante de un enorme ventanal con las cortinas abiertas, por el que puedo ver un parque iluminado por el sol de la mañana.

Intento mantener la calma mientras trato de hacer memoria de lo que ocurrió ayer. Me despedí de todos en Oak Valley y volví a casa con Wade; era una noche silenciosa y agradable, hasta que un ruido asustó a Mud… Recuerdo intentar controlarlo, sujetarme a su cuello con todas mis fuerzas, y lo último que recuerdo haber hecho antes de que se volviera todo negro fue gritarle al viento que me iba a tirar y arrojarme a un lado del camino. Me recibió un golpe que me dejó sin aliento. Después perdí la consciencia pero, en las imágenes borrosas que me aparecen como flashbacks, siempre está Wade: sujetándome, hablándome, tocándome la cara…

Un gemido de dolor escapa de mi garganta al tratar de recolocarme en la camilla. Cierro los ojos con fuerza al sentir un pinchazo en la clavícula, y me pregunto si vendrá alguien a decirme qué coño está pasando.

No sé cuánto tiempo pasa hasta que la puerta se abre lentamente, como si tratara de no hacer ruido. Abro los ojos como un resorte, y trato de enfocar el rostro de la persona que me mira desde el otro lado de la habitación entre destellos de luz demasiado potente.

Cuando mi vista se acostumbra a la claridad, se me corta la respiración al encontrarme con el rostro cansado de Wade. Sus

ojeras están más marcadas de lo normal y se muerde el labio inferior con nerviosismo.

Mi cuerpo se relaja al ver que es él y no otra persona, porque, aunque no me detengo a pensar en lo que significa, realmente no quería ver a nadie más.

"Estás despierta," susurra, todavía de pie al lado de la puerta cerrada.

Cojo aire lentamente y contesto con un "sí", pero de mi garganta seca solo sale un sonido estrangulado. El ceño de Wade se profundiza, y da unos pasos hacia mí.

"Agua," vuelve a susurrar, antes de moverse a toda velocidad por la habitación.

Su presencia llena todos los rincones de la fría estancia, tiñéndolos de algo más cálido, como si con solo estar aquí pudiera hacerla más acogedora. Mi corazón palpita con fuerza al sentirlo cerca, y mis ojos se fijan en cada movimiento como si me hubiera hipnotizado. Quiero darle las gracias, decirle lo mucho que aprecio que me haya seguido por el oscuro bosque y me haya salvado. Quiero agradecerle que esté aquí, conmigo.

Lo veo desaparecer a mi derecha, y suelto un gemido de impotencia al no poder girar la cabeza para mirarlo.

"Ahora voy."

Vuelve a aparecer en mi campo de visión, justo a mi lado, y me acerca un vaso lleno de agua con una pajita dentro. Me inclino hacia delante en un acto reflejo, pero el dolor me deja sin aliento unos segundos como si me hubieran pegado en la boca del estómago.

"No te muevas," murmura con la voz ronca, cargada de angustia. Acerca la pajita hacia mí y bebo, dejando que mis párpados se cierren. "Cuando termines de beber te contaré lo que me ha dicho el médico y luego te llevaré a casa, ¿vale?"

Hago un sonido afirmativo, sin soltar la pajita, y escucho cómo suelta el aire con un suspiro cansado. No sé cuánto tiempo llevará por aquí, pero si ha pasado la noche conmigo, espero que no haya dormido en ese sillón.

"Estoy bien," susurro, moviendo la cabeza con cuidado para quitarme la pajita de la boca.

Wade deja el vaso en la mesita a mi derecha y se mueve hasta los pies de la cama. Me lanza una mirada de preocupación y culpa, con los labios apretados y los brazos cruzados sobre su pecho. Bajo la mirada hacia sus músculos sin poder evitarlo, pero me obligo a volver a su cara con las mejillas encendidas.

No parece consciente del efecto que causa en mí, sino que sus cejas se fruncen todavía más y traga con fuerza antes de hablar.

"Tu clavícula está fracturada," dice de sopetón. Abro la boca, pero la cierro al instante. "El médico dice que no es muy grave y no hace falta operar," continúa, y siento cómo desaparece el peso enorme que no me dejaba respirar. "Te ha mandado reposo absoluto, no podrás montar ni trabajar ni hacer las cosas sola. Tienes revisión una vez a la semana y, como mínimo, estarás recuperada en un mes y medio."

Inspiro con fuerza antes de volver a abrir la boca, pero otro quejido sale de mi garganta sin poder controlarlo.

"Esa es una de las cosas que tienes que controlar, Sage," murmura en un tono más dulce.

Pestañeo una vez en señal de afirmación, y vuelvo a intentar respirar más despacio.

"¿Tú estás bien?," susurro con la voz ronca pese a haber bebido agua.

Wade tuerce la boca, ladeando la cabeza. "No soy yo quien está en una cama de hospital."

Pongo los ojos en blanco, intentando moverme lo menos posible.

"A juzgar por tu aspecto, tú también has pasado la noche en un hospital, Wade," digo con suavidad. "¿Has dormido algo? Te ves cansado."

"No te preocupes por mí." Niega con la cabeza. Desvía la vista hacia la ventana mientras se pasa una mano por la cabeza. "Soy yo quien tiene que cuidar-"

"¡Sage!" El estridente grito de Lib retumba por el pasillo, cortando a Wade de improvisto.

Un extraño silencio se instaura entre nosotros, y me quedo pensando en lo que estaba a punto de decirme.

La puerta se abre de un golpe y una Lib despeinada aparece en el umbral. Intercala la mirada entre Wade y yo, y, por la forma en la que agarra el pomo con fuerza y aprieta los labios, juraría que está a punto de echarse a llorar.

"Lib, estoy bien," consigo susurrar con la voz cargada de emoción. Si ella llora, yo también.

Deja salir un suspiro tembloroso sin soltar la puerta, y se queda ahí, paralizada. Un movimiento detrás de ella capta mi atención, y reconozco el pelo suelto de Emily cuando bordea a su hija para entrar.

Le lanza a Wade una mirada que no entiendo, pero él gira la cara y hace como si no la hubiera visto.

"Sage, cielo, ¿cómo te encuentras?" Su cálida voz me da la bienvenida, y su preocupación me aprieta algo en el pecho. Lo último que quería era generar drama y ser una carga para su familia.

"Estoy bien," susurro con la voz pastosa. "Gracias por venir. No tendríais que haberlo hecho."

"Oh, no te preocupes, cielo." Hace un gesto con la mano para restarle importancia, sonriendo con cariño. "No es ninguna molestia. Queríamos asegurarnos de que estuvierais bien antes de volver a casa."

"¿Te dan el alta hoy?," pregunta Lib a su espalda, mirándome como si ella hubiera sido la causante del accidente.

"Sí," contesta Wade con la voz rasposa. Carraspea antes de continuar: "Los médicos dicen que no es nada grave y que se puede ir hoy mismo. No puede hacer esfuerzos y tiene que llevar el cabestrillo. Reposo absoluto." Repite todo lo que me ha dicho hace unos minutos sin emoción en la voz.

Emily lo mira con los labios apretados, a lo que él responde enarcando las cejas. Le hace un pequeño gesto con la cabeza señalando la puerta, y me regala una sonrisa de despedida junto con una disculpa antes de salir. Observo cómo Wade la sigue, y frunzo el ceño cuando se marcha sin mirarme.

Mi amiga sigue de pie en la puerta, y trato de esbozar una sonrisa serena para tranquilizarla.

"No pasa nada, Lib. Te prometo que estoy bien."

“Estaba muy preocupada,” suelta, dando unos pasos vacilantes hacia mí. “Pensé que te habías muerto, Sage. O peor.”

“¿Qué es peor que la muerte?,” pregunto, sin poder evitar recurrir al humor en situaciones que me superan.

“Quedarte parapléjica,” contesta muy seria, pero aprieta los labios para contener una sonrisa. “Cuando Wade nos llamó, hace una hora, pensaba que no te despertarías nunca y que sería muy grave.”

Frunzo el ceño, preguntándome por qué no los llamó en cuanto me trajo al hospital y por qué, cuando al fin lo hizo, no les dijo que estaba bien.

“Pero estoy bien, Lib. Me he despertado hace un rato. No te preocupes más, ya ha pasado, ¿vale?”

Trato de animarla, y parece que funciona, porque acorta la distancia que nos separa y envuelve una de mis manos entre las suyas.

“¿Cómo está tu hermano? ¿Ha dormido aquí?,” pregunto, mirando de soslayo el asiento del rincón.

Me mira con curiosidad, ladeando imperceptiblemente la cabeza.

“La enfermera nos acaba de decir que no se ha separado de ti en toda la noche, Sage.”

Alza las cejas, esperando una respuesta, pero no digo nada. No es el momento de contarle a Lib que he besado a su hermano, y menos para confesarle que creo que lo que siento por él va más allá de la amistad.

Hago lo que puedo por mantenerme impasible, aunque por dentro mi corazón parece estar bailando salsa, y agradezco cuando Lib suspira, dándose por vencida, y cambia de tema.

“Te he traído ropa,” dice, enseñándome la bolsa que —me acabo de dar cuenta— cuelga de su hombro. Murmuro un “gracias” muy bajito, y me dejo hacer cuando me ayuda a levantarme de la camilla, me quita la bata del hospital y me viste con la ropa limpia.

Me quejo del dolor más veces de las que me gustaría admitir durante todo el proceso, y Lib me mira con una mezcla de pena y diversión cada vez que suelto una maldición. Hacía años que no

sentía un dolor tan intenso, y agradezco en silencio que mi amiga no se fije —o finja no hacerlo— ni me pregunte por las cicatrices que cubren mis piernas y mi abdomen.

"Te tomaste al pie de la letra el consejo que te di, eh…," bromea con una sonrisa ladeada al ajustarme la camiseta sin mangas.

Suelto una risita, seguida de un siseo de dolor al mover los hombros.

"Dijiste que en caso de emergencia me tirase."

"Pero no en el bosque en mitad de la noche," dice, sacudiendo la cabeza con resignación.

"Miré a ambos lados antes de tirarme," insisto.

Me mira entornando los ojos, resoplando con incredulidad. "Eres de lo que no hay, Sage Reid."

"Me limito a sobrevivir." Y me encojo de hombros mentalmente, porque eso es lo que he hecho toda la vida: sobrevivir.

"Has tenido suerte de que Wade fuera detrás de Mud y te encontrara."

Emito un sonido de asentimiento, sintiendo un calor cada vez más familiar en el pecho al pensar en él y al recordar que no se ha apartado de mí en toda la noche.

"Hablando de Mud… ¿lo habéis encontrado?"

Niega con la cabeza, desviando la vista hacia el botón de mis vaqueros, que falta por abrochar.

"Pregúntaselo luego a mi hermano."

La miro recoger la habitación, mi ropa de ayer y la riñonera con mis cosas. Guarda el móvil dentro, que me sorprende que haya sobrevivido a la caída, y posa una mano en mi espalda para guiarme hacia la salida.

Firmo el alta como puedo al llegar a la recepción y salimos juntas del hospital.

"¿Y Emily y Wade?," pregunto al verla abrir la puerta del copiloto de su camioneta.

"Mi madre lo ha obligado a ir a casa a ducharse y descansar," contesta distraídamente, cerrando la puerta cuando entro. "Te llevo yo a casa de mi hermano," añade al subirse detrás del volante.

"¿A la casa de tu hermano?" Alzo una ceja, obligándome a no moverme hacia ella.

"Ajá." Asiente. "Órdenes de Wade," añade sin dar más explicaciones.

Cuando llegamos a la casa contigua a mi apartamento, Lib me acompaña hasta el salón y me ayuda a sentarme con cuidado en el sofá. Se ofrece para prepararme la comida, dejándome sola en la estancia que apenas conozco.

Regresa tras varios minutos que se me hacen eternos con un cuenco de comida líquida y una pajita, y me sorprende al despedirse de pronto, diciendo que Julie tiene problemas en la tienda y necesita irse. Suena a excusa, pero la preocupación en su mirada y la forma en que se agacha para darme un beso en la mejilla con cariño dicen lo contrario.

Antes de salir, me hace prometerle que voy a descansar y a quedarme quietecita.

Vuelvo a quedarme sola, y es una sensación extrañamente desagradable. No hay ni rastro de Wade en la casa, silenciosa como una noche de invierno, y no puedo evitar preguntarme cómo estará. ¿Habrá dormido algo? ¿Se sentirá culpable?

Observo el salón con detenimiento, parándome en cada detalle de la limpia y ordenada sala. Cuelgan de las paredes de madera varios cuadros de tulipanes rosas, dándole un toque de color a la estancia. Me fijo en la repisa frente a mí, justo debajo de la ventana que da al patio trasero, y me llama la atención los marcos de fotografías que descansan encima. Pero uno de ellos, el que tiene adornos florales, me hace entrecerrar los ojos para enfocarlo. Distingo en la distancia a un hombre y un niño con rizos, ambos sonriendo.

Justo cuando estoy a punto de levantarme del sofá —haciendo el esfuerzo de mi vida tras quedarme un rato observando la imagen —, escucho unos pasos bajando las escaleras a toda prisa.

Abro los ojos de par en par al encontrarme con la espalda de Wade en el rellano, recién duchado y… sin camiseta.

Me quedo paralizada unos segundos, observando con detenimiento los músculos de su espalda. Se nota que hace ejercicio

todos los días en el trabajo con la maquinaria pesada, porque está bien definido. Más que bien, de hecho.

Hago el esfuerzo de mi vida por cerrar la boca y aclararme disimuladamente la garganta al ver que no se ha percatado de mi presencia.

"Wade," lo llamo en un jadeo, como si hubiera corrido una maratón. El rubor me sube a las mejillas, y me odio por no poder apartar la cara.

Se gira como un resorte, abriendo la boca al verme sentada en su sofá en una postura bastante ortopédica. Me fijo en que lleva una camiseta en la mano, y tengo que rezar para que se la ponga pronto si no quiere que me dé un infarto.

"Ya estás aquí," susurra sin ocultar el alivio, dando unos pasos hacia mí. "¿Te ha ayudado Lib?" Parpadeo una vez, sin poder hacer movimientos con la parte superior de mi cuerpo por el cabestrillo. "¿Cómo te encuentras?"

"Incómoda y dolorida, pero no por la caída, sino por la postura en la que me ha dejado tu hermana aquí." Hago una mueca. "Me estoy clavando algo en la espalda y necesito ayuda para levantarme."

Suspira con fuerza, poniéndose la camiseta y sentándose en la mesita de café de madera delante de mí.

"Podrías habérselo pedido a Lib antes de que se fuera."

"Iba a hacerlo, pero de repente tenía mucha prisa en irse a la tienda a ayudar y no quería molestarla más."

Wade me mira con los ojos entrecerrados.

"No eres ninguna molestia, Sage."

Reprimo un suspiro, mordiéndome el labio inferior.

"Me siento una carga…," susurro, sin poder contener el comentario, sintiéndome incluso peor por exteriorizarlo.

Niega con la cabeza, bajando la mirada al suelo, pero no añade nada más. No quiero que se sientan culpables ni que se preocupen, pero tampoco que estén pendientes de mí. Es complicado en mi estado, lo sé. Me da rabia no poder ser autosuficiente y depender de ellos para cualquier cosa.

Incluso para recolocarme en el sofá…

"¿Puedo?" Se inclina hacia delante, levantando las manos.

Parpadeo como asentimiento, e intento no estremecerme al sentir sus cálidas manos cuando me sujeta por la cintura para levantarme con cuidado. Cuando estoy al borde del sofá, coloca un cojín a mi espalda y vuelve a recostarme sobre él. Respiro hondo, y el aroma a cuero me inunda. Cuando parece satisfecho con mi nueva postura, Wade se aleja, y el calor de su cuerpo desaparece tan pronto como llegó.

"¿Mejor?"

Me aclaro la garganta, sintiéndola seca de pronto, desviando la vista hacia cualquier parte menos a sus intensos ojos verdes.

"Sí, gracias," susurro, sintiendo los latidos de mi corazón retumbando con fuerza en mis oídos.

"No es nada."

Hace el amago de levantarse, pero, sin pensarlo mucho, susurro un bajísimo "espera" que no escucho ni yo por encima de mis latidos pero que a él le hace enarcar ambas cejas.

"Gracias," susurro, con la voz temblorosa. "Por todo, no solo por esto. Gracias por salir detrás de mí, ayudarme y llevarme al hospital. Me has salvado, Wade."

Escucho cómo coge aire con fuerza y gruñe cuando se pasa una mano por la cabeza.

"No tienes que darme las gracias, Sage. No es algo que suponga un problema. Lo volvería a hacer mil veces si son necesarias."

La intensidad con la que me mira me provoca un calor en el pecho que se expande hasta acumularse entre mis piernas, y no puedo evitar ruborizarme por mi propia desvergüenza.

"¿Por qué?," jadeo.

"Porque me importas y quiero que estés a salvo."

Mi corazón se para, mi boca se abre y he olvidado por completo cómo coño se hacía para respirar.

«Me importas y quiero que estés a salvo».

«Lo volvería a hacer mil veces».

Sus palabras se quedan grabadas en mi mente, y sé que esta noche no podré dormir porque estaré ocupada dándoles mil vueltas.

¿En qué momento todo entre nosotros se ha vuelto tan… difuso? Desde el beso, siento que todo ha cambiado, pero no logro entender si para bien o para mal. No hay incomodidad en el ambiente, solo tensión… ¿sexual? Sea lo que sea, es evidente que no está resuelta.

Ay madre.

Creo que estoy teniendo un momento de lucidez. La confusión se va desvaneciendo poco a poco, y deja espacio a una certeza.

La certeza de que estoy empezando a sentir algo por Wade.

De pronto, la cabeza me va a estallar y el mundo me da vueltas.

¿Me voy a desmayar?

"¿Por eso me has traído a tu casa y no a la mía?," pregunto en un hilo de voz**.**

Y lo sé. Solo por cómo me mira, ya sé la respuesta.

Abre la boca, pero vuelve a cerrarla, como si se hubiera quedado sin palabras. Lo veo coger aire sin dejar de mirarme, y siento como si el mundo a nuestro alrededor se desvaneciera cuando cierra los ojos y asiente.

"Así es más fácil cuidarte," murmura con la cabeza gacha.

Mi corazón da un brinco y mi cuerpo se convierte en gelatina. Es como si hubiéramos creado una burbuja donde solo existimos él y yo, y me da miedo que se rompa. Una punzada directa al corazón me atraviesa al darme cuenta de que quiero quedarme ahí dentro toda la vida.

"Wade, me he fracturado la clavícula, no estoy inválida."

Intento bromear, pero mi tono suena demasiado serio, tembloroso ante el peso de sus palabras.

"Es lo que quiero hacer," responde con seguridad.

Alza la mirada y la clava en mí con tanta intensidad que temo que lea todo lo que siento por él.

"Déjame cuidarte, Sage."

Abro la boca para contestar, pero solo consigo tomar aire, demasiado afectada como para reaccionar.

Wade parece entender la batalla que se libran entre mi cabeza y mi corazón, porque se levanta lentamente de la mesita de café. Sin apartar la vista de mí, da un paso hacia delante, e instintivamente

abro las piernas, dejando espacio para que las suyas queden entre las mías. Se inclina con una lentitud que me hace arder de impaciencia. Cuanto más se acerca, más segura estoy de lo que siento por él; de lo que quiero de él.

Me odio por no poder moverme, ni siquiera para inclinar la cabeza hacia atrás para darle toda la atención que se merece.

Como si me leyera el pensamiento, apoya las manos en el respaldo del sofá, enjaulándome entre sus fuertes brazos. Se me corta la respiración cuando se agacha hasta que su cabeza queda a la altura de la mía. Si me inclinara tan solo unos centímetros, estoy segura de que nuestros labios se rozarían.

Pero Wade permanece inmóvil, mirándome con cientos de pensamientos revoloteando en sus ojos.

"Wade…," susurro jadeante, tan cerca que nuestros alientos se entrelazan. Bajo la mirada a sus labios, y el corazón me da un vuelco cuando se los humedece lentamente con la lengua.

Joder… ¿Por qué tiene que provocarme así justo ahora, cuando no puedo ni moverme?

"Dime," murmura, con la vista fija en mis labios.

"Yo… quiero que tú… tú…," balbuceo, incapaz de pensar con claridad cuando lo tengo tan cerca.

"¿Sí?" Su voz ronca me coge desprevenida, y tengo que reprimirme para no soltar un gemido.

Ya no sé qué quería decir. No cuando me mira con esa cara, llena de deseo y promesas a las que sería incapaz de negarme. Sin darme cuenta, veo que mi mano se alza y roza su mejilla con suavidad. Wade inclina la cabeza, cerrando los ojos mientras deslizo las puntas de mis dedos sobre su mandíbula.

Puedo sentir su calidez y el latir de su corazón, tan acelerado como el mío.

Entonces me sorprende abriendo los ojos con un suspiro profundo que me roza la mejilla, erizándome la piel. Aparta la cabeza lentamente, como si le doliera separarse de mí, y da un paso atrás para poner distancia entre nosotros.

"No puedo aprovecharme de una convaleciente," murmura con una sonrisa ladeada, con una mezcla de ternura y picardía que no

sabía que me volvería tan loca.

Pero… ¿qué cojones…?

Abro y cierro la boca varias veces, boqueando como un pez fuera del agua. Todavía siento el roce rasposo de su incipiente barba sobre las puntas de mis dedos.

"Lo siento, Sage, no debería haber hecho eso," dice alejándose, pero su voz está teñida de una satisfacción que no se molesta en esconder. No hay ni rastro de culpa en su tono. No lo siente ni lo más mínimo.

Una sonrisa satisfecha ilumina su rostro. ¿Por qué no se ve tan afectado como yo? ¿Cómo puede decir esas cosas y quedarse tan tranquilo cuando nuestros cuerpos están tan cerca?

Me odio por no poder controlarme… pero odio a Wade todavía más por hacerme esto cuando no puedo moverme para darle una colleja por calienta bragas ni para agarrarlo del cuello de la camiseta y besarlo como se merece.



Las siguientes cuatro semanas son un borrón difuso en mi memoria, llenas de dolor y una lentitud propia de una escena de acción de película. Cada vez que respiro profundamente o hago un mínimo movimiento, siento un pinchazo de dolor en la clavícula que me hace cerrar los ojos para no soltar más lágrimas. Sabía que la recuperación para este tipo de fractura es angustiosa y que la única tarea que se puede hacer es descansar, pero está siendo muy difícil no ceder ante la locura.

Apenas salgo de casa porque necesito ayuda para levantarme del sofá y de la cama y, como el dolor es tan fuerte y ni los analgésicos parecen funcionar, temo estar sola, desmayarme del

dolor y caerme. Lo último que necesito es estar más tiempo del necesario convertida en un mueble más de la casa de Wade.

Que hablando de él… No se ha separado de mí en ningún momento. Me ayuda por las mañanas a ir de la cama al sofá; hace la comida y me da de comer los días que todo me duele tanto que no puedo ni moverme; se queda conmigo por las tardes hablando o jugando a las cartas para que esté acompañada y, cuando me ve agobiada porque no puedo ni cambiarme de ropa sola, llama a Lib para que venga para echarme una mano con la ducha.

Su ayuda es perfecta e inmejorable, y volvería a tirarme de Mud en marcha las veces que hiciera falta si siempre fuera a recibir esta atención. Y no lo digo solo por el trato, sino porque viene de Wade Weston.

Me incorporo con cuidado en el sofá, arrastrándome hasta el borde del cojín para no impulsarme con las manos. Como han pasado varias semanas desde la caída, supuestamente ya puedo hacer vida normal, pero no lo hago porque me da miedo hacer algún movimiento raro, apoyarme mal y joderme más la clavícula. Así que siempre intento hacer el mínimo esfuerzo.

Hablando con Lib esta mañana —pues se acercó a casa a desayunar conmigo—, le comenté que quería trabajar en la tienda ahora que el dolor ha cesado notablemente y ya no me duelen los brazos. Al principio estaba reticente, pero le expliqué y prometí que solo me encargaría de la caja y de tomar pedidos. Para las llamadas puedo usar unos auriculares, así tampoco tendría que levantar el brazo para llevarme el teléfono a la oreja.

Gracias a mi infalible persuasión —después de tantos años perfeccionándola—, terminó cediendo. Lib se encargará del huerto lo que queda del mes, y a mí me toca ir todas las mañanas a The Green Basket.

El plan es perfecto: no paso más horas en casa y me mantengo entretenida. El único problema, que no había visto hasta ahora, es que no tengo cómo ir.

Lib vive al otro lado de Almond Valley y Julie en River Cross, así que tengo que volver a usar mis métodos de persuasión para convencer a Wade.

Para cuando consigo levantarme del sofá —aproximadamente un cuarto de hora después—, tengo la respiración agitada del esfuerzo y me siento agotada por usar toda mi concentración para no caerme. Sujetándome del respaldo del sofá, cruzo la estancia hacia la ventana que da a la zona trasera de la propiedad. Aparto la cortina para asomarme, y sonrío al examinar cada detalle del paisaje.

Veo a los caballos con las mantas puestas comiendo del montón de heno que hay en mitad del prado. El calor ha desaparecido del pueblo, dejando paso al frío de finales de noviembre que, de momento, resulta soportable. Justo en ese momento, los farolillos se encienden y el campo se ilumina con una luz cálida que lo envuelve todo. Me fijo en el camino, donde no hay ni rastro de las últimas hojas naranjas del otoño.

Pero es algo que se mueve justo debajo de mí lo que me hace desviar la mirada hacia ese punto. Wade está sentado en la mesa del jardín, la que tiene las dos sillas aburridas y oxidadas, y me llama la atención la manera en la que parece que está hablando consigo mismo. Resopla y gesticula con los brazos de manera exagerada mientras mueve nerviosamente una pierna.

Me muerdo el interior de la mejilla, barajando si debería ir a hablar con él o volver a la cama. Pero estoy harta de quedarme en casa, así que, casi sin darme cuenta, estoy bajando las escaleras del porche a toda prisa para acompañarlo.

Lo encuentro en el mismo sitio, sentado en la vieja silla con el ceño fruncido mientras observa el prado con la mirada perdida.

"¿Qué hay?," saludo a varios metros con una pequeña sonrisa.

Wade se gira hacia mí y me mira con la boca entreabierta, pálido de repente como si hubiera visto un fantasma.

"¿Sage?" Confuso, sus cejas se juntan, casi formando una única línea.

"La misma," contesto, ensanchando mi sonrisa. "Que yo sepa que no tienes más vecinas, ¿o debería decir compañeras de piso? Creo que no podría ser otra."

Abre y cierra la boca varias veces, y a mí me entra la risa al verlo tan desencajado. ¿Desde cuándo Wade se queda sin palabras?

Como si necesitara tiempo para procesar que soy real, me examina de arriba abajo, y trato de aligerar el ambiente haciendo un par de poses divertidas. Llevo un jersey mostaza que me queda tres tallas grandes y unos vaqueros anchos que arrastran el suelo aun llevando mis zapatillas crema favoritas con suela gruesa.

Tras cuatro semanas viviendo en pijama, hoy me apetecía arreglarme un poco. El dolor me ha dado una tregua estos últimos días, así que quería aprovecharlo para darme una ducha sola y vestirme con algo más que una camiseta ancha y una sudadera gastada. Lo que llevo no es ropa formal ni me he esforzado mucho al elegirla, pero es cómoda y mucho más elegante que los pantalones rosas de algodón con los que duermo.

"¿Todo bien?," pregunto, sentándome en la otra silla de exterior.

Wade se gira en su asiento para mirarme, y, en un instante, relaja las facciones y sus hombros caen, liberando cualquier tensión.

"Todo bien," asiente con una pequeñísima sonrisa. "¿Cómo te encuentras hoy? Tienes buena cara."

Sonrío encantada porque, aunque no sea un cumplido directo, me alegra saber que desde fuera tampoco tengo tan mal aspecto.

"Apenas me duele la clavícula," digo ilusionada. "He logrado ducharme y vestirme yo sola. Todo un logro, lo sé."

"Ya iba siendo hora…," bromea, inclinándose hacia delante.

Apoya los antebrazos en la mesa, que se ve diminuta en comparación con sus músculos marcados, y tengo que cruzar las piernas para mitigar el calor que me recorre de pronto al imaginármelo encima de mí.

"Además, esta mañana he hablado con tu hermana para trabajar en la tienda. Estaré allí las próximas semanas haciendo el turno de Lib y ella se encargará del huerto."

"¿Qué te ha dicho el médico?"

Me encojo de hombros con cuidado antes de contestar: "En la revisión de ayer me dijo que estaba todo bien y que ya podía hacer esfuerzos. Aun así me da un poco de miedo hacerme daño, así que solo me encargaré de tomar pedidos y cobrar en la caja."

"Sin prisa, Sage," dice, apretando los labios con comprensión. "No te fuerces a hacer nada de lo que no estés segura. Y no pasa

nada si algo te duele. Lo dejas y reposas unos minutos; Julie lo entenderá y seguro que te echará una mano si la necesitas." Asiento, escuchándolo con atención. "Tómate tu tiempo para recuperarte. No tenemos prisa."

"¿*Tenemos*?," me sale preguntar en tono burlón.

Soy de lo que no hay… de todas las cosas alentadoras que me ha dicho, voy y me quedo con la última frase para hacer una estúpida broma.

Wade pone los ojos en blanco, exasperado, pero esboza una sonrisa ladeada.

"Pues claro," dice con seguridad, lanzándome una mirada intensa que me hace apretar los muslos. "¿Necesitas que te recuerde quién te ha levantado y acostado todos los días en las últimas semanas? ¿O quién te ha hecho la comida y dado de comer? Estamos en esto juntos, Sage. Si la cosa empeora, volveremos a empezar. Nunca estarás sola, ¿vale? Yo siempre estaré ahí para sujetarte."

Siento un nudo en la garganta que no se va ni tragando varias veces. Sé que si intento hablar no va a salir ningún sonido de mi garganta, así que me limito a esperar unos segundos bajo la atenta mirada de Wade hasta que la sensación se desvanece.

"¿Tanto te preocupas por mí?," consigo pronunciar en un susurro tembloroso.

"Pues claro, Sage," contesta en el mismo tono. "No sé si sientes lo mismo, pero yo estoy seguro de que siempre me preocuparé por ti."

"Yo también, Wade. Te lo aseguro."

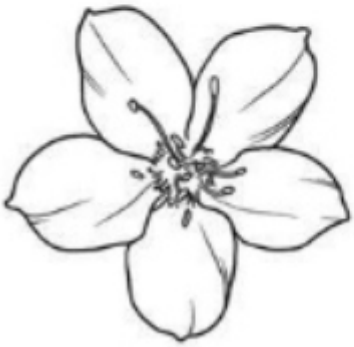
Mi corazón late fuerte contra mi pecho, y compartimos una sonrisa que lo dice todo sin necesidad de usar más palabras. No sé cuánto tiempo pasamos así, mirándonos en silencio. Solo sé que me siento segura bajo la atenta mirada de Wade.

En algún momento, cuando ya no siento los dedos de los pies del frío, entramos juntos en nuestra casa como hemos hecho otras mil veces. Pero esta vez es diferente, porque nuestros latidos están acompasados.

Capítulo Treinta

Sage





"Sage, ¿todo bien por ahí?" El grito de Julie proviene del otro lado de la puerta que tengo a mi espalda, dentro del almacén.

No llevo ni cinco minutos sola…

Resoplo, porque hoy Julie va a encargarse de hacer inventario mientras a mí me toca la zona de la tienda. Apenas me ha dado tiempo de abrir The Green Basket y mi compañera ya está preocupada.

"Sí, Julie, todo bien," contesto elevando la voz para que me escuche.

Pongo los ojos en blanco, aunque no pueda verme, y sigo con mi tarea de preparar los pedidos que tienen que venir a recoger los clientes hoy.

Llevo una semana y media trabajando en la tienda de Lib. No he trabajado nunca en el almacén por miedo a volver a lesionarme, así que siempre estoy atendiendo al público y con los pedidos. Ayer por la tarde, en mi última revisión con el médico, me comunicó que ya estaba cien por ciento recuperada y que podía comenzar a hacer vida normal —incluyendo trabajar en el campo y montar a caballo. Ya he avisado a mis amigos de la noticia, pero todavía les da algo de pánico que haga el mínimo esfuerzo y me siguen tratando como si fuera una muñeca de porcelana.

Es un tanto frustrante —verlos en estado de alerta cuando me tienen cerca—, pero confío en que se les pasará en unos días y se acostumbrarán a la nueva-antigua yo.

Escucho cómo chirría la puerta del almacén al abrirse, y sigo pasando los pedidos del ordenador a la libreta para diferenciarlos cuando los prepare. Una mano cálida se posa en mi codo, pero no me giro porque aquí solo estamos dos personas.

"Dime, Julie," murmuro, concentrada en la tarea.

"Hoy me tengo que ir pronto, cielo," dice en tono de disculpas. Dejo lo que estaba haciendo para mirarla. "Ha sido algo repentino, en serio. Mi primo me acaba de llamar de Silvermoor y necesita que lo recoja. Su camioneta lo ha dejado tirado en mitad de un camino y no logra arrancarla."

"Julie, no pasa nada." Trato de tranquilizarla al ver que se retuerce las manos con nerviosismo. "Ve a buscarlo y yo me encargo."

"Hoy creo que no había muchos pedidos. Si te encuentras mal puedes cerrar antes..."

Asiento, esbozando una sonrisa.

"No te preocupes, Julie. Si necesito cualquier cosa, llamo a Lib."

Me mira con los labios apretados, no muy convencida de esta decisión improvisada. Sé que no puedo convencerla para que no se preocupe, así que le aprieto el hombro con una sonrisa y vuelvo a girarme hacia el mostrador.

"Vale," susurra detrás de mí.

Escucho cómo suelta el aire en un suspiro quejumbroso, y me tengo que morder el interior de la mejilla para no reírme. A veces

Julie es tan dramática…

A los veinte minutos, Julie se despide de mí como si se fuera a la guerra y no me fuera a volver a ver en años. Le prometo que estaré bien y que seguiré sus instrucciones si pasa algo o si me duele la lesión. Se marcha esbozando una pequeñísima sonrisa, y me quedo sola en la tienda rodeada de pedidos a medio hacer.

La mañana resulta tranquila, incluso aburrida, pero me mantengo entretenida la mayor parte del tiempo haciendo cestas de verduras y charlando con los vecinos que vienen más por la conversación que por comprar.

Estos meses en casa me he dado cuenta de lo mucho que me gusta este pueblo y su gente. Todos los clientes me preguntan por mi clavícula, mostrando preocupación sincera por mi salud. Cuento la misma historia unas diez veces en toda la mañana, pero cuando casi es la hora de cerrar, me siento más arropada que nunca.

Quedarme aquí era una opción remota, casi imposible. Pero, con cada día que pasa, lo veo más claro: este es mi lugar. Por River Cross, Almond Valley, los Weston… por Wade.

Sin él, estos meses hubieran sido un infierno. Me lo imagino sin tener que pensarlo mucho: sola en mi apartamento, dando rienda suelta a la locura y arrancándome la cabeza yo solita.

Wade me ha salvado no una, sino dos veces.

Es atento y leal. Se preocupa por mí como nunca nadie había hecho; siempre buscando mi comodidad por encima de cualquier cosa, fijándose en cada detalle y marcando la diferencia. A veces incluso puede ser cariñoso.

Quién lo diría, ¿eh?

Se ha convertido en una de las personas en las que más confío. Quizá incluso en algo más, si permito que mi corazón sueñe.

El tintineo de la puerta me saca de mis dilemas amorosos antes de que me haga demasiadas ilusiones. Porque, viendo cómo se comporta Wade conmigo, me atrevería a decir que sería correspondido… ¿no?

Me levanto del suelo, donde estaba terminando de organizar los cajones tras el mostrador, y me giro hacia la puerta para saludar al nuevo cliente. Mi corazón se detiene un segundo al ver al hombre

que acaba de entrar. Abro la boca con sorpresa, aunque mis latidos se reanudan en cuanto me doy cuenta de que no es el Weston que estaba esperando.

"¡Hola, Tate! ¿Qué hay?," saludo con demasiada efusividad, dándole un susto al aparecer de un salto al otro lado del mostrador.

"¿Cómo estás? ¿Qué te dijo el médico?"

Me trago el resoplido y repito una a una las mismas palabras que usé ayer. Cuando salí de la consulta fui a casa de Emily, donde estaba toda la familia, y les expliqué lo que me habían dicho en el hospital. Que estoy bien y puedo trabajar.

"Eso es genial, Sage," dice con emoción cuando termino, pero su ceño fruncido con preocupación expresa lo contrario.

"Tate, te digo lo mismo que a Julie: estoy bien, no me encuentro mal y, si me ocurriera algo, os avisaría. ¿Vale?"

Suspira con fuerza, desviando la mirada hacia el suelo.

"Lo sé, lo sé. Es solo que… ha sido un susto enorme. Aunque hayan pasado semanas, he estado desde el accidente muy preocupado por ti."

Me muerdo el interior de la mejilla al sentir un nudo en el estómago por causar tanta preocupación. Acorto la distancia entre nosotros y rodeo su cintura con mis brazos. Me abraza de vuelta con cuidado de no hacer mucha fuerza, y me da un pequeño beso en la coronilla.

"Lo siento mucho, Tate," murmuro con la voz amortiguada por su pecho. Me da unas suaves palmadas en la espalda, como si entendiera que no lo digo solo por mi accidente. "¿A qué has venido?," pregunto al apartarme de él.

Suelta una pequeña risa que aligera el ambiente. "Venía a recoger unas herramientas que dejé en el almacén hace meses. Una de las máquinas de mi padre se ha vuelto a estropear y hay que arreglarla."

"¿Y no es más fácil cambiarla por una nueva?"

Tate echa la cabeza para atrás para soltar una carcajada, y me mira con un brillo de diversión en los ojos.

"Eso llevo diciéndole meses a mi hermano y no me escucha. Está empeñado en seguir usándolas por el valor sentimental, pero es

que esta no es la única que no funciona. La segadora también nos da problemas todos los veranos y siempre nos atrasa el trabajo porque Weston tiene que partirse la espalda para arreglarla," explica, al borde del colapso de la impotencia que debe de sentir. Se pasa las manos por la cabeza, sin importarle el desastre que está haciendo con su pelo.

"Vaya…," contesto distraída, dándole vueltas a una posible solución.

Mi idea es bastante descabellada y es probable que Wade mate a su hermano, pero es lo mejor que se me ocurre y puede que la única forma de que se deshaga de una vez de la maquinaria que no funciona sin perder su valor sentimental.

Me quedo pensativa detrás del mostrador mientras Tate se adentra en el almacén para coger sus cosas. Cuantas más vueltas le doy, más me convence, y para cuando mi amigo sale por la puerta, la he perfeccionado tanto que es increíble.

"Hazme un favor, Tate. Mañana llévame a casa la máquina que no funcione bien cuando tengas un hueco por la tarde. Si Wade pregunta, dile que no se podía arreglar y que la has tirado."

"Estás loca," bufa, mirándome como si me hubiera salido otra cabeza.

"Hazlo por el bien de tu salud mental," digo haciendo un puchero.

"Mi salud mental no podría peligrar más haciendo lo que me pides, Sage. Cuando le suelte la bomba a Weston mi única preocupación será estar pendiente de que no me dispare."

Me echo a reír sin poder evitarlo, ganándome una mirada de desaprobación por su parte. Es incluso más dramático que Julie, y eso es mucho decir.

"Eres un exagerado," digo sonriente.

Tate gruñe por lo bajo, pero se pasea por la tienda con el ceño fruncido como si se lo estuviera pensando. El silencio se alarga hasta que chasquea la lengua contra el paladar, haciéndome levantar la vista.

"No sé qué tienes en mente, pero Wade me va a cortar los huevos," murmura, parándose frente al escaparate. Sonrío ahora que

no puede verme, porque sé que ya lo he convencido.

"Venga, Tate…," insisto. "Te invitaré a The Red durante todo el año que viene."

"Me voy a meter en un buen lío, Sage. Espero que merezca la pena."

Se gira para mirarme, y una enorme sonrisa se instaura en mis labios.

"Creo que sí."



A la tarde siguiente, cuando llego de trabajar en la tienda, el corazón casi se me sale del pecho cuando me encuentro a Tate cumpliendo con su palabra. Me espera sentado en las escaleras del porche con un abrigo negro, el pelo despeinado y el ceño fruncido.

"Weston casi me asesina," anuncia cuando salgo de mi camioneta.

"Es por una buena causa," digo con una sonrisa, provocándole un bufido. "Ayúdame a separar las piezas más grandes antes de que te vayas."

Movemos las máquinas hacia el lateral de la casa, dejándolas detrás de la primera línea de árboles para que no se vean desde el camino. Tate me ayuda a cargar con las estructuras más pesadas sin preguntarme para qué quiero este montón de chatarra. No se lo diría ni aunque me pagase, así que agradezco su falta de curiosidad -o que se esté mordiendo la lengua.

Cuando terminamos de desmontarlo todo y dejarlo colocado donde le pido, me da un rápido abrazo antes de subirse a su camioneta para volver al trabajo.

"Te llamaré más tarde si sigo vivo."

Suelto una risita, despidiéndome con la mano, y me pongo manos a la obra para no perder ni un segundo.

Me enfrasco en la tarea sin darme un respiro para descansar, sudando por todo el cuerpo a pesar del frío terrible de inicios de diciembre. Pierdo la noción del tiempo y, para cuando levanto la cabeza con confusión porque no veo nada, me sorprendo al ver que el sol ya ha desaparecido entre los árboles. Estoy rodeada de oscuridad, así que cojo una de las linternas del almacén de Wade para iluminar mi obra. Busco meticulosamente entre las piezas algún hueco o detalles sin arreglar, pero sonrío al comprobar que está todo como imaginé que lo dejaría.

Instalo una última cosa antes de limpiarlo todo y dejar las herramientas donde estaban. Con la ilusión bailando en mi pecho, subo a casa para darme una ducha rápida y voy a la cocina como último destino.

Estoy terminando de hacer la cena cuando la puerta de la entrada se abre con fuerza. Me muerdo el interior de la mejilla al imaginar la agradable conversación que habrán tenido los hermanos Weston, pero no me dejo intimidar ante el enfado de Wade porque sé que en unos minutos se desvanecerá.

O al menos, eso espero…

"¿Qué hay?," saludo como si nada cuando lo escucho entrar en la cocina, y me mantengo ocupada removiendo la comida en la olla como si fuera necesario.

Suelta un bufido a mi espalda, y tengo que apretar los labios para no sonreír.

"Mi hermano tiene suerte de seguir con vida," farfulla, dejándose caer en la silla que siempre ocupa cuando comemos juntos.

"¿Qué ha pasado?," pregunto con fingida preocupación, girándome para mirarlo con mi mejor cara de póquer.

"El imbécil de Tate se ha deshecho esta mañana de la segadora de mi padre sin consultármelo antes. Cuando le pregunté que por qué lo había hecho así, sin más, su mierda de excusa fue que ya no funcionaba," explica escupiendo cada palabra, hecho una furia. "Maldito idiota," masculla entre dientes.

Aprieto los labios y me doy la vuelta antes de que vea mi sonrisa.

"¿Pero funcionaba bien?"

No contesta al instante, y hago acopio de todas mis fuerzas para no estallar en carcajadas. No me quiero imaginar el quebradero de cabeza que le voy a quitar a Wade en cuanto vea que ya no va a tener que reparar esas máquinas nunca más —aunque ahora solo vea la parte negativa.

"Debían pasar por un mantenimiento dos veces al año, pero… es más por el valor sentimental," murmura, menos enfadado pero con el corazón visiblemente más implicado.

No añado nada más, y el silencio nos acompaña mientras cenamos. El enfado de Wade va desapareciendo a medida que la comida mengua, a diferencia de la tensión que se va acumulando en mi cuerpo. La duda por no saber si le gustará o no me está poniendo de los nervios. Tengo que respirar hondo varias veces con disimulo para que Wade no sospeche nada, y, cuando hemos terminado, no aguanto quieta ni un segundo más.

Me levanto a toda prisa de la mesa y recojo los platos para ponerlos a remojo en el fregadero. Cegada por la incertidumbre, me muerdo el labio inferior y no le doy tiempo a la duda cuando me acerco a Wade.

Sin darle tiempo a rechistar, cojo su mano con fuerza y lo guío escaleras abajo a toda prisa.

"Sage, ¿qué haces? Hace demasiado frío a estas horas para salir sin abrigo," se queja detrás de mí.

"Será solo un momento, tengo que enseñarte una cosa."

Él suspira, pero se deja llevar sin oponer resistencia.

Freno en seco cuando llegamos al lateral de la casa, y me giro para ver su reacción. Parece que no entiende nada, porque me mira de vuelta con el ceño fruncido.

"Ya sé que te cuesta dejar de mirarme, Wade, pero quiero que te fijes en lo que hay ahí."

Abre la boca para excusarse, pero la cierra cuando enarco las cejas. Una sonrisa se instaura en mis labios al comprobar que tengo razón.

Wade da unos pasos hacia delante y su expresión cambia por completo al fijarse en lo que tiene frente a sus narices.

"Sage…"

"No digas nada aún, espera un segundo."

Salgo corriendo hacia el panel de los interruptores y levanto el de los nuevos farolillos. Pequeñas lucecitas aparecen como luciérnagas en medio de la noche, iluminando el rostro sorprendido de Wade.

De manera automática, mis labios se ensanchan en una enorme sonrisa al ver sus ojos brillando de la emoción. Me acerco lentamente para acariciarle el brazo, y siento su cuerpo ablandarse ante mi contacto.

Sigo su mirada para ver mi creación: las piezas de la vieja segadora convertidas en unas jardineras llenas de tulipanes rosas.

"No sé si he elegido bien las flores. Como tu salón está decorado con tulipanes, pensé-"

"Es perfecto, Sage," murmura con la emoción impregnada en la voz.

Le doy un suave apretón, y el corazón comienza a latirme con más fuerza cuando posa una mano sobre la mía. Apoyo la cabeza en su brazo mientras mantenemos la mirada fija en mi pequeño acto simbólico.

"Después de todos estos meses cuidándome, pendiente de mí y haciendo que estuviera lo más cómoda posible… Sentía que te lo debía."

"No me debes nada, Sage," susurra, sin apartar la vista de las flores.

"Pero quería hacerlo. Te lo merecías, Wade." Y añado en un tono divertido: "Luke y Tate también se lo merecían."

Suelta una carcajada que le sacude los hombros, haciendo que mi cuerpo vibre en sintonía y mi corazón se ensanche de cariño.

"¿Te gusta?"

"Es la flor favorita de mi padre," confiesa. "Es lo más bonito que alguien ha hecho en su honor por mí, Sage."

Nos quedamos observando el pequeño rincón en el bosque en honor a su padre, y su mano se desliza por la mía hasta entrelazar

nuestros dedos. Me da un suave apretón, y se me corta la respiración al girarme hacia él y ver que me observa con un brillo cariñoso en los ojos.

"No tengo palabras," murmura, intercalando la vista entre mis ojos y mi boca.

"A veces los actos valen más que las palabras," contesto en un hilo de voz, aunque estoy demasiado afectada por cómo me mira como para pensar con claridad en lo que quiero decir.

Bajo su atenta mirada, desvío la mía hacia sus labios entreabiertos, y mi corazón comienza a palpitar con fuerza por la anticipación al ver cómo se acerca despacio. Apenas nos separan unos centímetros, y un estremecimiento me recorre el cuerpo entero cuando roza sus labios con los míos con una suavidad que me desarma.

El suave contacto me hace temblar, y todo a mi alrededor desaparece cuando, por fin, acorta la distancia y me besa con fuerza.

Mis manos se mueven solas a su nuca y gimo contra su boca al sentir su abrazo. Sus dedos se hunden en mi cabello y tiran levemente, arrancándome un suspiro que él aprovecha para profundizar el beso. Me recorre con las manos, esta vez sin pausa, colándose bajo mi camiseta hasta encontrar mi piel. Un jadeo rompe el silencio ante el contacto, y Wade lo interpreta como una invitación para seguir explorando.

Su palma asciende hasta rozar la curva de mis pechos, y me arqueo hacia él con la mente nublada del deseo, necesitando sentir sus manos por todo mi cuerpo.

"Wade," jadeo con la respiración entrecortada. Me besa otra vez con fuerza, agarrándome el cuello con delicadeza; estoy obsesionada con el contraste entre sus gestos.

El aroma a cuero y el calor de su cuerpo me envuelven, y no pienso en nada más que en sentirlo todavía más cerca. Mis manos bajan por sus brazos hasta la cinturilla de sus pantalones, y el gruñido que escapa de su garganta me sacude entera. Mueve la cadera y el roce me arranca un gemido que me obliga a acercarme aún más.

“Joder, Sage. Me moría por volver a besarte,” gruñe contra mis labios, enterrando las manos en mi pelo para sujetarlo y moverlo a su antojo. Nunca me había importado tan poco que se me enredara. “No es sano lo mucho que he pensado en ti, preguntándome si volveríamos a hacerlo.”

Todo parece ir demasiado despacio; lo quiero contra mí, encima de mí, dentro de mí… no aquí, de pie y con ropa.

“¿Solo besarme?,” jadeo contra su boca.

Wade gruñe, besándome con fuerza y, sin perder ni un segundo, me coge de las caderas y me alza. Entrelazo las piernas en su cintura, y la nueva postura hace que su erección roce justo donde más lo necesito. Me muevo instintivamente contra él, y el sonido ronco que deja escapar hace que el calor en mi interior se vuelva insoportable.

Wade se mueve a tientas y, sin darme cuenta, llegamos a su habitación. No dejamos de besarnos entre gemidos y jadeos. Tiro de su nuca para morderle despacio el labio inferior.

“Sage, me estás volviendo loco,” murmura con voz ronca, aferrándose a mis curvas para atraerme hacia él.

Sonrío sobre su boca y aprovecho que nos hemos separado un instante para explorarlo con las manos.

Recorro su ancha espalda, sus hombros y brazos llenos de tatuajes que me ponen tanto, sintiendo cada músculo en tensión. Wade me observa con intensidad, como si no quisiera perderse ni un detalle de mi rostro mientras lo examino así. Mis mejillas se calientan por la intimidad del momento, pero no dejo de tocarlo, mirándolo con una sonrisa ladeada cuando deslizo una mano por el interior de su camisa.

Mi cuerpo arde de deseo al sentir los firmes músculos de su abdomen, y no dudo en desenroscar las piernas de su cadera para bajarme. Apenas mis pies tocan el suelo, me acerco de nuevo para quitarle la camisa por encima de la cabeza sin desabrocharla.

No pierde ni un segundo antes de hacer lo mismo con la mía.

“Joder, Sage. Eres preciosa.” Alza las manos para recorrerme los pechos desnudos con delicadeza, y me basta una mirada a sus ojos oscurecidos para saber lo que quiere hacer conmigo.

“No sabía que te gustara tanto,” consigo murmurar con la voz entrecortada.

Cierro los ojos y me arqueo hacia él cuando comienza a besarme el cuello, bajando por mis clavículas hasta llegar a mi pecho y morderme los pezones con la fuerza justa. Pellizca uno de ellos mientras observa mi expresión de placer, intensificando la humedad entre mis piernas antes de ir a por el otro.

Agradezco que estemos en mitad de la nada para no preocuparme por mis gemidos descontrolados, demasiado fuertes para un piso en la ciudad.

“Eres la mujer más cabezota, impulsiva y distraída que conozco, Sage Reid. Cómo no me vas a gustar si eres la causa de que se me esté yendo la cabeza.”

De repente me levanta del suelo, haciéndome soltar un gritito de sorpresa. Me da la risa floja, que desaparece en cuanto me deja caer sobre la cama y se cierne sobre de mí. Apoyo mis manos sobre su pecho y beso la línea de su mandíbula hasta llegar a la comisura de sus labios hinchados.

Un fuerte gemido escapa de mi garganta cuando desliza una mano por mi estómago hasta rozar la hebilla del cinturón.

“Dime qué quieres,” susurra, volviendo la vista a mis ojos.

Suelto una risa aireada y me retuerzo bajo su cuerpo, presa de sus fornidos brazos.

“Ya lo sabes…”

“Quiero que lo digas en voz alta.”

Su tono autoritario me hace apretar las piernas, intentando mitigar el calor acumulado.

“A ti, Wade. Te quiero a ti.”

Me mira durante un segundo que se me hace eterno y, justo cuando comienzo a desesperarme, acorta la distancia y se lanza hacia mí para besarme con un hambre animal. No tiene nada que ver con los besos que nos hemos dado hasta ahora; está cargado de intenciones que van más allá de un juego de niños.

“Wade… llevamos horas besándonos, necesito más…,” gimoteo entre sus brazos, apartándome para intentar controlar mi respiración.

“No sabes lo mucho que me pone que tengas las mismas ganas que yo de hacer esto,” dice jadeante, levantándose de la cama al verme pelear con mis pantalones para bajármelos.

Se me entrecorta la respiración ante sus palabras y, sin pensarlo, impulso mis caderas hacia arriba para desabrocharme el cinturón y quitarme los pantalones. Wade me imita, y puedo sentir su impaciencia a través de sus movimientos apresurados.

Sin poder controlarme, comienzo a salivar al verlo bajarse los pantalones junto a sus calzoncillos, y trago con fuerza al descubrirlo desnudo cuando se endereza.

Sí, es obvio con las amigas que tengo que me había preguntado cómo la tendría Wade, pero nunca habría imaginado que fuera *tan* grande.

Me mira de arriba abajo y siento que las mejillas me arden de la vergüenza cuando sus ojos se posan en las cicatrices que cubren mi piel. No dice una palabra ni pregunta por su origen; en silencio, se acerca al borde de la cama y se agacha.

Sus labios rozan con ternura cada una de esas marcas, y siento que se me corta la respiración, mientras un nudo se instala en mi garganta, lleno de una emoción profunda y dolorosa.

“¿Estás segura?,” pregunta, levantando la vista para mirarme a los ojos, y algo me dice que lo estaría matando si respondiera que no.

Asiento con energía, irguiéndome sobre mis codos para mirarlo con la cabeza ladeada.

“¿Qué te hace pensar que eres tú quien tiene más ganas que yo de hacer esto?,” pregunto entrecerrando los ojos, señalando con la cabeza su evidente erección.

Suelta una risa ronca —el mejor sonido que he escuchado en mi vida—, y su calidez me envuelve cuando se tumba a mi lado.

“Por lo empapada que estás, diría que estamos igualados,” murmura, pasando la mano entre mis piernas para sentir mi humedad. Me muerdo el labio con fuerza para no gritar. “No tenemos suficiente tiempo como para hacer todas las cosas que quiero hacer contigo, Sage.”

“¿Quién dice eso?”

Un brillo de sorpresa ilumina su mirada y, cuando abre la boca para responder, lo silencio con un beso que deja claro todo lo que siento hacia él.

Wade me corresponde al instante con la misma intensidad. Me sujeta de las caderas y, en un rápido movimiento, me levanta para dejarme sentada a horcajadas sobre él. Mi cabello nos cubre como una cortina, volviendo a encerrarnos en nuestro propio mundo.

Desliza su agarre hacia abajo hasta rodear mis curvas, y me aprieta con fuerza a la vez que eleva las caderas para rozarse contra mí. Mis pechos rozan su torso mientras voy dejando besos húmedos por su cuello y su clavícula.

Siento su erección presionando contra mi zona más sensible y, al rozarla con ganas, deseando ese placer que tanto anhelo, consigo arrancarle un gemido ronco.

"Cuidado," sisea con la mandíbula apretada. "No querrás que esto acabe antes de empezar."

"Me muero por sentirte dentro de mí," digo en un susurro, mordiéndome el labio inferior.

Cierra los ojos un momento, y me hace jadear contra su boca cuando mete una mano entre nuestros cuerpos pegados para rozar mi centro. Presiona con el pulgar el punto exacto, moviéndolo en círculos lentos que me hacen perder la cabeza.

Me agarro a sus hombros para mantener el equilibrio, pero acabo clavándole las uñas con fuerza del placer.

"¿Te gusta así?," pregunta mordiéndose el labio inferior.

Asiento antes de cerrar los ojos, gimoteando al olvidarme de cómo se hablaba mientras intento recordarme una y otra vez que debo respirar.

Es cuando desliza un dedo dentro de mí que pierdo la concentración y gimo en su boca.

"Joder, qué estrecha estás."

Comienzo a moverme encima de él, buscando el roce perfecto para dejarme llevar. Introduce otro dedo, haciendo que la fricción se intensifique y mis movimientos se vuelvan cada vez más inseguros y torpes, como si mi cuerpo estuviera perdiendo el control.

El calor se acumula rápidamente, y cuando la sensación se vuelve insoportable, me aferro con fuerza a sus hombros.

"Eso es, Sage. Córrete sobre mí."

Wade me besa la clavícula con cuidado, a diferencia de sus movimientos que me hacen gemir cada vez más alto.

"Me voy a…," consigo decir entre jadeos. "Wade…"

Me dejo llevar entre fuertes espasmos, sintiendo cómo me contraigo alrededor de sus dedos.

Tiemblo del placer y todo se nubla a mi alrededor. Porque, joder… acabo de correrme encima de Wade Weston.

Gracias a los dedos de Wade Weston.

"Gracias…," gimoteo sin saber qué narices estoy diciendo.

Porque… ¿qué coño estoy diciendo? De todas las palabras que se me vienen ahora mismo a la cabeza, ¿por qué mi cerebro ha escogido decir justo esa en voz alta?

Escucho cómo Wade suelta una risa entrecortada, y cuando me armo de valor para abrir los ojos, me encuentro con que él me mira con un brillo cariñoso.

"Eso digo yo," murmura, deslizando sus dedos completamente empapados fuera de mí. "¿Ha sido suficiente?"

"No. Te quiero dentro de mí, Wade," contesto con seguridad, un poco atontada tras haber tenido uno de los mejores orgasmos de mi vida.

Wade se ríe ligeramente, haciéndome vibrar sobre él. En un movimiento ágil, sin darme tiempo a reaccionar, me gira y me tumba de espaldas, situándose sobre mí.

"Llevaba demasiado tiempo deseándote…," murmura contra mis labios antes de darme un beso húmedo que me deja aturdida.

"¿Cuánto?"

"Semanas…," dice con voz grave, besando mi clavícula. "Meses…" Otro beso en el hombro. "Desde el día de la subasta…" Besa la comisura de mis labios.

"¿La subasta?," pregunto, sin ocultar mi sorpresa.

Se encoge de hombros y se inclina para rozar sus labios con los míos.

"Tal vez antes…," admite con la voz cargada de algo diferente.

¿Antes?

Pero no me da tiempo a preguntar ni a procesarlo, porque me besa con ansia, arrastrándome de nuevo a nuestra burbuja de placer. Se aparta un momento para abrir el cajón de la mesita de noche; veo que abre una caja de condones nueva y saca uno. Se lo pone en silencio, rodeados de nuestros jadeos y los fuertes latidos de nuestros corazones acelerados.

Se inclina de nuevo sobre mí, apoyando los antebrazos a cada lado de mi cabeza. Nuestros labios se buscan con hambre, y sin perder tiempo, rodeo su cintura con las piernas. Él se alinea con mi cuerpo y se desliza dentro de mí con una embestida firme y segura.

Contenemos la respiración a la vez, mirándonos con intensidad, compartiendo la misma sensación.

"Dame un momento," susurra, mordiéndose el labio inferior y maldiciendo en voz baja. "Joder, está muy apretado."

Le dirijo una mirada sedienta, esperando que se acostumbre a mí mientras siento cómo me llena por dentro. Me besa despacio, y un gemido profundo escapa de mi garganta cuando se retira lentamente solo para clavarse de nuevo con un movimiento más intenso.

"Más fuerte…," jadeo sobre su boca.

Hace lo que le pido, gimiendo entre dientes. No deja de tocarme ni un instante, como si necesitara sentirme de todas las formas posibles. Sus manos recorren mi cuerpo o me besa hasta que pierdo la noción del espacio y el tiempo.

Mis caderas se mueven al compás de sus embestidas, buscando ajustarme a su ritmo. Escucho el roce de su cuerpo chocando contra el mío mientras nuestros alientos se entremezclan. Un gemido escapa sin control de mi garganta cuando levanta mi pierna y la apoya sobre su hombro.

"Mierda, Sage…," gime, clavando sus dientes suavemente en mi cuello.

Su voz ronca me sacude por dentro, pero pierdo el control cuando desliza una mano hasta donde nos unimos y comienza a dibujar círculos sobre mi punto más sensible.

Gimo su nombre mientras él se hunde dentro de mí una y otra vez con fuerza, con ansia, como si quisiera quedarse grabado en mí para siempre.

"Córrete conmigo dentro, Sage," jadea entre estocadas. "No voy a aguantar mucho más."

Me besa con fuerza, y no tardo mucho en deshacerme entre sus brazos.

"Wade…"

Su nombre en mis labios anuncia mi rendición ante el placer y clavo mis uñas con fuerza cuando exploto con él llenando todos mis huecos.

Siento que va a correrse cuando me contraigo a su alrededor y sus movimientos se vuelven más torpes. Apenas pasan unos segundos cuando el orgasmo de Wade se une al mío, fundiéndonos en uno solo.

Apoya su frente sobre la mía y nos tomamos un momento para recuperar el aliento.

"Madre mía, Sage, ha sido..."

"Increíble," termino, dejando caer la cabeza sobre el colchón con una sonrisa satisfecha en los labios.

Wade se desliza fuera de mí con una ligera risa y, tras deshacerse del condón, se acuesta a mi lado. Ruedo sobre la cama hasta apoyar mi mejilla en su pecho desnudo, dejándome envolver por el calor de su piel y el sonido firme —y aún acelerado— de sus latidos.

"Quédate a dormir," murmura, rodeándome con sus brazos.

"Vale," susurro con la voz soñolienta, sin molestarme en reprimir el bostezo que me obliga a cerrar los ojos y acurrucarme más contra él.

Todo lo que implica lo que estamos haciendo, lo que hemos hecho, no es suficiente para encender mis alarmas. He seguido lo que dictaban mis deseos, sí, pero también he dejado que mi corazón participe.

Incluso Wade lo ha hecho.

«Cómo no me vas a gustar si eres la causa de que se me esté yendo la cabeza».

Si lo que ha dicho es cierto, no tengo nada de qué preocuparme. Estoy casi segura de que siente lo mismo que yo… o quizá incluso más.

Capítulo Treinta y Uno

Wade



Creo que no había dormido tan bien en mi vida. Me desperezo con una sonrisa en los labios, hundiéndome en la almohada para protegerme de la inusual claridad que inunda en mi habitación esta mañana. Ayer se me debió de olvidar correr las cortinas antes de acostarme, y la luz me molesta cuando abro los ojos sin querer. Suelto un quejido soñoliento, y ruedo por la cama para darme la vuelta. Cuando mi cabeza toca la otra almohada, un extraño pero familiar olor a lirios me nubla la mente.

Abro los ojos y recorro la habitación con la mirada.

El olor a lirios. Las cortinas abiertas. La cama deshecha. Mi ropa esparcida por el suelo…

Sage.

Aquí no hay nadie más. Recuerdo que le pedí que se quedara a dormir y, pocos minutos después, ya estaba profundamente dormida sobre mi pecho, rodeándome con sus brazos y con nuestras piernas entrelazadas.

El corazón se me rompe un poco al pensar que se habrá marchado temprano para no tener que verme porque lo de ayer fue cosa de una noche. O peor aún… un error.

Me paso las manos por la cara intentando despejarme, y salgo de la cama sintiendo que el mundo es un poco más solitario que ayer, cuando estaba convencido de que teníamos una conexión especial. No sé si ella lo sintió igual, pero para mí fue el mejor sexo de mi vida. Nunca había confiado tanto en alguien. Fue como si supiéramos, sin decir una palabra, lo que el otro necesitaba para llegar al máximo placer; como si conociéramos nuestros cuerpos al milímetro, como si lo hubiéramos hecho miles de veces.

Mierda… me encantaría acostarme con Sage miles de veces.

Me pongo unos pantalones de chándal para bajar a tomar un café, pero no dejo de darle vueltas a lo que podrá haber pasado con Sage. Ni siquiera se me había pasado por la cabeza la posibilidad de que no sintiera algo por mí, no después de cómo ha evolucionado nuestra relación y la confianza que hemos construido.

Después de todo lo que hemos pasado, de este tiempo viviendo juntos… pensé que podríamos tener algo más que una amistad.

Aunque Sage haya dejado claro que no quiere ni verme, largándose de esta manera sin avisarme, tenemos una conversación pendiente para saber cómo va a ser nuestra relación a partir de ahora. Lo último que quiero es que todo se vuelva incómodo o que dejemos de ser amigos por haber pasado una noche inolvidable juntos.

Porque, joder, no pienso olvidarla en mi vida.

Entro en la cocina restregándome los ojos y buscando la cafetera a tientas, pero me quedo petrificado en cuanto abro bien los párpados.

Sage está de espaldas a mí, cocinando algo en la sartén. Me quedo con la boca abierta de la sorpresa, incapaz de apartar la vista. Lleva el pelo suelto y despeinado, los rizos apuntando en todas

direcciones. Y cuando bajo la mirada por su cuerpo, tengo que tragar con fuerza cuando veo que solo lleva una camiseta.

Mi camiseta.

Dios… ¿se puede enmarcar una imagen en mi cabeza?

Abro la boca para anunciar mi presencia, pero justo se da la vuelta y esboza una sonrisa que ilumina su rostro, dejándome sin palabras.

"Te has despertado," susurra, acercándose a mí con la espátula en la mano.

"Pensaba que te habías ido," murmuro con la voz ronca de haberme despertado hace unos minutos. No aparto la vista de ella, como si fuera un espejismo que desaparecerá si parpadeo.

Pone los ojos en blanco, pero sus mejillas se colorean cuando suelta una risita y da otro paso hacia mí. Nuestros pies descalzos casi se tocan, y tengo que bajar la cabeza para mirarla.

"No es algo que entre dentro de mis planes a corto plazo," dice con una sonrisa ladeada.

No creo que Sage sea consciente de todo lo que significa para mí esa frase, todo lo que provoca en mi pecho, de cómo mi corazón me va a estallar de la alegría.

"Entonces deberíamos aprovechar el tiempo," digo con la voz ronca, sucumbiendo al deseo.

Da un paso atrás que me hace echar de menos su calor al instante, pero me hace un gesto con la cabeza hacia la encimera. Me tomo la libertad de pasar las manos por debajo de *mi* camiseta, y la agarro de su cintura desnuda para alzarla y sentarla en la madera.

"Lo haría yo, pero no quiero tentar a la suerte con la clavícula," murmura, mordiéndose el labio inferior mientras me mira con un brillo precioso en los ojos.

Me sitúo entre sus piernas abiertas, y escucho cómo suelta un gritito cuando mi erección roza la parte interna de su muslo. Entierro una mano en su pelo para inclinarla hacia atrás, y con la otra la sujeto de la cintura, pegándola a mí para que no quede espacio entre nosotros.

Acorto la distancia que nos separa, viendo cómo me espera con los labios entreabiertos y la respiración entrecortada.

Contorneo sus labios con la lengua, y, cuando tira de la cinturilla de mis pantalones con su mano libre, le doy un beso profundo pero tierno. Nuestras lenguas se encuentran en un vaivén lento, mezclando su sabor a café con el olor familiar a lirios que siempre la envuelve.

La temperatura sube en cuestión de segundos, y Sage roza mi erección con sus dedos, haciéndome jadear sobre sus labios. Me toca con una lentitud, como si estuviera tanteándome, que me hace estremecer, y muevo las caderas hacia delante para buscar un mayor alivio.

La beso despacio, a diferencia de ayer en mi cama, contorneando sus curvas, disfrutando de la calidez de su piel desnuda bajo mis manos.

"Espera, no tan rápido," me obligo a decir sobre sus labios. Le doy otro beso lento, uno que se prolonga hasta que sus dedos se aferran a mi nuca y gime suavemente, provocando una sacudida en mi erección. "Primero quiero hablar contigo."

Apoya una mano en mi pecho para apartarse y hace un mohín que borro al instante con un suave beso. Me mira mordiéndose el interior de la mejilla y se aleja unos centímetros sin llegar a soltarme.

"Está bien… dime," dice con cuidado.

Me armo de valor, respirando hondo, y suelto de golpe:

"¿En qué queda esto?"

Frunce el ceño. "¿A qué te refieres?"

"Tú y yo."

Suspira profundamente, pasándose la mano por el pelo enmarañado. Contengo la respiración cuando carraspea y se queda en silencio.

Me alejo de ella, y cruza las piernas instantáneamente, desviando la vista hacia la ventana con los labios apretados.

"Es indudable que hay algo," me sorprende diciendo. Mi corazón vuelve a latir, pero no me permito anticiparme a su respuesta.

Asiento cuando se gira para mirarme de nuevo.

"Más allá de la atracción física." Vuelvo a asentir. "Y los sentimientos están implicados."

"Siento algo por ti, Sage."

Veo cómo coge aire con fuerza y clava los dedos en el borde de la encimera.

"Yo también, Wade."

Siento que mi corazón roto en mil pedazos tras la muerte de mi padre se recompone y todas las piezas se unen. Es triste que el amor de mi familia no haya bastado para recomponerme, pero de alguna manera también resulta bonito que Sage, la persona más diferente a mí que he conocido, haya conseguido hacerme sentir otra vez un amor tan profundo.

Porque estoy seguro de que la quiero.

Lo descubrí en sus meses de rehabilitación: al ayudarla a levantarse cada día de la cama, darle de comer y hablar durante horas. Me he dado cuenta de que solo quiero pasar tiempo con ella.

Quiero contarle partes de mi vida que no he contado a nadie; decirle cómo me siento cuando estoy con ella y cómo me hace sentir cuando se va; abrirme y hablar de mis sueños y metas a largo plazo… Quiero estar con Sage, protegerla y cuidarla, ser compañeros de vida.

"Entonces… ¿esto significa que tenemos algo?," pregunta, mirándome con cautela.

"A mí me parece bien si a ti te parece bien," contesto, aguantando la respiración.

"Si eso significa que puedo besarte cuando quiera… entonces sí."

Con una sonrisa enorme, se inclina hacia mí para agarrarme de la cinturilla de mis pantalones y tirar de mí. En cuanto mis muslos chocan contra el borde de la encimera, Sage me rodea con las piernas, me clava las uñas en la espalda y me besa con una intensidad que me hace ver las estrellas.

Porque, si esto no es el cielo, entonces debe ser lo más parecido a tener el universo entero entre mis manos.



Salgo de la camioneta con una sonrisa en los labios, muriéndome de anticipación por volver a ver a Sage después de un largo día trabajando. Llevamos una semana durmiendo juntos; incluso ha vuelto a traer algunas de las cosas que había dejado en mi piso cuando vivía conmigo. Aunque ya habíamos compartido mi casa antes, esto es distinto. Ahora no la siento como una compañera de piso temporal, sino como algo a largo plazo… incluso para siempre.

Me dirijo directamente a la parte trasera de mi casa, sabiendo que Sage estará allí trabajando con Mud. Lleva toda la semana visitándolo por las tardes hasta que el sol se pone. Su persistencia y lealtad hacia el caballo me llenan de orgullo.

Y, en cuanto a encontrar a Mud después del accidente… Me bastó un paseo con Shiny por el bosque donde lo perdimos para encontrarlo muerto de miedo cerca de un pequeño riachuelo. Se acercó a nosotros al instante, reconociendo nuestro olor, y lo llevé a casa antes de que Sage pudiera echarlo de menos.

Es inspirador que haya vuelto a montar después del accidente. Estaba convencido de que no volvería a acercarse a un caballo, teniendo en cuenta lo dura que fue la rehabilitación y lo traumática que fue esa noche.

Pero me ha cerrado la boca, porque se arma de paciencia cada vez que ve a Mud, con el único objetivo de que supere todos sus traumas y miedos. Respeta sus tiempos y lo trata con delicadeza, siempre buscando que no lo pase mal durante el proceso.

Paso por delante del pequeño rincón lleno de tulipanes que Sage hizo en honor a mi padre. Siempre me saca una sonrisa y me hace desear que desde donde quiera que esté, pueda ver lo que ha hecho Sage por mí y por él, sin siquiera conocerlo.

"Wade, por fin estás aquí."

Me giro hacia su suave voz, y la encuentro mirándome por encima del hombro con una enorme sonrisa mientras le da cuerda a Mud. Le devuelvo el gesto, y me acerco a la valla para sentarme y observar cada uno de sus movimientos.

"Llevo toda la tarde dándole vueltas a una idea, pero no sé qué te va a parecer. A lo mejor se me ha ido la pinza y estoy soñando demasiado porque estoy feliz, pero creo que es una muy buena idea. Si es que se puede llevar a cabo, claro…"

Su verborrea me saca una sonrisa y no puedo evitar reírme al recordar lo estúpido que fui al principio, cuando la conocí y pensaba que era insufrible. Podría escucharla hablar sin parar durante horas que no me cansaría jamás.

"Es para ayudar a la relación de los jinetes con sus caballos. Una manera de crear un vínculo cuando no se sabe por dónde empezar o lo que están tratando de hacer no da resultados. Sobre todo lo quiero enfocar a los caballos con traumas o que tienen miedos, para que los superen e insensibilizarlos, como hago con Mud. No entenderías la de estudios y artículos que he leído esta semana en la tienda por las mañanas," añade riendo. A pesar de que ya se ha recuperado, quiere terminar el año en la tienda de mi hermana para seguir echándole una mano. "Hay varios cursos por aquí cerca para sacarse el título, e incluso puedes llevar a tu caballo para hacer los ejercicios con él."

"Vaya, Sage…," murmuro, tragando con fuerza.

"¿No te parece bien?," pregunta frunciendo el ceño de la preocupación, parando a Mud para acercarse a mí.

"No, no, no quería decir eso. Es que… me has dejado sin palabras," digo atropelladamente, intentando poner en orden mis pensamientos. "Me parece una idea increíble. Sin duda creo que deberías intentarlo, informarte bien sobre el tema y hacer esos cursos."

"¿De verdad?," pregunta desbordada de la ilusión.

"Te voy a apoyar siempre, Sage. Hagas lo que hagas. Y esta es una de las cosas que deberías hacer sin dudar y sin darle importancia a la opinión de los demás. Ni siquiera la mía."

Me sonríe con un cariño que me desarma, como si hubiera robado la luna solo para ella. Esta sonrisa la ha esbozado mil veces esta semana, cada vez que le he recordado lo preciosa y fuerte que es, mientras besaba una a una todas sus cicatrices.

"Gracias, Wade," murmura con los ojos brillantes.

"No tienes que darme las gracias por nada. Es lo mínimo que mereces. Nadie debería tratarte como si tu opinión no valiera, así que no lo olvides, ¿vale?"

Asiente, mordiéndose el labio inferior como si tratara de reprimir las lágrimas.

Cojo aire con fuerza y me subo a la valla para pasar al otro lado. Me acerco a ella con los brazos abiertos y no duda en enterrar la cabeza en mi pecho, envolviéndome con su olor a lirios y heno fresco.

"Gracias por creer en mí," murmura contra mi camisa.

Beso su pelo mientras la abrazo con fuerza, dibujando círculos en su espalda.

"Siempre, Sage," susurro con una sonrisa de enamorado.

Porque está claro que estoy enamorado de Sage Reid, y a cada día que pasa, ocupa un lugar más y más grande en mi corazón.

Se aparta de mí y me da un suave beso que no dura demasiado. Me abraza una vez más, apoyando su mejilla sobre mi pecho.

"¿Te acuerdas del día que te hablé sobre mi abuelo?," pregunta en un murmullo bajito, apartándose de mí. "Me habías contado tu relación con tu padre y lo importante que era para ti."

"Al igual que tu abuelo." Asiento, mirándola con cariño mientras le doy un suave apretón en las caderas. "Lo recuerdo."

"¿Y recuerdas que me preguntaste qué pasó después de que falleciera?"

Vuelvo a asentir, torciendo la boca al ver cómo sus ojos se empañan.

"No tienes que contármelo si no quieres, Sage. Si no lo haces nunca, no pasa nada," susurro, tocándole la mejilla con suavidad.

Apoya la cabeza en mi palma, cerrando los ojos con un suspiro.

"Quiero hacerlo. Quiero contártelo si quiero estar contigo. Es una parte de mi vida que mereces saber… por si acaso."

Me muerdo la lengua para no preguntar por esas últimas tres palabras. Lo último que quiero es agobiarla, así que me mantengo a la espera, trazando círculos sobre su piel.

"Cuando Reid murió, yo tenía solo doce años. Mi vida con él fue sencillamente perfecta. No nos faltaba nada, siempre rodeados de animales, el huerto y la naturaleza; perdidos en nuestro propio mundo en una pequeña casa en el campo. Como te dije, no recuerdo a mis padres, así que mi única familia fue Reid. Era el mejor." Esboza una sonrisa anhelante con la mirada perdida.

Cierra los ojos un momento, perdida en sus recuerdos. Coge aire antes de abrirlos, y veo tanto dolor reflejado en ellos que se me parte el alma.

"Fue ahí cuando se fue todo a la mierda: mi adolescencia fue un ir y venir de hogares temporales. Como ya sabrás, no me gustan las multitudes. Me bloquean. Los ruidos fuertes, los gritos o los gestos bruscos me paralizan. No lloro mucho, o casi nunca, y todo eso viene de mi primera familia de acogida. Tenía trece y vivía con unos padres que me maltrataban física y verbalmente." Un escalofrío la sacude entre mis brazos. Aflojo el agarre para que cambie de postura y me abraza el costado, apoyando la cabeza en mi brazo. "A los catorce llegué a otro hogar. Era diferente… la familia me cuidaba, incluso me quería. Ese año empecé a ir a terapia y pensé que, quizá, las heridas del pasado podrían cerrarse. Y lo hicieron… por un tiempo.

»Porque luego llegó la siguiente familia. Ahí descubrí que me encantan las tormentas; traen calma. No es nada romántico," añade soltando una risa seca, carente de humor. "Me gustan porque significaba que el padre no podía ir al bar de siempre a emborracharse. Cuando lo hacía, volvía a casa y pegaba a su mujer, ¿sabes? Fueron los peores tres meses de mi vida. A mí me lanzaba cosas, me encerraba en un cuarto minúsculo durante horas, a veces incluso me dejaba sin comer, y ya podía olvidarme de salir de casa. La madre… bueno, no hacía nada. Era una víctima más y tenía demasiado miedo como para denunciar."

"Sage... yo-"

Me lanza una mirada de reojo, curvando los labios en una pequeñísima sonrisa.

"No hace falta que digas nada, Wade. He ido años a terapia y lo sigo haciendo. Esto está más que mascado, aunque a veces me sorprende contarlo en voz alta. Supongo que es parte del trauma, ¿no? Sentirlo como algo ajeno, como si no hubiera sido a ti a quien le pasó."

La miro apretando la mandíbula, demasiado enfadado con la situación como para pedirle perdón. Porque… de todas formas, ¿por qué estaría disculpándome? ¿Por haber tenido una infancia terrible? Desgraciadamente, no puedo hacer nada para revertirla. Lo único que puedo darle es mi apoyo y escucharla.

"Cuando él decidió que yo era una *mala niña* y que tenía *mal carácter*, me cambiaron de casa otra vez. La última familia fue mejor, pero yo ya estaba destrozada por dentro," continúa, abrazándome con fuerza. "Al cumplir los dieciocho se ofrecieron a pagarme la universidad. Podría haberme negado, pues ya no estaba bajo su tutela, pero insistieron. Estudié fisioterapia, aunque siempre quise hacer biología o veterinaria. Supongo que lo hice para no decepcionarlos… Trabajé de eso hasta los veinticinco, y supongo que hasta aquí he llegado."

Se separa de mí para volver a ponerse delante. Esboza una sonrisa menos triste pero más sincera, como si estar aquí fuera lo único que le importara.

"Ha merecido la pena, Wade. Todo el sufrimiento, todos mis traumas… Aunque a veces lo pase mal, como en la subasta, volvería a pasar por lo mismo si eso significara acabar aquí. Contigo. En Almond Valley."

"¿De verdad?," pregunto con incredulidad, apretando los labios.

"Yo solo quería una familia que me quisiera y me apoyara por cómo soy, no por lo que ellos querían hacer de mí. Y tú… vosotros, los Weston, hacéis eso por mí. Aquí me siento más cerca de Reid que nunca, y jamás podré agradecéroslo lo suficiente."

"No es necesario agradecer nada, Sage," digo, atrayéndola a mis brazos. "Desde el primer día marcaste un antes y un después en mi familia. Todos lo sabíamos. Eres especial, Sage."

“Me siento como en casa. Aquí, contigo.”

Mi corazón se salta un latido y siento que un enorme nudo se instala en mi estómago. Pero no es malo… creo que es lo que dicen, lo de las mariposas que revolotean sin control.

“Yo también me siento en casa contigo, Sage.”

La sostengo entre mis brazos hasta que el sol desaparece tras los árboles. Es Sage la primera en separarse y levantar la cabeza para mirarme con esos ojos, grises como la tormenta que provoca en mi pecho.

Se pone de puntillas mientras tira del cuello de mi camisa para estampar sus labios sobre los míos. Agarro su cintura para mantener la distancia y que no suba la temperatura como ha pasado durante toda la semana cada vez que nos tocamos.

No quiero aprovecharme de Sage ahora que ha compartido una parte tan importante de su vida y está sensible, aunque no lo demuestre demasiado.

“No te sientas obligada a hacer nada que no te apetezca,” murmuro sobre sus labios.

Apoyo la frente sobre la suya. Sage inspira despacio, apoyando las palmas en mi pecho, sintiendo el latir de mi corazón a través de la tela.

“¿Quieres ayudarme a recoger?,” pregunta en un hilo de voz.

Sonrío y le doy un último beso en la frente, deseando estar cerca de ella el mayor tiempo posible.

“Nada me gustaría más.”

Recogemos en silencio, lanzándonos sonrisas furtivas que reflejan todo lo que sentimos. Guardamos a los caballos en el cobertizo para que no pasen frío durante la noche, y limpiamos un poco el prado bajo la cálida luz de los farolillos. Me parecen especiales las simples tareas cotidianas con Sage, como si todo con ella resultara automáticamente más familiar y cercano. Es como si pudiera iluminar cada lugar con su presencia, bañándolo todo de una energía diferente que me atrapa y no me permite apartar la vista de ella.

Cuando terminamos, apenas me da tiempo a perseguir a Sage, que sale corriendo hacia el porche abrazándose a sí misma.

"Wade, entra ya. Hace demasiado frío," grita desde lo alto de las escaleras.

"Estoy detrás de ti, Sage," anuncio rodando los ojos, entrando detrás de ella en el calor de nuestra casa.

La veo quitarse el abrigo y un escalofrío la sacude de arriba abajo, haciéndole pegar un brinco.

"Me voy a morir de hipotermia," murmura castañeando los dientes. "Joder, estoy helada."

"Ducha. Ya."

No me pierdo la forma en la que sus labios esbozan lentamente una sonrisa satisfecha, y sé qué va a decir antes de que abra la boca.

"Me encanta cuando te pones mandón. Hazme un favor y acompáñame," dice guiñándome un ojo antes de desaparecer en el baño.

Sacudo la cabeza soltando una risa, y la sigo por el pasillo sin rechistar. Porque seré mandón, pero también un mandado. Y estaría loco si me negara a ducharme con Sage.

Me uno a ella en el baño, que ya me encuentro lleno de vapor y con una Sage semidesnuda dentro. Le falta quitarse la ropa interior, y tengo que morderme el labio inferior para no quitársela yo mismo, porque me prometí hace unos minutos que mantendría las distancias.

"Venga, ¿a qué estás esperando?," dice, guiñándome otra vez el ojo, metiéndose bajo la alcachofa.

Suelta un gemido al sentir el agua caliente contra su fría piel, y ese pequeño sonido despierta mi erección con una sacudida.

Temblando del frío tras tanto tiempo trabajando fuera, me desvisto lo más rápido que puedo y cierro la mampara después de entrar. Sage se mueve al instante para cambiarme el sitio, y un gruñido escapa de mi garganta cuando el agua moja mi espalda.

Cierro los ojos, disfrutando de la sensación, y no me doy cuenta de que Sage se mueve hasta que noto sus manos en mis muslos.

Antes de que me dé tiempo a abrir los ojos, siento su cálida lengua recorriéndome desde la base hasta la punta de mi erección, y mi gemido ronco hace eco en el baño.

"Joder, Sage, avisa…," murmuro, abriendo perezosamente los párpados.

Pero no debería haberlo hecho, porque la imagen que me encuentro hace que quiera correrme al instante. Incluso cuando vuelvo a cerrar los ojos con fuerza y respiro profundo, la sigo viendo, grabada a fuego en mi mente.

"Dios… me va a dar algo."

"Mírame, Wade," me pide en un jadeo mientras rodea mi erección con sus manos y me la sacude una vez con dolorosa lentitud.

"Si te miro otra vez me voy a correr, Sage," murmuro en un gruñido, haciendo que Sage se ría y me recorra un escalofrío de placer.

Mueve la mano arriba y abajo por toda mi longitud, despacio pero con firmeza. Respiro hondo varias veces, intentando serenarme lo suficiente antes de atreverme a abrir los ojos. Cuando lo hago, puedo ver a Sage mirándome con las pupilas oscurecidas, arrodillada frente a mí con el pelo empapado y mi erección a pocos centímetros de su boca.

Deslizo mis dedos por sus labios, haciendo que se entreabran para introducir el pulgar. Gime con fuerza cuando hago presión hacia dentro y su lengua me recibe, cálida y húmeda. Con la otra mano, sujeto su pelo para inclinarla hacia atrás y que mi pulgar se deslice fuera de ella con un sonoro *pop*.

Su cálido aliento choca contra la punta de mi erección, en la que se acumulan varias gotas de líquido preseminal, y siento que me voy a desmayar cuando Sage desliza la lengua por encima para limpiarlas.

"No tendrías que haber hecho eso," gruño, contorneando sus labios otra vez con el pulgar.

"¿Por?," pregunta pestañeando varias veces con falsa inocencia.

"Porque ahora no podré parar hasta correrme en tu boca."

Su gemido reverbera por todo el baño, e instintivamente se lleva una mano entre las piernas para aliviar su propio deseo.

"¿Eso te excita, Sage? ¿Imaginar que te lo vas a tragar todo?"

"Por favor," gime de la impaciencia, haciendo fuerza hacia delante para poder tocarme con sus labios.

Así que hago lo que desea, tirando de su cabeza para que se llene la boca de mí. Gruño al sentir su calidez humedeciéndome de arriba abajo. Es demasiado grande para que le quepa toda, pero se ayuda de su mano libre y la desliza por la base.

"Me encanta, Sage. No sabes lo preciosa que estás con la boca llena de mí."

Dejo que se mueva a su antojo, mirando cómo mi erección desaparece en su boca. Se la saca varias veces para recorrerme con la lengua desde la base hasta la punta con lentitud y sin dejar de mirarme. El eco de nuestros gemidos resuena por todo el baño, y siento que me va a dar algo cuando veo que va a alcanzar su propio placer.

Sus movimientos se vuelven más torpes, y la mano que desaparece entre sus piernas se mueve con rapidez.

"Eso es, Sage. Córrete conmigo en la boca."

Tomo el control sujetándola con fuerza del pelo, moviéndome en su boca con cuidadosa firmeza. Se atraganta cuando profundizo la embestida, pero no deja de succionar cuando las lágrimas mojan sus mejillas.

Muevo las caderas cada vez más rápido, y sus labios se aprietan alrededor de mi dureza. Siento el orgasmo cerca y, cuando Sage se corre conmigo dentro, gimiendo tan fuerte que me hace vibrar, me dejo llevar por completo y me derramo en su boca, llenándola por completo.

"Mierda, Sage…," jadeo, con la vista fija en sus labios manchados.

Se aparta de mí con la respiración entrecortada, y veo cómo mi semen se desliza lentamente por su barbilla, incapaz de contenerlo todo. No deja de mirarme cuando traga, y se me para el corazón al ver cómo desliza un dedo por la gota que cuelga de su mandíbula y se la lleva a la boca.

“Dios… Sage. Necesito volver a estar dentro de ti.”

Suelto un quejido angustioso, sujetándola de los brazos con impaciencia para levantarla y fundirnos en un intenso beso.

Sage se ríe entre besos mientras recorro su cuerpo con mis manos como si no lo hubiera hecho ya mil veces. Se separa de mí soltando una risita airosa y me regala la mirada más cariñosa que jamás haya recibido.

“¿Te ha gustado?”

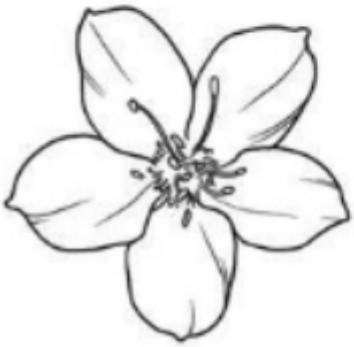
“¿Estás de coña?,” pregunto con una sonrisa enorme. “Ha sido la mejor de mi vida. Y yo nunca miento.”

Se ríe echando la cabeza hacia atrás, tan natural que me da un vuelco el corazón… Porque ahora no quiero dejar de escuchar ese sonido. Quiero oír su risa cada día de mi vida.

Capítulo Treinta y Dos

Sage





Que alguien me pellizque, porque estoy viviendo un sueño. Desde que volví a besar a Wade a principios de mes y una cosa llevó a la otra, no he vuelto a dormir sola… ni tampoco a pisar mi apartamento. Sin haberlo planeado ni previsto, no nos hemos alejado el uno del otro. Cuando nos despertamos a la misma hora, desayunamos juntos, y a la tarde Wade me ve avanzar con Mud cuando termina de trabajar; después cenamos y terminamos el día explorándonos bajo las sábanas de su cama después de una tórrida ducha.

Siento que la vida comienza a sonreírme como merezco y por fin encajo en un lugar. Por segunda vez en mi vida, sé con certeza que tengo un hogar. Aquí, en Almond Valley, con Wade Weston.

No sé si es demasiado pronto para decirlo, pero creo que me estoy enamorando hasta los huesos de Wade. Joder… *sé* que me he enamorado. De lo que todavía no estoy segura, o me da miedo admitir, es si lo que siento es amor.

Supongo que tengo tiempo para descubrirlo, y, considerando lo poco que Wade me presiona para hablar de nuestros sentimientos y cómo respeta mis ritmos, sé que realmente cuento con su espacio.

Hoy es Navidad y los Weston me han invitado a comer con ellos en la casa de Emily. Es la primera vez en años que no la paso con Rachel y su familia, y no puedo evitar sentir nervios al imaginar cómo será. Sé que prácticamente formo parte de los Weston. Aunque no haya formalizado nada con Wade ni lo hayamos hecho público, es más por el vínculo que tengo con ellos. Temo que algo cambie, y una pequeña parte de mí siente que sobro y que todavía soy una desconocida.

Es estúpido, lo sé. Llevo medio año aquí y me tratan como a una más, pero… no sé. Supongo que mi lado inseguro hace acto de presencia cuando estoy nerviosa.

Wade lleva toda la mañana repitiéndome que no tengo nada de lo que preocuparme; nos conocemos bien y me quieren con ellos en las fiestas. Porque también han dejado caer que estaré con ellos para despedir el año.

"El abrigo, Sage," dice la voz grave de Wade a mi espalda justo cuando tengo el pomo en la mano.

Echo un vistazo a mi ropa, y respiro hondo cuando veo que iba a salir de casa con nada más que un jersey granate y mis pantalones negros de traje anchos. No sé adónde pretendo ir así vestida a finales de diciembre.

"Cierto, mierda," mascullo entre dientes, corriendo al perchero para coger mi plumas negro.

Vuelvo a la entrada y me encuentro con Wade, que me espera con una sonrisa ladeada y la mirada cargada de cariño. No he terminado de acostumbrarme a verlo siendo él mismo, enseñándome sus expresiones más sinceras sin poner un muro en medio como hace con el resto del mundo.

Y es aquí, justo ahora, cuando me doy cuenta de que tal vez no necesito más tiempo para descubrir lo que siento por él.

Porque estoy segura de que quiero despertarme en su cama todos los días, ayudarlo con la subasta cada verano, ir con los caballos hasta Cinder Lake, cuidarlo, preocuparme por él y acostarme a su lado cada noche. Y si eso no es amor… que alguien me diga qué lo es.

Me acerco hacia Wade más segura que nunca, abrazándolo con fuerza mientras entierro mi rostro en su suave abrigo con borreguillo. Suelta una pequeña risa que me hace vibrar, y gimo contra su pecho del placer.

"¿Todo bien?," pregunta con suavidad, pasándome una mano por el pelo.

"Sí, Wade. Más que bien," contesto con la voz amortiguada por su chaqueta sin dejar de sonreír.

Para cuando llegamos a la casa de su madre, estoy que reboso felicidad. Tanto por haberme dado cuenta de que quiero a Wade Weston como por pasar unas fiestas sintiéndome parte de una familia.

Comemos entre risas y anécdotas, recordando los mejores momentos del año y disfrutando de los deliciosos platos que han preparado Emily y Mira. Wade se sienta a mi lado y, para mi sorpresa, no deja de buscarme. Hace todo lo posible por mantener el contacto físico: pega su rodilla a la mía, posa su mano en mi muslo, roza mi hombro cuando se levanta…

Cada pequeño gesto me hace sonreír, y me doy cuenta de que no me importa que su familia nos vea. Quiero que podamos mostrar afecto en público, seguir siendo Sage y Wade.

Todos llevamos una sonrisa en los labios y la calidez de esta familia me envuelve en una burbuja de la que no quiero salir nunca. Intercambio miradas con Wade durante toda la comida y nadie pregunta nada, como si fuera lo más normal del mundo. Y eso es justo lo que quiero: normalidad.

La niña que llevo dentro está tan ilusionada que hasta me emociono cuando comenzamos a intercambiar regalos.

"¡La novela que te comenté hace meses!," chilla Lib al abrir su regalo. Me mira con los ojos brillantes, sujetando el libro con fuerza como si fuera un tesoro.

Sonrío con orgullo, pero se lanza sobre el sofá para abrazarme sin avisar. Me aplasta contra el respaldo, y sus carcajadas contagiosas me hacen reír sin poder evitarlo.

"¡Lib, cuidado con la clavícula!," grita Tate detrás de ella.

"Está controlado," dice ella de vuelta, dándome un sonoro beso en la mejilla que me hace cosquillas.

El resto de la familia abre sus regalos, riendo y emocionándose si lo que desenvuelven tiene un significado especial. Observo todo desde fuera, aunque también hayan intercambiado regalos conmigo. Me gusta observar sus reacciones, las miradas cómplices que los unen y ese ambiente tan familiar que crea el simple acto de regalarse algo.

Cuando parece que no hay más intercambios, me sorprende ver una caja roja delante de mí con un enorme lazo amarillo. Podría reconocer la mano que me la tiende en cualquier parte, pero aun así me giro hacia la derecha por si estoy soñando.

Pero estoy despierta, muy despierta, y es Wade quien me tiende el regalo.

"Yo…"

"Ábrelo," dice, enarcando las cejas con expectación, deseoso de que vea lo que esconde dentro.

"Gracias," murmuro, sonriéndole por el precioso gesto.

Abro el regalo con manos temblorosas, y me quedo de piedra cuando busco en el interior a tientas y siento una suave tela. Levanto la tapa de golpe, y veo una manga larga rosa pastel entre mis dedos.

Saco la prenda de la caja, sintiendo una calidez familiar en el pecho al ver que es un jersey con una palabra bordada en granate en la zona del corazón.

Reid

"Wade… es…," me corto a mí misma, sabiendo que no existen palabras que puedan expresar lo que siento.

Dejo la prenda con cuidado sobre mi regazo y meto la mano en el bolsillo trasero de mis pantalones. Extraigo una pequeña caja con una estrella dibujada a mano en el centro.

Le tiendo el paquete, mirándolo con los labios apretados, demasiado conmovida por su regalo como para mostrar alguna emoción. Lo veo morderse el labio inferior para reprimir una sonrisa, y acaricia intencionadamente mis manos, que siguen temblando cuando toma el paquete.

"Gracias, Sage. No tenías que regalarme nada."

"Tú tampoco, pero ya está hecho," respondo en un hilo de voz, obligándome a respirar con normalidad.

Abre la caja sin apartar la mirada de mí, y, cuando baja la vista, sus manos se quedan suspendidas en el aire. Se queda quieto como si el mundo hubiera dejado de girar, y de repente inhala con fuerza.

Parpadea un par de veces, humedeciéndose los labios con la lengua, y desliza los dedos dentro del envoltorio para sacar su contenido. Alza frente a él una delicada cadena plateada con una pequeña figura que gira lentamente en el extremo, reflejando la luz del salón.

Escucho cómo todos los presentes contienen la respiración al reconocerla.

Un tulipán rosa.

"Ay, Sage…," susurra Lib a mi lado, pasándome un brazo por la cintura para darme un pequeño apretón.

"Lo hice durante el tiempo que he trabajado en la tienda," confieso, esbozando una sonrisa tímida hacia ella.

Suelta una risa acuosa, sacudiendo la cabeza.

"¿Es madera?," pregunta Tate, entrecerrando los ojos desde la distancia para observarla mejor.

"Sí, la corté de la valla del prado de casa." Me muerdo el labio inferior al ver cómo la boca de Wade se entreabre y clava sus ojos brillantes en mí. "No se nota mucho," añado en un susurro, guiñándole un ojo. "Usé uno de los cuchillos de la tienda para tallarla."

"Es increíble, Sage," dice Mira desde su sillón, sin apartar la vista de la flor.

“Gracias,” murmuro sonrojada, sintiéndome un poco abrumada por recibir tanto reconocimiento.

“¿Cómo supiste que era la flor favorita de nuestro padre?”

A la pregunta de Lib le sigue un silencio sepulcral que me hace tragar con fuerza antes de responder.

“El salón de Wade está lleno de tulipanes,” contesto, girándome hacia él, que me recibe con una dulce sonrisa. “Me fijé en que siempre están alrededor de las fotos de Paul, aunque no sé mucho sobre él. Desconocía que fueran sus favoritas hasta que Wade me lo contó cuando construí las jardineras de su casa.”

“¿Para eso necesitabas la segadora?” Tate me mira con la boca abierta, incrédulo. Cuando asiento, echa la cabeza para atrás y suelta una sonora carcajada. “Sage, eres la mejor.”

“¿Construiste unas jardineras con la vieja segadora de mi marido?,” pregunta Emily con los ojos abiertos como platos.

“Sí,” murmuro, ganándome un chillido ahogado de todas las mujeres de la habitación.

“¿Cómo es que no las hemos visto?” Lib se gira hacia su hermano. “¿Por qué no nos has invitado a tu casa para verlas?”

“¿No ves que lo quiere todo para él solito?,” dice Mira con una sonrisa ladeada.

“Qué detalle tan precioso... Paul estaría orgulloso de ti,” me dice Emily, ajena a la discusión, con los ojos llenos de lágrimas.

“Ahora entiendo por qué Wade se comporta como una persona normal últimamente…,” murmura Lib dándome un codazo en las costillas.

“Wade, por Dios, no la dejes escapar nunca,” añade Mira, señalándolo con un dedo amenazador.

“No era mi intención,” contesta encogiéndose de hombros con una sonrisa de oreja a oreja que me hace soltar un suspiro de enamorada.

Porque sí, estoy profundamente enamorada y mi corazón late solo por Wade Weston.



Lib: Es oficial, mis dos mejores amigas están liadas con mis hermanos.
Rae: No me jodas.
Sage: ¿Feliz Navidad…?
Julie: ¿Cuánto lleváis?
Sage: Como… ¿un mes?
Rae: ¿¡Un mes!? ¿Y no has contado nada hasta ahora?
Lib: Técnicamente, ni siquiera ha sido ella quien ha dicho la noticia, sino yo.
Julie: ¡Qué calladito te lo tenías!
Rae: ¡Eso! Te tiras al granjero buenorro y los detalles te los quedas solo para ti. ¡Qué egoísta!
Sage: No pienso daros detalles sobre mi vida sexual.
Rae: Solo me queda una opción…
Julie: ¡Ni loca!
Rae: Aguafiestas…



Escucho los suaves pasos de Wade al entrar en el salón. Estoy medio dormida en el sofá cuando se acerca y entreabro los ojos justo cuando se inclina hacia mí y me besa en la frente con delicadeza.

"¿Vienes conmigo?," me pregunta con una sonrisa.

Asiento, estirándome perezosamente antes de levantarme. Tomo su mano y entrelazo nuestros dedos con naturalidad. Lo sigo

sin saber muy bien a dónde, confiando ciegamente en él. Caminamos hacia la entrada de casa, esa que limpié hace lo que parece años con mis amigas, pero me sorprendo cuando Wade tira de mí hacia la izquierda y nos adentramos en el bosque. Llegamos a un claro entre los árboles, y me detengo con la boca abierta al observar lo que me rodea.

Frente a nosotros hay un pequeño corral nuevo delimitado con vallas blancas y rodeado de árboles que emanan tranquilidad.

Frunzo el ceño, intentando entender para qué querríamos otro cercado y desde cuándo existe este claro secreto.

"¿Qué es esto?," pregunto con extrañeza.

Wade señala el cercado con orgullo.

"Es para que la gente pueda traer a sus caballos y así podáis trabajar con ellos todo el proceso de insensibilización. Aquí, en casa."

Con la mandíbula rozando el suelo, mi mirada se desliza por el paisaje hasta posarse en un cartel de madera oscura que cuelga de un poste. Está decorado en tonos rosas y con flores de almendro pintadas por todas partes, delicadas y cuidadas.

"¿Y este cartel?," pregunto, soltando su mano para tocarlo con los dedos.

"Se lo encargué a Evan Thorne," me explica. "Dorian me contó que estudió diseño y lo hace como pasatiempo de vez en cuando. Fue él quien le propuso la idea a su hermano y este aceptó encantado."

"Pero ni siquiera me conoce…," murmuro, sintiendo la rugosidad de la madera bajo las puntas de mis dedos.

"Eso no importa. Eres de la familia, Sage."

Me quedo mirando el entorno con una mezcla de sorpresa y emoción, dándome cuenta de cuánto ha debido de pensar en esto para que sea especial.

Wade sonríe cuando me giro hacia él, y vuelve a coger mi mano para darme un ligero apretón.

"Quería que este lugar fuera tuyo," dice en voz baja. "Un espacio para que puedas cumplir tu sueño y te sientas como en casa."

Sonrío y apoyo mi cabeza en su hombro, disfrutando de la calma que me transmite el lugar y su compañía.

"Wade… Ya me siento en casa."

Con los ojos llenos de lágrimas y sintiéndome la mujer más afortunada de Almond Valley por estar con alguien como él, llevo nuestras manos entrelazadas a mis labios para depositar un beso sobre su dorso. Alterno la mirada entre el cartel y el hombre que me hace feliz.

"Te quiero, Wade Weston."

Sus labios se curvan en la sonrisa más bonita y cargada de amor que haya visto nunca.

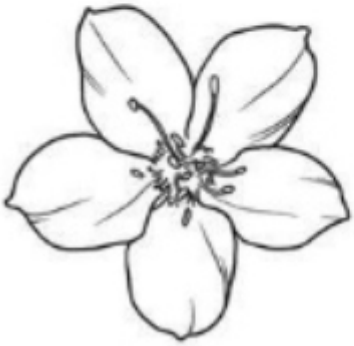
Se mueve para quedar frente a mí y me alza en sus brazos, provocándome un chillido que se convierte en una risa.

"Mi corazón te pertenece, Sage Reid. Late solo por ti." Me besa en la comisura de los labios. "Te quiero."

Entrelazo los brazos en su nuca y nos fundimos en un beso lento pero intenso; como la evolución de nuestro amor desde que nos conocimos. Quiero quedarme así, envuelta en su abrazo y sentir cada latido de su corazón, sin prisas ni despedidas, como si el tiempo se detuviera solo para nosotros.

Epílogo







La brisa todavía fresca de comienzos de marzo revuelve mis tirabuzones a mi espalda. Siento el estómago lleno después de comer toda la familia en la casa de Emily, como todos los días desde el primer día de enero… Un propósito de los Weston para este año.

Yo no creo en los propósitos, nunca lo he hecho, pero, el último día del año —antes de que Wade me besara delante de toda su familia—, me pareció divertido proponerme una meta. Llevamos solo tres meses de año, pero parece que poco a poco se está cumpliendo. No es algo que se consiga de un día para otro, pero creo que en los próximos nueve meses puedo verlo hecho realidad.

Trust & Trot

Mi nuevo programa de confianza para jinetes y caballos.

El proyecto que le comenté un día a Wade de pasada y que estoy comenzando a llevar a cabo. Apenas he hecho un par de cursos a distancia para conocer toda la teoría de los diferentes traumas y miedos que pueden desarrollar los caballos, pero estoy embriagada de la emoción al ver los resultados en Mud. Además, dentro de un mes me marcho para realizar una formación para conseguir el título de Rehabilitación Emocional Equina.

Serán tres semanas fuera de casa, en la hípica de especialización de Silvermoor, pero al menos estaré acompañada de Mud y allí estaré rodeada de gente que quiere lo mismo que yo: ayudar a los demás.

En cuanto a Wade… me apoya en todo lo que hago. De hecho, fui yo la que dudaba en inscribirme y él me animó. Aunque no nos veremos durante esas semanas, quiere que no me preocupe por él ni por el tiempo, y que haga todo lo necesario para sacar adelante este proyecto. Me recuerda cada día que no le importa esperarme, que siempre estará a mi lado de alguna manera.

Cada mañana, cuando me despierto con su brazo rodeándome la cintura, tengo que pellizcarme para comprobar si todo es real o solo un sueño.

Bajo las escaleras del porche de Emily con el cielo despejado sobre mí, sintiendo cómo una presencia sigue mis pasos de cerca. Wade se ha convertido en una sombra desde que estamos juntos, y,

aunque disfruto de la soledad, no me importa compartirla con él. Lo siento cercano, familiar, y me hace sentir especial.

Además, estaría loca si no me costara mantener las manos alejadas de él.

En vez de ir hacia su camioneta, giro hacia el camino que lleva a los establos, escuchando el crujir de nuestras botas sobre la gravilla. Tiendo mi mano hacia atrás y sonrío aunque no pueda verme cuando él entrelaza sus dedos con los míos sin dudar. Lo arrastro con suavidad hacia el pasillo de almendros, que nos dan la bienvenida a una nueva estación.

Las ramas cargadas de flores blancas y rosadas se mecen con la brisa, llenando el aire con un aroma dulce y suave. Bajo los almendros, pequeños tulipanes asoman tímidos, un guiño al recuerdo del padre de Wade, mientras que las flores de almendro llevan el legado de mi abuelo.

Nos detenemos justo en medio del sendero, rodeados de una armonía silenciosa, y me giro para observarlo bajo la luz dorada del mediodía. Las hojas crean sombras sobre nosotros, que se mueven y parece que bailan con el viento.

Bajo la mirada a nuestras manos entrelazadas, y el destello del sol sobre la piedra en mi dedo anular me hace sonreír. Giro la muñeca, observando la delicada piedra rosa, y no desvío la mirada cuando Wade levanta nuestras manos para depositar un suave beso encima.

"Quiero que te quedes con tu apellido," murmura sobre mi mano. Abro la boca para replicar, pero se me adelanta. "Reid es tu apellido; el nombre de tu abuelo. Mereces conservarlo. Aunque vayas a formar parte de mi familia, también sigues perteneciendo a la suya."

"Gracias a los Weston he encontrado mi lugar, Wade. Todo lo que soy es tuyo. Y sé que mi abuelo seguiría estando orgulloso de mí si llevara tu apellido."

Me mira con ternura antes de rodear mis mejillas y depositar un lento beso sobre mis labios.

"No me importa el apellido que elijas," susurra, pegando su frente a la mía. "Siempre vas a ser mi hogar."

Con el silencio acompañándonos, encuentro en su mirada todo lo que necesito: promesas silenciosas, un futuro compartido y un amor que crece día a día, firme y sereno, como estos almendros en flor, testigos de nuestra historia.

Agradecimientos

Escribir la historia de Sage y Wade ha sido todo un reto… y uno cumplido en tiempo récord. Supongo que se lo debo al verano, que me regaló tanto tiempo libre, y al hecho de haber terminado la carrera. Esta novela es distinta a *Resolviendo nuestras disonancias* y *Girando hasta encontrarnos*, pues marca un antes y un después en mi vida.

Cierro una etapa, rodeada de música clásica y pole dance, para abrir otra en la que todavía me queda por descubrir qué es lo que quiero. Quizá por eso no he podido evitar sentirme tan identificada con Sage, buscando su lugar en el mundo.

Después de tantas semanas en su compañía, decirles adiós me rompe el corazón…

Pero ya es suficiente chapa; menos lloriqueo y más agradecimientos, porque esta novela no existiría sin vosotros:

Primero de todo, gracias a ti, lector(a) por elegir este libro entre millones y darle una oportunidad. Espero que hayas disfrutado de los personajes más cabezotas que he escrito nunca; que encuentres a tu Wade Weston y a tu Rachel, porque a veces el amor llega en forma de amistad.

Gracias a Laura Myers, con apellido incluido, porque el mundo merece saber quién ha estado a mi lado desde el minuto uno. Me has escuchado durante horas, nos hemos reído, frustrado y pasado la una de la otra; incluso hemos hecho una lista de palabras prohibidas para las escenas spicy (la mejor videollamada de mi vida). Y lo dejo por escrito: esta amistad durará hasta que la muerte nos separe.

También quiero agradecer a mi familia por apoyarme y confiar en mí. A mis padres, que me dais todo lo que necesito incluso si hay que mover cielo y tierra. A mis hermanas, por acompañarme en silencio y escucharme despotricar sobre mis dolores de espalda.

A la gente que me sigue en Instagram y TikTok: gracias infinitas por vuestro apoyo, ilusión y cariño. Sois una comunidad preciosa, no

dejéis de crear contenido que os guste sin importaros el qué opinarán.

Gracias a mi club de lectura, por emocionaros con cada proyecto, por disfrutar tanto de la literatura y por regalarme un ratito de vuestro tiempo cada mes y compartirlo conmigo. Lorena, Patri, Anti, Lucía, Paloma: sois oro.

A mis lectoras beta: Wendy, Sara, Paloma, Jimena, Itzi, Laura y Alexia. Eternamente agradecida.

Agradecer a mi mejor amiga, Alba. Por creer en mí, quererme y valorarme. Espero que la distancia no nos separe, y, si ocurre —porque algunas cosas no se pueden controlar por mucho que lo necesitemos—, espero que cumplas todo lo que te propongas. Estaré viéndote desde el otro lado de España, sonriendo orgullosa de ti. Siempre te echo de menos. Te lo mereces todo.

Esto no es una despedida. No es un hasta nunca, sino un hasta pronto, porque la historia no termina aquí.

La serie *Almond Valley* continúa, y solo puedo adelantaros que la próxima pareja me está dando un dolor de cabeza monumental y haciendo que mi corazón dé volteretas sin parar.

Gracias por leerme y aguantar mis chapas.

Sobre la Autora



Zara Mist estudió en el Conservatorio de Música de Castilla y León, especializándose en guitarra clásica, y actualmente cursa el Máster de Profesorado en A Coruña, su ciudad natal. Se enamoró de pequeña del mundo de los libros, escribiendo y leyendo sin parar.

Publicó su primera novela romántica de forma independiente a finales de 2024, *Resolviendo nuestras disonancias*. El lanzamiento

fue ideal, respaldado por sus seguidoras de TikTok, y en mayo de 2025 vio la luz *Girando hasta encontrarnos*, su segundo libro y continuación del anterior. Ambas conforman la *Serie Legato,* novelas autoconclusivas con diferentes protagonistas.

Cuando florezcan los almendros es su última publicación y la primera entrega de *Almond Valley*, una serie de novelas románticas autoconclusivas con distintos protagonistas, unidas por el encanto de un mismo escenario: un pueblo pequeño rodeado de montañas y caballos.

Tu Opinión Es Importante

Si te ha gustado esta historia, me encantaría saber tu opinión. Puedes compartirla en redes sociales, en Goodreads y en Amazon, o escribirme personalmente.

Leo y respondo cada mensaje con ilusión, así que no dudes en enviarme tus comentarios o sugerencias a:

zara.mist.autora@gmail.com

Gracias por pertenecer a mi pequeña familia literaria, donde la música y el romance nos unen y crecemos cada día. Cada palabra escrita, cada historia compartida, se nutre de vuestro apoyo, que no solo me impulsa a seguir adelante, sino que me permite crecer como autora y como persona.

No te pierdas todas las noticias, eventos y actualizaciones de mis proyectos en mi página web, donde puedes suscribirte a mi *Newsletter*:

www.zaramist.es

Y no olvides seguirme en Instagram:
@zaramistautora

¿Quieres saber más sobre la historia de Sage y Wade?

Escanea este QR y podrás leer un capítulo extra:





ALMOND VALLEY

River Cross